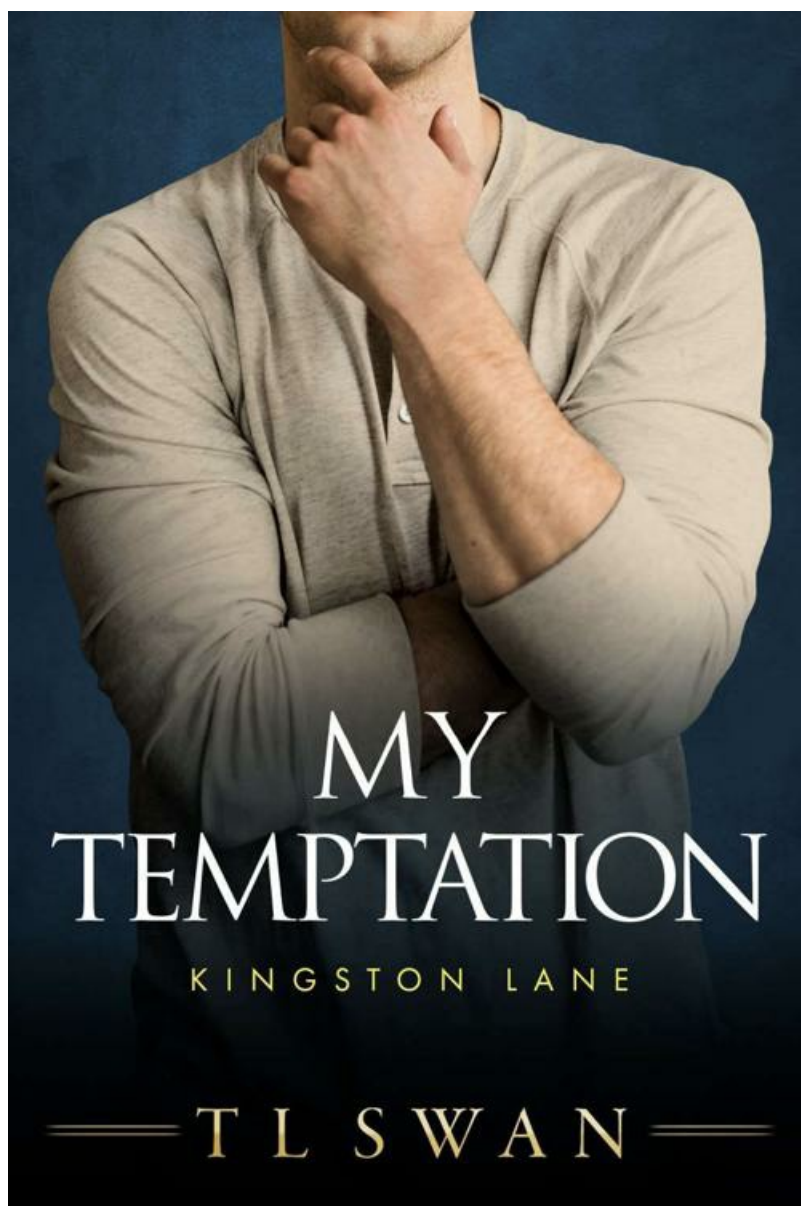


A man with a light beard and short hair is shown from the chest up. He is wearing a light grey, long-sleeved button-down shirt. His right hand is raised to his chin, with his fingers resting against his jawline. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is a solid, deep blue color.

MI TENTACIÓN

K I N G S T O N L A N E

— T L S W A N —



También por T L Swan

~ En inglés ~

The Do-over (Miles High Club #4)
Miles Ever After (Miles High Club – Epílogo Extendido)
Stanton Adore (Serie Stanton #1)
Stanton Unconditional (Serie Stanton #2)
Stanton Completely (Serie Stanton #3)
Stanton Bliss (Serie Stanton #4)
Marx Girl (Serie Stanton – 5 años después)
Gym Junkie (Serie Stanton – 7 años después)
Dr. Stantons – Epílogo (Dr. Stanton – Epílogo)

~ En español ~

Sr. Masters (Serie Sr. #1)
Sr. Spencer (Serie Sr. #2)
Sr. García (Serie Sr. #3)
A Nuestra Manera (Libro independiente)
Sígueme el Juego (Libro independiente)
El Italiano (Los Italianos #1)
Ferrara (Los Italianos #2)
Dr. Stanton (Dr. Stanton – 10 años después)
La Escala (Miles High Club #1)
La Fusión (Miles High Club #2)
El Casanova (Miles High Club #3)

MY TEMPTATION
MI TENTACIÓN
KINGSTON LANE SERIES

T L SWAN

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Por lo demás, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Copyright del texto © 2023 por T L Swan

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Publicado por Montlake, Seattle

www.apub.com

Amazon, el logotipo de Amazon y Montlake son marcas comerciales de Amazon.com, Inc. o sus filiales.

ISBN-13: 9781662512735 (edición impresa)

ISBN-13: 9781662512742 (digital)

Diseño de cubierta por [TK]

Ilustración de cubierta por [TK]

Fotografía de portada por [TK]

Imagen de la portada: © [Credit] / [Stock House];

Impreso en los Estados Unidos de América

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Gratitud](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la Autora](#)

AGRADECIMIENTOS

Se necesita todo un ejército para escribir un libro y,
sin duda, yo tengo el mejor del planeta.

A mis hermosos amigos que me apoyan día tras día: gracias.

A mi preciosa madre, te amamos tanto.

Vicki, Am, Rachel, Lisa D, Brooke, Jane, Nicole, Lisa K, Nadia: son las mejores y gracias
por todo lo que hacen por mí. Las quiero muchísimo.

A mi preciosa y talentosa amiga y editora Victoria, me haces mucho mejor de lo que soy.

A mis correctores, gracias por ayudarme. También son los mejores.

A todos y cada uno de los blogueros que apoyan a la comunidad del libro independiente,
sin su apoyo no tendría la carrera de ensueño que tengo. Muchas gracias por todo lo que
hacen.

A Linda, me ayudas a alcanzar la mejor versión de mí misma y tu ayuda es inestimable.
¡Te amo!

A mi querida pandilla y grupo de lectura de Facebook, el Swan Squad.

Ustedes me regalan un lugar seguro donde pasar el rato y alguien con quien reírme al
menos mil veces al día. No sabéis cuánto significa su apoyo para mí. Las quiero a todas.

Y a mi precioso esposito,

Tú... eres la razón por la que escribo historias de amor.

Y a mis tres angelitos. Con amor. xoxoxo

GRATITUD

*Cualidad de ser agradecido;
disposición a mostrar aprecio
y a devolver amabilidad.*

DEDICATORIA

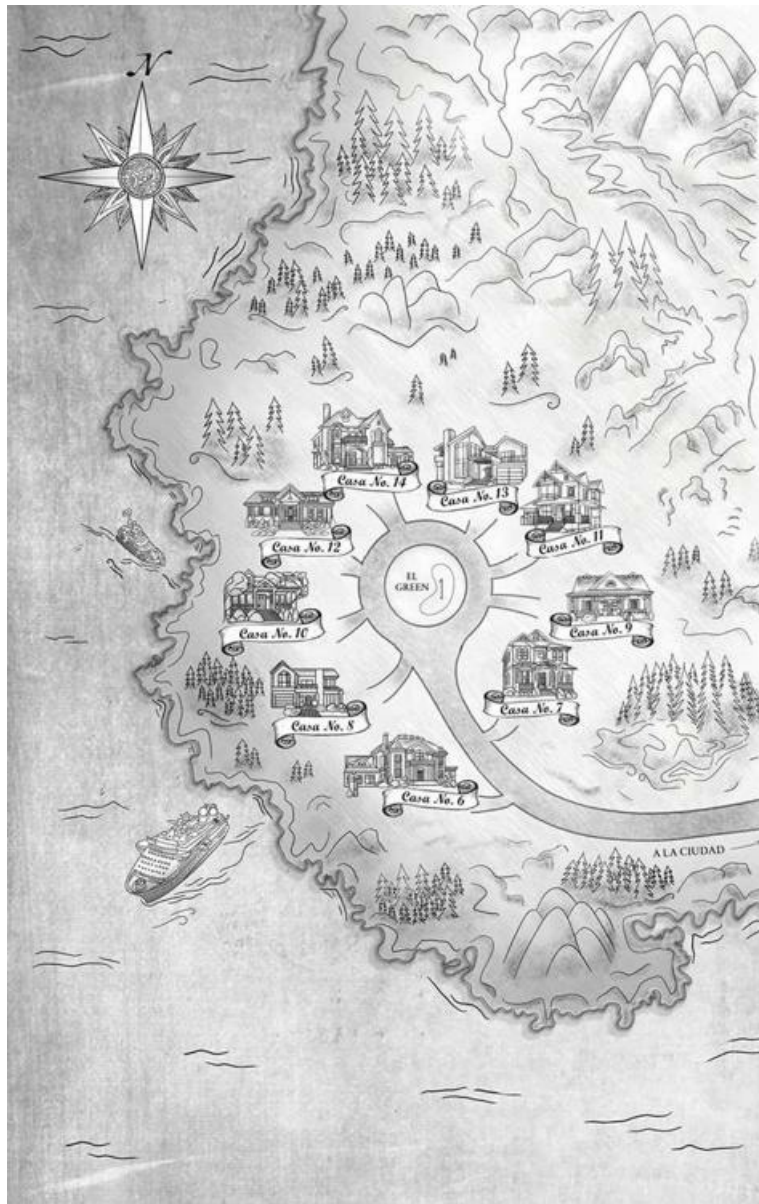
*Me gustaría dedicar este libro al alfabeto.
Porque esas veintiséis* letras han cambiado mi vida.*

*Dentro de esas veintiséis letras
me hallé a mí misma y vivo mi sueño.*

*La próxima vez que pronuncies el alfabeto,
recuerda su poder.*

Yo lo hago cada día.

***A mis queridos lectores de habla hispana:**
para ustedes serían veintisiete letras, así que tienen aún más poder.



CÓDIGO DEL MAPA:

Nó. 6 - Casa de los Militares

Nó. 7 - Casa de Winston Brown

Nó. 8 - Casa de Ethel Davidson

Nó. 9 - Casa de Antony Deluca

Nó. 10 - Casa de Rebecca y John Dalton

Nó. 11 - Casa de Juliet Drinkwater

Nó. 12 - Casa de Carol Higginbottom

Nó. 13 - Casa de Henley James

Nó. 14 - Casa de Blake Grayson



CAPÍTULO 1

Juliet

—¿PUEDES RELAJARTE un poco? —dice Chloe.

Bah. Miro alrededor del enorme salón de baile. —¿Cómo dejé que me convencieras de venir aquí? Me siento totalmente fuera de lugar.

—Sobornándote. Deja de quejarte. Te ves muy sexy.

—Cierto, y me debes una. Cenaremos donde yo quiera la próxima semana, ¿recuerdas?

—McDonald's suena bien.

—Tacaña. —Chloe es mi mejor amiga, y su poder mágico es convencerme de hacer cosas en contra de mi voluntad.

—Recuérdame, ¿por qué estamos aquí otra vez? —le pregunto.

—Porque quiero tener un encuentro de carácter sexual con el Dr. Grayson —susurra mientras se acomoda el busto en su vestido—. Ya lo sabes.

Me río entre dientes. —Pensé que solo querías follártelo.

—Eso también.

Chloe está loca por un doctor que trabaja en nuestro hospital. El problema es que también lo está la mayoría de la población mundial femenina, y él ni siquiera sabe quiénes somos.

—¿Y quién es esa zorra con la que está hablando?

Echo un vistazo a la hermosa pelirroja que habla con el Dr. Grayson. —No sé, pero está muy buena.

—Yo podría ganarle.

—Totalmente.

La noche es un evento glamoroso, subastas y trivialidades de celebridades, y aunque me encantaría decir que estoy concentrada en las donaciones a la caridad, eso sería una mentira atroz. Este evento es algo completamente distinto a lo que soy, pero admito que algo *ha* captado mi atención: un desconocido al otro lado del salón.

Lo aprecié apenas entré. Vistiendo un traje de cena negro, se ríe y conversa con un grupo de personas. Cabello ondulado castaño oscuro, mandíbula cuadrada y grandes fosas nasales al sonreír.

—Iré por más bebidas. ¿Lo mismo? —pregunta Chloe.

—Sí, por favor. —La veo caminar hacia la barra y luego mi mirada vuelve a él. Es muy alto, más de un metro noventa. Hombros anchos y fornido. Pero hay algo en la forma en que está hablando con su grupo de amigos. Está todo animado y riendo, y ellos cuelgan de cada palabra que dice mientras él captura toda su atención.

Miro alrededor del salón de baile espectacularmente decorado. Nunca estuve en un lugar así. Una recaudación de fondos para el ala de investigación médica infantil en el hospital donde trabajo. Las enfermeras usualmente no reciben invitaciones a cosas como esta, pero me he hecho amiga de uno de los doctores, y él nos invitó a Chloe y a mí. Echo otro vistazo al guapo

desconocido, y por primera vez, nuestros ojos se encuentran. Nos miramos fijamente un instante más de lo usual, y luego, como si estuviera perplejo, inclina su barbilla hacia el cielo mientras toma un sorbo de su bebida ámbar. Hasta la forma en la que sostiene el vaso es sexy. Sus piernas son anchas y su espalda recta, cada átomo suyo inspira dominación. Desvío la mirada, avergonzada de que me haya atrapado fisgoneando. Su esposa probablemente esté rondando por aquí en algún lugar.

Finjo mirar alrededor y luego vuelvo a ver al Dr. Grayson acercarse a él. Comienzan a charlar como viejos amigos, riendo y animados.

Muerdo mi labio inferior para esconder mi sonrisa. Se conocen.

Podría ser el cielo de las citas dobles.

Chloe regresa con nuestras bebidas. —Acabo de ver a Helen en la barra, ¿la recuerdas?

—No mucho —respondo sin siquiera intentarlo.

—Sí, trabajó en nuestra ala hace unos años. —Ella continúa con una larga historia, pero casi ni la escucho. Mi atención se pierde. Puedo sentir la mirada de él en mi piel, sentir que me está mirando.

Durante las siguientes dos horas, más de lo mismo.

Cada vez que miro casualmente hacia allá, él está mirándome. Y lo curioso es que, cuando lo atrapo, no desvía la mirada. Sostiene mi mirada en un desafío silencioso, como si me incitara a hacer algo... aunque no estoy segura de qué.

¿Una mirada puede darte escalofríos? Porque juro que la suya lo hace.

Ni siquiera puedo decirle nada a Chloe porque la razón por la que estamos aquí, el despreciable Dr. Grayson, ni siquiera ha mirado en su dirección.

—¿Va a hablar con cada maldita mujer aquí esta noche? —susurra Chloe con ira, con los ojos clavados en él—. Estoy aquí. Todavía no has hablado conmigo, gigante desgraciado.

—¿Verdad? —Observamos al Dr. Grayson por un momento—. ¿Cuál es su nombre? —pregunto.

—Blake.

—Blake Grayson. —Tuerzo los labios—. Nombre sexy.

—El nombre es lo de menos. —Chloe lo mira—. Sería increíble en la cama.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Míralo, ¿cómo no podría serlo? Podría simplemente pararse al pie de la cama desnudo, y yo tendría un orgasmo.

Me río. —Cierto.

El Dr. Grayson parece más modelo que doctor, con cabello castaño arenoso y mandíbula cuadrada, en forma y musculoso.

—Y es pediatra.

—Eso es lo mejor, tengo que estar de acuerdo.

Vuelvo a mirar al atractivo desconocido para encontrarlo mirándome de nuevo. Mi estómago se revuelve. Puedo sentir el aire entre nosotros girando, la tensión sexual tan densa que podrías cortarla con un cuchillo.

Este hombre es una tentación andante.

—Señor ten piedad —susurra Chloe.

—¿Qué?

—¿Has visto al amigo del Dr. Grayson?

¿Que si lo vi? No puedo quitarle los ojos de encima.

—¿Quién? —Actúo como si no supiera.

—Ay carajo —susurra Chloe, con los ojos muy abiertos mientras mira por encima de mi hombro—. Se está acercando.

—¿Quién?

—El dios.

—¿Qué dios? —Mis ojos se abren de par en par.

—Actúa normal.

—¿Qué?

—Señoritas —una voz profunda y ronca ruge detrás de mí.

Oh, no.

Me doy la vuelta para encontrarme cara a cara con unos ojos oscuros penetrantes.

Sí... es aún mejor de cerca. —Hola —chillo.

¿Por qué diablos estoy hablando como un ratón?

—Quise decir... hola —digo en tono más bajo.

Chloe sonríe con suficiencia. —Hola.

—Creo que no nos han presentado —dice él mientras extiende su mano—. Soy Henley James.

Henley James.

—Chloe Willcox. —Chloe sonríe mientras le estrecha la mano.

Vuelve su atención hacia mí, y yo lo miro, sin poder hablar.

—¿Y tú eres...? —levanta una ceja.

—Juliet. —Logro esbozar una sonrisa tímida. Toma mi mano y la estrecha. Su pulgar roza el dorso de mi mano mientras mantiene el contacto visual.

Oh...

—¿Juliet qué? —Me regala una sonrisa lenta y sexy, consciente del efecto que tiene en mis pobres hormonas privadas.

Trago el nudo en mi garganta. —Drinkwater.

—¿Y lo haces? —responde, sin desviar la mirada.

—¿Hago qué...? —frunzo el ceño, confundida.

—¿Beber agua?

—Sí, la bebo. —Finjo una risa que se parece a la de una niña de seis años.

Ayuda.

Está bien... ¿qué diablos? Por favor, vete. Eres demasiado guapo y mi cerebro no funciona.

—¿Te gustaría salir conmigo, Juliet? —pregunta.

Mis ojos se desvían hacia Chloe y luego vuelven a él. *¿Escuché bien?*

—¿Y bien? —me incita.

—Hum... —Bebo un sorbo de mi champán—. Es decir... ¿algo así como una cita?

Sus ojos traviosos se iluminan. —Sí, como una cita.

—Oh, hum. —*Contéstale, tonta*—. De acuerdo.

Me regala de nuevo esa sonrisa lenta y sexy. —Entonces digamos... ¿el viernes por la noche?

Una sonrisa tonta comienza a aparecer en mi rostro, y me contengo por dentro.

Actúa normal.

—Tendré que revisar mi agenda, —respondo.

Él se ríe como si conociera mi juego. —Claro. —Saca una tarjeta de visita y me la pasa—. Llámame. —Luego, sin previo aviso, se inclina y besa mi mejilla; sus labios se quedan un

instante en mi piel, y el olor de su loción invade mi entorno. Después, se gira y camina con calma a través de la sala de vuelta con sus amigos.

Chloe y yo lo seguimos con la mirada, impactadas.

—Oh. Dios. Mío. —Chloe susurra—. ¿Esto acaba de pasar?

Bajo la mirada hacia la tarjeta que me dio.

HENLEY JAMES
INGENIERÍA
044 289 0777

—Es ingeniero —susurro.

—A quién le importa. Me acostaría con él aunque durmiera en una plaza.

Me río y le doy la espalda. No puedo parecer demasiado interesada.

Chloe choca su copa con la mía y guiña un ojo. —Bien hecho.

Es jueves por la noche. Estoy en mi sofá y necesito organizarme. He estado nerviosa por esto toda la semana. Mastico mi uña del pulgar mientras miro fijamente la tarjeta de visita.

—Solo llámalo —dice Chloe—, ¿qué es lo peor que podría pasar?

—Que sea un imbécil, eso podría pasar.

—Escúchame —dice ella, impasible—. Es jodidamente guapo, y los hombres guapos son una especie en peligro de extinción, prácticamente erradicados. Cuando encuentras uno, debes sujetarlo con ambas manos. Eso sin mencionar que te pidió salir juntos y te dio su tarjeta. Quiere que lo llares. No eres solo alguna chica al azar de la calle.

—Tienes razón.

—Aquí está el plan: lo llamas, ustedes dos se enamoran perdidamente, y luego arreglas a tu amiga con su amigo, el Dr. Grayson.

Pongo los ojos en blanco. —Suenan tan simple cuando lo dices así.

Ella me pasa mi teléfono. —Solo hazlo de una maldita vez.

—Estoy dándole muchas vueltas a esto, ¿verdad?

—Sí.

Marco su número y cuelgo rápidamente.

Mierda.

—Ok, ¿qué es lo que iba a decir?

—Dios mío, me vas a matar —jadea.

Por décima vez, repaso la conversación en mi cabeza: sonar casual... ser concisa, y concretar la cita. No ponerme nerviosa. ¿A quién le importa si no funciona? Probablemente sea un imbécil de todos modos.

¡Correcto!

Marco su número y aguanto la respiración mientras suena.

—Hola —responde una voz femenina.

Mis ojos se abren de par en par. ¿Quién demonios es ésta? —Aaah... —vacilo. ¿Será su novia?

—Este es el teléfono de Henley James —dice ella, toda profesional—. Soy su asistente, Jenny.

—Oh. —El alivio me llena—. ¿Puedo hablar con Henley, por favor?

—No está disponible en este momento. ¿Puedo preguntar quién llama?

Mis ojos se abren de par en par. ¿Es esto una trampa? Tal vez tiene novia y esta es ella pretendiendo ser su asistente para atraparlo y planear mi asesinato. —Hum. —Confundida, intento pensar en algo rápido. Mis ojos se encuentran con los de Chloe—. Es Juliet.

—¿Juliet Drinkwater? —pregunta ella.

—Sí. —Frunzo el ceño—. Soy yo.

—Juliet, Henley tuvo que hacer un viaje inesperado al extranjero para una inspección in situ, pero me dejó instrucciones en caso de que llamaras.

¿Qué?

—Oh —respondo, sorprendida.

—Sí, lamentablemente no volverá hasta el viernes, pero quería que yo organizara una hora el viernes por la noche para cenar.

¿Qué?

Esto es extraño.

—Hum... sí, claro. —Me encojo de hombros.

—¿Estaría bien a las siete y media?

—Sí.

—¿Me puedes dar tu dirección para que Henley pueda recogerte?

Esto es extraño. No le voy a dar mi dirección a alguna mujer al azar. Podría ser su loca esposa asesina en serie. —Me encontraré con él allí.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—De acuerdo, reservé en Monsieur en Riley para las siete y treinta.

—¿Ya lo habías reservado?

—Sabía que llamarías —responde ella, con un toque de sarcasmo en su voz.

Pongo los ojos en blanco ante mi previsibilidad. *Por supuesto que sí.* —Ok, gracias.

—Adiós, Juliet.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono y miro a Chloe en shock. —Sábado por la noche, siete y treinta.

—Boom. —Chloe se ríe—. Así es como se hace.

A las 7:10 p.m. del viernes por la noche, salto fuera del Uber con un brinco.

Sé que es temprano, pero quiero llegar antes que él para poder verlo entrar y no al revés. Ya estoy lo suficientemente nerviosa.

Llevo un sexy vestido negro sin tirantes y ajustado junto con tacones altos nuevos; incluso fui a la peluquería a arreglarme el cabello.

Tengo un buen presentimiento sobre esto... él era guapo y tan agradable; quiero decir, incluso le habló a su asistente sobre mí cuando tuvo que viajar al extranjero. Parece que está tan ansioso como yo.

Subo la calle y veo el elegante letrero dorado:

MONSIEUR

Wow, qué lugar para tener una primera cita.

He querido venir aquí desde siempre. Este lugar es legendario. Intenté conseguir una mesa aquí antes, pero siempre está reservado con meses de anticipación.

Empujo las pesadas puertas y entro. El de la recepción me sonríe. —Hola. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, tengo una reserva para las siete y treinta de esta noche —sonrío nerviosa mientras miro alrededor. Vaya, este lugar es otra cosa. Mobiliario francés. Grandes y hermosos murales pintados en las paredes. Lámparas de luz cálida por todas partes.

—¿A nombre de quién? —pregunta.

—Hum. —Me encojo de hombros, no estoy segura de la respuesta—. ¿Henley James?

—Sí. —Sonríe—. Su mesa está por aquí. —Me conduce a través de un pasillo y hacia otra área, luego baja unas escaleras, y llegamos a un pintoresco patio con jardín. Aquí el ambiente es diferente, más juguetón e íntimo.

La música suena y el sonido de charlas divertidas flota en el aire. Hermosos murales pintados en la mampostería. Hay enormes plantas en macetas de terracota, y luces de hadas colgadas desde arriba, creando una especie de techo.

Vaya, acertó con la ubicación.

Sabe lo que hace; esta cita ya es un diez.

Entonces lo veo... y mi estómago se da vuelta. Está sentado en una mesa para dos en la esquina, esperando.

También llegó temprano.

Tenía la sospecha de que todo esto era una elaborada broma. Levanta la mirada. Nuestros ojos se encuentran y él se levanta de su silla al instante para saludarme.

Lleva un saco deportivo y pantalones, una camisa negra con el primer botón desabrochado. Alcanzo a ver un pedacito de su pecho.

—Hola —dice sonriendo mientras me da un beso en la mejilla—. Te ves encantadora.

Oh, huele bien.

—Hola —digo, casi desmayándome.

Él corre la silla para mí y me deslizo en ella. —Gracias —puedo sentir que mi rostro está en un tono nervioso de rojo.

¿Diez?, olvídale: esta cita es un veinte.

Muevo los labios y reordeno los cubiertos en la mesa mientras mi corazón late acelerado. Estoy tan nerviosa que es ridículo.

Él vuelve a sentarse. —Entonces...

—Entonces... —sonrío.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? —pregunta la mesera.

Tequila, zorra... todo lo que haya.

Tomo el menú de bebidas. *Rápido, elige algo.*

—¿Qué le gustaría, señor? —pregunta ella.

—Tomaré lo mismo que ella —responde él con su voz profunda y sexy.

—Por supuesto —sonríe la mesera.

Oh... la presión.

—¿Te gustan las margaritas? —pregunto tímidamente.

—Me encantan —sus ojos se fijan en los míos y se muerde el labio inferior como para esconder su sonrisa.

—Una margarita, por favor —le digo.

—¿Cómo la quiere?

—Agitada y con sal.

—Dos de esas —dice Henley.

La mesera desaparece y nuestros ojos se encuentran. —¿Realmente te gustan las margaritas o estás intentando ser suave?

Sus ojos brillan de emoción. —Estoy intentando ser suave, pero en realidad me gustan las margaritas. Así que, buena elección.

—Oh —sonrío tontamente.

—¿Cómo lo estoy haciendo?

—¿Con lo de ser suave?

—Sí.

—Como el trasero de un bebé.

Él se ríe y yo también.

—En realidad estaba nervioso de venir aquí esta noche —dice sonriendo.

—¿Tú? —me burlo.

—Sí, yo —se burla de vuelta—. ¿Por qué no pensarías que estaría nervioso?

Porque te ves así de bien.

—Simplemente no pareces el tipo de persona que se pone nervioso —respondo casualmente—. Yo estaba nerviosa de venir aquí esta noche, pero... —mi voz se apaga mientras dejo de hablar.

—Pero, ¿qué? —Sonríe.

—Pero no tengo muchas citas, así que... —me encojo de hombros.

Él frunce el ceño. —¿No tienes muchas citas?

—No.

—¿Por qué no?

—Los hombres son unos imbéciles.

Él se ríe. —Eso somos.

Miro alrededor nuestro entorno. —Aunque a tu lugar para la cita le doy un diez.

—Es agradable, ¿verdad? —Él también mira alrededor.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Primera vez.

Asiento, sintiéndome de repente fuera de lugar.

—Yo tampoco salgo en citas a menudo —agrega él.

—¿No?

—No.

—¿Por qué no?

Él se encoge de hombros—. No sé, es mucho lío.

—Aquí tienen —la mesera pone nuestras bebidas en la mesa, interrumpiéndonos.

—Gracias.

Nos deja solos, y tomamos nuestras bebidas. Yo levanto la mía para brindar. Él sostiene la suya contra la mía y espera.

—Por un lío suave —digo.

Él me da una sonrisa lenta y sexy. —Nunca dije que iba a ser suave.

El aire entre nosotros es eléctrico.

—No me molesta que el camino sea un poco movido —sonrío, sintiéndome un poco más valiente.

—Algo me dice que esta cita va a ser todo menos un lío.

—Hasta que me convierta en una psicópata mañana.

Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas, y yo sonrío tontamente hacia él.

Piensa que soy graciosa.

Un millón de margaritas y risas después.

El restaurante se ha quedado en silencio. Todos se han ido. Pero nuestra conversación sigue en calor.

Henley James es divertido y encantador, sin mencionar absolutamente guapo. Estoy atenta a cada una de sus palabras.

—Entonces... —Se reclina en su silla mientras actúa serio—. ¿Cómo calificas nuestra cita hasta ahora?

—¿Hasta ahora?

Él sonrío traviesamente en su bebida.

—Hasta ahora... —Estrecho los ojos mientras pretendo hacer un esfuerzo para responder—. Como un dos.

—¿Un dos? —Él finge sorpresa—. Esta cita no es un dos.

—Lo sé. —Me río—. Es un diez.

Él me da esa mirada, la que hace tan bien. —Veinte.

—¿Veinte? —Levanto las cejas: es como si leyera mi mente—. Esa es una puntuación alta.

—Él gira su vaso en la mesa—. Creo que esta es mi mejor primera cita.

Tu última primera cita.

—¿Qué tiene de buena? —Sonrío mientras sigo el juego.

—Bueno... el paisaje —me hace un gesto.

Me río y lamo la sal de mi vaso.

—Eso. —Señala hacia mí con mi lengua afuera—. Eso es definitivamente un punto alto. Cada vez que lo haces, lo siento hasta mis entrañas.

Estallo en carcajadas, y él también.

—¿En tus entrañas o en tu ingle? —pregunto.

—Ambos.

Nos reímos de nuevo. Estoy segura de que en este momento todo el personal del sitio nos odia; nada es tan gracioso.

—Me encanta que seas sutil —dice él.

Me sacudo el cabello y parpadeo exageradamente.

—Eso de que quieras renovar una casa es un poco preocupante, sin embargo. No sé si te permitiría usar una pistola de clavos.

Me río. *Es tan divertido.*

—Me encanta que seas enfermera.

—¿Perdiste a alguien? —pregunto.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno. —Me encojo de hombros—. La mayoría de las personas que aprecian a las enfermeras han pasado mucho tiempo en un hospital.

—Mi madre.

Nos ponemos serios.

—Lo siento. ¿Recientemente?

—No. —Él toma un sorbo de su bebida—. Cuando tenía quince años.

Lo miro, sin saber qué decir.

Él mira por encima del restaurante como si estuviera a millas de distancia. —Fue un evento catastrófico en mi vida.

Oh...

Extiendo mi mano sobre la mesa hacia él, y él coloca la suya en la mía. Froto mi pulgar sobre sus dedos. —Estaría muy orgullosa de ti.

Sus ojos se encuentran con los míos y frunce los labios como si estuviera molesto. Instantáneamente sé que he ido demasiado lejos.

—Pero dijo que recuperes tu juego, porque esta cita definitivamente está bajando a un dos.

Él sonríe de lado y levanta su bebida. —¿En serio?

—Sí. —Asiento, actuando seriamente—. Dijo que deberías acompañarme a mi coche y besarme para despedir la noche si quieres subir la puntuación.

—Oh, ¿lo hizo, no?

—Sí. —Sonríe en mi bebida, sintiéndome orgullosa de mis habilidades para manejar crisis mientras coqueteo.

Nos miramos fijamente mientras el aire entre nosotros gira con una energía que no había sentido antes.

—¿Puedo verte mañana por la noche? —pregunta.

—Sí.

—¿A dónde quieres ir?

—Ir de compras al supermercado estaría bien.

Él estalla en carcajadas y eso nos hace reír a ambos de nuevo.

—Lo siento, vamos a cerrar el restaurante —dice el camarero mientras coloca la cuenta en la mesa.

—Sí, claro.

Voy a tomarla, pero Henley lo hace primero. —Yo pago.

—No, no lo harás. Vamos a pagar a medias.

—Cállate.

—No.

—Puedes pagar mañana por la noche —ofrece él.

—¿Al ir a comprar mis comestibles?

Él se ríe y eso nos hace reír de nuevo, y el camarero nos mira claramente obstinado desde la esquina.

—Basta —Henley intenta actuar seriamente mientras saca su billetera—. El camarero ya nos odia.

—Porque somos más graciosos que él.

—Es cierto —está de acuerdo—, lo somos.

Paga la cuenta y toma mi mano en la suya. La electricidad recorre mi brazo y, como si él también la sintiera, levanta mi mano a sus labios y besa el dorso mientras nos miramos fijamente.

¿Qué está pasando?

Salimos por las puertas delanteras y de repente la presión vuelve.

¿Debo ser una buena chica o vamos juntos a casa?

—¿Viniste en coche? —pregunto.

—No, Uber.

—Yo también.

Él me mira fijamente y sé que las mismas preguntas están girando en su cabeza. ¿Ser un caballero o hacer conmigo lo que le dé la gana en un banco del parque?

Estoy votando por la opción dos.

—¿Taxi? —pregunta él.

—Claro.

Maldición, está optando por la opción uno.

Caballero.

Él pone su brazo alrededor de mí mientras caminamos y me acerca, hay una familiaridad entre nosotros. Esto se siente como lo más natural del mundo.

—Pasé un buen rato esta noche —dice mientras caminamos.

—Yo también —sonríó tontamente—. Ya estoy emocionada por ir de compras al supermercado mañana.

Llegamos a una esquina concurrida y nos detenemos en el semáforo, y él me gira hacia él.

—¿Aquí es donde me besas? —pregunto.

—No sé, ¿lo es?

Asiento. —Probablemente.

Aquí mismo, en medio de todos, toma mi rostro entre sus manos. Sus labios rozan suavemente los míos, y mis pies se levantan del suelo. Nos besamos una y otra vez, y es como si una ola de perfección nos inundara.

El semáforo cambia. La gente tiene prisa... pero somos nosotros dos, perdidos en el momento. No es incómodo, como debería ser un primer beso. Es íntimo y tierno, algo más.

Él sonríe contra mis labios y me acerca, y permanecemos en nuestros brazos por un momento.

—Henley.

—Sí. —Él besa mi frente.

—Esta es mi mejor primera cita.

—Hasta la próxima.

Me río y él me guiña un ojo sexy.

Mariposas revolotean en mi estómago porque, santo cielo, *esto es algo*.

Llegamos a la parada de taxis y, maldición, hay uno esperando. Él abre la puerta trasera para mí y me besa suavemente mientras aparta el cabello de mi rostro. —Te llamo mañana.

—De acuerdo. —Sonríó tímida y me subo al asiento trasero, y él cierra la puerta detrás de mí.

Me despido con la mano y entonces, antes de que el coche arranque, él abre la puerta del coche y me toma de la mano para sacarme. —Cambio de planes: vienes a casa conmigo.

—¿Qué?

Me interrumpe con un beso, y todos en la fila del taxi gruñen de disgusto.

Labios unidos, hormonas en sobrecarga, entramos en su apartamento como animales.

Se ha ido el educado Sr. James de la primera cita; lo dejamos en el restaurante.

Prefiero esta versión.

Durante todo el camino de vuelta a casa en el Uber, me metió la mano en el vestido, y creo que es justo decir que los dos estamos muy listos para esto.

—Quítate este puto vestido —susurra mientras lucha por bajar la cremallera. La cremallera se engancha y él tira con fuerza.

Me río de su impaciencia. —De todas formas, ¿quién ha dicho que yo sea algo seguro?

—Yo lo digo. —Me desgarró el vestido por los hombros y lo tira a un lado.

—Yo no follo en las primeras citas. —Sonríó mientras pongo las manos en las caderas, haciéndome la indignada.

—Ahora sí. —El ambiente cambia cuando sus ojos oscuros recorren mi cuerpo. De repente, estoy nerviosa.

Porque, demonios, ésta ha sido la mejor noche, y quiero que tenga un final aún más feliz y que le vuele la cabeza.

Me rodea la garganta con la mano, se adelanta y me acerca los labios a la oreja. —Vas a tomar mi polla tan jodidamente bien —susurra. Su aliento me roza la oreja y me eriza la piel—. Como la chica mala que sé que quieres ser.

Se me abren los ojos. *Joder.*

Habla sucio... mierda, mierda, mierda.

Con su mano alrededor de mi garganta, me lame un lado de la cara. —¿Estás mojada para mí, nena?

La adrenalina y la excitación gritan por mi torrente sanguíneo. La sensación de su gran mano alrededor de mi garganta es a la vez aterradora y eufórica. Nunca he estado con un hombre así.

Es diferente en muchos niveles.

Me tiembla la respiración mientras intento calmarme lo suficiente para responder.

Sus dientes caen sobre mi cuello y me roza con ellos. —Responde a la puta pregunta, Juliet.

Carajo.

El encantador Henley James está bien, pero *Henley James el estrangulador* está en el siguiente nivel.

—Sí —gimoteo.

Se aparta y me mira fijamente. Sus ojos se clavan en los míos. —¿Sí qué?

—Sí, señor.

En sus ojos parpadea la satisfacción. —Buena chica.

Vale, ¿qué coño está pasando aquí?

No me van esas tonterías fetichistas de sumiso y dominante, pero por alguna razón esto está más caliente que nunca.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, me quedo quieta mientras me desabrocha el sujetador. Pasa sus pulgares sobre mis pezones mientras los mira fijamente. Se inclina, me baja las bragas y me besa ahí.

Me tiembla la respiración.

Coño.

Se levanta y volvemos a estar cara a cara. —No estés nerviosa —murmura. Me besa, me roza con la lengua mientras me sujeta la cara con las manos—. No te haré daño. —Me acerca los labios a la oreja—. Mucho...

Cierro los ojos. Maldito infierno, maldito infierno, maldito infierno.

—Ponte en la cama sobre las manos y las rodillas.

Lo miro fijamente durante un instante. —Eres muy mandón.

—Hambriento. —Sus ojos están ardiendo y, maldita sea, estoy dispuesta a proporcionarle el festín.

Me subo a la cama y me pongo de rodillas.

—Apóyate en los codos.

—¿Vas a desnudarte? —le replico.

Nalgada.

Me pega en el trasero.

—Compórtate —gruñe.

Por alguna retorcida y enfermiza razón, su disciplina enciende un fuego entre mis piernas, y en ese momento descubro que... estoy a punto de hacer lo que él quiera.

¿Qué coño está pasando aquí?

Me sostengo en los codos, él se coloca detrás de mí y, con los ojos clavados en el espejo, se quita la camisa por encima de la cabeza y luego, en cámara lenta, se baja la cremallera de los jeans y los desliza por las piernas. Su cuerpo está lleno de músculos y su gran polla se libera. Me trago el nudo que tengo en la garganta.

Vaya... eso es mucha carne de hombre.

Sus ojos se posan en mi sexo, y lo veo en el espejo mientras me separa los labios con los dedos y se acaricia un par de veces. Sus ojos son oscuros y parpadean de excitación.

Joder.

Se deja caer en el suelo detrás de mí, su lengua no da tregua mientras me lame allí.

Profundas lamidas de adoración, como si yo fuera la reina y él mi siervo, de rodillas para mi placer.

Oh... Dios mío... Mi cuerpo empieza a dilatarse y me estremezco.

Veó estrellas.

Estrujo las sábanas entre las manos mientras trato de lidiar con él. —Voy a...

—Te correrás en mi polla.

—Pues date prisa, joder —exijo.

Se ríe entre dientes, y es la primera vez que veo un asomo de lo que fuera mi cita juguetona. Se pone un condón.

Enrolla mi pelo alrededor de su mano mientras me mantiene quieta y luego desliza lentamente la punta de su gruesa polla por mis labios. Adelante y atrás, adelante y atrás.

Date prisa.

Se coloca en posición y se introduce lentamente. El aire abandona mis pulmones y gimo en voz alta.

Oh... es grande... y... demasiado bueno en esto.

—¿Qué tal esto? —Se desliza lentamente dentro y fuera, acostumbrando mi cuerpo a su tamaño.

Asiento con la cabeza, incapaz de formular una frase coherente.

—Respóndeme.

—Bien. —Cierro los ojos mientras trato de hacerle frente—. Muy bien.

El olor de su loción de afeitar, su agarre en mi pelo, su polla tan dentro de mí que no puedo respirar.

Está a mi alrededor, en una perfecta experiencia sensual en 3D.

Se retira completamente y vuelve a deslizarse hacia dentro. Lo hace de nuevo, se retira completamente y vuelve a deslizarse hacia dentro.

¿Qué está haciendo?

—Estoy bien —le digo.

—Yo juzgaré eso.

—No vas a hacerme daño.

Me sostiene por la cadera y entra con fuerza, sacándome el aire de los pulmones.
Ay... vale, quizá un poco.
Luego me cabalga con fuerza, el sonido de nuestra piel resuena con fuerza en su habitación.
Intento mantenerme en pie, pero es difícil cuando te está follando un camión.
No puedo aguantarme y grito contra el colchón.
—Joder —jadea—. Oh, sí, así.
Sonrío al escuchar cómo se deshace. ¿Existe un sonido más ardiente en la Tierra?
Sisea, se retiene profundamente y se corre con fuerza dentro de mí. Siento la sacudida contundente de su polla al soltarse.
Estoy mojada de sudor mientras lo oigo jadear detrás de mí.
Y entonces me besa en el trasero. —Jodidamente sexy —susurra contra mi piel.
Sonrío contra el colchón.
Completa y totalmente arruinada.

CAPÍTULO 2

Juliet

ESTACIONA EL AUTO a un lado de la carretera. —Nos vemos. —Se inclina y, cogiéndome la cara con la mano, me besa suavemente—. Esta noche...

Sonrío contra sus labios. —Esta noche.

En serio...

La

mejor

noche

de

mi vida.

Tuvimos la mejor cita de la historia, fuimos a casa y follamos como animales, luego nos duchamos e hicimos el amor dulce y tiernamente.

Esta mañana me despertó con más de sus habilidades orales, y luego me hizo el desayuno.

Eso es lo que yo llamo una cita bien hecha.

Se acabó... es el elegido.

Estoy caminando sobre las nubes.

—Hoy tengo que trabajar, pero te llamaré más tarde... —pregunta.

Quiero dar un puñetazo al aire, pero no lo haré porque estoy siendo normal y todo eso. —Que tengas un buen día.

Abro la puerta del auto y él tira de mí para darme otro beso. Me río contra sus labios. —Tengo que irme.

—Quizás yo tenga que venirme.

—Eres un maniaco sexual. —Me río. Con otro beso rápido salto del auto, y él me dedica una lenta sonrisa sexy—. Adiós. —Entro flotando. Estoy en las nubes.

Cambio las sábanas y recojo las viejas al doble de velocidad.

Entre lo de caminar por el aire, hoy he sido un as de la limpieza.

Ordené. Lavé. Compré flores frescas. Aspiré y fregué. Limpié el baño. Compré ropa interior nueva e incluso hice algunas compras, por si las cosas van muy bien esta noche y no llegamos a cenar.

Con las manos en las caderas, miro por encima de mi apartamento para intentar verlo con nuevos ojos. La alfombra del salón parece un poco viejita. *No sé*. La tengo desde hace unos años. ¿Quizá deba llevarla al garaje?

Realmente quiero dar lo mejor de mí esta noche con Henley.

Deslizo la mesa y enrolló la enorme alfombra. Intento levantarla y hago un esfuerzo. Oh, diablos, esta cosa pesa mucho.

La arrastro hasta la puerta y salgo con dificultad al pasillo, arrastrándola mientras avanzo. Me giro hacia el ascensor, pero recuerdo que hoy está cerrado por mantenimiento.

Joder.

Son seis tramos de escaleras.

Lo arrastro, sudando, jadeando y resoplando. Tardo diez minutos en bajar sólo dos niveles.

Carajo, esta cita tendrá que ser una pijamada, simplemente porque voy a estar tan agotada que me quedará dormida antes de cenar.

Llego hasta la mitad y tengo que sentarme unos minutos a descansar. Saco mi teléfono.

No hay llamadas perdidas.

Por fin llego al final de la escalera y arrastro la alfombra hasta el garaje.

Bien... ahora, a hacerme simplemente irresistible.

Cojo el teléfono y lo consulto por milésima vez hoy. Estoy sentada en mi sofá, acicalada, preparada, sin ningún sitio adónde ir.

Son las 7:00 p.m. y Henley aún no me ha llamado.

¿Dónde demonios está?

Tengo una sensación de inquietud en la boca del estómago. ¿Y si algo sale mal?

Basta ya.

Va a llamar; sé que lo hará.

¿Y por qué no lo ha hecho ya? Son las 7:00 p.m. Ya habría llamado si fuera a hacerlo.

Recorro todo Netflix en busca de una distracción.

¿Quizá ha perdido mi número?

Me incorporo, repentinamente interesada en esa teoría. Sí, debe de ser eso. Si perdió mi número, entonces no tiene forma de ponerse en contacto conmigo.

¿Quizá debería llamarlo?

Suena mi teléfono. —Hola —contesto.

—¿Ha llamado ya? —pregunta Chloe.

—No. —Suspiro.

—Joder.

—¿Crees que debería llamarlo?

—No.

—¿Y si perdió mi número?

—Entonces es un imbécil. De todas formas, tu número estará en su historial de llamadas. No ha perdido tu número, Jules.

Mi corazón se hunde. —Algo va mal. Sé que va a llamarme.

—¿Por qué, porque dijo que lo haría? No sería el primer hombre que miente en una cita.

—Chloe, te lo digo. Tuvimos algo; sé que me va a llamar.

—Bueno —responde ella con voz poco convencida—. Las chicas y yo vamos al Club 70, si quieres venir.

—No. —Exhalo mientras me tumbo boca arriba—. Voy a esperar.

—No te llamará.

—Lo hará. —Pongo los ojos en blanco—. Hoy tenía que trabajar. Quizá aparezca por aquí en cualquier momento. Adiós.

Exhalo pesadamente y miro alrededor de mi impoluto apartamento. Más vale que llame, carajo.

8:00 p.m.

Ring, ring... ring, ring... Arrugo la cara mientras espero a que conteste.

—Te has puesto en contacto con Henley James. Ahora mismo no puedo atender el teléfono. Deja un mensaje.

Mierda.

—Hola, Henley, soy Juliet. —Hago una pausa mientras intento pensar qué decir—. Sólo estaba... —Joder—. Creí que íbamos a vernos esta noche.

Maldita sea. Parezco desesperada.

—Sólo llamaba para ver qué pasaba. En fin, adiós.

Me pongo las manos sobre las cuencas de los ojos, asqueada. Dios... soné patéticamente necesitada. ¿Por qué no esperé a que llamara? Ahora lo estropeé.

Uf...

Me despierta el teléfono vibrando en la mesita. —Es demasiado tarde para tus llamadas de borracha, Chloe —refunfuño al contestar.

—¿Adivina quién acaba de aparecer en el club? —grita a través de la estridente música de discoteca.

Me froto los ojos para intentar concentrarme en su voz. —¿Quién?

—Henley James.

—¿Qué? —Me incorporo, súbitamente despierta—. ¿Qué hora es? —Echo un vistazo al reloj de mi teléfono: las 2:00 a.m.—. ¿Con quién está ahí?

—Dos chicos.

—¿Hablas en serio? —Me levanto de la cama.

—Ven aquí y échale un puto trago en la cabeza por dejarte plantada.

Me arrastro la mano por la cara. —¿Qué lleva puesto?

—A quién le importa. Parece un vibrador andante con lo que lleve puesto.

—¿Estás segura de que es él?

—Te envío un video. —Tantea con el teléfono durante unos segundos—. Luego te llamo. —Cuelga, voy al baño y salgo al salón. Mi teléfono emite un pitido y le doy playa.

Henley está hablando con dos hombres. Lleva vaqueros y camiseta, y habla y ríe. Parece relajado mientras bebe una cerveza Corona. Pasa una mujer que está buena y sus ojos se posan en su trasero. Luego dice algo a sus amigos y vuelve a fijarse en su trasero.

Se me hunde el corazón.

Vaya...

Mi teléfono vuelve a sonar. —Hola —contesto.

—¿Lo viste?

—Sí. —Suspiro.

—Es un imbécil de mierda —suelta Chloe.

—Da igual, no me importa lo que haga. —Actúo imperturbable.

—¿Puedo decirle lo que pienso de él?

—No —digo bruscamente—. Olvídate de él como lo he hecho yo. Me voy a la cama.

—Lo siento, cariño.

—No lo sientas. Yo tampoco lo siento —miento.

—¿Desayuno por la mañana? —pregunta.

No lo puedo creer.

Realmente no quiero pasarme todo el día de mañana escuchando cuentos discotequeros de Henley James, y ver a Chloe mañana se tratará de eso. —No puedo. Voy a ver a mis padres —le digo—. ¿Nos vemos la semana que viene?

—Claro, cariño. —Ella duda—. ¿Estás bien?

No.

—Claro que sí. —Sonrío tristemente—. Adiós.

Cuelgo y, con el corazón en la garganta, me torturo y vuelvo a ver el video de Henley.

La forma en que está relajado y feliz. La forma en que mira el trasero de esa chica.

La forma en que me hace sentir.

A medida que la realidad se impone, un viejo proverbio recorre mi mente: *Si es demasiado bueno para ser cierto, probablemente sea falso.*

Imbécil.

Caminamos por el sendero atestado de gente. —Entonces, espere en casa toda la noche, y Chloe me llama para decirme que está en un club a las dos de la madrugada —continúo despotricando ante Liam.

—¿Por qué te acostaste con él? No es propio de ti hacerlo en la primera cita —responde él, desinteresado.

—Porque fue la mejor cita de mi puta vida, por eso. Y quizá sólo quería ser una chica mala por una noche, ¿sabes?

—No. No lo sé.

—Porque eres mi hermano, por eso. Si tuvieras la mejor cita de tu vida, ¿te harías el inocente para demostrar algo?

Pone los ojos en blanco. —¿Vamos a entrar aquí? —Hace un gesto hacia un restaurante.

Pobre Liam. Lo hice venir a comer conmigo para poder desahogarme sobre mi fin de semana infernal.

—Sí. —Suspiro—. Esto servirá. —Empujo la pesada puerta para abrirla y esperamos en fila a que nos atiendan.

—¿Cómo sabes que era él quien estaba en el club? Probablemente Chloe llevaba gafas de cerveza.

—Porque me envió un video de él.

—¿Lo grabó en video? —Arruga la cara de asco—. Eso no es nada espeluznante.

—Mira. —Saco el video que ya me sé de memoria porque lo he visto diez mil veces.

Le doy play y él lo ve. —Es un idiota, Juliet.

Exhalo pesadamente. —Fue la mejor noche de mi vida.

—No, no lo fue. Mira cómo te hizo sentir. Es un cabrón. Olvídate de él.

Suspiro pesadamente. —Supongo.

—¿Cuál es su nombre?

—Henley.

—Es un nombre raro. —Arruga el labio, disgustado—. Henley como en: ¿pollito: chicken, gallina: hen?

—Gallina como una puta polla, diría yo. —Ensancha los ojos.

Hace un gesto de dolor. —Qué asco, demasiada información.

Mientras esperamos, vuelve a ver el video en mi teléfono. Me lo devuelve disgustado. —Si alguna vez lo veo, lo noquearé por ti —murmura secamente—. ¿Trato hecho?

—Vale, trato hecho. —Sonríe, sintiéndome un poco mejor al saber que mi hermano pequeño es también uno de mis mejores amigos.

Llegamos al principio de la fila. —Hola, ¿nos dan una mesa para dos, por favor? —pregunto.

La azafata echa un vistazo a la hoja de reserva. —Tengo que recoger la mesa. ¿Pueden esperar cinco minutos?

—Claro.

Señala una sala de espera. —Espere ahí y le llamaré cuando esté listo. ¿Cómo es su nombre?

—Juliet.

Nos dirigimos a la zona del bar para esperar nuestra mesa, y vuelvo a ver el video de Henley. No sé por qué sigo viéndolo. Es como si esperara encontrar pruebas de que realmente no es él.

Ojalá.

La mano de Liam se acerca a mi espalda, y frunzo el ceño mientras miro fijamente mi teléfono. —¿Qué estás haciendo?

—Darle una lección.

—¿Qué? —Levanto la vista y veo que Henley se acerca a nosotros.

¿Qué coño?

—Hola, Juliet. —Finge una sonrisa. Parece recién bajado de una pasarela, lleva un traje gris, camisa blanca y corbata azul. Su pelo oscuro está despeinado a la perfección, y Dios mío, ¿qué demonios haces aquí?

—Henley, hola.

Henley dirige su atención a Liam. —¿Quién eres tú?

Liam sonríe como un malvado gato de Cheshire. —Liam. —Me hace un gesto—. El prometido de Juliet.

No, él no dijo eso

Henley levanta las cejas, sorprendido, y apoya su peso en el pie trasero. Su mandíbula se flexiona. —¿Prometido?

No, no, no.

¡No!

—Así es. —Liam continúa con sus mentiras—. ¿La conoces bien?

¡Cierra el pico!

Los ojos de Henley se dirigen hacia mí y pone los labios en blanco. La furia rezuma de él. —Quizá no.

Por favor, tierra, trágame entera.

Me fulmina con la mirada y quiero decirle que todo esto es mentira, pero ¿para qué? Es un imbécil y no le importaría de todos modos.

—Que tengas una buena vida, Julietttt. —Acentúa la T de mi nombre—. Con... —mira a Liam de arriba abajo y sonríe como divertido—, tu guapo prometido.

La arrogancia personificada.

—Eh, ¿qué se supone que significa eso? —pregunta Liam haciéndose el tonto.

Henley pasa rozando a Liam con el hombro tan fuerte que casi sale volando por los aires. Empuja la pesada puerta y sale furioso.

Liam lo sigue con la mirada. —Interesante.

—¿Interesante? —jadeo—. ¿Por qué coño dijiste eso? Ahora piensa que soy una puta.

—Se necesita uno para conocer a otro. —Deja caer los hombros como si estuviera satisfecho de sí mismo—. Le gustabas.

—¿Cómo puedes saberlo?

Sonríe ampliamente, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo. —Estaba cabreado.

—Y esto tiene gracia porque... —jadeo, enfurecida.

—Tuvo su oportunidad y la echó a perder. Touché, cabrón.

CAPÍTULO 3

Tres años después...

Juliet

—FELICIDADES. —Tim, el agente inmobiliario, sonrío mientras te entrega las llaves—. Es toda tuya.

—Gracias. —Abro la puerta y entramos en el vestíbulo. Mis padres y Liam están aquí para celebrar esta ocasión trascendental.

Mira alrededor de la vieja y destartada casa. —Diviértete renovando.

—Lo haré. —Sonrío—. El placer de renovar, ¿recuerdas?

Tim se ríe de su propio argumento de venta. —Ya me acuerdo.

Mi abuela, que en paz descanse, nos dejó a mi hermano y a mí una gran herencia a cada uno, y con mis ahorros encontré una casa en el mejor barrio de Half Moon Bay.

Éste es mi suburbio ideal, pero nunca estuvo ni siquiera cerca de mi presupuesto. De alguna manera, y supongo que fue la abuela quien organizó esto en el cielo, las estrellas se alinearon.

Recibí su herencia, y en la primera semana que estuve buscando, apareció esta casa.

Era la herencia de un difunto sin beneficiarios, así que el fideicomisario del testamento decidió que se vendería a la primera persona que hiciera una oferta, cualquier oferta. Por algún milagro, fui la primera en verlo, me enamoré y fui la primera en hacer una oferta.

Casi me desmayo cuando lo aceptaron.

Está hecha una basura, pero está en una calle preciosa. En realidad una calle ciega, Kingston Lane.

—Adiós —dice Tim mientras baja los escalones de la entrada—. Llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Gracias de nuevo. Adiós.

Hago un pequeño baile, emocionada. —¿Puedes creerlo? —jadeo.

Mi madre me besa. —Nos alegramos mucho por ti, Jules. —Coge el móvil del bolso—. Levanta las llaves, necesito una foto. —Levanto las llaves y sonrío tontamente mientras mi madre toma la foto.

—Es un poco agrisado. Ojalá la abuela estuviera aquí.

—Ella nos está viendo. —Mamá sonrío—. Lo sé.

—La peor casa de la mejor calle. —Mi padre sonrío—. Estás apuntando alto, eso es seguro.

—Estoy a la altura del desafío. —Sonrío mientras miro a mi alrededor—. No hay prisa. Tengo toda la vida para hacerlo.

La vieja casa está hecha de tablas de madera y tiene dos pisos. Es blanca y tiene un tejado de hojalata verde. Tiene un porche techado abierto que la envuelve y un patio cubierto de maleza. Va a costar mucho trabajo devolverle su gloria original.

—¿Y cuándo llega tu cachorro? —pregunta mamá.

Hago otro pequeño baile en el acto. —Mañana lo recojo del refugio. En realidad, él es lo más emocionante de haber comprado por fin una casa. Podré tener mi propio perro. Y no es un cachorro, mamá. Recuerda que adopté un perro mayor.

—Pero creí que querías un cachorro.

—Así era. Pero cuando llegué, se veía tan triste y tímido. Es el justo para mí.

—¿Cómo vas a llamarlo?

Me encojo de hombros. —No lo sé. Supongo que lo resolveremos juntos cuando llegue.

—¿A qué hora llega el camión de la mudanza? —pregunta papá.

Miro el reloj. —Tenemos tres horas.

Mamá entra en la cocina. —Vamos a limpiar.

Son 11 p.m. y, tras el día más largo de la historia, subo las escaleras a duras penas.

Liam se fue un poco antes a una cita sexy. Qué suerte tiene.

—Buenas noches, Jules —me dice papá desde la habitación de invitados.

—Buenas noches. Gracias por todo hoy.

Él y mamá se quedan para que no esté sola en mi primera noche aquí. Sólo he vivido en apartamentos desde que me fui de casa. Si soy sincera, estar aquí, en esta casa grande y vieja, puede dar algo de miedo. Esa es una de las razones por las que decidí tener un perro mayor. Puede ser mi protector además de mi mejor amigo.

Entro a mi dormitorio y miro a mi alrededor. Las paredes son de distintos colores, una verde y otra crema; las otras dos son de un rosa polvoriento.

Horrible.

El antiguo propietario hizo una pequeña reforma hace muchos años. Se añadió un baño en suite al dormitorio principal, aunque sus azulejos marrones dejan mucho que desear. Al menos está ahí, supongo.

Me ducho, me pongo el pijama y apago la luz. Cuando voy a cerrar las persianas, me doy cuenta de que la ventana del dormitorio del vecino de arriba está a la vista; puedo ver directamente hacia dentro. Tiene un aspecto lujoso, con muebles caros. Hay una cama con dosel y un sofá en el extremo.

El dormitorio parece enorme.

Vaya.

—Elegante. —Sonrío. Hay una obra de arte gigante detrás de la cama, y entrecierro los ojos para intentar verla mejor. Creo que es un cuadro abstracto de una mujer desnuda.

Mmm...

Un hombre entra en la habitación con una toalla alrededor de la cintura, y yo muevo rápidamente el cordón para bajar las persianas. No quiero que piense que estoy espiando. Tiro del cordón, pero no pasa nada.

—Mierda. —Forcejeo con el cordón, pero está bien atascado. Vuelvo a mirar hacia arriba y veo que el chico está ahora en calzoncillos negros. Está retirando las mantas de la cama.

—Joder. —Me agacho detrás de la pared. No quiero que me vea. Lucharé con el cordón después de que cierre las persianas.

Espero y espero... y espero. ¿Qué demonios está haciendo?

Me asomo por la esquina y lo veo. El hombre de la ventana se acerca a cerrar las persianas y, por primera vez, le veo la cara.

Mis ojos se abren de par en par.

No...

Me agacho rápidamente detrás de la pared, horrorizada. Con el corazón martillando con fuerza en el pecho, vuelvo a asomarme por la esquina. Esto no puede estar pasando.

¿Cuál es la probabilidad de que...?

Es el imbécil de Henley James.

3:00 a.m., la hora de las brujas

Me tumbo boca arriba y miro fijamente al techo.

Que se joda.

¿Cómo se atreve a arruinarme esto?

¿No basta con que me haya arruinado el sexo para siempre?

¿No es suficiente con que compare cada maldita cita que tengo con esa estúpida, horrible, increíble y maravillosa cita de pesadilla que tuvimos?

Apuesto que está casado.

Te apuesto lo que quieras a que su mujer es guapísima e inteligente y probablemente abogada o algo igualmente impresionante.

Seguro que va a menear su trasero por aquí todos los putos jueves con una faldita blanca de tenis.

Con sus dos punto cinco hijos perfectos que van a un colegio privado. Probablemente aspira el auto todos los sábados y arregla el jardín los domingos.

Hornea tortas y esas cosas.

Uf... Me doy la vuelta, enfurecida, y doy un puñetazo a la almohada.

Dios, ojalá no lo hubiera conocido nunca.

Y lo peor es que mi mente sigue yendo allí. Tengo grabada aquella noche en la que estuvimos juntos en su cama. La forma en que nos reímos durante la cena, la forma en que me besó.

La forma en que me hizo sentir.

Pero peor que eso, persisto en que no fui suficiente para él.

Y lo mucho que me dolió.

Suena un chasquido en la cocina al saltar las tostadas de pan. Las sacos y hago malabarismos con ellas entre los dedos. Ay, están calientes. Pongo los huevos revueltos en los platos. —Mamá, papá, el desayuno está listo —llamo.

Bajan las escaleras y se sientan en la improvisada mesa de cartas en sillas de camping. —Esto luce delicioso. —Papá sonríe mientras coge el cuchillo y el tenedor.

Después de dar vueltas en la cama toda la noche, he decidido que no voy a dejar que ese horrible hombre de al lado me estropee el resplandor de mi nueva casa. No es nada para mí, y me da igual dónde viva o lo guapa que sea su mujer.

Cabrón.

Nuestra cita nunca pasó. Eso fue hace toda una vida. Seguí adelante.

—Quizá compre una mesa redonda para la zona de la cocina —pienso en voz alta. En la planta baja hay un vestíbulo con una gran escalera de madera maltrecha, un salón formal, y luego una

zona de comedor. En la parte trasera de la casa hay una gran cocina y una zona de estar informal. Todo horrible, por supuesto. Estoy impaciente por rehacer todo y hacerla mía.

—Quizá un banco empotrado en la esquina también quedaría bien —dice mamá mientras mira a su alrededor.

—Tal vez. —Sonrío—. Cuántas posibilidades.

—Quiero ver lo que haces con la casa —dice mamá mientras empieza a comer—. ¿Estás segura de estarás bien aquí sola?

—Sí. Vayan a su viaje. Lo tienen reservado desde hace más de un año. —Mamá y papá se van mañana a Europa para hacer el viaje de su vida, cuatro meses de turismo—. Hoy me dan el perro, ¿recuerdas? Estaremos bien los dos solos.

Mamá exhala pesadamente. —Ojalá pudiéramos quedarnos unos días más. Es sólo que se siente tan... vacía. Ni siquiera tienes muebles para la mayor parte de la casa.

—Mamá, estoy bien. Mis amigas están por aquí, y si necesito algo, Liam está aquí, y tengo suficientes muebles para arreglármelas hasta que lleguen las cosas nuevas. Vengo de un apartamento de una habitación, mamá. Claro que esta casa grande y vieja parece vacía ahora mismo.

—Supongo —acepta.

—Además, quiero vivir aquí unas semanas antes de decidir lo que quiero. Esta casa es diferente. Quiero sentirla de verdad y comprar las cosas correctas.

—¿A qué hora recoges a tu perro? —pregunta papá.

—En cuanto ustedes se vayan. —Encojo los hombros—. Estoy más emocionada por tenerlo que por la casa. —Hace años que quiero tener mi propio perro.

—No tendrá vicios, ¿verdad? —dice mamá—. Siempre me preocupa que los perros adultos de los refugios tengan vicios.

Pongo los ojos en blanco. —No es un vicioso. Es tan dulce como un pastel.

—¿Has pensado un nombre para él?

—Todavía no; ya veré cuál le queda mejor cuando llegue. —Apenas puedo borrar la sonrisa tonta de mi cara—. Tengo que pasar por la tienda y comprarle algo de comida por el camino. —Mi mente se desboca—. Me pregunto qué le gustará comer.

Toc, toc; suena la puerta.

Nos miramos. —¿Quién será? —Mamá frunce el ceño.

—No estoy segura. —Voy a la puerta principal y la abro para ver a una ancianita. Lleva una bandeja con un paño de cocina a cuadros rojos.

—Bienvenida al barrio. —Sonríe mientras me pasa la bandeja—. Ayer vi el camión y preparé unos panecillos.

—Oh. —Sonrío mientras se los recibo—. Muchísimas gracias. Qué bonito. Soy Juliet.

—Soy Carol Higginbottom. Vivo al otro lado de la calle. —Señala una casa al otro lado de la calle sin salida. Es una casa señorial con jardines perfectamente cuidados.

—Hola, Carol, encantada de conocerte. —Dios mío, qué dulce.

Carol mira por encima de mi hombro y hacia la casa como si fuera a entrar. —¿Está tu marido en casa?

—No. —Me pongo delante de ella. No quiero invitarla a entrar hasta que bote más cosas. Esto parece un basurero—. No estoy casada.

—Oh. —Me mira sorprendida—. ¿Comprometida entonces?

—No. Soltera. Compré la casa y viviré aquí sola.

Se le cae la cara de vergüenza. —Oh, cielos.

Finjo una sonrisa. Mmm, la dulce Carol es algo fastidiosa.

—¿Cómo haces, entonces, para poder pagarte una casa en este vecindario?

Borra lo de fastidiosa; Carol es jodidamente fastidiosa.

—Soy enfermera.

—Oh... —Me mira fijamente y veo cómo su cerebro se mueve a un millón de kilómetros por minuto—. Ya veo.

—¿Con quién vives, Carol?

—Soy viuda. Mervin falleció hace unos años.

—Lo siento.

—Yo también.

En realidad, puedo hurgar un poco en su cerebro mientras salimos a mi terraza. —Háblame de la calle.

Carol sonríe ampliamente. —Es un lugar maravilloso para vivir, querida. Es como una gran familia.

—Entonces, ¿conoces a los vecinos?

—Oh, sí, todos nos conocemos muy bien.

—¿Quién vive dónde? —pregunto.

—Bueno —señala su casa—, yo vivo en la casa blanca. En la casa de al lado vive Blake Grayson; es médico. Salvaje como pocos.

—Oh.

Chloe va a enloquecer, carajo.

—Luego tienes a Antony Deluca. Vive a tu lado.

—¿Solo? —pregunto.

—Tiene una novia distinta cada semana. —Ella pone los ojos en blanco—. Es abogado y no está mucho en casa. Trabaja en casos importantes por todo el estado.

—Oh. —Echo un vistazo a la casa gris. Un abogado elegante, ¿eh?

Mmm.

—Al otro lado de mí, en la casa color crema, está Ethel. —Carol sonríe—. Es anciana y un poco frágil. Todos la cuidamos.

Sonríó. Tengo que admitir que parece un lugar agradable para vivir.

—Luego, en la esquina —señala calle abajo hacia una casa enorme que está en la esquina y pone los ojos en blanco— está la casa de los militares. Mejor evitarla a toda costa.

—¿La casa de militares? —Frunzo el ceño.

—Seis militares Navy Seal viven allí juntos. No sé, operaciones especiales o algo así.

Mis ojos viajan en el camino a esa casa... despierta mi interés.

—En esa casa pasan cosas raras, querida.

—¿De verdad? —Me muerdo el labio para ocultar mi sonrisa. Las cosas raras que involucran operaciones especiales suenan sexys.

—Mujeres que van y vienen a todas horas. Unos auténticos mujeriegos. —Se inclina para volver a bajar la voz—. No me sorprendería que fueran swingers.

—Oh... —Asiento con la cabeza mientras mis ojos recorren su casa—. ¿Están casados?

—No. —Ella frunce el ceño—. ¿Qué te hace decir eso?

—Los swingers están casados, ¿no?

—No, no, querida, sólo significa que tienen relaciones sexuales con mucha gente. Búscalo en

el Google.

El Google.

Me muerdo el labio para ocultar mi risa. Carol cree que lo sabe todo, y está claro que no es así.

—De todos modos —continúa—, son enormes y musculosos, salen a correr y realizan todo tipo de actividades extremas.

Mis ojos se detienen en su casa.

Interesante.

—Alquilan y no se relacionan mucho con nosotros. A los chicos no les gustan mucho.

—¿Los chicos?

—Los hombres de esta calle son muy unidos. Pasan el rato juntos.

—¿Qué hombres?

—Bueno, al lado tuyo, en un lado, vive Henley James.

—¿Cómo es? —Me hago la despistada.

—Hermoso hombre. —Se inclina y baja la voz—. Tiene una gran empresa de ingeniería, con mucho éxito.

—¿Lo es? —Asiento con la cabeza mientras escucho—. ¿Cómo es su esposa?

—No está casado. Aunque todas las mujeres que conoce se enamoran locamente de él.

Uf...

—Ya veo.

—Y en la casa blanca, al otro lado de ti, está Bennet Stark.

—¿Cómo es?

—Es un genio de la informática, desarrolla aplicaciones o algo así. —Se encoge de hombros—. No tengo ni idea, pero por lo visto es el mejor en lo suyo. Además, está soltero. De hecho, creo que ahora tiene novia. A veces hay un auto extraño por la noche.

—Ah, ya veo. —Miro alrededor de la pequeña calle sin salida. Parece que aquí viven muchos hombres. Chloe se va a poner muy celosa cuando descubra que Blake Grayson es uno de ellos.

—Rebecca y John están enfrente. También son encantadores. Se casaron hace unos años.

—¿Qué hacen?

—John es cirujano y Rebecca es profesora.

—Me parece estupendo. —Sonrío, agradecida por la información—. Gracias por el resumen.

—Espero que te gusten los panecillos, querida —dice Carol mientras baja los escalones de la entrada. La acompaño mientras hablamos.

—Así es. Muchas gracias. —Echo un vistazo bajo el paño de cocina y veo que sale vapor—. Oh, todavía están calientes. —Sonrío sorprendida cuando llegamos a mi buzón.

—En mi casa no hay la basura de la tienda, querida. Seguro que también cocinas bien.

—Claro que sí —miento con una sonrisa falsa. No sé cocinar una mierda, Carol, pero da igual.

Una Range Rover negra entra en la calle. —Henley acaba de llegar a casa —dice Carol.

Joder.

Llega en su auto, nos saluda con la mano y estaciona en su entrada. Su casa es grande y elegante.

Sale del auto y saluda con la mano. —Hola, Carol. —Empieza a entrar en casa—. Bonito día. —Camina hacia la puerta principal y se detiene en el sitio.

Acaba de darse cuenta de quién soy.

Se gira hacia nosotras y frunce el ceño mientras sus ojos se clavan en los míos.

Mierda.

—Ven a conocer a nuestra nueva vecina —llama Carol.

Tuerce los labios como si estuviera enfadado y se acerca con las manos en los bolsillos de su elegante traje. —Nos volvemos a encontrar.

Oír su voz sexy y familiar rompe la poca cordura que hay en mi cerebro, y sólo quiero lanzármele encima y ser una zorra.

—¿Perdona? —Sonrío dulcemente mientras finjo no saber quién es. Le tiendo la mano para estrechársela—. Soy Juliet. Encantada de conocerte.

Entrecierra los ojos, confuso, mientras me estrecha la mano. —Henley James.

—Juliet acaba de mudarse; le hice unos panecillos.

Los ojos de Henley permanecen fijos en los míos, su rostro sin emoción. —Los mejores panecillos del país, Carol.

Carol suelta una risita exagerada. —Oh, Henley, siempre bromeando.

Pongo los ojos en blanco al hacerse evidente que Carol es una de esas mujeres que están enamoradas de él.

—Los propietarios deben de estar alquilando esta casa mientras consiguen que se apruebe el permiso para la nueva construcción —dice Henley.

Eso quisieras.

—No, Harry —le respondo.

—Henley —me corrige, poco impresionado.

—La compré.

—¿Qué? —Frunce el ceño—. ¿Cómo que *tú* la compraste?

Quiere decir: ¿Cómo podría permitirme una casa en esta calle? Imbécil juicioso. Empiezo a oír los latidos de mi corazón enfadado en mis oídos. —¿Qué otra cosa podría querer decir, Harry? Compré la casa.

—Henley —suelta entre dientes apretados—. No vuelvas a llamarme Harry. —Sus ojos se clavan en los míos y me cuesta mucho no echarme a reír. Este plan de hacerme la olvidadiza es divertidísimo.

Dios, soy brillante.

—Encantado de conocerte —miente antes de marcharse enfadado—. Adiós, Carol —dice por encima del hombro.

—Adiós —devuelve Carol—. Te haré unos panecillos el domingo, Henley.

—No es necesario. —Agita la mano en el aire y sigue caminando.

Carol se le queda mirando, perpleja. —Debe de estar muy ocupado. Suele ser tan cálido y acogedor; nunca es así de grosero. —Levanta las cejas mientras contempla su reacción hacia mí.

Sólo es amable en las primeras citas cuando quiere mojarse la polla... imbécil.

Me enfurece sólo volver a verlo.

—Gracias por los panecillos. —Sonrío—. Ha sido un placer conocerte. Tengo que irme.

—Adiós, Juliet.

Saludo con la mano y vuelvo a entrar en casa, sintiéndome un poco orgullosa de mí misma al cerrar la puerta.

Eso estuvo bien. Probablemente no vuelva a cruzarme con él. Quizá este no sea el desastre que creía que iba a ser.

Una hora más tarde, doblo una camiseta y la meto en la maleta de mamá que yace sobre su cama. —Ahora recuerda —le digo mientras recojo sus cosas—, si alguien intenta agarrarte o te sientes insegura, llama inmediatamente al guía turístico.

—Lo sé.

—Y si papá se pone demasiado hablador con la gente, no dejes que les cuente todos sus detalles. Sabes que es muy hablador, y no puedes fiarte de todos los que conoces en el extranjero. No es lo mismo que en casa, mamá.

—Sí. Sí, lo sé. —Mamá pone los ojos en blanco ante mi sermón.

—Y si el tobillo de papá le da problemas, no pasa nada por pasar unos días de descanso en el hotel.

—Oh, Juliet, deja de preocuparte. —Suspira.

Exhalo pesadamente. Con todas las cosas que he tenido que hacer en casa, acabo de darme cuenta de que mis padres viajan solos por primera vez al extranjero. Es un poco aterrador. —Si ocurre algo médico, llámame y estaré en el primer avión.

—Sí, sí.

—Hay alguien en la puerta —llama mi padre desde el baño.

—¿Quién será? —pregunta mamá.

—Creo que es el repartidor. —Arrojo el jersey al maletín y bajo las escaleras. Abro la puerta y veo a Henry—. Oh —tartamudeo, sorprendida—, Henry.

Me mira inexpresivo.

—¿Sí?

—Si vuelves a llamarme por un nombre equivocado, habrá un infierno que apagar.

—Lo siento. —Sin poder evitarlo, sonrío—. Perdóname, pero ¿cómo es que te llamas?

—¿*De verdad* no te acuerdas de mí?

Hago una mueca de preocupación. —Lo siento mucho, ¿debería?

Tuerce los labios, poco impresionado.

—¿Cuándo nos conocimos? —Me encojo de hombros—. ¿Fue en el trabajo? Soy enfermera, así que conozco a mucha gente y se me dan fatal las caras.

Se inclina hacia mí. —No sé a qué juegas fingiendo que no me conoces —susurra enfadado—, pero no me gusta que estés irrumpiendo en mi calle.

—¿*Tu calle*?

—Así es. —Su mandíbula palpita mientras me mira fijamente.

—Sé que esta calle ciega se llama Kingston Lane, pero no sabía que tuviera su propio rey. Qué suerte tenemos.

—No eres graciosa —suelta.

Sí lo soy.

—Por favor, dime cuál es tu problema —pregunto impaciente.

—Creo que lo sabes.

—No lo sé. Sigues diciendo que nos conocimos, pero no tengo ni idea de dónde. Así que, a menos que estés dispuesto a decirme de qué se trata, no tenemos nada de qué hablar.

—No me jodas —se burla—. Sé que te acuerdas de mí. No te hagas la tonta.

Siento que mi ira se desborda. Este hombre es un puto cerdo exasperante.

—No sé de dónde nos conocemos, pero ha quedado muy claro por qué decidí olvidarte. Sigues practicando ser un imbécil, ¿verdad?

—No practico. —Sus ojos furiosos sostienen los míos—. Lo perfeccioné.

Buena repuesta.

—¿Qué quieres? ¿Quieres que te felicite por haberte convertido en un perfecto imbécil? —susurro enfadada.

—Quiero que te mudes, eso es lo que quiero. Nuestra calle no necesita a alguien como tú viviendo aquí.

—Mala suerte, Oh gran jodido señor Rey; no me mudaré Henley, y nadie me juzga excepto yo misma, así que apártate de mi camino.

Tiene los ojos desorbitados. —Tú apártate de mi camino.

—Repitiendo mi respuesta como tonto, imbécil.

—Juro por el puto Dios... —susurra enfadado.

—Juliet. —La voz de mi padre resuena al abrirse la puerta mosquitera—. ¿Quién es tu amigo? *Mierda.*

Henley y yo nos apartamos el uno del otro. —Papá, este es mi vecino. Vino a saludarme.

Esto es incómodo. Les conté a mis padres la decepción de mi cita cuando ocurrió. Y aunque nunca les dije su nombre, si Henley pregunta dónde está mi prometido, estoy jodida.

—Papá, te presento a Henley. —Hago un gesto hacia Henley—. Henley, te presento a mi padre; Henley ya se iba —suelto apresuradamente.

Dios mío, vete.

Vete ahora.

—Hola. —Papá sonríe mientras le estrecha la mano.

Henley finge una sonrisa. —Encantado de conocerte.

—Hermoso lugar en el que vives —responde papá—. Es como el paraíso.

Los ojos de Henley parpadean hacia mí como si estuviera a punto de decir algo. —Lo era, digo, lo es —se corrige Henley.

—Mañana nos vamos a Europa, mi esposa y yo. Decir que estoy emocionado es poco —continúa papá.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunta Henley.

—Cuatro meses.

—Henley ya se iba, ¿no? —Ensancha los ojos en señal de despedida—. De verdad que no hace falta que me hagas panecillos. Pero gracias por el ofrecimiento.

Empieza a bajar los cuatro escalones de la entrada.

—Henley —dice mi padre.

Henley se gira. —¿Sí?

—Vigílala por mí, ¿quieres?

Los ojos calculadores de Henley se cruzan con los míos. —¿No debería hacerlo su esposo? —se burla sarcásticamente.

¡Mátenme ya!

Maldito Liam. Voy a matarlo.

—Juliet no está casada. —Papá se ríe—. Quizá tengas un amigo con quien emparejarla.

Por el amor de Dios. *Cállate, papá.*

Abro la puerta y hago un gesto hacia el interior. —Tienes que hacer la maleta.

Entra ahora mismo antes de que te mate a golpes con la alfombra de la entrada.

—Adiós, Henley. Encantado de conocerte —dice mi padre.

Henley saluda con la mano y sigue caminando hacia su casa. Observo su ancha espalda mientras desaparece por el césped.

—Qué hombre más simpático —dice mi padre en voz alta mientras entra. Seguro que Henley lo escuchó.

No lo es, papá. Ni de lejos.

—Por aquí. —La encargada me conduce por un pasillo.

—Estoy muy emocionada. —Casi bailo detrás de ella—. Llevo toda la vida queriendo este perro.

—Es un perro precioso. Le han puesto todas las vacunas y está listo.

Llegamos a su sitio y me mira. Tiene los ojos tristes y se me parte el corazón. —Hola, tú. —Sonríó mientras me agacho—. ¿Qué raza de perro es?

—No estoy segura. Estoy segura de que tiene un poco de Springer Spaniel en alguna parte. —Ella abre la rejilla y él se mantiene en pie, inseguro por no saber lo que va a ocurrir.

Es marrón y está perfectamente manchado. —¿Y cuántos años tiene?

—A juzgar por sus dientes, creemos que alrededor de tres años. Aunque podría ser un poco más joven o más mayor. No es super viejo, por decirlo de alguna forma.

—¿Y cómo llegó al refugio?

—Su dueño murió inesperadamente.

—Oh. —Se me hunde el corazón—. Pobre bebé.

—Sal, Barry —dice ella.

—¿Barry? —Frunzo el ceño.

—Sí, se llama Barry. Puedes cambiárselo si quieres.

—¿Su último dueño le llamaba Barry, o se lo pusiste desde que está aquí?

—Siempre se ha llamado Barry.

En realidad no quiero tener un perro que se llame Barry. Estaba pensando en algo más noble y divertido.

Mmm, tendré que pensarlo.

—Era un perro de exterior en su última casa.

—Pero... ¿le gusta estar dentro? —pregunto.

—Enséñame a un perro que no. —Le pone la correa y él sale tímidamente.

Le tiendo la mano para que la huela. —Hola. —Su cola da un débil meneo y sonrío—. Vamos a casa. —Lo conduzco con cuidado fuera de la puerta, y él vuelve a mirar al empleado como diciendo: *¿Puedo irme?* Salimos hacia mi auto y lo ayudo a subir al asiento trasero. Se sienta tranquilamente y cierro la puerta tras él—. Eres un buen chico. —Le sonrío por el retrovisor. Es tan maravilloso poder hacer esto. No hay nada mejor que esto.

1:00 a.m.

—Guau, guau, guau —ladridos por todo el vecindario.

Espero.

—Guau, guau, guau.

Me revuelvo en la cama. —Coño, Barry.

Silencio durante unos instantes.

Auuuuuuuuuuu.

—¿Qué demonios? ¿Ahora aúlla como un hombre lobo? —Retiro las sábanas y bajo las escaleras. Abro la puerta trasera—. ¿Qué? —susurro enfadada—. ¿Qué quieres?

Barry mueve la cola, dispuesto a jugar.

—Entra. No dejas dormir a toda la calle.

Entra en la casa pasándome por delante y cierro la puerta tras él. Esto está pasando desde hace horas. Ladra cuando lo dejo fuera, y entonces lo dejo entrar. Cinco minutos después ladra para volver a salir.

No tengo ni idea de lo que quiere ni de lo que hay que hacer.

Me tumbo en el suelo, agotada, mientras Barry corre en círculos. Ladrando para que juegue, salta y me muerde el pelo. Coge una pelota y la deja caer junto a mi mano.

Oh Dios...

—No es hora de jugar —murmuro soñolienta. Recoge la pelota y vuelve a dejarla caer.

Me quedo dormida un momento, y él va a la puerta de atrás y empieza a ladrar para salir.

—¿Qué haces? —Suspiro frustrada—. Acabo de dejarte entrar.

Empieza a arañar la puerta trasera para salir.

Demonios, esto no estaba en el folleto de venta.

Me levanto y lo dejo salir, y vuelve corriendo al patio todo emocionado.

—Ve. A. Dormir. —Cierro la puerta y vuelvo al salón. Ni siquiera tiene sentido volver arriba. Sólo volveré a bajar dentro de dos minutos. Cojo la manta y me acurruco en el suelo con unos cojines.

Pum, pum, pum.

Me despierto sobresaltada.

Pum, pum, pum.

¿Eh? Me siento, toda desaliñada. Me quedé dormida. ¿Alguien está tocando la puerta?

Auuuuuuuuuuuuuuu, oigo desde el patio trasero.

Mierda, Barry está aullando otra vez.

Abro precipitadamente la puerta principal y veo a Henley de pie en la puerta, con unos calzoncillos de satén azul marino. —¿En serio eres tan egoísta? —espeta mientras entra en mi casa.

—¿Eh? —Entrecierro los ojos mientras intento enfocar la vista—. ¿Qué?

—Tu perro no deja dormir a todo el vecindario —suelta enfadado.

Auuuuuuuuuuuuuuu, grita el hombre lobo desde el patio trasero.

—Lo siento mucho —tartamudeo—. Es nuevo y se está adaptando. Acabo de recibirlo hoy.

—Es una puta pesadilla.

Auuuuuuuuuuuuuuu, suena el hombre lobo.

Henley se acerca y abre precipitadamente la puerta trasera. —¡Cállate! —grita tan alto que podría oírse desde el vecindario de al lado.

Barry se calla un momento y vuelve a ladrar.

Henley marcha hacia mi patio trasero. —Escucha, tú —grita mientras señala la perrera de Barry—. Métete en tu cama y duérmete. Ahora. Mismo.

Barry entra en su perrera y se acurruca.

Henley vuelve a entrar en mi casa y da un portazo.

—Mañana te llevarás a ese perro de vuelta a su lugar de origen —exige.

Este hombre es el imbécil más egocéntrico de todos los tiempos. Me rasco la cabeza y siento que se me ponen los pelos de punta.

—¿Lo entiendes? —Sus ojos bajan por mi cuerpo y su ceja se alza—. ¿Y qué coño llevas puesto?

CAPÍTULO 4

Juliet

ME MIRO y me estremezco. ¿Qué llevo puesto? —Bueno... obviamente... —Busco algo que decir, alguna intervención divina que me ofrezca una excusa. Levanto la mirada hacia su musculoso cuerpo en calzoncillos, y levanto las manos hacia su cuerpo. Por supuesto que parece photoshopeado—. La pregunta es: *qué* llevas puesto *tú* —balbuceo.

Pone las manos en las caderas en un desafío silencioso. —Pijamas.

—Bueno... —Se me traba la lengua y no encuentro las palabras adecuadas. ¿Por qué demonios este chico me pone tan tonta?—. ¿Cómo te atreves a venir aquí en mitad de la noche y empezar a darme órdenes medio desnudo en pijama? Esto no funciona así, Henley. No sé quién te crees que eres, pero puedo asegurarte que no tienes ni voz ni voto en nada de lo que ocurre en esta casa.

Su actitud cambia y da un paso adelante, lo que me hace retroceder un paso.

Su cercanía hace que mi corazón dé un vuelco en mi pecho.

—He venido para controlar a tu mestizo.

—El control de mi mestizo no es asunto suyo, señor James.

Vuelve a dar un paso adelante, sus ojos se oscurecen. Instintivamente retrocedo hasta quedar acorralada contra mi nevera.

—Tu *mestizo* es asunto mío.

¿Cómo hace que la palabra *mestizo* suene sexy?

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras nos miramos fijamente, el aire arremolinándose entre nosotros.

Coge un mechón de mi pelo y lo sujeta entre sus dedos. Su aliento me hace cosquillas en la piel. —Tu pijama es ridículo.

—Me gusta —suelto. Es mentira. Quiero morir mil veces ahora mismo.

Sin decir nada más, se da la vuelta y sale por la puerta principal. Miro fijamente la parte de atrás mientras se cierra tras él.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Miro mi ropa interior de Minnie Mouse. —Muérete, Minnie.

—Dios mío, no puedo creer que Blake Grayson viva aquí —susurra Chloe mientras mira a través de las cortinas—. Esta calle es la nave nodriza de los orgasmos. El santo grial, incluso.

Pongo los ojos en blanco, sin impresionarme. —Son imbéciles. Todos los hombres son grandes imbéciles.

—Eso es exactamente lo que busco, así que todos salimos ganando —responde ella mientras sigue espionando—. De todas formas, ¿quién puso ese pequeño campo de golf?

—El marido de Ethel era jardinero. Por lo visto, le encantaba el golf, así que convirtió el centro de la calle en un área verde de práctica, puso allí una parrilla con mesa y sillas. Murió, pero ahora todo el mundo utiliza la zona del parque que él creó.

—¿Así que todos pasan el rato en medio de la calle? Esto es realmente brillante. Podemos ver lo que hacen desde tu ventana. En primera fila.

—Uf, la verdad es que no pensé en esto.

—Vale, pues ponme al corriente —dice mientras sigue mirando por la ventana—. ¿Quién es quién?

Me levanto y me uno a ella. Todos los hombres están sentados en la mesa y las sillas, y unos cuantos están poniendo pelotas de golf.

—Está Henley poniendo la pelota de golf, y obviamente Blake Grayson está a su lado.

Mis ojos se detienen en los músculos de los hombros de Henley que se mueven mientras golpea la bola.

Demonios...

—Coño, Blake está buenísimo —murmura, con los ojos clavados en ellos—. Espero que se quite la camiseta.

—¿Por qué iba a quitarse la camiseta? —Frunzo el ceño.

—Porque está bueno de tanto jugar al golf. —Ella abre los ojos como si yo fuera estúpida.

¿En serio?

—También está el chico que es abogado, pero olvidé su nombre. Aún no le he visto —continúo—, y no lo sé, pero supongo que uno de los chicos que están sentados en la mesa es mi vecino del otro lado, Antony o algo así. —Me encojo de hombros—. Y a su lado está... —Me encojo de hombros—. No lo sé. Aún no conozco a los demás.

—Pues sal ahí fuera.

—¿Qué?

—Salgamos a conocerlos.

—No lo haremos. Ya he tenido un combate con el Rey Henley el Grande, y no quiero la revancha.

Seguimos espionando por la ventana.

—Es una excelente vista —susurra Cloe, con los ojos clavados en la calle—. Este es mi nuevo asiento, 24/7. ¿Tienes palomitas?

La noche, contempladora de secretos. Instigadora de pecados.

Permanezco en las sombras de mi dormitorio. Mi luz está apagada; sus lámparas de la mesa de noche están encendidas.

Asientos de primera fila en el mejor espectáculo de la ciudad.

Tengo una nueva afición, de la que no estoy orgullosa. Espiar a quien no debo: el autoproclamado regalo de Dios para las mujeres, Henley James.

Verlo en el golf fue malo de por sí, pero esto es subir de nivel.

No debería hacerlo. Soy muy consciente de lo espeluznante que es, sobre todo porque nos odiamos, pero de algún modo eso lo hace mucho más delicioso.

Una tentación perversa.

Una droga que no debería querer, y no quiero... Juro que no.

Henley se pasea por su dormitorio llevando sólo una toalla. Deja las persianas abiertas, y empiezo a preguntarme si me está enseñando a propósito lo que tiene. Lo que cree que me estoy perdiendo. Cebándome para que tenga pensamientos perversos sobre él mientras estoy sola en la cama.

No es que alguna vez lo hiciera, por supuesto.

Me muerdo la uña del pulgar mientras mis ojos recorren sus músculos marcados. Una espalda ancha y bronceada, y un vello disperso en el pecho y un rastro fino que desaparece bajo su toalla.

Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan bueno en la cama?

Basta ya.

No hay nada de él que me guste, y sin embargo me encuentro repasando nuestro pequeño intercambio en la cocina de la otra noche. En cierto modo, me hubiera gustado que me arrancara las bragas de Minnie Mouse y me inclinara sobre la encimera de la cocina.

Retira las mantas y contengo la respiración; deja caer la toalla y tengo una vista panorámica de su culo perfecto. Siento cosquillas en el estómago.

Ahí estás.

Se mete en la cama y coge un libro de la mesita. Se pone las gafas y se sienta contra su gran cabecero.

¿Qué está leyendo?

Ojalá tuviera binoculares.

Sonrí al pensarlo y, tras una última y larga mirada a través de la ventana, me meto en la cama y me acurruco en la almohada. —Buenas noches, Barry —digo mientras miro a mi compañero de piso.

Pero no me oye; Barry está profundamente dormido.

—Buenos días. —Sonrí al entrar en la sala de enfermeras.

—Hola, volviste. —Leonie sonrío mientras me entrega la enorme pila de expedientes de pacientes—. ¿Cómo le va a la gran propietaria?

—Estupendo. —Me río. Hoy es mi primer turno de vuelta al trabajo después de una semana de descanso—. Gracias por dejarme hacer el turno de día durante las próximas semanas. Mi nuevo perro aún se está adaptando y todavía no puedo dejarlo por la noche. —Abro la primera carpeta y empiezo a leer las notas.

—¿Cómo se llama? —pregunta Karen.

—¿Mi perro? —Paso a la segunda carpeta—. Barry.

—¿Barry? —Warren frunce el ceño—. ¿Por qué demonios le pusiste Barry a tu perro?

—No lo hice. Vino con él.

—Cuéntanos todo sobre tu casa. Nos morimos por saber —dice Leonie.

—Bueno. —Me encojo de hombros—. La casa es horrible, pero la calle es bonita.

—¿Y los vecinos?

—Son... geniales.

Warren se vuelve hacia la computadora, y Leonie me mira con los ojos abiertos a sus espaldas.

—¿Qué? —digo con la boca.

Garabatea en un papel.

Karen me dijo que Warren va a pedirte una cita hoy.

Mis ojos se abren de par en par. Mierda. Hace tiempo que lo noto super amistoso, y la verdad es que no sé cómo manejarlo porque aprecio mucho nuestra amistad. Trabajamos juntos casi todos los turnos; va a ser incómodo entre nosotros que me pida salir. Renee garabatea otra nota.

Dile que tienes novio o algo así.

—¿Estás bromeando? —digo con la boca.

Antes de que te pida salir, o será jodidamente incómodo.

Cierto.

—Tengo un jardín y mi perro es estupendo. Creo que de verdad me va a gustar estar allí. —
Divago.

—Tengo muchas ganas de ir a la despedida de soltera de Deb el sábado —dice Leonie.

—Yo también —respondo. En realidad, no. Está el pequeño problema de que Barry esté solo en casa. Todo irá bien; seguro que ya se habrá acostumbrado.

—¿Qué te hizo comprar en esa zona? —pregunta Warren—. Está bastante lejos de tu antigua casa.

Intento pensar en algo rápidamente. Necesito ganar tiempo. —Volví con mi ex —miento.

Warren levanta la vista de la computadora, horrorizado. —¿Qué? —Nos mira a Renee y a mí —. ¿Desde cuándo?

—Bueno... —Hago una pausa. Oh, no, por favor, no hagas dudar. No sé mentir una mierda.

Leonie interviene. —Hace años. Vive al lado, ¿no? Encontraste la propiedad mientras estabas en su casa.

¿Qué?

Es la peor mentira de todos los tiempos.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Así que... tenía sentido... quedarme en la zona.

Vaya.

Warren asiente y finge una sonrisa. —Me parece estupendo.

Froto el hombro de Warren, sintiéndome culpable por mentir, pero tiene que confiar en mí en esto. Es lo mejor para nosotros. —Manos a la obra, amigo. He echado de menos nuestra amistad mientras estaba fuera.

—Yo también te he echado de menos. —Warren se levanta de la silla—. Vámonos.

Warren sale de la habitación y Leonie se seca la frente.

Uf, eso estuvo cerca.

—¿Estás listo para irnos, muchachote?

Barry corre hacia la puerta principal, moviendo la cola salvajemente. Hemos creado nuestra pequeña rutina matutina, y parece que va muy bien.

Resulta que si Barry sale a correr por la mañana, se contenta con que yo vaya a trabajar mientras él se tumba al sol en el patio trasero.

Cuidar de este maldito perro es como tener un bebé.

Sabía que sería un trabajo duro, pero no me había dado cuenta de que sería tan pesado.

Le pongo la correa y salgo por la puerta principal. Mi locura tiene un método. He descubierto que si salgo exactamente a las 6.40 a.m., me encuentro con el imbécil del ingeniero de al lado cuando se va a trabajar.

Realmente necesito controlarme. Mi espionaje se está convirtiendo en una ocupación a tiempo completo, y realmente no sé por qué, porque ni siquiera me gusta.

Es sólo que sería mucho más fácil ignorarlo si no fuera tan agradable a la vista... y a la memoria.

Bajamos por la acera de enfrente y Carol está regando el jardín con la manguera. —Buenos días, Juliet —llama.

—Buenos días, Carol. —Sonríó—. Hace un día precioso, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Saldrás a correr de nuevo esta mañana, querida?

—Ajá.

—Corre también por mí, ¿quieres?

Me río y estiro las piernas mientras me agarro al buzón. Sinceramente, esta calle sin salida es como vivir en un sueño. Básicamente soy una esposa de Stepford, pero sin el marido ni la parte de ser rica y perfecta.

Justo a tiempo, se abre la puerta de Henley y sale con su traje, hoy azul marino. Nos saluda con la mano a Carol y a mí. Y como las sucias pervertidas que somos, le devolvemos el saludo.

Guarda su maletín en el asiento trasero de su Range Rover y contesta al teléfono. Permanece de pie junto a su auto mientras habla con alguien, y mis ojos se detienen en el fino espécimen. Postura perfecta, 1,90 m, pelo oscuro, mandíbula cuadrada, y construido como una máquina bien engrasada.

Una máquina sexual.

Y yo lo sé, porque lo veo casi desnudo todas las noches.

Creo que en secreto quiere que mire, y es que si yo estuviera la mitad de buena que él, también dejaría las persianas abiertas. Demonios, pasearía desnuda todo el tiempo.

Uf... contrólate, Juliet.

Es un gran imbécil... ¿recuerdas?

No para de hablar por teléfono, y espero que se vaya pronto o tendré que salir a correr y que me vea. Eso es incómodo. ¿Cómo me veo por detrás? Normalmente sólo lo veo por un momento, y luego se marcha.

Sigo estirándome, esperando mi momento.

Vete ahora... vamos. Sube a tu auto y vete.

Lo miro mientras habla por teléfono. Tiene las mangas de la chaqueta un poco levantadas y puedo ver su caro y grueso reloj. No sé qué tipo de reloj es, pero probablemente cueste más que mi auto.

Maldita sea, no puedo seguir merodeando. Es tan obvio lo que estoy haciendo. Aquí no pasa nada. —Vamos, amigo. —Empiezo a trotar con mi fiel amigo a mi lado, esforzándome por parecer animada. Llego a cincuenta metros de la carretera y estoy a punto de desplomarme. *Vete de una vez. No puedo mantener el ritmo tanto tiempo.*

Cuando me acerco a la casa militar, se abre la puerta principal. Aparece un chico musculoso de pelo corto y dos chicas.

Besa a una chica y luego se gira y besa a la otra. Carol tenía razón: *son gangbangers.*

Oh...

Sigo pasando, fascinada.

Qué exótico... quedo perpleja. ¿Cómo funciona eso? ¿Acaba con una por completo y luego pasa a la otra, o siguen intercambiándose todo el tiempo? Pienso en este escenario por un

momento. No creo que me gustaría compartir con otra chica; eso no me excita. Me gustaría ser yo la que estuviera con dos hombres.

Barry se cruza de repente delante de mí. Tropezco y me caigo, pero de la forma menos femenina y desbaratada posible.

El Range Rover negro se detiene a mi lado y baja la ventanilla del acompañante. —¿Qué pasó, Juliet, distraída? ¿No puedes mantener la vista en el camino? —pregunta Henley mientras levanta la ceja, y no sé si está siendo juguetón o prejuicioso.

—Sólo vigilo las cosas por aquí, Sr. James —respondo mientras sigo corriendo.

—Y como la adición más reciente al programa de vigilancia vecinal de Carol, ¿qué has descubierto? —pregunta.

—Que la casa militar es definitivamente una casa para vigilar.

La picardía se dibuja en su rostro mientras conduce a paso lento a mi lado. —Creía que corrías más rápido que esto.

Creíste mal.

—¿Criticar a deportistas de élite es un hobby para ti? —resoplo. *Por favor, aléjate. Estoy a punto de sufrir un paro cardíaco.*

—Solo a los torpes. —Sonríe.

¿Cómo puede ser hermosa una sonrisa?

Contrólate, Juliet.

Es un imbécil.

—Sigue tu camino, entonces. —Intento no resoplar.

Muero... sin aire.

Su auto se mantiene lento conmigo. —¿Te molesto?

¡Aléjate, hijo de puta!

—Sí, y se te da muy bien —resoplo—. Ve y haz lo que sea que hagas.

Sonríe como si hubiera cumplido su misión. —Que tengas un buen día. —Se marcha y yo lo miro mientras su elegante auto desaparece al doblar la esquina. Me detengo y pongo las manos sobre las rodillas mientras jadeo.

A lo mejor es amable conmigo porque le doy pena por mi pijama.

Tengo una visión de mí misma en ropa interior de Minnie Mouse y de lo que debe pensar de mí, y jadeo de asco.

—Sigue corriendo, zorra.

Todo el mundo de blanco en una despedida de soltera.

¿Qué será lo próximo, una boda negra?

Doy un paso atrás para mirarme en el espejo de cuerpo entero. —Mmm.

Me giro y me miro el trasero. Este vestido es mucho más corto de lo que suelo llevar.

Mi pequeño vestido es entallado y sin tirantes, y llevo tacones de aguja nude con un bolso de mano del mismo color. llevo mi bronceado artificial, el pelo rubio suelto y con volumen, y mi maquillaje, que quiero pensar es *sexy*.

—Nada mal.

Voy a relajarme esta noche, divertirme con las chicas, tal vez bailar con alguien para olvidarme de todo. Y por todo, me refiero a mi vecino de al lado, Henley James, el de la cara de imbécil.

Ese maldito hombre distrae.
Llevo más de dos semanas en mi casa y, en lugar de pintar y planificar mis reformas, lo único que hago es conspirar y espiarlo.
Es contraproducente y se está volviendo muy molesto.
Saco el enorme hueso de Barry de la nevera y lo llevo atrás. —Esto te mantendrá ocupado —le digo. Se limita a mirarme, completamente desinteresado por mi regalo.
—Cómetelo —le digo.
Lo ignora.
Vuelvo a entrar y él intenta seguirme. —No, sé un buen chico y diviértete solo esta noche. Mamá necesita una noche fuera.
Inmediatamente empieza a ladrar y a arañar la puerta para que lo deje entrar.
—No —le digo.
—Guau, guau, guau —continúa.
—En serio. —Miro el reloj—. Tengo que irme. —Me alejo de la puerta trasera. Quizá si no puede verme, se calme. Le gusta quedarse fuera si estoy en casa.
Me vuelvo a aplicar el pintalabios con el sonido de sus ladridos a lo lejos.
Joder.
No quiero que Henley se vuelva loco otra vez.
—Barry, basta.

Henley

Sostengo las cartas en la mano y doy una calada a mi puro. Mis ojos recorren la mesa.
Noche de póquer.
Y les estoy pateando el culo.
Blake deja un montón de fichas. —Subo la apuesta a cincuenta.
Entrecierro los ojos. —¿Estás seguro?
—Positivo.
—Parece que harán otro depósito en el banco de Henley James. —Sonrío.
Blake sujeta el puro entre los dientes mientras mira a través de su mano. —Ese banco está jodidamente corrupto. —Arroja sus cartas al suelo.
Me río entre dientes. —¿Y tú, polla blanda? —le pregunto a Ant.
—Vete a la mierda —murmura Bennet, profundamente concentrado, con un bolígrafo estratégicamente colocado detrás de la oreja—. Paso.
—Full house. —Sonrío mientras dejo las cartas.
La mesa estalla. —Vete a la mierda —gritan todos—. Tienes que estar haciendo trampa.
Me río mientras empiezo a barajar las cartas.
Suena un golpe en la puerta.
—Esa es la pizza —digo. Todos arrojamus veinte dólares sobre la mesa, y Blake va a abrir la puerta.
—¿Quién quiere doblar la apuesta? —Sonrío mientras miro alrededor de la mesa.
—Triplicala —dice Antony.
Me río mientras me reclino en la silla. —Suplicando que te dobleguen otra vez, por lo que veo.

—Bueno, hola —oímos decir a Blake con su voz que intenta sonar sexy—. ¿Quién eres tú?

—¿Está Henley en casa? —Oigo la voz de Juliet, y levanto la vista para verla vestida de blanco luciendo como la mismísima Afrodita.

Al segundo estoy en la puerta. —Juliet. —Mis ojos bajan por sus piernas bronceadas y musculosas, y las imagino alrededor de mis orejas.

Siento que me retuerzo de excitación.

Mmm.

—Siento interrumpir —dice.

De repente, todos los chicos están detrás de mí, esperando a que los presente.

Váyanse a la mierda.

—Hola, soy Bennet. —Da un paso adelante y le estrecha la mano—. Encantado de conocerte.

Lo miro inexpresivo. Ni se te ocurra.

—Hola. —Sonríe—. Soy Juliet. —Señala su casa con el pulgar—. Acabo de mudarme a la casa de al lado.

—Es estupendo —dice Antony de forma exagerada—. Somos vecinos. *Excelente.*

Le doy un codazo rápido en las costillas.

—Soy Blake. —Le estrecha la mano y la gira para que quede de espaldas a mí—. Estás fabulosa, por cierto. El blanco resalta mucho tus ojos.

—Oh... —dice ella, avergonzada—. Gracias, supongo.

Doy un paso detrás de ella y le hago un gesto a Blake de que le cortaré la garganta.

—Juliet, entra y juega a las cartas con nosotros.

—Vino a verme —digo bruscamente. Más le vale. La conduzco escaleras abajo y me alejo de los animales del zoo.

—Siento mucho interrumpir —dice.

—No hay problema. —Me concentro en mantener la mirada en su cara. Recuerdo aquellas grandes tetas.

Rebotan...

—Voy a salir esta noche, y sólo quería avisarte de que tengo un problema con Barry —responde ella.

—¿Quién es Barry?

—Mi perro. Ya sabes, el que odias.

Entorno la cara. —¿Le pusiste Barry a tu perro?

—Vino con el nombre. Como sea, tengo una cita esta noche, y...

¿Va a una cita... luciendo así?

Auuuuuuuuuuuuuuu. El perro aúlla desde la puerta de al lado, y al instante siento que se me ponen los pelos de punta.

—¿Existe algún sonido peor que ese? —le pregunto.

—Es que no le gusta que salga.

Ya somos dos.

—No voy a hacer de niñera por ti. No puedo evitar que tu perro sea un debilucho, Juliet. De todas formas, ¿en qué estabas pensando al comprarte un mestizo llamado Barry?

—Lo sé... pero —cuelga los hombros e intenta hacerse la simpática— si pudieras... —Me tiende un papel con un número de teléfono.

—¿Llamar a la perrera para que venga a llevárselo? —respondo secamente.

—No —responde ella—. Se calmará cuando me vaya. Estoy segura.

—¿Y si no lo hace?

—Llámame y vendré a casa.

Auuuuuuuuuuuuu llora el perro encienque por encima de la valla.

Mmm... Le quito el papel. —Será mejor que vengas directamente a casa si te llamo, porque no pienso escuchar cómo hace eso toda la noche.

—Ni siquiera lo oírás; estás jugando a las cartas con tus amigos.

—Pronto me aburriré de ellos.

—Vete a la mierda —oigo gritar en coro a todos desde adentro, y pongo los ojos en blanco. Claro que me están escuchando.

—Entonces, si no se calma, ¿me llamarás?

—Esto es un gran inconveniente.

—¿Por favor? —Rebota en el lugar.

Exhalo pesadamente. —Supongo que tendré que hacerlo. No quiero molestar a todo el vecindario.

—Gracias.

Mis ojos se clavan en los suyos. —Que pases una buena noche.

No muy buena.

—Tú también.

Un auto se detiene. —Ese es mi Uber. Hasta luego. Gracias. —Se da la vuelta y se aleja, y veo su culito sexy contonearse mientras camina.

Mmm...

Exasperante.

Vuelvo a entrar y veo a los chicos junto a la ventana, mirándola a través de las cortinas.

—Coño, está buenísima —jadea Blake—. Así como exageradamente buena.

—Ojos fuera —digo bruscamente mientras vuelvo a sentarme en la mesa de juego.

—¿A qué se dedica? —pregunta Bennet.

—Es enfermera.

—Una enfermera —jadea Bennet—. Coño, puede darme un baño de esponja cuando quiera.

—No hay jabón suficiente para tu sucia polla —murmuro mientras barajo las cartas.

—¿Qué hospital? —pregunta Blake—. Nunca la había visto antes.

—No estoy seguro.

—El Banco Juliet recibirá muy pronto un depósito mío —dice Bennet.

—No pasará. —Empiezo a repartir las cartas.

—Dame una buena razón.

—Porque no acepto depósitos del banco de pollas pequeñas.

Se ríen.

—Y además. —Recojo mis cartas y las reordeno en la mano—. Ya tengo una cuenta abierta en el Banco Juliet.

—¿Qué? —Todos jadean—. No es cierto.

Sonrío mientras cojo mi puro.

—Detalles, queremos los detalles.

—Un caballero nunca los cuenta.

—Cierto, pero no eres un caballero.
Sonrío mientras miro mis cartas. Mi mente divaga hacia la deliciosa señorita Drinkwater.
—Doble o nada.

Juliet

La música está alta y bailo en círculo con las chicas. Estoy mareada, más que mareada. Los cócteles están lloviendo en abundancia esta noche, y la estoy pasando muy bien.

—¿Baño? —grita Leonie.

Asiento con la cabeza, me coge de la mano y me lleva por el club hasta el baño. Entro a trompicones y me siento mientras todo empieza a girar. Oh, Dios... no más alcohol para mí.

Saco el celular y veo una llamada perdida.

—¿De quién es este número? —llamo a Leonie, que está en la cabina de al lado.

—¿Eh? ¿Qué número?

Hago clic en el número y devuelvo la llamada.

—Te tomaste tu tiempo —chasquea una voz grave.

—¿Eres tú, Harry? —Finjo olvidar su nombre.

—No tientes a la suerte, Juliet. Estoy a punto de envenenar a tu perro.

Su malhumor me hace soltar una risita. —¿Barry se está portando mal?

—¿Tú qué crees?

Sonrío. —Voy para allá.

—Date prisa. —El teléfono se apaga.

Me levanto y me bajo el vestido. —Tengo que irme a casa —llamo a Leonie.

—¿Por qué?

—Porque Harry va a envenenar a Barry —digo.

—¿Eh? ¿Quién es Barry?

—Mi perro.

—¿Quién es Harry?

—Mi vecino, que en realidad no se llama Harry, pero es divertido decirle Harry.

—Estoy tan confundida ahora mismo —dice una chica cualquiera desde la otra cabina del baño.

—Ya somos dos —dice Leonie.

Suelto una risita. —¿A alguien más le da vueltas el baño? —pregunto.

—Sííí —gritan todas al unísono.

Me despido de las chicas con un abrazo y me tambaleo hacia la puerta principal para llamar a un Uber mientras el suelo se mueve bajo mis pies.

Oh, Dios...

El auto se detiene. —Gracias. —Abro la puerta y saco una pierna y luego la otra.

¿Cómo demonios me emborraché así?

La calle está tranquila, no se oye ni un pío. Miro hacia la casa de Henley y sonrío. Me imagino entrando y sorprendiéndolo con mi propio show nocturno.

—Que pases buenas noches —le digo al conductor del Uber.

—Tú también.

—No recojas a ningún borracho ni alborotador —le digo—. Hay auténticos alborotadores por ahí.

Sonríe. —¿Estás bien para bajar por tu cuenta?

Vaya, estoy muy borracha.

—Lo estoy. Gracias por traerme a casa. —Sonrío tontamente—. Me lo he pasado bien.

—Esto no es una puta cita, Juliet —gruñe la voz de Henley.

¿Eh?

Me agarra del brazo y me saca del auto, y me encuentro cara a cara con el mismísimo Sr. Santo Bombón.

—Oh. —*Qué oportuno*—. Eres tú.

CAPÍTULO 5

Henley

—ENTRA y controla a tu mestizo.

Juliet me sonríe muy sexy. Deja de decirle mestizo.

Tuerzo los labios. —Le diré mestizo cuando quiera.

—Mmm. —Sonríe—. Siempre tan mandón, Sr. James.

No tienes ni idea.

Se tambalea de un lado a otro. Está realmente ebria. —Estás borracha.

—¿Lo estoy?

—¿Tienes la costumbre de ofrecerte a cualquier conductor de Uber hambriento?

Suelta una risita y voltea hacia su casa. Se agacha y se quita los tacones de aguja.

Mientras lo hace, le miro el culo bajo el vestido. —¿Estás celoso, Henley?

Jodidamente celoso.

—Ve dentro —le advierto.

—¿O qué? —se burla.

Te pondré de espaldas contra el buzón, eso haré.

—No juegues conmigo, Juliet.

Se gira hacia mí y sonríe sexy mientras se muerde el labio inferior. Nuestras miradas se cruzan y ella vuelve hacia mí. Nos ponemos cara a cara.

Su perfume me envuelve. Mi polla se estremece de placer ante su proximidad.

Ni lo pienses.

—Henley —susurra.

Mis ojos se posan en sus labios. —Sí.

—Si estuviera jugando contigo, te contaría algo sucio.

—¿Como qué?

El aire crepita entre nosotros.

Se inclina hacia mí y me acerca la boca a la oreja. —Hace ocho meses que no tengo sexo —respira.

Inhalo bruscamente. Maldita sea, dime cualquier cosa menos eso.

Pum, pum, pum...

Oigo la sangre correr de todo mi cuerpo para llenar mi polla.

Esto no es bueno. Aborta la misión.

La imagino a ella cabalgándome, bien y profundo, sus tetas perfectas rebotando al hacerlo. Ocho meses para ponerme al día. Estaría jodidamente bien.

Es una bruja adúltera, ¿recuerdas?

Basta ya.

Me alejo de ella. —Probablemente deberías decírselo a alguien a quien le importe. ¿Quieres que vuelva a llamar al conductor de Uber?

Ella sonríe. —Puede que sí.

—Entra. —Señalo hacia su casa.

Antes de que te haga cosas indecibles... o asesine a un conductor de Uber demasiado servicial.

—Qué mandón, Sr. James.

—No tienes ni idea.

Sus ojos sostienen los míos, y sé que está imaginando exactamente lo mismo que yo.

Joder.

¿Por qué está tan buena?

La última vez que nos acostamos, cambió mi puto ADN. De ninguna manera volveré a hacerlo.

—Entra —le exijo.

Me sonrío muy sexy y, maldita sea, sólo quiero besarla.

—Entra ahora mismo, Juliet —gruño mientras lucho con el último centímetro de control—. Y calla a tu puto perro.

Ella se encoge de hombros. —Vale. —Se da la vuelta, entra en su casa y me hace un gesto con la punta de los dedos antes de cerrar la puerta.

Miro fijamente a la puerta. Mi polla está dura como una piedra y, carajo, no necesito que esta tentación viva justo al lado, carajo.

Entro en mi casa y subo al dormitorio. Abro el cajón lateral y saco el lubricante.

Un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer.

Juliet

El sol brilla y estoy quitando las hierbas del jardín junto a la escalera de mi casa. Una tarde de sábado perfecta.

Es hora de concentrarse.

Se acabó pensar en el idiota más grande del mundo. He estado pensando demasiado sobre eso. Esta semana ha sido muy grosero, ni siquiera me ha saludado por las mañanas al pasar. De hecho, me mira como si fuera su enemigo mortal.

Vivo en un mundo de arrepentimiento por haber sido posiblemente coqueta el fin de semana pasado, aunque no estoy del todo segura. Creo que le dije que hacía mucho tiempo que no tenía relaciones sexuales, o quizá fue una pesadilla. En cualquier caso, no volveré a beber jamás.

Me odia, lo cual me parece bien, porque yo lo odio más a él.

Voy a concentrarme en las cosas importantes, como renovar mi casa.

Lo primero: este jardín.

Oigo la voz de Carol. —Hola, Juliet.

Levanto la vista. —Hola.

Sigo escardando. *Vete, Carol, no estoy de humor.*

—¿Supiste que la hija de Ethel se viene a vivir con ella?

—¿De verdad? —respondo, pero mi mente sigue divagando.

—Viene a seducir a Henley, en mi opinión.

—Espera, ¿qué? —Levanto la vista hacia ella—. ¿Quién viene a seducir a Henley? —pregunto, repentinamente interesada en la conversación.

—Oh, la hija de Ethel, Taryn. Esa siempre le ha echado el ojo. Y ahora que su matrimonio se ha roto, por supuesto éste es el primer lugar al que viene.

—¿Cómo es?

—Preciosa. —Ensancha los ojos—. Algo así como una supermodelo.

Putra madre.

Empiezo a cavar con vigor. No me importa. No es nada para mí, pienso mientras Carol se marcha.

Bien por él.

Él es como un regalo que no se acaba nunca. Soñar con acostarse con él ya es bastante malo, pero verlo hacerlo con todo el mundo va a ser una auténtica pesadilla.

Necesito conseguir un novio, y necesito conseguirlo rápido.

Una procesión de autos se detiene y estacionan delante de mi casa. Y alzo la vista para ver a todos mis amigos del trabajo. Un montón de ellos.

Oh, no.

—¿Qué hacen todos aquí? —jadeo.

—¡Sorpresa! —gritan todos. Algunos llevan plantas; otros, bandejas de comida o botellas de vino—. Es una fiesta de inauguración sorpresa.

—¿Qué?

Oh, Dios, no.

—Genial —miento. Esto es lo último que quiero hacer hoy.

Chloe me dijo que traería a su madre de visita esta tarde. No tenía ni idea de que habían planeado esto.

—Pasen, pasen. —Me pongo de pie—. Estoy hecha polvo.

Chloe me besa la mejilla. —Feliz inauguración, cariño.

La rodeo con el brazo mientras entramos. —Voy a matarte, lo sabes, ¿verdad? —murmuro en voz baja.

—Totalmente.

Henley

Froto el maletero de mi auto mientras termino de secar lo último.

Una sonora carcajada desde el porche de la casa de Juliet; volteo.

¿Qué está pasando ahí?

Más le vale que no piense que voy a aguantarme otro sábado con las travesuras de su perro ruidoso.

Mi mente se remonta al fin de semana pasado y a su vestidito blanco.

Es lo único en lo que *puedo* pensar.

Froto el maletero del auto con tanta fuerza que casi se cae la pintura.

Tan molesta como tener acné en el culo. No entiendo por qué tiene la osadía de mudarse aquí. ¿A qué juega? ¿Quién se cree que es?

Sigo secando mi auto a doble velocidad.

Kingston Lane está arruinado para siempre.

Increíble.

Froto el maletero con más fuerza.

Siento vibrar mi teléfono en el bolsillo y aparece el número.

Vanessa.

Mmm. —Hola. —Sonrío.

—Hola, tú —ronronea una voz seductora por la línea.

—¿Qué haces? —Sonrío.

Me encanta saber de esta mujer. Nunca exige una relación. No es complicada, está buena y no tiene un perro molesto ni vive en la casa de al lado.

—Trabajo hasta las nueve, pero ¿quizá me pase esta noche de camino a casa? Hace tiempo que no te veo —responde.

Si alguien puede arreglar mi estado de ánimo, es Vanessa. —Me parece bien. —Sonrío—. Hasta luego.

—Lo esperaré con impaciencia.

Me vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo y vuelvo al trabajo.

—Hola —escucho la voz de un hombre desde la entrada de mi casa.

—Hola —le digo—. ¿Puedo ayudarte?

—Sí. —Sonríe y extiende la mano para estrechar la mía—. Soy Warren.

—Henley. —Frunzo el ceño. ¿Conozco a este chico?

—Soy amigo de Juliet —me dice. Es un chico rubio y guapo, más o menos de mi edad, treinta y pocos—. Vine de visita en su casa y quería venir a conocerte.

¿Por qué?

—De acuerdo.

—Sé que tú y ella están juntos ahora —continúa.

Frunzo el ceño. —¿Cómo dices?

—Me contó sobre ti y de que su novio vive al lado.

—¿Lo hizo? —Levanto las cejas sorprendido—. ¿Lo hizo? —Froto el auto mientras pienso en algo que decir—. Así que te lo contó porque... Supongo que la invitaste a salir.

—Iba a hacerlo. —Se encoge de hombros con tristeza—. Pero antes me habló de ustedes dos.

Pongo los ojos en blanco. Claro que lo hizo. Me utiliza como chivo expiatorio para rechazar a este pobre bastardo patético.

Esta mujer es el fin en vida.

—Sólo quiero asegurarme de que sabes lo especial que es. —Se encoge de hombros.

—Sin duda es especial. —Sonrío entre dientes apretados.

Especialmente molesta, carajo.

Ensancho los ojos mientras sigo secando el auto.

Increíble.

—Cuidala, ¿eh? —pregunta.

Finjo una sonrisa. —Lo haré. Gracias por venir. Encantado de conocerte, Warren.

Vete a casa, perdedor.

—Adiós —me dice. Lo veo caminar de vuelta a casa de Juliet mientras empieza a salirme humo por las orejas.

Me siento en el jardín de golf en medio de la calle sin salida mientras los chicos juegan a las cartas y se toman unas cervezas. Estoy demasiado enfadado para jugar.

—¿Qué te pasa? —pregunta Blake.

—Nada. —Doy un sorbo a mi cerveza, distraído por las risas procedentes de la casa de Juliet.

¿Qué tiene tanta gracia ahí?

—Por favor, dime que has vuelto a hacerlo con Juliet.

Pongo los ojos en blanco. —No, no he vuelto a hacerlo con Juliet, porque es mi *vecina*. Y todo el mundo civilizado sabe que no se le da el hueso al prójimo. —Doy un sorbo a mi cerveza, asqueado.

—No veo el problema; todos nos follamos a nuestras vecinas en la universidad —responde Bennet.

—Era una fraternidad —murmuro secamente—. Y estábamos completamente fuera de control.

—Bueno, si no vas a hacer un movimiento...

—Olvídalo —digo bruscamente—. Está fuera de la mesa.

—¿Pero si no está en tu mesa?

—Tampoco en la tuya. —Lo fulmino con la mirada—. Último aviso.

—Coño, cálmate —se burla Blake—. De todas formas, ¿cuál es el problema con esta chica?

Entorno la cara de asco ante esta conversación. —Nada.

Nos sentamos unos minutos en silencio.

—Tengo una situación con ella —acabo respondiendo.

—¿Cómo qué?

—Ya nos conocemos.

—¿Cuándo?

—Una vez tuvimos una cita.

—¿Y?

—Y fue la chica que me folló los sesos, y luego la vi con su prometido dos días después.

A Bennet se le iluminan los ojos: —¿Ésta es la chica?

—Me estás tomando el pelo.

—Oh... acaba de ponerse mucho más buena. —Blake sonríe sombríamente—. Me gustan zorras. Sobre todo me gusta darles lo que sus aburridas parejas no pueden. —Mueve las caderas—. Mostrarles lo que se pierden.

Pongo los ojos en blanco. —O esquivar la bala.

—No... —se burla Bennet—. No puede ser ella. Juliet es toda dulzura e inocencia.

—¿De verdad lo es? —Entrecierro los ojos—. Ésa es la pregunta del millón.

—Encantado de averiguarlo por ti. —Bennet guiña un ojo—. Hacer un estudio de mercado.

—Joder. Para—suelto—. Voy a tener que golpearte.

Bennet frunce el ceño. —Estoy confundido. ¿Cuál es el problema? Vive en la casa de al lado, ¿y qué?

—El problema es —susurro enfadado—, que no la quiero pero no puedo dejar de pensar en ella, y Vanessa vino este fin de semana y no pude hacer el puto trabajo. Acabé diciéndole que me dolía la cabeza.

Ambos fruncen el ceño.

—Y Juliet, mi dolor de cuello, vive al lado de mi casa, y tengo que mirar su culito sexy correr arriba y abajo por mi calle y escuchar a su perro tonto ladrar todo el puto día, y lo

único que quiero hacer es ponerla contra mi auto y darle su merecido.

Me paso la mano por la cara, asqueado.

—Mmm. —Nos quedamos en silencio.

—Y ahora se pone peor. Su tonto amigo acaba de venir y me ha advertido que la cuide, ya que ahora estamos saliendo.

—¿Eh?

—Le mintió y le dijo que yo era su novio para no tener que salir con él. Esta mujer es una bruja manipuladora, venenosa y tramposa.

—...Que deberías follarte.

—Exacto.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Bennet.

Pienso un momento. —Lo único que puedo hacer.

—¿Cuál es?

Doy un sorbo a mi cerveza. —Voy a darle una lección.

—¿Con la polla?

—No con mi polla. —Me burlo con disgusto.

Un estruendo de risas procede de la casa de Juliet, y miro hacia dentro mientras un nuevo plan rueda por mi cabeza. —Quizá el novio de Juliet debería colarse en su fiesta.

—No lo harías.

Sonrío. —Mírame.

Juliet

Está anocheciendo y mis visitas se sienten como en casa. Algunos están en el patio trasero jugando con Barry. Otros están en el porche. Espero que todos se vayan pronto.

Estoy en la cocina preparando té cuando se abre la puerta principal. —¿Dónde está mi chica? —llama una voz grave.

¿Eh?

Me asomo por la esquina y veo a Henley de pie en mi sala de estar. La habitación se queda instantáneamente en silencio mientras todos miran fijamente al dios.

¿Qué está pasando ahora?

—Acabo de tener una buena charla con Warren. —Guiña un ojo sarcásticamente.

Oh, no.

Entra en la cocina y me coge bruscamente en brazos delante de todos. —He pensado que sería mejor venir a ver cómo está mi *novia*.

¡Aaah!

Me inclina hacia atrás de forma dramática y me mira.

—Me alegro mucho de verte, cariño —se burla.

Mis ojos se abren de par en par ante su tono sarcástico, el odio hacia mí goteando por cada uno de sus poros.

Dios mío.

CAPÍTULO 6

Juliet

—HENLEY —jadeo—. ¿Qué estás...?

Me interrumpe con un beso. Sus labios se detienen sobre los míos, y luego me pellizca con los dientes antes de volver a ponerme en pie.

Leonie y Chloe se quedan boquiabiertas. Están tan sorprendidas como yo. Saben que no estamos saliendo.

Oh, diablos. Palidezco. Está aquí para arruinarme la vida. No puede haber otra razón.

Esto es malo.

Finjo una sonrisa. —Cariño, ¿qué haces aquí?

—No podía mantenerme alejado. —Me agarra por detrás con agresividad y yo doy un respingo.

Mi vida está acabada.

—¿Dónde habías escondido a éste? —Gisele sonrío mientras le mira de arriba abajo.

—Atado a la cama. —Henley guiña un ojo, y el trasfondo de animadversión es clarísimo—. Es una auténtica ninfómana.

Mátenme. Mátenme ya.

—¿Podemos...? —Sonrío a mis amigos del trabajo que nos están viendo—. Disculpen un momento. —Agarro a Henley de la mano, tiro de él hacia mi lavadero y cierro la puerta tras nosotros—. ¿Qué coño estás haciendo? —susurro enfadada.

—¿Qué coño estás haciendo *tú*? —susurra él—. Si crees que puedes utilizarme como chivo expiatorio para esquivar a tu amigo el perdedor, será mejor que lo pienses dos veces —gruñe—. Nunca me había enfurecido tanto.

—Baja la voz —susurro—, las chicas se inventaron la historia, no yo.

—Mentira —suelta—. Le mentiste diciéndole que tenías novio, y no lo voy a consentir.

—Pues vete a casa —suelto—. No te pedí que vinieras.

—Y yo no pedí ser víctima de tus mentiras. Dime la verdad o ya verás.

—¿Ya veré qué? —me enfurezco.

—Si no, te follaré sobre la mesa delante de tus invitados.

—¿Qué? —estallo—. Es lo más ridículo que he oído nunca.

Aunque...

Me agarra por los dos brazos. —Eres una mentirosa.

—No me toques. —Lucho por zafarme de su agarre—. Asqueroso.

—Viniendo de ti, eso es risible.

—¿Cómo te atreves?

—Oh, sí que me atrevo. Voy a salir ahí fuera para contarle a todo el mundo cómo eres en realidad. follando conmigo mientras estabas comprometida con otro hombre. No podías mantenerte en una sola cama.

—No lo hagas. —Me entra el pánico mientras sostengo sus dos manos entre las mías—. No puedes —le ruego—. Sé que le mentí a Warren y se enfadará. Por favor, no hieras sus sentimientos para vengarte de mí.

Entrecierra los ojos.

—Por favor. —Pongo las manos en gesto de oración—. Finge que te gusto durante diez minutos, y luego puedes irte a casa y no volver a hablarme.

Levanta una ceja.

—¿Qué significa eso? —susurro.

Sin decir una palabra más, se marcha. El corazón me late con fuerza en el pecho. No puedo creerlo. ¿Por qué demonios fue Warren a su casa?

Esto es lo peor. Ahora sí de verdad que parezco una perdedora. ¿Qué debe pensar de mí?

—¿Quién quiere una copa? —oigo que Henley pregunta a todos con voz super dulce.

—Tomaré una.

—Yo también —les oigo decir a todos.

Oh, no...

Está tramando algo. Simplemente lo sé.

Voy al baño y me echo agua en la cara y agito las manos para intentar calmarme.

Son diez minutos. Siendo realistas, ¿qué tan mal pueden ir las cosas en diez minutos? Le seguiré el juego y se irá a casa. Y la semana que viene fingiré que rompo con él. Problema resuelto.

Miro fijamente mi reflejo mientras me preparo para la batalla; el corazón me martillea en el pecho. Vuelvo tímidamente a la sala de estar y veo a Henley sentado en el salón con todos.

Está en el sofá, con las piernas abiertas y su postura dominante, con una copa de champán en la mano.

Levanta la vista y sonrío cálidamente. —Cachorrita, ven a sentarte con nosotros. —Da unos golpecitos en el sofá de al lado.

¿Cachorrita?

—¿Cómo acabas de llamarla? —pregunta Leonie, con los ojos muy abiertos.

—Ése es mi nombre sexy para ella. —Los ojos de Henley centellean con picardía y frota el sofá a su lado—. Perdona, debería guardarme eso para la intimidad, ¿verdad, cariño?

¿Qué coño está pasando ahora?

Me dejo caer para sentarme a su lado, y él me rodea con el brazo. Me desliza los dedos por los hombros y me roza el cuello.

Miro fijamente hacia delante mientras considero la posibilidad de tragarme la lengua.

—Me moriría si mi novio me llamara cachorrita. —Leonie tuerce los labios mientras intenta mantener una cara seria.

No tiene gracia, Leonie.

—Bueno. —Henley da un sorbo a su champán—. Le gusta que la llame cachorrita, ¿verdad, nena? —Levanta la mano como para susurrar—. Ya sabes, con su fetiche de perrito y todo eso.

¿Qué...?

Los ojos de todos se abren de par en par, le quito la copa de champán y bebo un trago.

—Ya, ya, cariño. —Me arrebató la copa—. No querrás ahogarte con esa correa esta noche cuando vayas a orinar fuera.

Leonie tose mientras intenta no reírse.

Veó a Chloe desaparecer en la cocina para reírse en privado.

¡Ayuda!

—¿Cómo se conocieron? —pregunta Warren mientras mira entre nosotros.

—Se acostaba —Henley levanta las cejas— con mi padre, después de romper con mi hermano —continúa con cara seria—, supongo que no quería perderme la acción. —Me desliza los dedos por la nuca y me agarra un puñado de pelo.

¿Qué coño?

—Ja, ja. Qué gracioso eres. —Desenredo sus dedos de mi pelo y aparto su mano de un manotazo—. No exactamente. —Finjo una risa—. La verdad es que... —Le miro mientras intento pensar en algo que decir—. Henley nunca ha tenido novia, y me dio pena.

Todos los presentes nos miran en silencio, sin saber qué decir.

—Oh —responde Warren mientras mira entre nosotros—. Ya veo.

—Es socialmente torpe, y la buena persona que hay en mí se sentía caritativa. —Me pongo de pie—. Hago todo lo que puedo para mostrarle el camino.

Henley suelta una risita, y sé que la parte psicótica de su cerebro acaba de activarse.

Está a punto de estallar.

—Así que probablemente todos deberían irse ya. —Camino a la cocina y empiezo a fregar tazas de café en tiempo récord.

La boca de Henley se acerca a mi oreja por detrás. —Me estás tomando el pelo —se burla en un susurro antes de mordirme el lóbulo de la oreja.

Sus manos se deslizan por mis brazos y se da cuenta de que se me eriza la piel. Siento cómo sonrío contra mí.

Oh, no.

—¿Te gusta, Juliet? —susurra sombríamente.

—No.

Como si se sintiera incitado, empuja sus caderas contra las mías, inmovilizándome contra el lavabo.

Vale, ¿qué demonios está pasando ahora? Este hombre está enfermo y retorcido y está a punto de joder mis amistades del trabajo.

—¿Necesitas ayuda para limpiar? —Me pasa el pelo a un lado del cuello y me lame a lo largo, y casi se me doblan las rodillas debajo de mí—. Mi cachorrita. —Me pellizca el estómago.

Le doy un rápido codazo en las costillas. —Deja de llamarme así.

Vuelve a besarme en el cuello. Sus dientes me rozan la piel y empiezo a sentirlo hasta en los dedos de los pies. —¿Qué te parece esto? ¿Te gusta? —Empuja hacia delante con más fuerza con las caderas, y empiezo a sentir que me desmayo.

Se ha hecho inquietantemente evidente que, de hecho, sería una perrita pervertida por este hombre.

Sea lo que sea la perversión perruna.

Los invitados recogen lentamente sus cosas, y Henley me coge de la mano mientras los acompañamos a la salida. Nos quedamos de pie en el bordillo y, mientras hablo con ellos, me pasa el pulgar con ternura por el dorso de la mano, como si olvidara que me odia.

Levanto la vista hacia él, y algo cambia mientras nos miramos fijamente.

No sé qué es exactamente.

—Tienes que venir a mi boda el próximo fin de semana, Henley. —Debbie sonrío mientras nos besa a los dos.

Espera... ¿Acabamos de tener un momento?

—Está ocupado —respondo.

—Gracias, Debbie. —Henley sonrío, ignorándome por completo—. Será estupendo.

Lo miro horrorizada. *No vendrás; éste ha sido el día más estresante de mi vida.*

—Adiós —dice Warren. Me besa en la mejilla y luego estrecha la mano de Henley—. Encantado de conocerte, Henley.

—El placer fue todo mío —responde Henley con su suave voz.

Me despido con la mano mientras los autos se alejan y, al doblar lentamente la esquina, Henley me suelta la mano como si fuera una patata caliente—. No estás perdonada —me suelta.

—¿No *estoy* perdonada? —jadeo—. ¿Tu padre y tu hermano? —me enfurezco—. Mis amigos del trabajo piensan que soy una puta loca. Muchas gracias.

—El zapato te queda bien, Juliet. —Se aleja hacia su casa.

—Y no vuelvas a llamarme cachorrita —le digo. Entra por la puerta principal y la cierra de un portazo.

Uf... exasperante.

Imbécil.

Son las 10:00 p.m. Oigo que un auto entra en nuestra calle y miro por la ventana para verlo entrar en la entrada de Henley.

¿Quién es a estas horas?

Me asomo por el lateral de las cortinas, pero justo en ese momento se apagan las luces del auto y no puedo ver el interior. Salgo rápidamente por la puerta trasera y me escabullo hasta adelante por la puerta lateral.

En la oscuridad, veo a alguien sentado en un deportivo Mercedes blanco, y me asomo por encima del seto.

¿Quién es?

Me levanto para mirar más de cerca, se abre la puerta del auto y vuelvo a agacharme rápidamente. Oigo tacones altos chasqueando en el camino de entrada.

Una mujer.

Invitó a una mujer.

¿Cómo se atreve?

Levanto el cuello y me esfuerzo por ver qué aspecto tiene, pero no veo nada.

Se abre la puerta de su casa. —Vanessa —dice su voz profunda.

—Hola, cariño —responde ella antes de entrar. La puerta se cierra tras ella.

Doy un paso atrás, sorprendida. Pero no sorprendida. Con el piloto automático, vuelvo a entrar y vacío la basura con vigor. —Odio a ese hombre.

Agito la bolsa nueva agresivamente en el aire. —Es un imbécil de mierda. —Meto la bolsa en la papelería, forcejeo con ella y le doy una patada—. No saldría con él ni aunque fuera el último hombre que quedara en la Tierra.

Barry me mira desde la cama. Tiene la cara desencajada y poco impresionada.

Hasta él sabe que digo tonterías.

—Si viniera ahora mismo y me suplicara por sexo, le daría con la puerta en las narices. —Vuelvo a acercarme a la ventana delantera y miro a través de las cortinas hacia la casa de Henley—. ¿Qué está pasando ahí con la jodida Vanessa la Desnudadora?

Miro un poco más a través de las cortinas. —Con su puto Mercedes. ¿Y qué? Tienes un auto lujoso y tacones altos. Qué más da. Puedes quedártelo. Es un gran imbécil.

Barry suspira, se levanta y sale de la habitación.

Marcho hacia el congelador y lo abro a toda prisa. —Necesito helado.

Me siento en la encimera de la cocina mientras escribo una lista de tareas pendientes. Hoy no voy a perder el tiempo. Voy directo al grano.

Abro las persianas de la cocina y miro hacia el patio trasero; acaba de salir el sol. He estado esperando a que amaneciera lo suficiente para poder ver adónde voy. —Vamos, Barry. —Le pongo la correa y baila excitado. Nuestra carrera matutina se ha convertido en lo mejor de nuestros días.

Salimos por la puerta principal. Me apoyo en el buzón y enrosco el pie detrás del trasero y lo sostengo mientras estiro el cuádriceps. Echo un vistazo y veo que el auto de Vanessa ya no está.

Para.

No me importa lo que haga. Me alegro por él.

Estiro la otra pierna, me pongo los auriculares y empiezo a trotar despacio por la carretera. Llevo corriendo unos minutos cuando, por el rabillo del ojo, veo algo y miro a Henley pasar. No aminora la marcha. No intenta hablarme, y sé que no debería importarme.

De hecho, no es así; lo odio.

Chloe vuelve a entrar en mi cocina. —Entonces... ¿cuéntame?

—¿Que te cuente qué? —Pongo los ojos en blanco. Tal y como sabía que haría, Chloe estaba aquí esta mañana temprano para enterarse de los chismes.

—¿Qué pasó anoche? —pregunta.

—¿Con qué?

—Con Henley. —Ella frunce el ceño como si yo fuera estúpida.

—Nada. —Actúo despreocupadamente mientras voy a la nevera—. Warren fue allí y le advirtió que me cuidara, y Henley, siendo el imbécil que es, pensó que sería cómico meterse conmigo. —Le paso un vaso de agua.

—A nosotros también nos hizo mucha gracia. —Sonríe.

—¿Tú crees? —murmuro, poco impresionada.

—Me refiero a cuando empezó a llamarte cachorrita por tu fetiche perruno y luego por lo de ir a orinar fuera.

—Ni lo digas —grito mientras me tapo los ojos con las manos, horrorizada—. Me da vergüenza sólo de pensarlo.

—Y lo de acostarse con su padre después de salir con su hermano. —Se ríe—. En mi opinión, es muy gracioso.

—Oh, demonios, mátame. —Me estremezco—. ¿Qué demonios le hizo pensar eso?

—¿Y después? —Sonríe esperanzada.

—Nada. —Me encojo de hombros—. Sólo es mi vecino, y no hay nada, y se acabó.

—Excepto que no lo es.

Necesito calmar esta situación y dejar de pensar y hablar sobre el estúpido Henley James.

Me lo imagino a él y a Vanessa revolcándose entre las sábanas anoche, y suelto un profundo suspiro. —Créeme, lo es.

Es domingo por la tarde, y Chloe y yo nos apartamos para mirar las manchas de color en la pared.

—Este color blanco al final me parece fresco —digo señalando una muestra de pintura.

—Cierto —ella tuerce los labios—, pero el color crema parece cálido y hogareño.

—También es verdad. —Intento imaginarme cómo quedará con el mobiliario.

—¿Qué estilo queremos? —pregunta.

—De lujo.

—¿Entonces la crema?

—Pero también me encanta el estilo lujoso de los Hamptons —añado.

—Entonces el verde azulado.

—Pero el exterior de la casa será blanco.

—Mmm. —Chloe se lo piensa un momento—. Creo que deberías pedir la opinión de un diseñador de interiores. Quiero decir, no querrás dedicarle todo este trabajo para que te parezca una mierda.

—Tal vez.

Henley

—Buenos días. —Subo al abarrotado ascensor y pulso el botón antes de girarme hacia las puertas.

11vo PISO

El silencio flota en el aire mientras subimos. La tristeza del lunes por la mañana. Parece que todo el mundo la tiene hoy, no sólo yo.

Mi mente se remonta al fin de semana y al giro de los acontecimientos.

Las puertas se abren, salgo a grandes zancadas y atravieso la recepción.

—Buenos días, Henley. —Jenny sonríe.

—Buenos días, Jen.

—¿Va todo bien? —pregunta.

—Sí, ¿por qué?

—Blake llamó buscándote, dijo que se suponía que ibas a desayunar tarde con ellos pero que ahora no contestas el teléfono.

—¿Qué? —Saco el móvil del bolsillo.

NO MOLESTAR.

—Joder. —Apago el botón de «No Molestar» y lo llamo mientras entro en mi despacho.

—¿Dónde estás? —responde.

—Lo siento, se me había olvidado. Sacudo la cabeza con disgusto y dejo el maletín sobre el escritorio.

—¿Desde cuándo olvidas algo?

—Desde ahora —digo bruscamente—. Cállate.

—Acabo de pedir tu desayuno, ven aquí.

Exhalo pesadamente. —Bien.

—¿Quieres un café?
—¿Sirven Martinis espresso?
Se ríe entre dientes. —¿Buen fin de semana?
—El mejor de todos —murmuro secamente—. Hasta pronto.

Juliet

Paseando por Google.

Diseñador de Interiores Martello
Diseñador de Interiores Ariana
Joel Marcel Interiorismo

Estoy en mi pausa para comer e intento poner en marcha mi proyecto de renovación. Creo que Chloe tiene razón: necesito una opinión profesional.

Hago clic en Joel Marcel y marca su número. Contesta al primer timbrado.

—Hola, habla Joel.

—Hola, Joel —respondo—. Soy Juliet Drinkwater.

—Vaya, ese es un nombre poco común. —Suenas como si estuvieras sonriendo—. Hola, Juliet.

—Hola. —Me rasco la cabeza mientras intento pensar qué decir—. No sé si eres la persona indicada para llamar, pero tengo un dilema de diseño de interiores y quería que me aconsejaras.

—Vale, claro. Los dilemas de diseño son lo mío.

Sonrío, sintiéndome un poco más a gusto. —Acabo de mudarme a una casa, y necesita una reforma completa.

—De acuerdo.

—Y lo hago yo misma, así que tengo que ser muy consciente del presupuesto.

—Claro —responde mientras escucha.

—Quiero... —Me detengo para intentar articular mis palabras.

—¿Quieres un plan? —me pregunta, leyendo mi mente.

—Sí. Es que no quiero empezar algo de un color y luego darme cuenta seis meses después de que no va con nada.

—Buena idea. Lo que necesitas es una consulta de color para empezar. Así podremos tener una idea general de la sensación que quieres para la casa, y luego podremos elegir los colores y partir de ahí.

—Exacto. —Sonrío, emocionada. Me gusta este chico—. ¿Cuánto cuesta?

—Bueno, mi primera visita es gratuita y sólo hablamos de tu lista de deseos, y después, para proyectos pequeños como éste, cobro una tarifa por hora.

—Me parece estupendo. ¿Cuándo puedes hacerme un hueco?

—Espera, voy a consultar mi agenda. —Lo oigo teclear en su computadora—. ¿En qué barrio estás?

—Half Moon Bay, Kingston Lane.

—Oh, bonita calle. Uno de mis colegas hizo una casa allí.

—Lo es. —Sonrío con orgullo.

—Bien, puedo ir dentro de dos semanas, el viernes.

Mis hombros se hunden. —¿Tanto tiempo? —Maldita sea.

—¿Demasiado lejos? —pregunta.

—Es que ni siquiera tengo sofá, y quería encargar los muebles y empezar a pintar.
—Mmm. —Piensa un momento—. Mi última cita de esta tarde no está lejos de allí. Podría pasarme de camino a casa. Aunque será tarde, sobre las seis y media.
—Sería estupendo. —Sonrío.
—¿Qué número de casa en Kingston Lane?
—Once.
—¿Y puedo localizarte en este número?
—Ajá.
—Nos vemos esta noche, Juliet.
—Adiós. —Cuelgo sintiéndome muy realizada. *Que empiece la fiesta.*

Son las siete de la tarde cuando su auto entra en nuestra calle. Su auto pasa sigilosamente por delante de mi casa; no hay ningún número en mi buzón. Enciendo la luz del porche, salgo a la calle y le saludo con la mano. Me ve, estaciona el auto y se baja con un montón de carpetas. —Juliet —me saluda.

—Hola. —Sonrío mientras le doy la mano.
Oh...
Joel está bueno.
Ja, ¿quién lo iba a decir?
Mira hacia la vieja casa de dos plantas. —¿Así que es ésta?
—Ajá. —Me río—. Está muy necesitada de todo.
—Hoy investigué un poco y ¿sabías que ésta es la casa más antigua del barrio?
—¿Lo es?
—Sí, y originalmente todo el barrio eran los prados de esta casa.
—Oh. —Sonrío a mi vieja y gran casa—. Sabía que era especial.
—Muy especial. —Sonríe—. ¿Qué planes tienes para ella?
Me encanta que llame a mi casa *ella*.
—Quiero intentar mantener la sensación del viejo mundo lo más auténtica posible.
Escucha.
—¿Sabes cuando te vas de fin de semana a una casa de campo muy bien cuidada y todo es moderno pero con un diseño anticuado?
—¿Quieres mantener la integridad de su antigüedad? —pregunta.
—Sí.
—Quieres que parezca la casa lujosa que fue en su día.
—Exacto. —Sonrío—. Eso es exactamente lo que busco. Quiero entrar aquí y sentirme transportada... a otro mundo. No quiero necesariamente moderno, pero sí hermoso.
Joel sonríe soñadoramente hacia la casa. —Suenan perfecto.
El Range Rover negro se acerca sigilosamente por la carretera y Henley nos mira al pasar. Me mira y yo le devuelvo la mirada.
—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta Joel mientras subimos los escalones de la entrada.
—Tres semanas. Estoy lista para empezar. Si al menos podemos elaborar un diseño de colores y qué sofá necesito encargar, sería increíble.
Entramos por la puerta principal, y él mira a su alrededor, el espacio lúgubre y escaso. —Vaya —dice sorprendido.

—Necesita mucho trabajo, ¿verdad? —Hago un gesto de dolor.

—Esto va a ser muy bonito cuando esté terminado, Juliet.

Me pongo de puntillas de la emoción. Por fin, alguien que ve en ella lo mismo que yo. Saca un bloc y un lápiz. —Voy a recorrer la casa, tomar algunas notas y hacer un plano rápido.

—Me parece muy bien.

Deambula un rato. Oigo que llaman a la puerta justo cuando estamos en el vestíbulo y abro la puerta principal.

—Henley. —Frunzo el ceño.

Lleva puesto su traje azul marino, y al instante se percibe su dominio en la sala. —Hola. —Sus ojos se dirigen a Joel—. ¿Quién eres?

CAPÍTULO 7

Juliet

LE ABRO los ojos de par en par... *grosero*.

Los presento. —Henley, éste es Joel. —Sonrío torpemente—. Joel, éste es mi vecino Henley.

—Hola. —Joel extiende la mano para estrechar la de Henley.

—¿A qué te dedicas, Joel? —pregunta Henley, la arrogancia personificada.

Los ojos de Joel me miran interrogantes. —Soy el diseñador de interiores.

—¿De verdad? —Los ojos evaluadores de Henley sostienen los suyos.

¿Qué demonios?

—Henley, ¿puedo ayudarte en algo? —pregunto.

—Sí, necesito hablar contigo.

—De acuerdo. —Frunzo el ceño. ¿Sobre qué?—. Iré a verte cuando Joel y yo hayamos terminado.

—No, está bien. —Pasa junto a nosotros y entra en la casa—. Esperaré.

—Vamos a tardar una eternidad.

—Estaré encantado de esperar —dice. Despreocupadamente, acerca un taburete de la encimera de la cocina y toma asiento.

Dios mío, ¿qué está haciendo?

Vete a casa, Henley. Quiero soñar con mi casa en privado.

Joel camina por el piso de abajo y garabatea en su bloc de notas. Dibuja un plano y toma algunas notas.

Me asomo a la cocina y veo a Henley hojeando su teléfono. No tengo ni idea de lo que hace aquí, pero debe de ser importante.

—Te enseñaré el piso de arriba —le digo a Joel.

Tomamos la desvencijada escalera. —Esta escalera es original —me dice Joel.

—No, no lo es —llama Henley desde la cocina.

—¿Estás seguro? —responde Joel.

—Positivo —responde Henley.

—Lo siento —le digo a Joel mientras subimos las escaleras—. Ignóralo.

—¿Quién es? —responde Joel en un susurro.

—Mi vecino.

Subimos y Joel hace una mueca de dolor. —Aquí arriba está en peores condiciones.

—Lo sé. —Lo hago pasar a mi dormitorio—. Pero hay un cuarto de baño en la habitación.

—Bonitas baldosas marrones. —Joel se ríe mientras mira a su alrededor—. Tendré mucho trabajo aquí.

—Puf. —Oímos desde la puerta. Henley está ahora arriba y parece poco impresionado.

¿En serio?

—Henley. —Extiendo las manos—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Se mete las manos en los bolsillos del traje mientras mira a su alrededor—. Sólo estoy interesado en lo que Joel tiene que decir, eso es todo.

—Espera abajo —respondo.

—No, estoy bien. —Se pone de pie junto a Joel y mira alrededor del dormitorio, con las piernas separadas, dominando la habitación.

Joel garabatea en su bloc de notas y me doy cuenta de que Henley lo ha puesto nervioso. —Creo que con esto me basta —dice Joel mientras se dirige a las escaleras—. Te llamaré mañana y lo discutiremos.

—O podrías ser profesional y enviarle un correo electrónico —dice Henley desde lo alto de la escalera.

Me muerdo un lado de la boca para no sonreír mientras sigo a Joel escaleras abajo.

Está celoso.

Joel mira a Henley, y veo que llega a la misma conclusión. —Lo haré después de nuestra discusión —responde—. Entonces, ¿en qué colores estamos pensando, Juliet? —pregunta Joel.

—Me gusta mucho el blanco, pero luego lo quiero cálido, así que ¿quizá el crema sería mejor opción? —Me encojo de hombros—. ¿Qué te parece?

—Voy a preparar algunos tableros de diseño para ti, y podremos profundizar realmente en la esencia de la propiedad.

Levanto la vista y veo que Henley pone los ojos en blanco de forma exagerada.

—Fantástico. —Sonrío mientras abro la puerta principal—. Muchas gracias por venir.

—Ha sido un placer conocerte, Juliet. —Me da la mano y mira a Henley, que está en mis escaleras—. Henley.

—Adiós, Joel. —Henley sonríe sarcásticamente.

Cierro la puerta tras Joel y me vuelvo hacia Henley, que está de pie a mitad de la escalera. —¿Qué estás haciendo?

—Bajando las escaleras.

—No, no lo haces. Intentas fastidiarme. Eso es lo que haces, y déjame decirte que funciona.

Extiende la mano en señal de rendición. —¿Qué?

Entro en mi cocina y enciendo la tetera. —¿Para qué querías verme? —exclamo.

—Vine para hablar de la noche del sábado.

Frunzo el ceño, confusa. —¿Qué hay el sábado por la noche?

—La boda.

—No vendrás a la boda —me burlo.

—Sí, sí iré. Debbie me invitó.

—Ni siquiera conoces a Debbie.

—Sería descortés por mi parte no ir después de haber dicho que iría.

—No.

—Me comportaré lo mejor que pueda.

—No tienes buen comportamiento, Henley, y mucho menos el mejor. —Levanto una taza de café—. Has perfeccionado el arte de ser un imbécil, ¿recuerdas?

—¿Tienes vino?

—No —digo bruscamente—. ¿Quieres café o no?

—Bien.

—¿Qué quieres, Henley? Y antes de decir cualquier estupidez, piensa muy bien tu respuesta porque estoy harta de tus rabietas infantiles.

Sus ojos sostienen los míos.

—Si quieres tener una conversación de adultos, tengámosla —le digo mientras preparo el café y me siento en la encimera de la cocina. Él se queda en el taburete que hay a mi lado. Permanecemos un rato en un silencio incómodo, y me doy cuenta de que mi sermón le da vueltas en la cabeza.

—Cuando te mudaste a la calle, es posible que empezáramos con mal pie.

—¿Es posible?

—Probablemente —está de acuerdo.

Doy un sorbo a mi café mientras mi cuerpo se agita. Sólo con sentarme a su lado me entran ganas de hacer cosas sucias. Maldita sea, ¿por qué es tan guapo? Sería mucho más fácil sentir repulsión por él si fuera horrible.

—De todos modos, he pensado... El sábado por la noche podríamos salir con tus amigos y fingir —hace una pausa—, estar juntos... por el bien de la historia, una última vez. Antes de romper espectacularmente.

—¿Qué diría Vanessa al respecto?

Frunce el ceño. —¿Quién es Vanessa?

—La otra noche estaba fuera y la vi llegar.

—Oh. —Piensa un momento—. No es que sea asunto tuyo, Vanessa y yo tenemos un acuerdo por el que a ninguno le molesta lo que haga el otro.

—¿La llamas por sexo de una noche?

—Es una señora muy agradable —sonríe— que ofrece sexo.

—Oh. —Me callo. ¿Qué respondes a eso?

—Soy una persona muy sexual, Juliet. Tengo necesidades. —Da un sorbo a su café—. Hago lo que cualquier persona soltera y sexualmente activa hace para salir adelante.

Lo recuerdo.

Al cabo de un rato dice, —Vanessa no volverá a visitarme.

—¿Por qué?

—Ya no me interesa.

Sus ojos se posan en mis labios y me lanza la mejor mirada «de ven a follarme» de todos los tiempos.

Doy un sorbo nervioso a mi café.

—Y ahí está el problema —continúa.

Frunzo el ceño mientras intento seguir la conversación.

¿Qué problema?

—Me gusta mantener separadas mi vida de pareja y mi vida familiar, y sobre todo contigo siendo tú.

—¿Yo siendo yo? ¿Qué se supone que significa eso?

—Déjalo ya. —Pone los ojos en blanco—. La noche que pasamos juntos no fue exactamente un momento trascendental.

Lo fue para mí. Se me hunde el corazón.

—Estabas comprometida con otro hombre, carajo.

No fue exactamente un momento trascendental.

Nuestra noche no significó nada para él. Desde entonces no ha vuelto a pensar en ello.

—Tienes razón. —Levanto la vista, decidida a superar su polla—. Lo estaba.

Sus ojos fríos sostienen los míos.

Incómodo...

—¿Qué? —Doy un sorbo a mi café, sintiéndome como una niña descarriada.

—A ver si lo he entendido bien. Te comprometiste en matrimonio mientras follabas con otros hombres.

—Teníamos una relación abierta —miento.

Ladea la barbilla hacia el cielo, enfadado. —No sé mucho sobre el matrimonio, pero puedo estar jodidamente seguro de que no compartiría a mi futura esposa.

Me trago el nudo que tengo en la garganta, sintiéndome incómoda por su desprecio. —¿Qué quieres, Henley? —le digo bruscamente—. ¿Has irrumpido aquí para hacerme sentir como una mierda? Porque misión cumplida, lo has conseguido.

Se levanta. —Te recogeré el sábado para la boda.

Lo miro fijamente, y sé que debería alejarme para siempre de ese bastardo egoísta.

Incluso cambiar de casa.

Pero la idea de estar de su brazo una vez más me pone a cien.

—A las tres —murmuro.

Sus ojos sostienen los míos. —A las tres en punto.

Son las 5:40 de la mañana y estoy en el porche, estirándome para correr. Justo a tiempo, se abre la puerta de Henley y sale con su traje.

El corazón me da un vuelco en el pecho con sólo verlo.

¿Adónde va tan temprano todos los días?

Su oficina no abre hasta las nueve. Es decir, sé que a veces tiene que ir temprano, pero ¿todos los días, incluso los fines de semana?

Levanta la vista y me dedica una sonrisa sexy. Nos quedamos mirándonos un rato más de lo necesario, y luego se sube a su auto y se marcha.

Me saluda despreocupadamente con la mano al pasar, y yo, como una fan, le devuelvo el saludo.

Lo veo desaparecer con su auto al doblar la esquina y tomo nota mentalmente de lo que tengo que hacer hoy.

Comprar un vestido nuevo, el más sexy conocido en la historia de la humanidad. Reservaré una cita para el sábado y me depilaré todo.

Me refiero a todo.

Lllaman a mi puerta. Es sábado, después de la semana más larga de la historia.

Está aquí.

Me estoy arrepintiendo antes de ir. Estúpida, estúpida. ¿En qué estoy pensando? Acaba de una vez.

Abro la puerta a toda prisa. —Hola.

Sus ojos bajan hasta los dedos de mis pies y vuelven a subir para posarse en mi cara. —Hola. —Me dedica una lenta sonrisa sexy—. Te ves bien —inspira bruscamente.

Intento ocultar mi sonrisa; le gusta el vestido. —Hola, Henley. —Cojo mi bolso y mi chal.

Subimos a su auto y sale a la carretera. —¿Qué tal la semana? —me pregunta.

Larga.

—Bien, gracias. ¿Qué tal la tuya?

—Ocupada.

Me retuerzo los dedos en el regazo y miro por la ventanilla mientras conducimos, y repaso el plan de juego para hoy.

Mantente distante.

Haga lo que haga, recuerda que para él esto no es más que un juego.

No puedo ser demasiado charlatana o amistosa. Tengo que dejar que el día se desarrolle.

Conducimos en silencio durante el resto del trayecto y finalmente nos detenemos en el estacionamiento.

La boda se celebra en una gran casa de campo. Los jardines son preciosos, y puedo ver las sillas blancas alineadas en hileras cerca de un cenador floral. Debe de ser allí donde se intercambiarán los votos.

Cuento internamente las formas en que esto podría acabar mal. —Esto se ve muy bien —dice mientras estaciona el auto.

—Así es. —Mis nervios están a flor de piel y, de repente, esto no parece una estrategia tan inteligente.

Me abre la puerta del auto, me coge de la mano y me estrecha en sus brazos, con nuestros rostros a milímetros el uno del otro, y se me corta la respiración.

Sus ojos se oscurecen y se posan en mis labios. —Hoy eres mía.

Me alejo de él. —*Finjo* ser tuya.

Sonríe antes de lamerse los labios. Y, de algún modo, creo que conquistarme se ha convertido en el mayor desafío del mundo. —Vamos, cariño —dice mientras me coge la mano entre las suyas—. ¿Invitación?

Cariño.

Rebusco en mi bolso y se lo paso. Y él lo lee mientras caminamos. —Para que sepas cómo actuar hoy, me gustan las mujeres sumisas.

Ja... ya quisieras.

—Para que sepas cómo actuar hoy —respondo mientras cruzamos el estacionamiento—, me gustan los hombres sumisos.

Su mano es grande alrededor de la mía, y me está dando escalofríos. Hay como una corriente eléctrica que recorre su cuerpo y llega al mío.

¿Él también lo siente?

No lo parece. No le afecto en absoluto.

En serio, ¿en qué estaba pensando?

Qué tonta eres, Juliet.

Atravesamos las gigantescas puertas arqueadas del atrio y miro a mi alrededor, asombrada. —Guau.

En las mesas redondas todo es blanco, con vajilla de plata y candelabros de lujo y enormes ramos de flores blancas y crema en grandes y hermosos jarrones. Las grandes lámparas de araña cuelgan de forma espectacular de cadenas de plata.

Los ojos de Henley recorren el espacio y sonríe. —Muy bonito.

—Gran lugar para un banquete de boda.

Me pone la mano en el trasero y me acerca mientras acerca su boca a mi oído. —Un lugar estupendo para nuestra primera cita falsa. —Su aliento me hace cosquillas en los sentidos y se me pone la piel de gallina. Sonrío tímidamente.

Basta ya.

Cita falsa... esto es una cita falsa.

No lo olvides ni por un momento.

Ya ha dicho que nunca podremos llegar a ser algo, debido a que vivimos uno al lado del otro, y para ser sincera, tiene un punto muy válido.

Henley saca la invitación del bolsillo y le echa un vistazo. —El servicio es en el césped. —Me coge de la mano—. Por aquí.

Es muy alto e intencionado. Mientras me arrastra por la sala, la gente se gira para mirarlo. Y de repente, me acuerdo.

Recuerdo lo que es que alguien se haga cargo.

Hacía mucho que no lo tenía y no me había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos.

Me conduce por el jardín hasta las sillas perfectamente alineadas. —¿De qué lado? —susurra.

Le sonrío.

—¿Qué?

—¿En cuántas bodas has estado?

Sonríe, avergonzado por su evidente conocimiento interno de las bodas. —Tengo treinta y tres años; casi todos los que conozco están casados. Algunos de mis amigos dos veces.

—A la izquierda —respondo.

Me hace pasar. Y nos sentamos a la izquierda. Coge el programa y lo hojea. —¿Cómo se conocieron estos dos? —pregunta.

—¿Quiénes, la novia y el novio?

—Sí.

—Hum. —Me inclino hacia él para hablar en voz baja—. Se conocieron en Tinder y tuvieron una cita, pero se odiaban. La convenció de tener una segunda cita y luego se redimió.

Sonríe.

—Al principio no le interesaba. —Quiero elaborar un poco mi historia—. Pero él tiene una polla realmente grande, y ella no pudo resistirse.

La picardía se dibuja en su rostro. —Y no debería, hoy en día es difícil encontrar buenas pollas.

—Eso es justo lo que le dije.

Se echa hacia atrás y pasa el brazo por el respaldo de mi silla. —¿Qué más le dijiste?

Intento pensar en algo sexy que decir. —Le pregunté qué postura prefería su novio.

Sonríe y mira al novio, que está de pie junto al altar con sus padrinos mientras espera. —Mmm...

—Creo que misionero —susurro.

—No. —Tuerce los labios mientras lo mira de arriba abajo—. Vaquera invertida.

—¿Vaquera invertida? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué piensas eso?

Se inclina y acerca sus labios a mi oído. —Parece un nerd, lo que significa que habría visto una cantidad exponencial de porno en su juventud.

Frunzo el ceño en señal de pregunta.

—La mejor forma de ver a tu propia chica en una porno es en vaquera invertida. —Guiña un ojo—. Asiento en primera fila para ver cómo tu polla se desliza hasta el fondo para hacerla gemir.

Oh...

Visualizo lo que acaba de decirme. Me agito hacia abajo y me trago el nudo que tengo en la garganta. *Joder.*

—¿Cuál es tu postura favorita? —me susurra al oído.

La vaquera invertida suena bastante bien.

—Hum. —Intento pensar en una respuesta sexy, pero me ha frito el cerebro y no tengo absolutamente nada—. Es privado —le susurro—. ¿Por qué, cuál es la tuya?

—Muchas favoritas. —Hace un círculo con el dedo en mi hombro—. Me gustan los columpios sexuales.

Frunzo el ceño. ¿Qué demonios? ¿Tiene un columpio sexual?

—Me encanta la sumisión desinhibida que me produce. —Su dedo me recorre la espalda. Su aliento me rocía la piel, y bien podría estar pasando el dedo por los labios de mi sexo, porque es exactamente ahí donde lo siento.

Un pulso lento comienza a palpar.

Tengo una visión de él desnudo y duro, atándome a un columpio sexual, dominándome de la forma más depravada, y aprieto para intentar conseguir algo de fricción ahí abajo.

Este hombre es un maestro de la seducción. Estoy a punto de explotar en sólo tres frases susurradas.

Cita falsa.

Las sillas empiezan a llenarse, y Henley mira a su alrededor mientras su dedo rodea mi hombro. Al cabo de un rato, se inclina y me murmura al oído: —¿Qué bragas llevas?

¿Cómo?

—¿Por qué quieres saberlo? —susurro.

—Porque al sentir tu piel bajo mis dedos, me estoy imaginando de rodillas frente a ti, quitándotelas con los dientes. Quiero tener una visión de lo que estoy a punto de quitarte aquí mismo, delante de todos.

Detente... detente maldita sea que estoy muriendo.

Lo miro y me lanza la mejor mirada de «ven a follarme» de todos los tiempos.

El aire entre nosotros es denso y pesado.

—Henley —respiro.

Se inclina y me pellizca suavemente la oreja con los dientes. —Sí —susurra. Le tiembla la respiración. Está tan excitado como yo.

—Compórtate —susurro.

—Dame un color.

—Blanco —respondo antes de que entre en acción mi filtro boca-cerebro.

La satisfacción se dibuja en su rostro mientras sus ojos oscuros sostienen los míos.

Empieza el vals nupcial, y salgo de mi niebla de excitación cuando la novia empieza a caminar por el pasillo.

Mi cuerpo ve la boda mientras mi cerebro vuela por el cielo, observándonos a Henley y a mí desde arriba. Me sostiene la mano en el regazo y me derrito en un charco ante su contacto. Imagino vaqueras en columpios sexuales y orgasmos orales públicos con las piernas sobre los hombros durante las bodas.

Este hombre malo me hace pensar en cosas malas.

Cuatro horas después

—Entonces, Henley —pregunta Warren al otro lado de la mesa—, dime, ¿a qué te dedicas?

—Soy ingeniero. —Henley sonríe, pero su sonrisa no le llega a los ojos, y tengo la sensación de que Warren le saca de quicio.

La recepción se está alargando. Hemos cenado y Henley ha estado respondiendo a un aluvión de preguntas de mis amigos del trabajo. Todos caen encantados, por supuesto, y oficialmente están pendientes de cada una de sus palabras. Y yo, bueno, sólo quiero que se acabe la boda... pero entonces, no quiero que se acabe la boda. Porque entonces se acabará mi única cita con él y, para ser sincera, me encanta que esté encima de mí.

Henley me coge la mano y la pone en su regazo bajo la mesa.

—¿A qué te dedicas, Warren? —le pregunta Henley.

—Soy enfermero.

—¿Cuál es tu parte favorita del trabajo? —continúa mientras desliza discretamente mi mano por su entrepierna. Noto que está empalmado, y necesito todas mis fuerzas para no rodearlo con la mano.

Carajo, carajo.

Recojo mi vino mientras actúo despreocupadamente. No es para tanto, estoy acariciando a mi falso novio, al que odio, delante de mis amigos del trabajo.

—Me gusta salir de mi turno sabiendo que lo he dado todo por mis pacientes —continúa Warren.

—Debe de ser muy gratificante —responde Henley. Flexiona su polla endurecida bajo mi mano, y casi me atraganto con el vino.

—Deberíamos bailar, cachorrita —dice Henley.

Los ojos de Chloe y Leonie se abren de emoción.

Entorno los labios para ocultar mi sonrisa. —¿Deberíamos?

—Ajá. —Se levanta, me coge de la mano, me lleva a la pista de baile y me toma en sus brazos. Y empezamos a balancearnos al ritmo de la música lenta.

—Creía haberte dicho que no me llamaras así —digo mientras actúo con seriedad.

—Bueno... es culpa tuya que te llame así.

—¿Cómo puede ser culpa mía? —jadeo.

—No deberías tener unos cachorros tan grandes.

—¿Cachorros?

—Sí, ya sabes. Los pechos. Los que debería estar chupando ahora mismo.

Me quedo con la boca abierta mientras nos balanceamos. —Si dices estas cosas en una cita falsa, ¿qué diablos dirías en una cita real?

Hace una pausa, como si pensara un momento. —Te diría que estás preciosa. Como un sueño hecho realidad.

Le sonrío mientras bailamos. —El encantador, tú.

—Y te diría que he necesitado todas mis fuerzas para no besarte esta noche.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Y te diría que deberías dar gracias por estar esquivando una bala.

Se me hincha el corazón.

—¿Qué me dirías tú? —pregunta en voz baja.

—Te diría que te callaras y me besaras de todas formas.

Sus ojos sostienen los míos y algo cambia. Pasamos del mundo fingido al real.

En cámara lenta, sus labios bajan y rozan suavemente los míos.

Oh...

Nuestro beso se profundiza, aquí mismo, en la pista de baile, para que todos lo vean.
Y cada célula de mi cuerpo se ilumina como si éste fuera mi primer beso... quizá lo sea.
Porque nunca me había dejado llevar tanto por el momento con nadie.
Volvemos a besarnos, y ya no nos balanceamos al ritmo de la música.
El tiempo se ha detenido.
Se me eriza la piel, me bailan las mariposas en el estómago y el dolor entre las piernas se ha convertido en un tsunami.
Se aparta y me mira, con el ceño fruncido.
—¿Qué ocurre? —susurro.
—Nada. —Se aparta de mí—. Deberíamos irnos.
—¿Qué?
Me coge de la mano y me lleva fuera de la pista de baile.
—Pero aún no he terminado de besarte —tartamudeo.
Me echa un vistazo por encima del hombro y luego se da la vuelta y marcha por el pasillo, arrastrándome tras él.
—¿Adónde vamos? —pregunto.
—Tengo algo que enseñarte. —Abre una puerta y vuelve a cerrarla. Seguimos caminando por el pasillo, y él abre otra puerta y se asoma y luego tira de mí hacia dentro y cierra la puerta tras nosotros.
Miro a mi alrededor. Estamos en una especie de biblioteca. Las paredes están forradas de libros antiguos. Hay una chimenea y sillas formales de aspecto caro.
Henley me acerca a una silla, se sienta y me coloca sobre su regazo para que me siente a horcajadas sobre él.
Nos callamos mientras nuestras partes más íntimas se tocan.
Él está duro. Yo estoy blanda y húmeda.
El aire crepita mientras nos miramos fijamente.
Una noche. Sólo quiero una noche. ¿Es eso tan malo?
—Bésame —susurra sombríamente.
Mis labios toman los suyos, y sus manos se deslizan por debajo de mi vestido para acariciarme el trasero.
Oh...
Mueve mi cuerpo para que roce sobre su polla endurecida, y yo empiezo a sentirlo.
Atrás... adelante. Atrás, adelante.
Su lengua me da el beso perfecto.
Sus manos se mueven hacia los huesos de mi cadera, haciendo que mi cuerpo descienda con más fuerza sobre el suyo.
Joder.
Miro hacia la puerta. ¿Y si entra alguien?
Empiezo a perder el control cuando me aprieta contra su erección, mi respiración se agita mientras intento ocultar mi excitación. Su agarre en los huesos de mi cadera es casi doloroso, y me estremezco y gimo en su boca mientras un intenso orgasmo me desgarras.
Inhala bruscamente, me mantiene quieta y empuja hacia delante, y siento la sacudida cuando se corre con fuerza, allí mismo, en sus pantalones.
Jadeamos mientras nos besamos, bajando de nuestro subidón.
La ternura se interpone entre nosotros. Eso no debería haber pasado.

—¿Acabas de fingir un orgasmo? —Sonríe contra mis labios.
—Totalmente —jadeo—. —¿Y tú?
—Por supuesto. —Me levanta de su regazo y ambos nos ponemos de pie, totalmente desorientados.
Se pasa la mano por el pelo revuelto.
Santo cielo... *¿esto está pasando?*
—Necesito un baño. —Sonríe mientras me agarra agresivamente y me muerde el cuello.
—Es así. —Suelto una risita mientras intento alejarme de él—. Eres un asqueroso desastre sexy.
—Tú sabes —murmura mientras me baja el vestido y me lo recoloca. Me coge de la mano—. Deberíamos volver antes de que nos prohíban la entrada a este lugar.
Suelto una risita al imaginarme a alguien irrumpiendo el momento. —Vale.
Me conduce de nuevo al pasillo y caminamos de vuelta a la sala de recepción.
¿Qué coño?
¿Qué acaba de ocurrir?
Los festejos van terminando a medida que la noche llega a su fin. Henley mira a su alrededor.
—Voy al baño. Vuelvo enseguida.
—De acuerdo. —Cuento las maneras en que me voy a comer entero a este hombre cuando lleguemos a casa.
Una noche no hace daño.
Estoy deseándolo.
Voy al baño y me lavo las manos; sonrío a mi reflejo en el espejo. Estoy sonrojada y despeinada y me siento en la cima del mundo.
—Joder. —Dios mío, esto va a ser jodidamente bueno. Me tomo mi tiempo mientras intento calmarme antes de actuar como una fan enamorada de él. Y finalmente, vuelvo a salir.
Henley se despide de todos los de nuestra mesa y les da la mano. —Encantado de conocerlos.
—Sonríe. Besa a Chloe y a Leonie en la mejilla, y creo que ellas actúan más enamoradas de él que yo.
No es posible.
Me despido de todos mientras nos ve.
Henley me coge de la mano y volvemos al auto. La ternura que acabamos de compartir ya no está ahí, pero quizá sólo me lo estoy imaginando.
Abre la puerta del auto y yo me deslizo dentro. Se pone al volante, sale a la carretera y conducimos un rato. Curiosamente... no me toca. Lo cual es raro, porque ha estado encima de mí toda la noche. —¿Qué vas a decirles? —me pregunta despreocupadamente mientras conduce.
—¿Eh? —Lo miro con el ceño fruncido, confusa.
—La razón por la que rompemos... ¿qué vas a decirles?
—Oh. —Mi mente empieza a revolverse. Es lo último que pensaba que iba a salir de su boca—. Ya se me ocurrirá algo —digo en voz baja mientras miro por la ventana.
¿Qué?
Volvemos a casa en silencio. Atrás ha quedado el dios juguetón y sexy que era mi cita.
Henley James está aquí en todo su bastardo esplendor.
Detiene el auto frente a mi casa, se baja y me abre la puerta del auto. Me ayuda a salir tomándome de la mano. —Buenas noches, Juliet —me dice despreocupadamente, como si fuera una desconocida a la que ha conocido en un autobús.

Frunzo el ceño.

—Que pases buena noche. —Sonríe.

Le miro fijamente. ¿Qué demonios? —Tú también —susurro distraída.

Vuelve a subirse al auto, rodea el callejón sin salida y se aleja calle abajo.

¿Qué?

¿*Va a salir?*

Me quedo de pie al final del camino de entrada, observando desaparecer su auto.

¿Qué coño fue esto?

CAPÍTULO 8

Juliet

EL AGUA caliente me corre por la cabeza mientras me apoyo en las baldosas.

No entiendo a este hombre en absoluto. Le gustó. Lo sé porque yo estaba allí con él.

Y entonces accionó un interruptor, igual que cuando tuvimos nuestra primera cita.

Perfecto cuando está en el momento, y luego se convierte en algo frío. Es como si fuera dos personas distintas. Nunca he conocido a nadie como él.

Ni quiero hacerlo.

Me paso la mano por la cara, asqueada. Y ahora, para empeorar las cosas, tengo que verlo todos los malditos días, cuando sé que no le gusto, sabiendo que me gusta.

Me hierva la sangre y me enfurezco conmigo misma. Él sabía exactamente a qué estaba jugando, y yo me volví una masa en sus manos. Haciendo todo lo que me decía como una patética cachorrita.

Probablemente está en casa de Vanessa la Desnudadora en este mismo momento.

Dándole la carne que yo precalenté.

Uf...

Me meto en la cama, doy vueltas en la cama y me doy patadas por haber ido allí en primer lugar.

Una cosa que ahora sé con certeza es que no estoy hecha para las citas falsas; todos esos libros románticos están llenos de mierda.

Esto es un asco.

El ruido de un auto me despierta del sueño y me incorporo como un zombi.

Está en casa.

Echo un vistazo al reloj: son las 5 de la mañana.

¿Dónde coño has estado toda la noche, imbécil?

Sin poder evitarlo, corro hacia la ventana y espío a través de las cortinas. Lo veo entrar lentamente en su garaje y salir del auto.

Aún lleva el traje que se puso para la boda. Pongo los ojos en blanco ante mi idiotez. *¿Qué crees que se va a poner en casa, una bata de baño? Maldito idiota.*

Se acabó.

Me dirijo al baño enfurecida conmigo misma.

¡Se acabó, joder!

Saco mi ropa de gimnasia del armario y me la pongo con furia.

Bueno... Tengo noticias para él.

No puede rechazarme... porque yo lo rechazo a él.

¿Quién demonios se cree que es? Voy a estar tan condenadamente buena que me suplicará, *me rogará*, que le preste un poco de atención, y yo estaré demasiado ocupada saliendo con hombres guapos como para darle espacio. Iré a despertar a Barry, y saldremos a trotar, puede que incluso corra.

Que le den.

Bajo las escaleras con mi ropa de gimnasia, dispuesta a luchar contra un tigre y luego a perseguir a un oso.

¿Quieres jugar, cabrón?

Hagámoslo.

—¿Tienes una estimación de los costos? —pregunto. Es miércoles, y Joel me ha enviado sus notas y tableros de visión para inspirarme en mi casa. Me encanta todo lo que tienen.

—Bueno, dependiendo de lo rápido que quieras que se haga el trabajo y de la calidad de las instalaciones, calcularía entre treinta y sesenta mil —responde Joel.

—¿Dólares? —jadeo.

—El estilo de lujo contemporáneo es caro, Juliet.

Vaya.

Inflo aire en mis mejillas mientras pienso.

—A menos que quieras cambiar de opinión y optar por una calidad menos cara.

—No. —Pienso un momento. Encontraré el dinero en alguna parte—. Quiero lo mejor. Éste es mi hogar para siempre. Supongo que empezaremos por una habitación e iremos avanzando a medida que los fondos nos lo permitan. ¿Te parece bien?

—Eso es lo que estaba pensando. Buena idea. ¿Por qué habitación quieres empezar?

—Sin duda, el salón. Es el corazón de la casa y donde todo el mundo ve primero. Y además, quiero un sofá cómodo para sentarme.

Se ríe entre dientes. —Genial, de acuerdo. Voy a enviarte por correo electrónico una selección de los sofás que creo que se adaptarían a nuestro estilo. Revísalos y mira a ver si te gusta algo. Si quieres encargarlo a través de mí, puedo conseguir mi tarifa de mayorista del treinta por ciento de estos proveedores concretos.

—Oh, fantástico.

—Pero, por supuesto, puedes encontrar algo parecido a un precio más barato en otra tienda. Estos proveedores son de gama alta, pero creo que este tipo de sofá es lo que buscamos.

—Impresionante. Muchas gracias por tu ayuda. Te lo agradezco de verdad.

—Envíame cualquier cosa que encuentres y yo comprobaré el color y las dimensiones. No querrás encargar algo y descubrir que es demasiado grande o pequeño para el espacio cuando llegue.

—Bien pensado.

—Pongámonos en contacto la semana que viene; quizá el martes pueda pasar de camino a casa desde el trabajo.

—Estoy impaciente. Muchas gracias, Joel. Que tengas una gran semana.

—Adiós, Jules. —Cuelga y sonrío al ver que me llama Jules. Tiene ese tipo de personalidad en la que sientes que ya lo conoces.

Cuelgo y me desplomo en el taburete. Quería dejar esta casa perfecta lo antes posible. Necesito más dinero, mucho más dinero.

Pienso un momento. Me pregunto si podría conseguir un turno extra a la semana en una residencia de ancianos. Siempre están buscando enfermeras. Mmm, la verdad es que es una buena idea.

Hoy haré algunas llamadas. Podría hacer un turno a la semana, dos algunas semanas.

La Operación Zorra Caliente está en marcha. No te metas conmigo, mundo, porque te cortaré.

Cojo la correa de Barry y salimos por el frente. Estoy tan dolorida por haber corrido tan rápido toda la semana que tengo que estirarme un poco más. Estar de un humor de perros seguro que me hará subir más rápido en mi programa de entrenamiento. Me agarro al buzón y tiro del pie hacia atrás. Siento el estiramiento en todo el cuádriceps. Se levanta la puerta del garaje de Henley.

Hago como que no miro mientras se marcha en su Range Rover.

Echo un vistazo a mi reloj. Son las 5:40 de la mañana.

Seguro que no trabaja dieciséis horas diarias todos los días.

Se detiene en la carretera y me ve. Me saluda con la mano como si no nos conociéramos, como si la noche del sábado no hubiera ocurrido.

¿Ocurrió?

¿O es que estaba tan drogada por sus feromonas que me lo inventé todo en mi cabeza?

Su auto dobla la esquina y exhalo pesadamente.

Odio a los hombres.

—Juliet. —Oigo la molesta voz de Carol detrás de mí y cierro los ojos.

Dame fuerzas. Ahora no, Carol.

—Juliet —me llama con su voz cantarina. Me giro hacia ella y finjo una sonrisa.

—Buenos días, Carol.

—Hola, querida. —Viene corriendo por la calle—. ¿Qué vas a hacer el próximo fin de semana?

Decapitar al muñeco vudú de Henley James.

—No mucho. —Sonríó—. Tengo que irme a correr.

—Qué bien, porque me he tomado la libertad de organizarte una pequeña fiesta de bienvenida al vecindario.

—¿Qué?

—Sólo la familia de la calle, queremos darte la bienvenida.

—No es necesario.

El rey de la calle ya me dio la bienvenida el sábado a través de sus pantalones... con su polla.

—Quería darte unas semanas para instalarte, y el tiempo se me ha echado encima, pero ya está organizado. Ahora mismo voy dentro a imprimir las invitaciones.

—No quiero alboroto, Carol.

—Tonterías. —Sonríe—. Ahora formas parte de la familia Kingston.

En realidad, Carol, soy una sucia sin vergüenza que tiene sexo con ropa.

—A las cinco de la tarde del sábado en el porche de mi casa.

Sintiéndome la mayor zorra del mundo, sonrío. Está siendo tan amable y yo estoy deseando no hablar con ella. ¿Qué demonios me pasa? —Gracias, Carol.

De repente me emociono y la abrazo. —Pero no hace falta que hagas una fiesta.

—Tonterías. —Me sonrío en el hombro—. Ve a correr ese maratón.

—De acuerdo. —Empiezo a trotar despacio—. Que tengas un buen día.

Mi hermano Liam sonríe mientras mira alrededor de la casa. —Ya me encanta.

—¿De verdad? —Sonrío esperanzada.

—Ajá, es perfecta. —Abre una puerta desvencijada y la cierra—. Hay que cambiar estas bisagras.

—El diseñador de interiores ideó un plan, y estamos arreglando una habitación a la vez. Esta habitación es la primera, así que supongo que llegaremos a eso.

—¿Vas a pagar a un decorador de interiores? —Frunce el ceño—. ¿No es cara esa mierda?

—No, no es tan malo. Me cobra por horas. Pero cree que va a costar entre treinta y sesenta mil dólares terminarlo.

—Joder. —Sus cejas se alzan sorprendidas.

—Esta semana tengo una entrevista en una residencia de ancianos.

—Creía que te gustaba tu trabajo.

—Así es. Es un segundo trabajo, sólo uno o dos turnos a la semana para intentar ahorrar más rápido.

—No te mates por reformar una casa. No merece la pena.

—No pasa nada. Voy a acumular mis turnos en el hospital y luego, en mis días libres, haré un turno en la residencia de ancianos. La paga es muy buena.

Asiente. —De acuerdo.

—¿Cómo te fue en tu cita?

Exhala y se deja caer de nuevo en el sofá. —Bueno, bien, supongo.

Lo miro por un momento. —Así que... Supongo, por tu reacción, que cenaste y te fuiste a casa solo.

—No, nos fuimos juntos. —Parece aburrido.

—¿Y?

Se encoge de hombros como si no le interesara. —Fue... mediocre en el mejor de los casos.

—Oh.

Me quedo callada, sin saber qué decir. La novia de Liam murió en un accidente de auto hace tres años, y él nunca ha vuelto a ser el mismo. —Quizá aún no estés preparado, cariño.

—De todas formas, me da igual —miente—. Sólo necesitaba...

Lo interrumpí. —Lo entiendo.

Necesito encontrar a la chica perfecta para que lo haga sentir mejor. Porque se merece algo mejor, mucho mejor.

—Quizá estemos destinados a estar solteros para siempre. —Sonrío.

—Me parece bien. —Sonríe—. Tengo las herramientas en mi camioneta. ¿Quieres que cambie las bisagras?

—¿De verdad? —Me incorporo, emocionada—. ¿Tienes tiempo?

—Sí, pero me vas a hacer carbonara para cenar.

—Trato hecho. —Sonrío.

Henley

—¿Quieres otra cerveza? —pregunto mientras me levanto.

Antony está tumbado en una tumbona junto a su piscina, con los ojos cerrados. —Sí, estaría bien. —Bosteza, medio dormido—. Tráenos algo de comer también.

—¿Cómo qué?

—No lo sé, queso. —Se encoge de hombros, con los ojos aún cerrados—. Galletas.

—Pronto te convertirás en un puto queso con galleta.

—Probablemente —responde, desinteresado.

Fui a su casa esta tarde y ya llevo tres horas tumbado junto a la piscina. Entro, cojo dos cervezas y un paquete de patatas fritas y salgo por la puerta de atrás. Desde el balcón alto miro hacia arriba y veo la casa de Juliet.

¿De quién es el auto que está en su entrada? Me quedo quieto mientras lo veo un momento.

¿De quién es ese puto auto?

¿A quién le importa? Da igual.

Llevo las cervezas y las patatas fritas a la zona de la piscina y las pongo en la mesa que hay entre las tumbonas, y entonces, antes de que incluso pueda sentarme, me doy la vuelta y vuelvo andando a la casa. —¿Adónde vas ahora? —pregunta Ant.

—A comprobar algo.

—¿Cómo qué?

—Vuelvo enseguida. —Me paro en los escalones y miro fijamente hacia casa de Juliet. Se abre la puerta principal y sale un chico. Va sin camiseta.

¿Qué?

¿Quién coño es?

Entrecierro los ojos mientras intento centrar mi visión en él. Lo he visto antes en alguna parte. De algún modo, me resulta familiar.

Sale hacia la camioneta y coge una caja de herramientas.

¿Quién es?

Se gira para que pueda verle la cara por completo. ¿Dónde he visto a este...? Entonces caigo en cuenta.

Joder.

Es el puto prometido.

Sigue con él. Se acabó. Bajo enfurecido a la tumbona.

—Tiene que estar jodiendo —suelto.

—¿Quién?

—La Señorita Inocente del número once.

Ant exhala pesadamente. —¿Y ahora qué?

—¿Sabes quién está en su puta casa ahora mismo? Te diré quién —me enfado—. Es el idiota de su prometido.

—¿Eh?

—Ella sigue con él. —Empiezo a caminar—. Así que me está follando con ropa en la boda, en público, obligándome a volver a mi casa porque no se puede confiar en que esté a su lado y no salte la valla. Me salen ampollas en la mano de tanto pajearme, y durante todo este tiempo resulta que ella igual va a casarse con él —suelto.

Ant me mira fijamente.

—Oh... es buena, lo reconozco. Me maneja como un puto violín. —Camino de un lado a otro de la terraza mientras mi mente se acelera—. ¿Sabes lo que es? —Lo señalo—. Es venenosa. Es una loba mentirosa, venenosa y que embruja con su coño mientras lleva un traje de cordero. Eso es lo que es.

Ant piensa un momento. —¿Un muflón lanudo escurridizo?

Sonrío ante su analogía. —Exacto.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

Me dejo caer para sentarme y exhalo pesadamente. —Nada.

—¿Nada? ¿o masturbarte un poco más por ella?

Pongo los ojos en blanco, asqueado de mí mismo por desearla. —Más o menos.

Miro el reloj mientras me tomo el café. Mierda, tengo que irme. Llegaré tarde.

No estoy de humor esta mañana. Agotado después de dar vueltas y vueltas por la bruja de al lado.

Ya la superé. La superé.

A la mierda con esto.

Me meto la tostada en la boca para sujetarla, cojo el café para llevar y paso por delante de la puerta trasera de cristal, y algo me llama la atención.

Eh...

Doy un paso atrás y miro fijamente al patio trasero. Se me cae la cara de horror. —¿Qué mierda? —estallo. Abro la puerta corrediza y veo una carnicería como nunca antes había visto.

Barro.

En todas partes.

Plantas en macetas volcadas y mordisqueadas.

Los cojines de mi sofá italiano blanco de exterior cubiertos de barro. —Alguien ha entrado y ha destrozado todo mi patio trasero. —Miro a mi alrededor—. Nunca había visto nada igual.

Por el rabillo del ojo, veo que algo se mueve y me giro para ver al perro sarnoso de Juliet subido en mi sofá blanco de exterior como si fuera el dueño del lugar, profundamente dormido boca arriba y roncando. Está cubierto de barro de donde excavó bajo la valla para entrar en mi jardín.

Inhalo bruscamente y aprieto los puños a los lados. —Hijo de puta.

La adrenalina recorre mi cuerpo.

Me acerco al perro que ronca y lo fulmino con la mirada mientras imagino su espantoso final. —¿Qué hiciste? —gruño.

Sigue roncando y veo rojo.

Tranquilízate.

Inhalo profundamente mientras miro a mi alrededor, la zona del desastre.

Estoy furioso.

—Barry —oigo llamar a Juliet desde la puerta de al lado—. Barry, ¿dónde estás?

El perro tonto levanta la cabeza cuando oye su voz y luego la vuelve a bajar para dormir.

Mis ojos parpadean en rojo mientras una energía nuclear térmica amenaza con robarme el control.

Antes de que pueda detenerme, me encuentro caminando hacia casa de Juliet. Empujo la puerta lateral para abrirla.

—Barry —llama desde los escalones traseros.

—Juliet —grito mientras pierdo todo el control—. ¡Trae tu puto culo aquí!

CAPÍTULO 9

Juliet

—¿QUÉ? —Entorno la cara.

—Ya me escuchaste —gruñe Henley desde su sitio en mi puerta lateral—. Ven de una puta vez a mi casa a ver lo que ha hecho tu maldito saco de pulgas.

—Qué dramático eres. ¿Quieres un Oscar o algo así? —resoplo. Paso junto a él, atravieso la verja y me dirijo a su casa. La verja está abierta y entro en su jardín.

Mis ojos se abren de par en par, horrorizada.

Oh, no.

Barro hasta donde alcanza la vista, macetas volcadas, plantas mordisqueadas, cojines de sofá destrozados.

Me pongo las manos en las caderas, indignada. —Bueno, ¿cómo sabes que fue Barry?

Henley me mira inexpresivo. —Abre los ojos.

Miro a mi alrededor y veo a Barry dormido boca arriba en el sofá blanco.

No me jodas.

—Barry —le regaño.

Barry se incorpora y agudiza el oído, todo contento.

—No me sonrías, joven. Tienes problemas. —Intento sonar dura y convincente.

—En primer lugar, no es un *joven*; es un mestizo. Y segundo, limpia esta mierda. Ahora mismo, joder —exige Henley con las manos en las caderas.

—No uses ese tono conmigo, Henley. No lo aceptaré —respondo.

Da un paso hacia mí y nos ponemos cara a cara, a sólo unos centímetros de distancia. —Tomarás todo lo que te dé, joder —gruñe.

—Y una mierda que lo haré.

—Seguro que tomas todo lo que él te da.

¿Eh?

—¿Quién? —Arrugo la nariz mientras intento seguir la conversación—. ¿Barry?

—No te hagas la tonta, Juliet. No te queda bien.

—¿De qué demonios estás hablando, chiflado?

—Ya puedes dejar de mentir, carajo.

Vale, ¿de qué demonios está hablando? ¿Me perdí una parte de la conversación?

—¿De qué estás hablando, Henley?

—¿Por qué no le preguntas a tu puto prometido de qué estoy hablando?

—No tengo prometido.

—Lo vi con mis propios putos ojos —estalla.

Oh... Liam.

Entorno los labios para ocultar mi sonrisa.

—¿Te parece divertido? —susurra enfadado—. ¿Montaste mi polla en esa boda mientras seguías comprometida todo este puto tiempo?

—Vale, vamos a dejar algo claro. —Levanto las manos, intentando calmarlo. Puedo deducir que alguna arteria está por reventar dentro de su cuerpo—. ¿Estás enfadado por mi perro o por Liam?

Lleno de desprecio, da un paso adelante y yo retrocedo. —Me molesta que seas tan mentirosa —se burla.

—Bueno... tienes razón, soy una mentirosa.

—Lo sabía —suelta.

—Liam es mi hermano, maldito idiota.

—¿Qué?

—Te mintió en ese momento porque estaba enfadado por cómo me trataste y quería vengarse de ti.

—¿Qué? —Casi se le salen los ojos de las órbitas—. ¿Cómo te traté? ¿Cómo coño te traté?

—Esperé en casa todo el día a que me llamaras, y me dejaste plantada y no volviste a llamarme.

—Estaba trabajando —grita.

—Sí, carajo, claro, estabas trabajando. Te vi en el club. Te vi siendo un idiota, imbécil mentiroso.

—Eso es una mentira. —Frunce el ceño y apoya el peso en el pie trasero—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Oh. —Tengo pruebas. Reviso mi teléfono y sé exactamente dónde está guardado el video que me envió Chloe porque lo he visto un millón de veces. Saco el video, le doy play y levanto el móvil para enseñárselo.

Frunce el ceño mientras mira fijamente la pantalla. Se mira a sí mismo reír y hablar y luego vuelve su atención al trasero de la chica.

Estoy tan enfadada que todo el cielo se ha vuelto carmesí.

—¿Así que me mentiste, joder? —gruñe—. Creí que estabas comprometida todo este puto tiempo.

—De todas formas, nunca ibas a llamarme, Henley. ¿Qué importa?

—Podría haberlo hecho.

—¿Quién demonios te crees que eres? Podrías haber... puf. Púdrete —resoplo. Me doy la vuelta y me dirijo furiosa hacia mi casa.

—Vuelve aquí y limpia este desastre.

Le saco el dedo del medio y sigo caminando.

Límpialo tú mismo.

Uf, ¿por qué acepté esta estúpida fiesta de bienvenida?

Es sábado, y puedo ver a todo el mundo cruzando la calle hacia la casa de Carol con sus bandejas de comida.

Qué miedo.

No he hablado con Henley desde nuestra pelea por Barry. Y ahora tengo que fingir ante todo el mundo que me cae bien, cuando lo único que quiero es tirarle un trago por la cabeza al imbécil que se cree con derecho a todo.

Me veo una vez al espejo y exhalo pesadamente.

Muy bien, me veo bien.

Femenina sin intentar ser sexy. Ya no quiero ser sexy en esta calle. El atuendo apropiado para mí en este momento sería en realidad una camisa de fuerza, pero da igual. Este maxi-vestido rosa me queda muy bien. Es amplio y fluido, largo y con tirantes finos.

Cojo mi bandeja de entremeses y, con el corazón en un puño, me dirijo a casa de Carol. El sonido de las conversaciones resuena en la calle y todo el mundo parece estar de buen humor. El porche de Carol está lleno de gente, a algunos no los había visto nunca, y todos se giran para mirarme mientras atravieso su jardín. Me planteo dar media vuelta y volver corriendo a casa.

Incómodo.

—Aquí está —Carol se ríe—, la invitada de honor.

—Hola. —Le doy un beso en la mejilla y sonrío a todos.

—Hola, Juliet. —Uno de los chicos sonrío. Todos saludan—. Hola, hola —dicen todos.

—Hola. —Mierda, esto es muy incómodo—. ¿Dónde quieres que ponga esto? —Señalo el plato de salsas y quesos que he traído.

—Sólo dentro sobre la mesa, cariño.

—Gracias. —Abro la puerta mosquitera, entro y sonrío al ver la casa de Carol. Es como retroceder en el tiempo. Hay fotos enmarcadas por todas las paredes, y los muebles están todos en perfecto estado, pero datan de hace cuarenta años. Incluso hay tres patos voladores en las paredes, como los que se ven en las películas. Pongo mi plato sobre la mesa y me tomo mi tiempo para acomodarlo. En serio, sólo quiero irme a casa. Esto no es agradable.

—Hola —suenan una voz a mi lado.

Levanto la vista y veo a una chica de pelo castaño claro. Tiene más o menos mi edad y es guapa. —Soy Rebecca. Vivo unas puertas más abajo; quería ir a presentarme, pero el tiempo vuela.

—Oh hola, encantada de conocerte. —Sonrío mientras le doy la mano—. ¿Estás en la casa azul?

—Sí, esa misma. —Señala a un hombre al otro lado de la habitación y le hace señas para que se acerque. Es rubio y guapo, probablemente treintañero—. Éste es mi marido, John.

—Hola. —Le doy la mano—. Encantada de conocerte.

—Siento no haber ido todavía. El tiempo vuela —se disculpa.

—Oh, no, por favor, lo entiendo perfectamente. —Me encojo de hombros—. Yo también estoy ocupada.

—¿A qué te dedicas? —pregunta para entablar conversación.

—Soy enfermera.

—Fantástico —responde—. Otro profesional médico en la calle. Ya somos tres. Soy cirujano ortopédico.

—Vaya. —Sonrío. Vuelvo a centrar mi atención en Rebecca—. ¿Trabajas o tienes hijos... o?

—Dios, no. —Hace una mueca de dolor mientras se sirve otro vaso de vino—. Soy profesora, el mejor anticonceptivo del mundo. —Voltea los ojos mientras echa la cabeza hacia atrás para beber.

Suelto una risita. Rebecca ya me cae bien.

—¿Has conocido a todo el mundo? —pregunta.

—A algunos. —Me encojo de hombros—. Trabajo mucho, así que no he visto a la mayoría de la gente.

—Ven —me coge de la mano— te presentaré.

—Uf, ¿es necesario? —susurro.

Se ríe. —Desgraciadamente. —Me arrastra de la mano hasta un grupo de hombres—. Chicos, esta es Juliet. Es la reina del baile de hoy. Este es Blake Grayson. —Me presenta—. Blake es médico.

Tengo la sensación de que ya conozco una cantidad de información espeluznantemente acosadora sobre el Dr. Grayson, aunque nunca lo diré.

—Hola.

—Juliet es enfermera —le dice Rebecca.

—¿Lo eres? —Sonríe—. ¿Dónde trabajas?

—En Lady of Rosemary.

—Habrás estado ocupada últimamente; escuché que están a tope.

—Todo el tiempo.

Rebecca me lleva de nuevo de la mano hasta un anciano. Parece tener unos ochenta años. —Éste es Winston. Vive en la Casa Blanca.

—Hola. —Sonrío mientras le doy la mano.

—Hola, querida. —Sonríe y tiene un acento sureño—. Encantado de conocerte. Te veo corretear por las mañanas con tu perro.

Suelto una risita. Pobrecita. ¿Qué aspecto debo tener? —Encantada de conocerte a ti también.

—Y este buen espécimen es Antony Deluca. Es tu vecino de al lado.

Sonríe, y lo siento hasta los huesos. Es europeo y completamente guapo. —Hola, Juliet. —Me besa la mejilla—. He oído hablar mucho de ti. Me alegro de ponerle por fin cara al nombre.

—Henley, Blake y Antony son amigos de la infancia.

—Ah, claro —Sonrío, sorprendida—. Es estupendo.

—¿Dónde está Henley? —pregunta Rebecca mientras mira a su alrededor.

—Aquí estoy —grita al entrar por la puerta principal.

—Ven a conocer a Juliet —responde Rebecca.

—Ya nos conocemos —Henley sonríe despreocupadamente, como si no fuera el mayor imbécil del mundo.

Te conozco.

Besa a Rebecca en la mejilla y luego se gira hacia mí. Me hago la simpática porque estamos en público.

—Hola —Sonrío.

Sonríe cálidamente y me besa la mejilla. Lleva una chaqueta de lino color crema y unos jeans azules. Parece como si acabara de salir de una sesión de modelaje de *GQ* o algo así. —Hola. Me alegro de verlas.

Me lleno de nervios al sentir el olor celestial de su loción de afeitar.

—¿Dónde estabas? —suelta un hombre—. Hemos estado esperando a que llegara el barista.

Henley pone los ojos en blanco y se acerca a la barra. —¿Quién quiere qué?

Todo el mundo se apiña alrededor de la barra y hace su pedido de bebidas con él. Y sonrío ante su familiaridad. Tengo que admitir que es una calle agradable para vivir.

Una ancianita entra por la puerta principal.

—Hola, Ethel —saluda todo el mundo.

—Llegó la fiesta. —Ethel sonríe mientras pone la bandeja de pasteles sobre la mesa—. Siento llegar tarde.

—¡Ba-ba-bum! —grita uno de los chicos desde la barra mientras mira hacia la puerta—. ¿Quién es esta belleza?

Me giro y veo entrar a una mujer guapísima, con el pelo largo, oscuro y una figura para morir. Una cara perfectamente maquillada y unos labios grandes y carnosos. Lleva un vestido negro ajustado y parece una famosa de Instagram o algo así.

—Genial, Taryn está aquí —susurra Rebecca.

—¿Es algo malo? —susurro.

Oh no, ésta es la Taryn de la que me habló Carol. Seguro que no.

Rebecca finge una sonrisa. —Depende de quién seas —murmura en voz baja.

—Volví, queridos. ¿Me han extrañado? —Levanta las manos e intenta ser linda. En realidad, no lo intenta. Realmente lo es.

—Sí —gritan todos los chicos al unísono—, Taryn. —Todos se ponen en fila para besarla, y ella abraza a cada uno de ellos como si fuera su amor perdido hace mucho tiempo, ignorando por completo a todas las demás mujeres de la sala.

—Todo el mundo en la calle está enamorado de Taryn —susurra—. Incluida Taryn.

Suelto una risita. —Yo no. —Levanto mi copa. Ella choca la suya con la mía.

—Yo tampoco.

—Henley, cariño —dice Taryn con voz sexy—. ¿Dónde has estado toda mi vida?

Henley se ríe y tira de ella para abrazarla. —Aquí mismo donde me dejaste.

Mis ojos se encuentran con los de Rebecca, y ella levanta una ceja de «te lo dije».

Sí, ahora lo veo. Uf, dame un respiro.

Rebecca me coge de la mano. —Vamos afuera.

—Buena idea.

La noche ha sido divertida, y me cae muy bien Rebecca. Hemos congeniado. Es como si la conociera de toda la vida.

Estamos sentadas en el banco del parque, en el jardín delantero de Carol. Todo el mundo está charlando y los chicos están a punto de ponerse ebrios.

—¿Tienes pareja? —pregunta Rebecca.

—No. Rompí con mi ex hace un año.

—¿Estuviste mucho tiempo con él?

—Unos doce meses.

—¿Es algo bueno o malo?

—Bien. Fue cosa mía. —Me encojo de hombros—. No sé, parece que siempre atraigo al tipo de chico equivocado.

—¿Tienes un tipo?

—La verdad es que no. —Sonríe—. Pero a lo mejor los convierto en ese tipo.

Se ríe.

—Simplemente no estábamos en la misma página. Él quería ir de fiesta y salir todo el tiempo, y yo ya había pasado esa etapa. Es decir, salir de vez en cuando es divertido, pero ir a discotecas todos los viernes y sábados por la noche no es mi lugar ideal.

—Sí, lo entiendo. ¿Cuántos años tienes?

—Yo tengo veintisiete, ¿y tú?

—Tengo treinta y un años. Es increíble que hayas comprado esa casa tú sola. —Sonríe.

—Lo es. —Sonrío, orgullosa de mí misma—. Ahora sólo tengo que pagar las reformas. Están llegando los presupuestos, y me sorprende lo caras que son las cosas.

—Ya lo sé. Acabamos de hacer nuestra cocina y ha costado más del doble de lo que pensábamos.

Una risa fuerte y ronca procede de la veranda, y Rebecca y yo levantamos la vista para ver a Taryn abrazada a Henley. Se me revuelve el estómago de celos. Lleva toda la noche encima de él. —¿Esos dos están saliendo? —pregunto.

—¿Henley y Taryn? —Ella frunce el ceño—. Dios, no.

Mis ojos se detienen en ellos dos. —¿Cómo lo sabes?

—Porque es muy amigable con ella.

—¿Eh?

Baja la voz para que nadie la oiga. —John y él son muy buenos amigos. No se lo digas a nadie, pero tiene un gran peso encima.

—¿Cómo qué? —susurro. Por fin, algo de información.

—Sólo se acuesta con mujeres que no le gustan.

Entorno la cara. —¿Qué quieres decir?

—Es tan anti-relaciones que si conoce a alguien que le gusta, no vuelve a salir con ella por miedo a caer en una trampa.

La miro fijamente, sorprendida. —¿Desde cuándo?

—Desde que su madre murió cuando él era adolescente.

—¿Ha ido a terapia por eso?

—Vio a alguien cuando estaba en sus veintes, pero no funcionó. —Se encoge de hombros—. Creo que simplemente ha aceptado que es así.

—Oh. —Levanto los ojos para verlo. Taryn se ríe a carcajadas y le pone la mano en el pecho de forma coqueta.

Vete a la mierda, Taryn.

—Y escucha esto —susurra—. Hasta tiene un teléfono desechable.

—¿Un qué?

—Tiene tarjetas de visita falsas con otro número de teléfono que contesta su asistente personal.

—¿Por qué?

—Para que las mujeres con las que sale no tengan su número real si quiere desaparecer.

Me recuesto en la silla, sorprendida

La adrenalina me recorre la sangre. Eso es exactamente lo que me hizo.

—Vaya —susurro—. Ya lo he oído todo oficialmente.

Taryn vuelve a reír a carcajadas, y yo me imagino empujándole la cabeza en la ponchera hasta que se atraganta con las fresas congeladas.

—Entonces imagino que ha ignorado a muchas mujeres —respondo.

—No. Ésa es la cuestión, casi no ignora a nadie.

—¿Qué?

—Sólo tiene citas por sexo. Es súper raro que le guste alguien de verdad y la ignore.

A mí me ignoró.

—Pero si se acuesta con todas esas mujeres, es porque le gustan ¿no? —Frunzo el ceño, confusa.

—La atracción y los sentimientos son dos cosas muy distintas para él. John dice que sólo sale con ellas hasta que todo pasa, y luego pasa a la siguiente sin mirar atrás.

—Oh. —Lo miro a través de la habitación—. En otras palabras, rompe corazones donde va.

—Supongo que está bastante roto.

—Ya lo creo. —Henley levanta la vista y nuestros ojos se cruzan. Nos miramos fijamente durante más tiempo del que deberíamos, y aparto la mirada—. Tengo que trabajar por la mañana, así que debería irme ya.

—Sí, yo también. —Arruga la nariz—. Probablemente Taryn esté a punto de empezar a bailar para los chicos.

—¿Baila? —Hago un gesto de dolor.

—Como una stripper drogada.

Suelto una risita. —No lo digas, me lo estoy imaginando mal.

Rebecca también se ríe. —¿Quieres tomar un café algún día?

—Sí. —Sonríe—. Me gustaría. —La beso en la mejilla—. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente.

De alguna manera siento que esta noche hice una amiga.

Beso a Carol. —Muchas gracias por esta noche.

—Me alegra mucho tenerte aquí, querida. —Carol sonríe.

—Adiós a todos. —Me despido con la mano—. Tengo que trabajar por la mañana, así que me voy.

—Adiós —dice todo el mundo.

Los ojos de Henley se fijan en los míos y volvemos a mirarnos fijamente al otro lado de la habitación durante un rato más. Como si no recordáramos que nos odiamos.

Basta ya.

Con otro pequeño gesto de la mano, vuelvo a cruzar la calle para dirigirme a mi casa y, justo cuando salgo al porche, oigo la molesta voz de Taryn que resuena en la calle. —Pongamos música.

Uf, Rebecca tiene razón.

Me tumbo en la cama, bien despierta.

El ritmo de la música recorre el barrio.

La fiesta se ha trasladado de la casa de Carol al patio trasero de Antony. Ahora están sentados alrededor de una hoguera. No sé quién está allí, pero sigo oyendo la molesta voz de Taryn por encima de la de los demás.

Mi mente no deja de darle vueltas a las palabras de Rebecca sobre Henley esta noche. Y sé que debería estar enfadada con él y resentida porque tiene un teléfono desechable, pero...

Está roto.

Me siento triste por él. No puedo imaginar lo que debe ser no tener esperanzas de conocer a la elegida. O ni siquiera querer hacerlo.

Pensé que intentaría hablar conmigo esta noche... pero entonces, basándome en su loco comportamiento de arriba abajo, no lo hizo.

Todo lo que dijo Rebecca tiene mucho sentido.

Sabía que habíamos congeniado en aquella primera cita. Y sabía que yo le gustaba. Maldita sea, él me gustaba. Me quedé muy sorprendida cuando no me llamó.

¿Pero quería hacerlo?

Incluso el fin de semana pasado, nos besamos de la forma más perfecta, y luego actuó como si no hubiera significado nada.

¿Qué le pasó para cerrarse tanto?

Oigo la risa molesta de Taryn, me doy la vuelta y golpeo la almohada. —Vuelve con tu exmarido, Taryn. Me estás molestando.

Corro como loca. Joel va a llegar en cualquier momento para hablar del sofá y de los colores, y yo llegué tarde del trabajo.

Oigo que llaman a la puerta y rápidamente arrojo mi ropa al cesto de la ropa sucia. —Carajo, este sitio es un desastre —susurro de camino a la puerta. La abro a toda prisa—. Hola. —Sonrío—. Pasa.

—Hola. —Joel sonrío. Carajo, es guapo. No de la misma forma que Henley, sino más bien como un guapo príncipe.

—¿Quieres un café o algo? —pregunto.

—Sí, por favor. Después del día tan ajetreado que he tenido, necesito algo que me anime. —Me sigue a la cocina y preparo nuestros cafés. Abre todos los libros que tiene sobre la encimera de la cocina y empieza a hojearlos—. ¿Así que te ha gustado esta línea de Hopewood?

—Sí. Me encanta, pero no sé si comprarme un mueble de dos plazas o tres plazas.

—Mmm. —Se lo piensa un momento—. Déjame medir la habitación otra vez. —Saca la cinta métrica y salimos al salón.

Suena un golpe en la puerta.

—¿Quién puede ser? —Pongo los ojos en blanco—. Disculpa.

—Claro —responde mientras empieza a medir la habitación.

Abro la puerta y veo a Henley de pie. —Hola. —Me dedica una sonrisa de lado.

Frunzo el ceño. ¿Qué hace aquí? —Hola.

—¿Puedo...? —Duda—. ¿Puedo entrar?

Sólo quiere entrar porque Joel está aquí.

—No, estoy ocupada. —Me cruzo de brazos—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Hum. —Se mete las manos en los bolsillos del traje—. Yo...

Vuelvo a mirar hacia la casa; no puedo dejar a Joel solo demasiado tiempo. —¿Qué pasa, Henley?

—Necesito un favor.

—¿Cómo qué?

—Tengo un asunto de trabajo este fin de semana y necesito una cita.

Mis cejas se alzan sorprendidas.

—Uno de mis clientes está intentando emparejarme con su hija, y yo como que... le dije que tengo novia.

—¿Quieres otra cita falsa?

—Sí.

—No.

Se le cae la cara de vergüenza. —¿No?

—Rotundamente no.

Sus ojos buscan los míos.

—¿De verdad crees que después de lo que pasó la semana pasada y de cómo me trataste te mereces otra cita falsa?

—Te estaba haciendo un favor. —Frunce el ceño—. Era... ¿querías la cita falsa?

Bajo la voz para que Joel no pueda oírnos. —Nunca quise el orgasmo fingido.

—No fingiste —susurra enfadado.

—Sí, lo hice —miento.

—Me lo debes.

—No te debo nada, y menos mi tiempo.

Da un paso atrás, ofendido. —Estás enfadada conmigo.

—Sí, estoy jodidamente enfadada contigo —suelto—. No me hablaste en todo el fin de semana, y sólo estás aquí ahora porque el auto de Joel está afuera.

Su mandíbula tiembla mientras aprieta los dientes. —Eso no es verdad. Iba a venir de todas formas. Ni siquiera vi su auto.

Mentira.

Me inclino hacia él. —Aclaremos una cosa, Henley. No soy la segunda opción. No soy alguien a quien recurres cuando no hay una opción mejor. Pídele a Taryn que te de una cita falsa.

—No quiero ir con Taryn.

—Mala suerte. No quiero ir contigo.

Se inclina un poco hacia atrás, molesto. —¿Entonces es un no?

—Es un no rotundo.

Nos miramos fijamente, y sé que está intentando pensar en algo que decir.

—Buenas noches, Henley. —Le cierro la puerta en las narices y vuelvo a entrar con Joel—. Perdona.

—Déjame adivinar, ¿tu vecino?

Doy un fuerte suspiro.

—Le gustas.

—No. Créeme, no le gusto.

—Confía en mí; sé cuándo a un hombre le gusta una mujer. Tú le gustas.

—Sí, bueno... no va a pasar. —*Y realmente no quiero discutir esto contigo*—. ¿Dónde estábamos? —le pregunto.

—El sofá. Creo que dos de tres plazas.

Jueves por la mañana, a las 6:30 a.m., camino por el pasillo de la Residencia de Ancianos San Sebastián. Mi primer turno en mi segundo trabajo ha sido una delicia. Voy a hacer tres noches al mes, y eso debería liberar algunos fondos para estos muebles estúpidamente caros.

—¿Qué tal ha ido? —Sonya sonríe.

—Genial, la verdad. —Me siento aliviada. No tenía ni idea de en qué me estaba metiendo—. Todo el mundo ha sido muy amable.

Echo un vistazo al largo pasillo y veo que una figura conocida entra en una de las habitaciones y cierra la puerta tras de sí.

¿Ese era...?

—¿Quién era?

—¿Quién?

—¿Acabo de ver a un hombre entrar en la habitación al final?

Mira el reloj mientras subimos por el pasillo hacia la habitación. —Ah, ése debe ser el hijo de Bernard.

—¿Bernard?

—Uno de nuestros pacientes.

Nos detenemos ante la puerta en cuestión y miramos por la ventana. Henley está vestido con su traje y tendiendo la ropa sobre la cama.

Frunzo el ceño, confundida.

—Es el hombre más guapo —susurra—, viene todas las mañanas y le da de desayunar a su padre y le saca la ropa para el día.

Lo veo mientras Henley sonríe y charla con el anciano. Le toca la cara con las manos y dice algo; luego va y coge unas maquinillas del baño para ayudarlo a afeitarse.

—Me rompe el corazón. —Sonríe tristemente.

—¿Y eso por qué? —Frunzo el ceño mientras lo veo.

—Porque su padre ni siquiera sabe quién es.

CAPÍTULO 10

Juliet

SE ME HUNDE el corazón. —¿Cuánto tiempo le queda?

—No estoy segura.

Henley dice algo y azota a su padre con la camiseta. El viejo se ríe a carcajadas mientras juegan.

Siento que se me oprime el corazón mientras lo veo. —¿El hijo viene todos los días?

—Nunca falta uno.

—¿Cuánto tiempo se queda?

—Llega justo antes de las siete de la mañana y se va a eso de las nueve. Le da el desayuno, lo ayuda a afeitarse y luego lo mantiene tranquilo mientras las enfermeras lo ayudan a ducharse. También le lee el periódico de la mañana.

—¿No hay más hermanos?

—No, creo que no.

Se me hace un nudo en la garganta mientras lo veo.

Henley se levanta y yo me agacho detrás de la pared. No quiero que me vea. —Gracias por enseñarme cómo funcionan las cosas. —Sonrío—. Hasta la próxima.

—Por supuesto. —Se marcha y yo vuelvo a asomarme por la ventana de la puerta. Henley está hojeando los canales de televisión para poner las noticias de la mañana.

Mientras mi corazón se constriñe, otra pieza del rompecabezas de Henley James encaja en su sitio.

Es un buen hombre.

¿Conoces esa sensación cuando estás a punto de hacer algo estúpido, pero no te importa y quieres hacerlo de todos modos?

Ésa soy yo en este preciso momento. Llamo con fuerza a la puerta. Algo de ver a Henley en la residencia de ancianos esta semana ha abierto un enorme agujero de encanto en mi corazón por él. Sé que no lo conozco, pero comprendo mejor por qué es como es.

Necesito saber más.

Toc, toc, toc. Esto es, sin duda, lo más estúpido que he hecho en mi vida, y sin embargo es en lo único que puedo pensar. Henley abre la puerta de su casa. —Juliet.

—Hola, Henley. —Me obligo a sonreír—. He reconsiderado tu oferta.

Sus cejas se alzan sorprendidas. —¿Por?

—La cita.

—Oh.

—Sí. —Me encojo de hombros mientras trato de parecer despreocupada—. Resulta que, después de todo, puedo ser tu cita este fin de semana.

—¿Por qué? —pregunta rotundamente—. Te repugnó la idea cuando te lo pedí.

—Sí, bueno... No me gusta que irrumpas cada vez que viene un hombre a casa, cuando ni siquiera te molestas en voltear a verme si me ves en otro sitio.

—¿Cómo dónde?

—Como en la fiesta de Carol.

—Estuviste hablando con Rebecca toda la noche.

—Sí, mientras hablabas con Taryn.

Pone los ojos en blanco. —Estoy soltero, Juliet.

—Yo también, así que no me gusta que nos interrumpas a Joel y a mí.

¿Por qué soy tan estúpida cuando estoy con él? Saca lo peor de mí.

—¿Salir con tu diseñador no va en contra de algún código ético o algo así?

—Qué más da. Entonces, ¿es una cita?

Me fulmina con la mirada.

—Date prisa y toma una decisión —digo bruscamente.

Pica el anzuelo.

—No intentes decirme lo que tengo que hacer, Juliet. No me gusta. Y sí, es una cita. Una cita falsa, no te hagas ilusiones.

La ira burbujea justo bajo la superficie. Es realmente exasperante en carne y hueso. —Créeme, las ideas son lo último que percibo de ti en este momento, Henley.

Se cruza de brazos, y me doy cuenta de que está sin camiseta y en calzoncillos.

Ojos arriba.

—¿Vas a ver a Joel esta semana? —pregunta.

—No estoy segura —miento.

Me observa fijamente con ojos calculadores, e interiormente sonrío. Quizá le gusto, aunque sea solo un poquito.

—¿A qué hora el sábado? —pregunto.

—Es en la ciudad y será tarde. Probablemente tendremos que pasar la noche en un hotel.

—¿Qué?

—Tendrás tu propia habitación, por supuesto. —Pone los ojos en blanco—. No soy estúpido, y de ninguna manera compartiría una habitación contigo.

Hay una razón por la que Henley James no tiene citas; nadie aguantaría su mierda. —Adiós, Henley. —Bajo los escalones.

—Es de etiqueta —dice.

Me doy la vuelta. —¿Qué?

—La función, es de etiqueta.

A la mierda, ahora tengo que gastarme un dinero que no tengo en un estúpido vestido. —Estupendo. —Sonrío—. Estoy impaciente.

Vuelvo furiosa a mi casa mientras me doy una patada interior por haber aceptado.

¿Qué hice?

Vroom, vroom, vroom.

Las risas resuenan en la calle y Barry agudiza el oído.

—Uh. —Miro hacia las ventanas de mi casa. Son casi las seis de la tarde del jueves por la noche.

—¿Qué es ese sonido? —pregunta Chloe desde su sillón plegable. Maldita sea, ojalá llegara ya mi nuevo sofá.

Vroom, vroom, vroom.

Más risas masculinas. Una chica grita.

—¿Qué pasa, Barry? —Me levanto y me dirijo a la ventana delantera, y mis ojos se abren de par en par, horrorizados—. ¿Qué demonios?

—¿Qué?

—Será mejor que vengas a ver esto porque no me creerías si te lo dijera.

Chloe se levanta de su silla plegable y camina hasta donde estoy espiando a través de las cortinas transparentes.

Taryn está patinando calle arriba y calle abajo. Lleva unos pantalones cortos de color azul eléctrico y un sujetador deportivo a juego. Lleva el pelo recogido en dos coletas y sus enormes tetas están a la vista. Lleva rodilleras y muñequeras blancas.

—¿Me estás jodiendo? —suelta Chloe—. ¿Quién coño es esa?

—Taryn, de la que te hablé.

Los hombres del vecindario están todos en el jardín delantero de Blake charlando, mientras la miran en secreto.

—Es evidente que los vio y salió a montar un espectáculo —se burla Chloe—. ¿No tiene vergüenza?

—¿Parece que la tuviera?

Ambas la vemos mientras Taryn coquetea y se pone dramática mientras patina. Pongo los ojos en blanco. —Dame un respiro.

Toca la corbata de Blake y le dice algo, y él se ríe a carcajadas.

—Vete a la mierda, bruja tonta presumida —suelta Chloe, sin apartar los ojos de ellos.

El auto de Henley dobla la esquina y frena en seco. Le dice algo a través de la ventanilla del auto, y ella se ríe a carcajadas. —Oh, Henley, qué gracioso eres.

No, no lo es.

—Es un gruñón de mierda. Eso demuestra lo poco que sabes de él —susurro enfadada.

Henley no se molesta en entrar en su garaje. Detiene el auto en la entrada, sale y va a hablar con los chicos que están en la acera. Se quedan charlando mientras disfrutan del espectáculo.

—Y también se baja del auto —suelta Chloe, enfurecida—, también es un cabrón.

Él la mira de arriba abajo y yo me enfurezco.

—Ya lo hemos establecido.

Empieza a intentar girar con los brazos abiertos, y yo pongo los ojos en blanco. —Esto no es el puto *Xanadú*, zorra tonta.

Espío a través de las cortinas y veo a Henley mirándola.

No me gusta que mire a nadie más.

Rebecca cruza la calle. —¿Quién viene? —pregunta Chloe.

—Rebecca. La conocí el sábado por la noche. Es simpática.

Entra en mi césped. —¿Por qué viene aquí?

—No lo sé. Rápido, actúa con naturalidad. —Las dos corremos y nos zambullimos en nuestras sillas plegables.

—Será mejor que Taryn se vaya a la mierda. Me voy a volver loca. No he estado enamorada de él por tres años para que ella se abalance sobre él y me lo robe al final —susurra enfadada Chloe.

—No le gustará a Blake —susurro—. A Henley le gustará. Lo sé.
—Tenemos que acabar con esta zorra.
Toc, toc suena en la puerta.
—Pase —digo.
Rebecca abre la puerta: —Hola. —Sonríe. Se le cae la cara de vergüenza cuando ve a Chloe—. Perdone, no me había dado cuenta de que tenías compañía.
—No, no, pasa. Esta es mi amiga Chloe.
—Hola, Rebecca. —Chloe sonríe.
—Mmm... —Rebecca mira entre nosotras y luego cierra la puerta tras de sí—. ¿Has visto a esa idiota en patines?
—Voy a tirar unas bolas en la carretera para que se caiga de culo. —Chloe pone los ojos en blanco.
Rebecca se sienta nerviosa y tengo la sensación de que algo está mal. —¿Estás bien?
Se encoge de hombros. —Entonces... —Hace una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Si necesitara una opinión femenina confidencial e imparcial sobre algo de mi casa, ¿podrían guardar el secreto?
Chloe y yo intercambiamos miradas. —Sí. —Nos encogemos de hombros.
—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie? Es que... —Vuelve a hacer una pausa—. Nos trasladamos a vivir aquí hace cinco años, y estoy tan ocupada trabajando que no he hecho amigos. Bueno, tengo amigos —explica—. Pero son todos amigos en pareja, ya me entiendes. Como... No puedo confiarles un secreto.
—Por supuesto. ¿Qué pasa?
—Tengo que enseñarte algo. —Se levanta—. Está en mi casa.
—¿Qué? —Frunzo el ceño.
—Vamos. —Sale y la seguimos pasando junto a la idiota que patina y los pervertidos de la acera.
—Juro por Dios que si se le insinúa, se acabó —resopla Chloe mientras lo ve hablar con Taryn—. Esta calle es como el puto Tinder con crack.
—¿De quién estamos hablando? —Rebecca frunce el ceño.
Chloe duda.
—Oye, estoy a punto de enseñarte algo que prometiste no contar. Tu secreto está a salvo conmigo.
Chloe exhala. —Siento algo por Blake Grayson.
Rebecca sonríe mientras cruza el césped delante de nosotras. —Quién no.
—Lo sé, es muy molesto —resopla Chloe—. Ojalá fuera feo.
—Entonces probablemente no te gustaría —respondo.
Rebecca nos sube por las escaleras hasta el porche y entra en la casa. Echa el cerrojo de la puerta principal detrás de nosotras.
Frunzo el ceño. —¿Qué está pasando?
—Entonces... —Hace una pausa—. Esto es tan raro, y siento que podría estar volviéndome loca, y espero que me digas que todo esto está en mi cabeza.
—Bien... —Chloe frunce el ceño—. Continúa.
—La rueda trasera del auto de John ha estado haciendo ruido y hoy la llevaron a reparar.
—¿Quién es John? —Chloe frunce el ceño.
—Su marido —respondo.

—Tenía que trabajar, así que me ofrecí a llevárselo, y se llevó mi auto al trabajo —responde Rebecca mientras nos guía por la casa.

—Entiendo. —Frunzo el ceño. ¿Adónde va a parar esta historia?

—Lo llevé y me arreglaron la rueda, y luego pensé en limpiar y aspirar su auto como sorpresa.

—Abre la puerta interior del garaje, y vemos una SUV Audi gris plomo.

—De acuerdo.

—Quiero que me digas que estoy loca. —Abre la puerta trasera del auto.

—Escúpelo.

—Suban.

—¿Qué?

Hace un gesto hacia el auto. —Suban, y no toquen nada.

Chloe y yo subimos al asiento trasero.

—¿Ves algo anormal? —pregunta Rebecca.

Chloe y yo miramos alrededor del auto. —No... —Frunzimos el ceño.

Enciende la linterna de su teléfono y la ilumina hacia la ventana. —¿Y ahora qué?

Dos marcas perfectas de pies aparecen en el interior de la ventana de la puerta: las huellas de una mujer.

—Nunca he estado en el asiento trasero de este auto —dice Rebecca.

Nuestros ojos se abren de par en par al observar las huellas.

—¿Las ven, verdad? —pregunta.

Las dos asentimos.

Una huella está a un lado, como si alguien se hubiera tumbado en el asiento trasero; la otra está al otro lado de la ventanilla, como si hubieran estado abriendo las piernas.

—¿Crees que te engaña? —susurra Chloe.

Rebecca se encoge de hombros. —¿Cómo coño llegan huellas de mujer al asiento trasero del auto de tu marido?

—No lo sé. —Miro fijamente las huellas—. Pero está claro que están ahí. No te lo estás imaginando en absoluto.

—Joder.

Todas permanecemos en silencio mientras pensamos.

—¿Sabes lo que necesitamos? —responde Chloe—. Necesitamos uno de esos detectores de semen de luz negra.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Sí, ya sabes. Como los que usa la policía.

Chloe empieza a mirar en los bolsillos de los respaldos de los asientos. —¿Lo revisaste todo?

—Sí, no he encontrado nada.

Chloe se tira al suelo y empieza a tantear bajo los asientos.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto a Rebecca.

—No lo sé. Esto no es una prueba concreta que demuestre nada, pero si cree que estoy por descubrirlo, tendrá mucho cuidado y nunca sabré la verdad.

—¿De verdad crees que te engañaría?

—Me engañó una vez en la universidad.

Frunzo el ceño.

—Estaba borracho, y estábamos haciendo lo de la larga distancia, pero me llamó angustiado media hora después de que ocurriera, llorando a lágrima viva, atormentado por la culpa. No es de

los que mienten. O al menos eso creo.

—¿Esto es tuyo? —Chloe saca un pequeño clip de bulldog rosa de debajo del asiento.

Rebecca lo mira fijamente en la mano de Chloe. —No. No lo es.

Me tapo la boca con las manos, horrorizada. —Joder.

—Los hombres son unos putos idiotas —susurra enfadada Chloe.

—Salgan. Hablaremos fuera por si llega a casa —susurra Rebecca—. No quiero que sepa que lo estoy observando.

Salimos del auto, cerramos la puerta y volvemos a entrar en la casa. —¿Quién quiere vino? —grita Rebecca.

—Sí, claro —respondemos Chloe y yo, ambas temiendo por nuestras vidas.

Esto es muy raro, compartir algo tan personal con alguien que apenas conocemos.

Rebecca sirve tres copas de vino y se dirige al jardín trasero. Hay una bonita zona de piscina con una cabaña, y nos lleva hasta allí. Nos sentamos en una mesa.

—¿Has tenido algún presentimiento de que algo no iba bien? —pregunto.

Ella tuerce los labios. —Nuestra vida sexual ha sido casi inexistente, pero ha estado trabajando hasta el cansancio.

—¿Pero ha estado trabajando de verdad? —susurra Chloe—. Quiero decir... —Se encoge de hombros.

—Quién coño sabe. —Rebecca se pasa la mano por la frente—. No puedo creerlo.

—Mira, puede que ni siquiera sea lo que suponemos. Podría ser completamente inocente. —Intento tranquilizarla—. Inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿no?

—¿Cómo puede ser esto inocente? —resopla. Vacía la copa y la vuelve a llenar.

—No lo sé. —Intento pensar en una explicación lógica—. ¿Has dejado alguna vez este auto en un estacionamiento? —pregunto.

—Todo el tiempo.

—¿Cómo podrías estar segura que uno de los vigilantes del estacionamiento no se ha liado con una camarera en tu auto?

Rebecca me mira fijamente.

—¿O en el autolavado? —Me encojo de hombros—. O el mecánico. Puede que el mecánico se haya follado hoy mismo a su recepcionista en el asiento trasero del auto.

Chloe tuerce los labios. —Quizá.

—No lo sé, pero no te conformes con suponer lo peor hasta que tengamos pruebas.

—Oh, déjalo ya —suelta Chloe—. Viniendo de ti, eso es una broma. ¿Por qué no le das a Henley el mismo perdón?

—¿Henley? —Rebecca frunce el ceño mientras mira entre nosotras—. ¿Estás con Henley?

Veo a Chloe con los ojos de par en par. *No acabas de decir eso.*

—Quiero decir... me refería... —Chloe tropieza con sus palabras al intentar disimular su error.

—Chloe —digo bruscamente. Ya es demasiado tarde. —Tuve una cita con Henley hace unos años, y no sabía que vivía aquí cuando compré la casa.

Los ojos de Rebecca se abren de par en par. —¿Qué pasó?

—Tuvimos la mejor noche de mi vida, y luego me ignoró con su teléfono desechable.

Sus ojos se abren de par en par al atar cabos. —Oh... carajo, eso significa... que le gustabas.

—Y ahora Taryn está por ahí restregándole sus grandes tetas por encima, y yo estoy totalmente jodida porque sigo pensando que es guapísimo cuando, en realidad, es un puto imbécil.

Pone los ojos en blanco. —Amén.

—Escuchen, pasemos a cosas más importantes —interrumpe Chloe—. ¿Puede alguien pensar en un plan para que Blake Grayson se enamore de mí? No puedo salir con un mediocre más.

Todas nos quedamos en silencio, perdidas en nuestros propios pensamientos mientras bebemos nuestro vino.

—¿Qué vas a hacer? —acabo preguntándole a Rebecca.

—Mantendré los ojos y los oídos abiertos, supongo. Si pasa algo, se delatará solo. Siempre lo hacen.

Pongo mi mano sobre la suya. —Lo siento.

Ella exhala. —No tanto como lo va a sentir él si descubro algo.

—Elijo pensar que es inocente hasta que se demuestre lo contrario. —Sonrío esperanzada.

Me aprieta la mano. —Esperemos.

Miro mi reflejo en el espejo. —¿Cuánto es? —Rezo mientras espero su respuesta.

—Cuatrocientos veinte.

Joder.

Resoplo aire en mis mejillas. Me pruebo vestidos de etiqueta en una boutique. Éste es de un rojo intenso; la parte superior es como un corsé con varillas y la parte inferior es una falda fluida.

Es sensacional.

—¿Qué aspecto quieres? —pregunta la vendedora.

—Quiero dejar a alguien con la boca abierta.

Sonríe mientras me mira de arriba abajo. —Entonces tienes que comprar éste.

—No quería gastar tanto dinero.

—No puedes fingir la calidad, querida. Tendrás esto durante años. Es atemporal.

—Cierto.

—Y ésta puede ser la única oportunidad que tengas para dejarlo sin palabras.

—También es verdad.

—Y si te pones otra cosa, ¿te vas a estar lamentando no haber comprado este?

—Probablemente.

Ella se encoge de hombros. —Creo que has respondido a todas tus propias preguntas.

Maldita sea. ¿Por qué entré en esta tienda si sabía que tenía precios exagerados?

Si lo compro, entonces me retrasaré otra semana con mis reformas.

Nuevas lámparas o una posible noche con Henley James... Mmm.

Es una decisión difícil.

Lámparas... Henley... lámparas... Henley .

Tuerzo los labios mientras miro fijamente mi reflejo.

A la mierda. Sólo se vive una vez. —Me lo llevo.

Sábado por la tarde y voy de un lado para otro como una loca. Chloe va a venir a quedarse con Barry cuando acabe de trabajar. Tengo la maleta preparada y lista para salir. Nos registraremos temprano en el hotel y nos prepararemos allí. Mis nervios están a flor de piel. Suena mi teléfono.

Henley

¿Por qué me llama? No me digas que va a cancelar. —¿Hola?

—Hola.

—¿Qué ocurre?

—¿Estás preparada?

—Sí, ¿por qué?

—¿Hay alguna posibilidad de que te vengas a escondidas a mi casa?

—¿Qué?

—Si Carol me ve recogíendote, no dejará de hablar de ello. Pero si te escabulles hasta aquí, no se dará cuenta.

—Hum. —Pienso un momento—. Sí, vale. Pero tengo mi bolsa de viaje.

—Tíralo por encima de la valla trasera.

—¿Quieres que brinque la valla? —jadeo.

—¿Puedes?

—No.

—¿Demasiado alto? Creía que eras un atleta de élite.

—Lo soy, y el boxeo es mi especialidad, Henley.

Se ríe entre dientes. —Vale, tira la bolsa por encima de la valla trasera y luego escabúllete hasta la parte delantera.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Confía en mí. La vigilancia vecinal está viva y coleando.

—Salimos hace dos semanas y no nos vio.

—Estaba fuera cuando fuimos a la boda.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le pregunté el día anterior qué iba a hacer.

Pongo los ojos en blanco. —Vale, sal ahora mismo. —Cuelgo y saco mi bolsa al patio trasero, y el brazo de Henley se acerca. Le paso la bolsa.

—Carajo, ¿qué tienes aquí? Pesa una tonelada.

—Una bolsa para cadáveres —susurro—. Para deshacerme de las pruebas.

—¿Qué pruebas serían esas?

—Un cuerpo.

—¿Mío?

—¿De quién si no?

—Te he dicho que no te hagas ilusiones —responde—. Ahora escabúllete hacia el frente.

—Sí.

—¿Vienes ahora?

—Sí.

—Date prisa.

—Henley —digo bruscamente—. Cállate.

Entro y cierro la casa. Luego salgo por la puerta trasera y doy la vuelta hasta la verja lateral. Miro a izquierda y derecha, y me escabullo detrás de los arbustos y me cuelo en el patio de Henley.

No está mal. El modo sigilo en su máxima expresión. Esos arbustos son muy útiles.

Corro hasta su patio trasero y me cuelo por la puerta lateral. Voilà... Lo logré.

Estoy dentro.

Henley está esperando en la puerta trasera. —Vaya, vaya, vaya, mira lo que trajo el gato. —

Sonríe satisfecho.

—Razón número 500 por la que compré una bolsa para cadáveres —murmuro al pasar junto a él.

Y de repente, estoy dentro de su casa, de su espacio personal. Mis ojos miran alrededor con asombro. Es moderna, preciosa y está totalmente impecable. Tiene un aire europeo: mucho mármol y paredes blancas. Mobiliario texturizado y arte abstracto.

—Vaya. —Sonrío mientras miro a mi alrededor—. Henley, es preciosa.

—Gracias. —Sus ojos se detienen en mi cara, y tengo la sensación de que quiere decir algo más.

Está ahí entre nosotros; la corriente eléctrica ha vuelto. En realidad es más como un relámpago, pero da igual.

Las mariposas revolotean en mi estómago. —¿Qué tienes preparado para mí esta noche?

—Muchas cosas.

Y ya sé por su mirada lo que significan *muchas cosas*.

Al menos eso espero.

—Vayamos allí y preparémonos —dice—. Podemos tomar un cóctel o dos antes de irnos.

Sonrío. —Me parece un buen plan.

Me lleva a su garaje y abre su Range Rover.

Subimos al auto y la puerta del garaje empieza a subir. Comienza a dar marcha atrás.

—Carajo, agáchate —balbucea.

—¿Qué?

—Carol y Taryn están delante. Baja.

Pongo la cabeza entre las rodillas. —Ah, me van a ver.

—No lo harán. —Arranca a gran velocidad—. Mantente agachada.

En realidad, me gustaría que Taryn me viera. Eso le enseñaría quién manda a su culo presumido, caliente y patinador.

Henley arranca y, con un rápido saludo al programa de vigilancia vecinal, pasa a toda velocidad junto a ellos. —No te levantes —me dice.

Estoy hecha un ovillo. —¿Ya las pasamos?

—Quédate agachada. —Me agarra de la nuca y me empuja más hacia abajo.

—Aaah. —Le aparto la mano de un manotazo—. Me partirás por la mitad.

—Todavía no —murmura en voz baja mientras conduce.

—¿Qué dijiste? —Me incorporo.

—Nada.

Pero lo escuché, y retuerzo los labios para ocultar mi sonrisa.

Por favor.

Conducimos en silencio durante un rato. Mi mente va a mil por hora.

Tengo un plan, y sé que no es inteligente.

Pero es un plan.

Quiero conocer mejor a Henley, y él tiene miedo al compromiso. Estoy pensando que si puedo crear un espacio seguro para que nos conozcamos... Sin la presión de las expectativas, ¿quién sabe lo que puede ocurrir?

—Entonces —sus ojos se desvían hacia mí—, ¿qué pasa con tu diseñador de interiores?

¿De verdad? ¿Ya estamos llegando a esto?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Me pidió salir y lo estoy considerando.

—Si te gusta, ¿por qué no le dijiste que sí?
—No busco una relación.
Sus ojos se desvían hacia mí en forma de pregunta.
—En realidad he estado pensando en meterme en Tinder para intentar encontrar a alguien con quien pueda ser amigos con derecho.
—¿Qué? —Frunce el ceño, sorprendido.
—Es que no quiero una relación. —Actúo despreocupadamente—. Quiero centrarme en el trabajo y en arreglar mi casa —le digo con mi discurso practicado.
Lo que realmente quiero es tiempo para intentar comprenderlo, pero no puedo decírselo sin asustarlo.
—No —suelta.
—¿Cómo qué no?
—No quiero que tengas a alguien en marcado rápido para tener sexo.
—¿Por qué no? —Frunzo el ceño—. Lo tienes.
—Eso es diferente.
—¿Por qué lo sería?
—Bueno... —Se encoge de hombros como si buscara las palabras adecuadas—. Para mí sólo es sexo, y tú no eres así.
—¿Cómo lo sabes? Hace una semana pensabas que era una adúltera comprometida.
—Me pregunto por qué. —Ensancha los ojos.
—Bueno, no veo otra opción. No quiero un novio, no quiero enamorarme, pero echo de menos el sexo.
Su mirada se dirige hacia mí. —Sé lo que estás haciendo.
—¿Qué?
—Quieres que te ofrezca mi polla para tu uso personal. Eso no va a ocurrir, Juliet.
—¿Qué? —Actúo horrorizada.
Eso es exactamente lo que quiero.
—No seas ridículo, somos vecinos. —Miro por la ventana mientras actúo despreocupadamente.
Tuerce los labios mientras mira fijamente a través del parabrisas.
—De todos modos —me encojo de hombros— lo solucionaré. Joel cree que es una buena idea.
Su mirada se dirige hacia mí. —¿Has hablado de esto con él?
—Estábamos hablando de sexo y salió el tema.
—¿Hablabas de sexo con tu puto diseñador de interiores? —gruñe.
—¿Por qué no? —respondo bruscamente—, lo estoy hablando ahora contigo.
—Eso es diferente.
—¿En qué se diferencia?
—Porque... —Tambalea la cabeza mientras busca las palabras adecuadas.
—Tuvimos una cita la semana pasada y nos enrollamos y todo eso.
Sus ojos se dirigen hacia mí. —Despídelo. Que no vuelva a tu casa. Jamás.
Pongo los ojos en blanco. —No nos enrollamos. Fingimos enrollarnos, Henley.
Entrecierra los ojos mientras vuelve a mirar la carretera.
—En fin. —Le sonrío dulcemente. Pongo la mano en su grueso muslo—. No pasa nada. Ya me las arreglaré.
—¿Qué dijo?

—¿Qué dijo quién?

—Cuando le dijiste a ese idiota que querías una relación de amigos con derecho, ¿qué te dijo?

—Me dijo que si alguna vez se lo pedía, estaría más que contento con ese acuerdo.

—Seguro que sí —se burla.

—No voy a pedírselo —añado—. Tengo que trabajar con él. Sería raro. —Intento salir del agujero. Mierda, ahora sí que voy a tener que despedir a Joel. Henley no puede volver a verlo.

—En fin. —Le aprieto el muslo—. No es tu problema. Probablemente te estés reservando para cuando llegue el amor de tu vida. Tal como deberías hacerlo.

Su mandíbula hace tic por el enfado, y yo tuerzo los labios para ocultar mi sonrisa. Es un milagro que mi nariz no mida treinta centímetros, con todo lo que miento.

Conducimos el resto del camino en silencio. En secreto, me doy ánimos a mí misma por haber seguido el plan y haber sido tan valiente. Y él probablemente esté pensando en cómo meterme en la bolsa para cadáveres.

El auto entra en la entrada circular y los porteros se apresuran a abrirnos las puertas del auto. —¿Bajaremos aquí?

—Sí —murmura distraído. Le pasa las llaves a uno de los porteros—. Ten cuidado con él, por favor.

—Por supuesto, señor. Le llevaremos las maletas a la habitación.

—Gracias. —Henley me coge de la mano y me guía por el vestíbulo. El hotel es lujoso y exagerado, con mármol por todas partes—. Dos habitaciones a nombre de Henley James, por favor.

—Sí, señor. —El conserje sonríe. Sus ojos se detienen demasiado en Henley, y siento una punzada de celos en el estómago.

Me está tomando de la mano, ¿sabes?

Carajo, qué gente.

Teclea en su computadora y luego pasa dos llaves. —Aquí tiene, dos habitaciones, como pidió.

—Gracias.

—Que tenga una buena estancia.

Henley me conduce al ascensor, entramos y nos volvemos hacia las puertas.

—Te estaba mirando —susurro.

Levanta una ceja poco impresionado. —No lo creo.

—Sé que sí.

—¿Cómo vas a saber lo que es mirarme? —murmura secamente—, tú no lo haces.

Suelto una risita. —¿Te molesta?

—No.

—Claro que sí.

—No entiendo por qué le dirías a un diseñador de interiores que quieres amigos con derecho.

—Porque es así, Henley.

—Te compraré un vibrador.

—De acuerdo. —Levanto las manos en señal de rendición—. No debería haber dicho nada. No sé cómo dejarlo más claro: Necesito un hombre que se ocupe de mis necesidades. Nada más y nada menos. Estás interpretando demasiado.

Sus ojos oscuros se posan en mis labios y luego, como si recordara dónde está, se gira hacia las puertas; su rostro está serio. —¿Cuándo volverás a verlo?

—¿A quién?

—El diseñador —suelta.

—Dios mío, ¿quieres dejarlo? —susurro enfadada.

Llegamos a nuestra planta y caminamos por el amplio y lujoso pasillo. Me pasa una llave. —A las seis.

—Ajá.

—Vendré a buscarte.

—De acuerdo.

Nos miramos fijamente; una emoción implícita corre entre nosotros. Él está luchando contra los celos y quiere explotar, y tengo que decir que deseo que lo haga.

—Nos vemos a las seis.

Da un paso adelante, obligándome a retroceder. —¿Qué llevarás puesto?

—Ropa.

—Qué pena.

Me encanta cuando es travieso.

Me giro hacia la puerta. —Adiós, Henley.

—Nos vemos a las seis.

—Joder —susurra Chloe mientras mira mi reflejo por FaceTime—. Este pobre desgraciado no tiene ninguna oportunidad esta noche.

Suelto una risita. —Ése es el plan.

Toc, toc suena la puerta. —Tengo que irme, está aquí.

—Mándame un mensaje. Te quiero.

—Adiós. —Me miro por última vez: corsé rojo intenso, escote pronunciado y falda ligera. Sonrío, contenta con lo que veo. Este vestido valió cada céntimo.

Abro la puerta apresuradamente, y allí está él. Su pelo oscuro desordenado y su traje de etiqueta negro, y una sonrisa que podría hacer volar el mundo.

—Hola —respira. Da un paso adelante y me coge en brazos.

—Hola. —Un toque y mis hormonas se disparan.

Sus ojos bajan por mi cuerpo y luego se oscurecen. —Estás jodidamente deliciosa.

Le sonrío mientras el aire crepita entre nosotros. Sin decir una palabra, me toma la cara entre las manos y me besa. Un suave roce de sus labios, un poco de lengua y toda una carga de promesas.

Dios mío.

CAPÍTULO 11

Henley

SÓLO UNA probadita...

—Henley. —Juliet me empuja hacia atrás—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Sacado de mi calentura momentánea, la miro. *¿Qué estoy haciendo?*

Joder.

Da un paso atrás y se separa de nuestro beso.

Mi cerebro acaba de enloquecer. —Bueno, no deberías estar tan estupenda. Soy humano, Juliet. Un hombre no puede soportar tanto.

Me sonrío, y lo siento hasta la punta de la polla. Sin poder evitarlo, la estrecho entre mis brazos. —Deberíamos practicar más los besos.

Ella sonrío. —¿Deberíamos?

Mis labios rozan los suyos y una oleada de deseo me desgarrar por dentro. Volvemos a besarnos, y mis ojos se cierran mientras la atraigo hacia mí. *¿Qué tiene esta mujer?*

Cada toque se magnifica.

Nos besamos una y otra vez, y doy un paso adelante, inmovilizándola contra el mostrador.

Pum, pum, pum palpita mi polla.

Quiero más.

—Ya basta. —Rompe el beso y se separa de mis brazos.

—¿Qué? Aún no hemos empezado.

—Esto es una cita falsa, Henley; no necesitamos practicar los besos en privado. Creo que los dos sabemos que ya lo tenemos perfeccionado.

La miro fijamente. A mi cerebro le cuesta funcionar sin sangre en él. —Vale.

Compórtate.

Me paso las manos por el pelo. Mis ojos bajan por su cuerpo exuberante en ese vestido rojo. Y juro que estoy a dos segundos de estallar.

Lo cual no está en el plan.

—Deberíamos irnos —le digo.

—De acuerdo.

Mis ojos se posan en sus labios y los imagino alrededor de mi polla. Siento que me endurezco hasta un nivel casi doloroso.

Los lame en cámara lenta, y yo me aprieto como si lo sintiera. Mis ojos se elevan para encontrarse con los suyos.

—¿Está todo bien? —susurra. Se pasa las manos por los pechos y baja hasta posárselas en la cintura. Mueve las caderas juguetonamente—. ¿Henley?

¿Está jugando conmigo?

—Estoy bien —respondo bruscamente—, deberíamos irnos.

—De acuerdo.

Abro la puerta y ella pasa a mi lado; la sigo por el pasillo con los ojos puestos en su culo. Me imagino inclinándola y dándosela por detrás. No necesitaría práctica para eso. Ya sé lo que hay que hacer.

Entramos en el ascensor y ella toma mi mano entre las suyas. —Estoy deseando que llegue esta noche. —Sonríe despreocupadamente.

—Yo también —miento. No tengo ningún interés en el evento de esta noche. Sólo vamos porque quiero un motivo legítimo para tocarla.

—Nuestra segunda cita falsa. —Me sonrío.

Sonrío, y entonces, en cámara lenta, se lleva mi mano a los labios y me besa el dorso con ternura.

La inquietud se apodera de mí.

No hagas eso.

—Esta noche me comeré todo el postre. —Sonríe despreocupadamente—. Me pregunto cuál será el plato principal. —Vuelve a besarme la mano, completamente distraída—. Espero que podamos pedir lo que queramos. Tengo antojo de carbohidratos.

La miro fijamente mientras las paredes se cierran a mi alrededor. Esto parece una cita real.

Como luce. La forma en que me siento.

—Deberías limitarte a las proteínas —murmuro.

Se ríe y me pega con el hombro. Yo le devuelvo el golpe. Me da otro.

—Juliet, no tientes a la suerte, o te encontrarás siendo follada en el vestíbulo de este hotel.

Ella suelta una risita. —Ya quisieras.

La verdad es que sí.

Me aclaro la garganta, molesto por la reacción de mi cuerpo ante ella. —Una cita es una cita, y todos los derechos de las citas deben estar a tu disposición.

—¿Qué? —Se ríe—. ¿Así que crees que porque estamos en una cita falsa podríamos acostarnos esta noche?

—Quién sabe.

—Hen... —Se pone de puntillas y me besa suavemente. Mis manos rodean instintivamente su cintura—. Busco algo más regular.

—¿Con él?

—No, con él no.

—¿Entonces con quién?

—Alguien con quien tenga química.

La miro fijamente, eligiendo sabiamente mis próximas palabras. Las puertas del ascensor se abren, cortándome en seco.

Salimos por el vestíbulo tomados de la mano y nos dirigimos a la calle. Ella no para de charlar mientras mi mente corre a millones de kilómetros por minuto.

Esto no me gusta.

No estoy en mi juego. Algo está realmente mal con esto.

No.

Aborta la misión.

No habrá sexo con Juliet Drinkwater bajo ninguna circunstancia. Quítalo de la mesa,

ahora mismo.

Es mi vecina de al lado, carajo.

Lo único que puede salir de esto es un alboroto vecinal.

Pasamos por delante de una tienda; es una torre de flores frescas, y ella se detiene a mirarla. —Hen, mira qué bonito. —Desliza el brazo por debajo de la chaqueta de mi abrigo y me rodea con él. Me estrecha como si fuera lo más natural del mundo.

Lo inquietante es que lo parece.

Juliet

Siento que Henley se endereza bajo mi brazo y se separa de mí. Le dirijo una mirada interrogante. —¿Qué?

—¿Qué de qué? —responde secamente.

—¿Por qué acabas de hacer eso?

—¿Hacer qué? —Se queda mirando fijamente a la tienda, aparentemente molesto.

—No importa.

—¿Aún quieres tomar algo antes de irnos? —pregunto.

—Si quieres.

—¿Adónde iremos?

Mira hacia la calle. —Allí hay un bar.

—Se ve bien.

Nos dirigimos al bar y tomamos asiento en la mesa alta junto a la ventana. Es ecléctico y oscuro, con una enorme barra en el centro.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta.

—Sí, por favor.

Levanta una ceja impaciente. —¿Como qué?

Se ha ido el hombre juguetón y susceptible que había antes. El Sr. Mercurio ocupa ahora su lugar.

—Una margarita, por favor.

Momentos después vuelve con dos bebidas, una margarita para mí y un líquido ámbar para él. —Oh, ¿qué es eso? —pregunto mientras se sienta a la mesa.

—Escocés.

—Mmm, no me imaginaba que fueras bebedor de whisky.

Su rostro se ilumina de diversión. —¿Qué pensabas que iba a beber?

Tuerzo los labios mientras pienso. —La sangre de niños pequeños.

Se ríe entre dientes. —Tentador.

—En realidad, en cuanto al alcohol, supongo que Jager Bomb.

—¿Y eso por qué?

—Explotas.

—¿Cuándo he explotado yo?

—Cuando mi perro ladra o ensucia.

—Ah, sí, *Barry el mestizo*. —Sonríe.

Sonríe y doy un sorbo a mi margarita. —Esto está bueno, y no lo digas así.

—¿Decir qué?

—Mestizo.

—Por qué no.
—Suenas caliente. —Sonrío—. Me provoca cosas. Me produce hormigueos.
—*Mestizo* —dice nuevamente.
Sonrío tontamente. —Deberías poner eso en tu perfil de Tinder.
—¿Qué? —se burla.
—«Suenas sexy cuando digo la palabra mestizo». —Ensancha los ojos y él se ríe.
Siento que vuelve un poco de nuestra química.
—En realidad, es una buena idea —le digo.
—¿Qué es una buena idea? —pregunta.
—Puedes ayudarme a escribir mi perfil de Tinder para buscar amigos con beneficios.
—No. —Arruga la cara de disgusto.
—¿Por qué no?
—Porque es la idea más ridícula que he oído nunca, por eso. Tendrás a todos los maníacos sexuales raros del planeta tras de ti.
—Es lo que es espero. —Sonrío mientras bebo.
Pone los ojos en blanco. —No va a funcionar, y lo sabes.
—¿Qué es lo que no va a funcionar?
—No podrás hacerlo. Te vas a enamorar.
¿Sería tan terrible?
—No, no lo haré —miento.
—Sé cómo son las mujeres como tú, Juliet.
—Oh, por favor. —Pongo los ojos en blanco—. ¿De verdad? —Doy un sorbo a mi bebida—.
Para que conste, ya he tenido antes una situación de amigos con beneficios, y fue perfecta.
—¿Cuándo?
—En la universidad.
—¿Con quién?
—Mi compañero de piso.
Me mira como si estuviera perplejo... o tal vez porque intuye que miento descaradamente. Bueno, en realidad no estoy mintiendo. Tuve relaciones sexuales con mi compañero de piso un par de veces en la universidad, pero luego se volvió espeluznante, me asusté y me mudé... así que sí, algo así como amigos con beneficios que se convierten en asesinos en serie.
—¿Cuánto tiempo estuviste haciéndolo? —pregunta.
—Unos meses.
—¿Cómo acabó?
—Decidimos mutuamente que no queríamos seguir haciéndolo.
—No lo creo ni por un segundo, ningún hombre renunciaría a acostarse contigo.
—A lo mejor soy muy mala en la cama.
Cállate. ¿No se supone que le estás vendiendo un sueño, tonta?
—Todo lo contrario. —Sus ojos sostienen los míos, y el aire se arremolina entre nosotros.
Ha vuelto.
—¿Y qué quieres de tu hombre? —murmura.
Mierda... piensa en una respuesta caliente, ¡y rápido!
—Me gusta que me desafíen sexualmente.
Sus ojos se oscurecen. —¿Tú...
Sólo tienes que decirlo.

—Por eso me interesaba hacer esto de los amigos con beneficios contigo.
Se lleva el dedo índice a un lado de la cara mientras se apoya en la mano. —Continúa.
—Bueno... —Hago una pausa mientras trato de formularlo bien en mi cabeza. *No jodas esto*
—. Dijiste que no buscabas una relación.
—Correcto.
—Te gusta dominar en el dormitorio.
Me mira fijamente durante un rato antes de responder. —Te encariñarás.
Doy un sorbo a mi bebida. —Creo que si alguien se va a encariñar, serías tú.
—Te aseguro que no seré yo.
Pobre iluso.
—Bien. —Sonríe—. Está arreglado.
—¿Qué está arreglado?
—Vas a ser mi amigo con derechos. No hay razón por la que no podamos tener un acuerdo de negocios.
La diversión se dibuja en su rostro mientras escucha. Su dedo índice sigue subiendo por el lateral de su cara mientras se apoya en su mano. —No.
—Sí.
—No, Juliet. No voy a negociar contigo fluidos corporales.
Es hora de jugar duro.
Me inclino hacia él y acerco mi boca a su oreja. —¿Intentas decirme que no te gustaría que estuviera de rodillas chupándote la polla? —susurro.
Sus ojos se oscurecen. —Ni un poquito.
Mentiroso.
—Me gusta tragar, ¿sabes?
Me sostiene la mirada, y algo me dice que estoy jugando con fuego.
—Sé que sí —murmura.
Cada célula de mi cuerpo me grita que pare, diciéndome lo irresponsable y estúpido que es esto. Quiere sexo sin condiciones. Me lo está diciendo directamente a la cara.
Sin embargo, sé que en el fondo, en alguna parte profunda, le gusto, aunque sólo sea un poco, aunque sólo sea por una noche. No puedo dejarlo pasar sin ver lo que hay entre nosotros. Sé que puedo soportarlo.
—Me gusta cómo me haces sentir, Henley.
Sus ojos se posan en mis labios.
Carajo, acostarme con él va a ser un gran arrepentimiento o un gran logro.
En cualquier caso, terminaré con el corazón roto.
Deslizo la mano por su musculoso cuádriceps.
—Podrías saltar la valla en mitad de la noche y hacer tu perversa voluntad con mi cuerpo y nadie se enteraría jamás.
Se le enciende fuego en los ojos y sé que se lo está imaginando. —No va a pasar —susurra distraído.
Intento pensar en algo rápidamente. *Ofrecerle algo que sé que quiere.*
Vuelvo a inclinarme hacia él y le paso los dientes por el lóbulo de la oreja. —¿Quieres que te ruegue?

La puerta se abre de golpe mientras nos besamos, con nuestras lenguas explorándose, las manos en el pelo y una química desbordante entre nosotros.

Se quita los zapatos a patadas, su chaqueta sale volando y los labios de Henley se clavan en los míos mientras me lleva de espaldas hacia la cama. Ni siquiera hemos ido a su reunión de trabajo, y creo que encontré su única debilidad.

Hablar sucio.

Le susurré unas cuantas palabras depravadas a Henley James, y su polla estaba tan dura que casi le rasgaba los pantalones del traje.

—Quítamelo —murmura contra mis labios mientras tantea los lazos de mi vestido.

Le desabrocho los botones de la camisa y le arranco la camisa por los hombros.

Mis ojos se posan en su cuerpo cincelado, bajan por sus abdominales hasta el rastro de vello oscuro que desaparece en sus pantalones.

Aaah... está tan ridículamente bueno que no lo soporto.

Me aparta de él y empieza a desabrocharme el corsé. —Quítate esa puta cosa —susurra. Tira de él con un fuerte tirón, y yo sonrío a la pared. Está desesperado por desnudarme.

Se pone manos a la obra para desabrocharme el vestido. Si supiera que tuve que llamar antes a la limpiadora del hotel para que me lo pusiera. No fue uno de mis mejores momentos, pero tenía fe en que el vestido valdría la pena, y resulta que así ha sido.

Me baja el vestido por las caderas y me toma de la mano para ayudarme a quitármelo. Sus ojos bajan por mi cuerpo y, cuando suben hasta mi cara, están ardiendo de deseo.

Mi corazón da un vuelco. Creo que nunca nadie me había mirado así.

No te metas, corazón. Esta noche no es asunto tuyo, y no te hagas ilusiones. Ésta es sólo una misión de información física.

Se arrodilla y me besa a través de las bragas. Me tiembla la respiración mientras lucho por respirar. Sin decir nada más, las desliza por mis piernas y me las quita. Me mira desde el suelo y, de repente, el ambiente de la habitación cambia, ya no es desesperado y lujurioso.

Hay un silencio, un profundo dolor y anhelo. Tal vez incluso una comprensión de que esto es más... o tal vez sólo sean ilusiones mías.

Se levanta y sus labios se posan en mi clavícula. Me besa lentamente el cuello mientras me desabrocha el sujetador. No soy capaz de formular dos palabras, así que me quedo callada y dejo que me guíe. La reacción de mi cuerpo ante él es de otro mundo.

Es como si sintiera que algo cambia en lo más profundo de mi ADN, un anhelo nunca satisfecho, cada vello de mi piel se eriza y un millón de sentidos se despiertan de un sueño profundo.

Extiende el brazo por el costado y deja caer mi sujetador al suelo de forma dramática, y yo permanezco de pie ante él, desnuda y vulnerable.

Sus ojos recorren mi piel, bajan por mi sexo y suben hasta detenerse en mis pechos mientras contengo la respiración.

Di algo.

—Eres más guapa de lo que recordaba —murmura mientras sus ojos se encuentran con los míos—. Y créeme, he recordado mucho ese momento.

Ahí está, un destello de suavidad.

—Te necesito desnudo —susurro.

Extiende las manos. —Soy todo tuyo.

Mío.

Me acerco y le paso las manos por el ancho pecho y, si no me equivoco, tampoco respira. Me inclino y le beso el pecho mientras sube y baja. Pongo la mano sobre su corazón y siento cómo se acelera bajo mis dedos.

Mis ojos mirando fijamente en los suyos. ¿Y qué demonios está pasando aquí?

Enfócate.

Le desabrocho la hebilla del cinturón y lo deslizo fuera del pantalón. Y luego le desabrocho el botón y la bragueta. Dios mío... el corazón me martillea en el pecho. ¿Alguna vez he estado tan nerviosa?

Le bajo los pantalones y veo sus calzoncillos blancos.

Bronceado y tonificado, sus abdominales y los gruesos músculos de sus cuádriceps son tan masculinos. Nunca había visto un hombre tan viril.

—Todo —respira.

Mis ojos se dirigen a su cara. Es verdad, se supone que debería estar desvistiéndolo, no aquí de pie mirando en mi propia tierra de fantasía. —Me tomo mi tiempo —susurro mientras beso suavemente sus labios carnosos. Sus ojos se cierran mientras se pierde en el momento. Y maldita sea, no me importa cómo vaya el sexo. La noche ya es perfecta.

Deslizo sus calzoncillos hacia abajo y se me corta la respiración. *Joder.*

Está enorme y duro. La cabeza hinchada de su polla está brillante y roja, llena de pre-eyaculación.

Es una polla preciosa.

Sin poder evitarlo, me inclino y lamo la pre-eyaculación de su punta, y él inhala bruscamente. Me lo meto en la boca y lo deslizo por mi garganta. Casi se le doblan las rodillas. —Sabes tan bien —susurro a su alrededor.

Sus manos me apartan tiernamente el pelo de la cara mientras me mira. Aprieto las piernas para intentar controlar mis impulsos.

—Basta —murmura antes de ponerme de pie—. Te necesito. —Me acerca a un sillón que hay en un rincón de la habitación—. Necesito que sea aquí.

Frunzo el ceño.

—No tienes ni idea de cuan grabado está en mi cerebro que me montaste la otra noche en esa silla.

—¿Lo quieres así?

Asiente y camina hacia su traje, saca un preservativo del bolsillo y se sienta.

Lo miro fijamente mientras mi cerebro falla. —Pero...

—No quiero juegos preliminares. Esta vez no.

Mis cejas se alzan sorprendidas.

—Quiero sentir cómo luchas por abarcar cada centímetro.

—Oh.

Carajo, hay muchos centímetros.

Se pone el preservativo y me tiende la mano para ayudarme a subir sobre él. Luego, en otro movimiento inesperado, coloca mis piernas sobre los brazos del sillón.

—Yo...

—¿Tú qué? —pregunta en voz baja mientras me aparta el pelo de la cara.

No estoy de rodillas. No tengo forma de estar segura. —Así no tengo control. ¿Y si...?

—¿Y si te hago daño?

Asiento con la cabeza.

Me besa suavemente, su lengua atravesando lentamente mis labios abiertos. —Te haré daño, Juliet. —Vuelve a besarme—. Pero es un buen dolor. —Sus labios se detienen sobre los míos—. Es un dolor que necesito.

Lo miro fijamente, confundida, excitada y completamente aterrorizada. Ni siquiera se trata del dolor. Es el hecho de que lo quiera para excitarse.

Nuestro beso se hace más profundo y, una vez más, me roba mis pensamientos. —¿Puedes hacer eso por mí, nena? —susurra.

Nena.

Asiento nerviosa. Haré lo que sea para que vuelva a llamarme así. —Vale.

Me levanta y coloca la cabeza de su polla en mi entrada. Es como un muro de cemento.

No cede en absoluto. Su tamaño me ha asustado.

—Relájate —me susurra. Su voz es suave, engatusadora—. Ve bajando. —Sus labios toman los míos y yo empujo un poco hacia abajo—. Eso es. —Sonríe contra mis labios.

Me balanceo hacia delante y él se introduce unos centímetros más. Ay... duele.

Una punzada aguda que me hace estremecer.

—Más despacio —me exige con un fuerte beso. Frota un poco de saliva en mi sexo.

Vamos más despacio, besándonos y tomándonos nuestro tiempo, y finalmente mi cuerpo se afloja un poco.

—Eso es, cariño. —Afloja un poco el cuerpo; le tiembla la respiración—. ¿Sientes cuánto te necesito?

—Sí. —Asiento con la cabeza.

Nuestra necesidad combinada de esto es casi primaria.

Nos miramos fijamente mientras él se desliza otro centímetro, y yo gimo.

—Eso es —me anima—. Buena chica, así. —Se lleva el pezón a la boca, rozándolo con los dientes. Sus ojos se posan en los míos mientras ve mi cuerpo reaccionar ante él, leyendo las señales que recibe.

Empiezo a ver estrellas.

Claro, es la polla mágica, pero también es la forma en que quería hacerlo. Mirándonos fijamente mientras su cuerpo penetra el mío. Sus suaves palabras. Su tacto tierno.

La intimidad llevada a otro nivel.

No es lo que esperaba en absoluto y, para ser sincera, sé que estoy en territorio inseguro.

Si puede adueñarse de mi cuerpo después de estar sólo la mitad dentro, no sé si sobreviviré a lo que venga después.

Se desliza más dentro, y me estremezco, estirada a un nuevo nivel. —Hen —gimoteo.

—Lo sé. —Su beso se vuelve más agresivo mientras lucha por controlarse—. Tan jodidamente bueno. Puedo sentir cada músculo de tu interior.

Me agarra las nalgas y tira de ellas para separarlas; me deslizo un poco más hacia abajo, y me arde. —Aaah —grito.

—Shhh —me tranquiliza—. Tienes que relajarte.

—Eres muy grande. —Alego a mi argumentación.

—Y tú estás muy apretada. —Me sonrío maravillado—. Encajamos perfectamente.

Nos miramos fijamente y siento un calor que me recorre. Es como miel líquida, dulce y sensual. Nada parecido a lo que se supone que debe ser esta noche.

Me pasa la palma de la mano por el bajo vientre. Su pulgar presiona mi clítoris, hace círculos con la presión justa, y yo sonrío contra sus labios. —Sí. —Muevo las caderas—. Así. —Sigue

haciendo círculos mientras respiramos con dificultad. Nuestros cuerpos están desesperados por follar más duro. Empujo con fuerza y él me detiene.

—Más espacio —exige—. Te harás daño.

—Hen —gimoteo en su boca—, necesito más.

—Y lo tendrás. —Vuelve a separarme las nalgas y se desliza lentamente hasta el fondo.

Estoy tan llena y estirada, que mi cuerpo se agita alrededor del suyo, medio en pánico, medio en éxtasis.

Nos miramos fijamente, con el corazón acelerado.

Me pasa los brazos por debajo de los muslos y me los levanta. En este ángulo estoy completamente a su merced.

Mis manos están sobre sus fuertes hombros mientras me sostengo.

Nunca había tenido una experiencia sexual como ésta, y no utilizo la palabra *experiencia* a la ligera. Es obvio que él tiene un montón, y yo casi ninguna. Sólo ahora me doy cuenta de que mis anteriores amantes han sido todos un poco vainilla.

Me levanta y me hace caer de nuevo sobre él con un fuerte movimiento, sacándome el aire de los pulmones. Mi cuerpo reconoce por fin lo que debe hacer, y siento una oleada de humedad.

—Eso es. —Sonríe al sentir que por fin llega la lubricación. Me levanta de nuevo y se desliza hasta el fondo, fondo.

Se agota el poco control que tenía. Me levanta y empieza a cabalgarme, sus caderas se elevan para encontrarse con las mías, más espacio al principio y luego hasta llegar a bombeos profundos y fuertes, de esos que te hacen poner los ojos en blanco.

El sonido de nuestra piel al chocar resuena en toda la habitación.

Grito mientras empiezo a caer en espiral.

—Todavía no. —Me eleva cada vez más, sus caderas trabajan a un ritmo acelerado, desesperadas por el orgasmo que le pide su cuerpo.

Me aprieto mientras me corro con fuerza, y él se sujeta profundamente, y siento la dura sacudida de su polla.

Jadeamos mientras nos miramos fijamente.

Entre nosotros corre una claridad hermosa y perfecta, algo que es extraño y nuevo.

Tomo su hermoso rostro en mi mano.

Sus ojos están desorbitados. Su cuerpo sigue dentro del mío, pero noto que se aleja de mí a cada segundo.

Tiene pánico...

Sin mediar palabra, me levanta de encima de él y me arroja sobre la cama.

Se quita el condón y lo tira a la basura, luego se arrastra entre mis piernas y las abre. Me lame allí, cerrando los ojos de placer, y yo me estremezco y tiemblo, con el cuerpo aún reaccionando al orgasmo que acabo de tener.

Luego me come como si fuera su última cena. Su barba corta me quema la piel. Sus manos están por todas partes, y tengo la sensación de que me está bloqueando. El instinto se ha apoderado de él.

Ahora alimenta su cuerpo; yo ya no tengo nada que ver con él.

Me lame más y más profundamente, y aaah... ¿Qué demonios está haciendo? Acabamos de tener sexo. Esto es perverso.

Pero no lo es, ni de lejos.

Esto es sucio y caliente, como sabía que sería.

Me lleva allí de nuevo, lamiéndome hasta que no puedo más, hasta que me retuerzo en la cama. Y entonces me pone de rodillas y tira de mis caderas hacia arriba de forma brusca.

Oigo cómo abre el envoltorio del preservativo, y él me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás mientras me penetra con fuerza. Casi se me doblan las rodillas y me da una palmada en el culo. —Ponte de rodillas y cabalga esta puta polla. Aún no he terminado contigo. —Me mete el pulgar en el culo—. Mi sucia chica de al lado.

La emoción me recorre y sonrío.

Sin duda, la mejor noche de mi vida.

Me despierto somnolienta y tiendo el brazo hacia Henley. La cama está vacía y miro alrededor de la oscura habitación del hotel. ¿Está en el baño? —¿Hen? —llamo.

No hay respuesta.

Me incorporo. —¿Henley?

Silencio...

La energía es diferente. Maldita sea. Se fue.

Alargo la mano y cojo mi teléfono para comprobar la hora: las 6:00 a.m.

¿Se fue anoche después de que me quedara dormida?

Follamos en el sillón. Luego tuvimos sexo duro. Luego nos duchamos y, de algún modo, eso también se convirtió en sexo y, al final, nos metimos en la cama agotados. No recuerdo mucho después de aquello, pero sí recuerdo que me abrazó mientras me dormía.

Mierda.

Salgo de la cama y voy al baño. De vuelta a la cama, veo una nota garabateada en la mesita de noche.

Me fui al gimnasio, Vuelvo pronto.

Besos

El alivio me invade. Vale... sólo está en el gimnasio y me dejó nota.

Crisis evitada.

Me tumbo en la cama y sonrío al techo. Anoche fue la experiencia sexual más increíble de mi vida.

Es tan...

Vaya.

Me siento saciada y viva. Y maldita sea, quiero más.

Henley James es una droga adictiva.

Sé que no está en el gimnasio. Está visitando a su padre, siendo el hombre maravilloso que sé que es en el fondo. Volverá pronto.

Carajo, no tardará en volver y yo parezco un animal atropellado. Tengo que ser sencillamente irresistible a partir de ahora. Me levanto de un salto y me meto en la ducha. Es hora de volver a mi plan y parecer inalcanzable.

Concéntrate, zorra.

—¿Otro café? —pregunta la camarera.

—Sería estupendo. Gracias. —Sonrío. Miro el reloj. 7:45 a.m.

¿Dónde está?

Estoy sentada en el restaurante del hotel, intentando hacerme la dura. Estoy esperando a que me llame para ver dónde estoy cuando vuelva.

Será mejor que me llame.

¿Y si este plan sale mal y se va sin mí?

No lo hará. No lo hará.

Si quiero más de este hombre, tengo que hacerle creer que no soy apegada y pegajosa.

Pero en este momento, me siento pegada a él como una asesina en serie.

Mi teléfono emite un mensaje de texto.

¿Dónde estás?

Sonrío. ¡Sí!

Le respondo.

Estoy desayunando en el restaurante.

¿Me acompañas?

Encojo los hombros como un niño pequeño. Todo va según lo previsto.

Claro, nos vemos.

Abro mi periódico de utilería y, con el corazón latiéndome en el pecho, me preparo para la batalla.

Diez minutos después.

—Hola.

Levanto la vista y veo al Sr. Precioso deslizándose en el asiento de enfrente. Quiero saltar y besarlo, abrazarlo tan fuerte que reviente, pero no lo haré.

—Hola. —Sonrío despreocupadamente. Vuelvo a centrar mi atención en el periódico—. ¿Qué tal el gimnasio?

—Estuvo bien. —Mira a su alrededor—. ¿Es un bufé o vamos a pedir?

—Ya comí —miento—, tenía hambre.

—Oh.

—Si quieres, te acompaño mientras comes. —Levanto la vista de mi periódico como si fuera una molestia.

Un ceño fruncido se dibuja en su rostro antes de ocultarlo rápidamente. —No dejes que te retenga.

—No, no. —Miro el reloj—. Tengo media hora.

Sus ojos sostienen los míos. —¿Antes de qué?

—Me voy de compras. Quedé con mis amigas. Tenemos planeado un día completo.

—¿De verdad? —Enrolla los labios como si estuviera molesto.

—No esperabas que me fuera a casa contigo, ¿verdad?

Su mandíbula se mueve por la ira. —Para nada.

La camarera se acerca. —¿Puedo tomarle el pedido, señor?

—Sí. —Echa un vistazo al menú—. Tomaré el desayuno grande, por favor, con un café con leche y un zumo de naranja.

—Claro. —Garabatea su pedido antes de dejarnos solos.

Sigo leyendo el periódico y noto los ojos de Henley clavados en mí. —No tienes por qué quedarte —me dice.

—En realidad, podría irme de una vez. Tengo mucho que hacer. —Doblo el periódico por la mitad y bebo lo que me queda de café.

Sus ojos sostienen los míos.

Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír. —Fuiste un gran polvo.

Parpadea, sorprendido.

—Hasta la próxima, Sr. James. —Le mando un beso y, sin decir nada más, me alejo; siento sus ojos en mi espalda y quiero saltar de alegría para celebrar.

Fue tan genial que no puedo soportarlo.

Que comiencen los juegos.

CAPÍTULO 12

Juliet

ENTRO EN la cafetería, sonrío y saludo con la mano cuando veo a Chloe esperándome en la mesa. Me acerco de un salto. —Hola —Sonrío.

—Hola. —Me sonrío—. Parece que te han follado bien.

—Bien ni se le acerca. —Suelto una risita y me dejo caer en el asiento—. La verdad es que me han follado espectacularmente.

Se ríe y levanta la mano para chocar los cinco. —Sí.

—Sus cafés. —La camarera sonrío mientras los deja sobre la mesa.

—Gracias.

—¿Y? —Chloe abre mucho los ojos—. Cuéntamelo todo.

—Dios mío. —Suspiro soñadoramente—. Imagínate la mejor noche de toda la historia, y eso es lo que he tenido. Es... increíble.

—¿Qué, es bueno en la cama?

—Es bueno en todo, y es sensual y sexual y está tan grande como un caballo y, ah... soy adicta.

Chloe tuerce los labios mientras me mira. —Creía que sólo era una misión para tener información.

—Era... es —me corrijo.

—Espera un momento, dijiste que sólo querías amistad con beneficios con él.

—Sí, es lo que quiero —miento—. Pero... Voy a ver cómo va.

Ella pone los ojos en blanco. —Hagas lo que hagas, no te enamores de ese chico. Está emocionalmente jodido, y lo último que necesitas es un hombre con un equipaje colosal.

—Lo sé, no lo haré.

—Ya veremos. —Da un sorbo a su café—. ¿Te ceñiste a nuestro plan esta mañana?

—Sí, fui fría como el hielo.

Chloe levanta su taza de café hacia mí como en un brindis silencioso. —¿Y qué hizo?

—Estaba demasiado conmocionado para hablar. —Me encojo de hombros—. Creo —lo contemplo un momento— al menos espero que fuera por eso por lo que no hablaba. —Me encojo de hombros—. De todos modos, le dije que tenía planes y, cuando me iba, le dije que fue un gran polvo.

Chloe se atraganta con el café. —¿Qué dijiste?

—Dije la verdad. —Me río—. Fue un *gran* polvo. El mejor, de hecho.

Chloe se ríe a carcajadas. —Oh Dios, ahora mismo estoy viviendo a través de ti.

Nos quedamos en silencio mientras bebemos nuestro café.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —pregunta Chloe.

—Provocarlo.

—¿Provocarlo?

—Voy a ponerme sexy para él, pero no disponible para el sexo.
—Sí, bueno, eso podría ser muy contraproducente.
—¿Cómo?
—Si le abres el apetito y luego cierras el restaurante, se irá a otro sitio a comer.
—Cierto. —Contemplo esta teoría durante un momento—. Pero también sé que años de un patrón autodestructivo no pueden romperse fácilmente. Si quiero pasar más tiempo con él, tengo que jugar el juego.
Los ojos calculadores de Chloe se fijan en los míos. —Ya estás enamorada de él, ¿verdad?
—No seas ridícula —me burlo—, estoy lujuriosa por él.
—No me gusta esto. —Chloe deja escapar un profundo suspiro—. Esto puede acabar muy mal.
Mi instinto me lo dice.
—Tranquila, saldrá bien. —Finjo una sonrisa—. No voy a enamorarme.
No sé mucho sobre la vida, sobre el amor, sobre nada, en realidad.
Pero una cosa que sí sé con certeza es que no tengo esto... ni de lejos.
Henley James me tiene a mí.

Es martes, y salgo a estirarme junto a mi buzón para correr por la mañana.

No he visto a Henley desde que salí del restaurante el domingo por la mañana, y me estoy poniendo un poco nerviosa.

Pensaba que habría llamado a mi puerta trasera mucho antes de esto. ¿Quizá mi cuerpo no es tan adictivo como pensaba?

A lo mejor ya se ha ido a comer a otro restaurante.

Maldita sea. ¿Por qué Chloe me dijo eso? Ahora es en lo único que puedo pensar.

—Buenos días, Carol —saludo.

—Buenos días, cariño. —Carol sonrío. Cruza la calle hacia mí en su mullida bata rosa, con una taza de café en la mano—. Buenos días, Barry. —Sonríe a mi pequeño mejor amigo.

La puerta del garaje de Henley se levanta lentamente, e intento no mirar.

—¿Has visto que los chicos van a hacer una fogata el jueves por la noche?

—¿Qué?

—Todos recibimos invitaciones.

—Yo no. —Siento algo de rechazo.

—Revisa tu buzón.

Lo abro y veo la invitación, una nota manuscrita.

Fogata.

Mi casa, viernes por la noche.

Antony.

Uf... oh mierda, tendré que trabajar.

El auto de Henley sale de su garaje, aminora la marcha al pasar junto a nosotras y baja la ventanilla. —Buenos días, señoras.

Instintivamente me pongo de puntillas, emocionada. —Buenos días.

—Buenos días, querido Henley. —Carol sonrío—. ¿Cómo estás hoy, cariño?

—Mejor ahora que las he visto. —Me guiña un ojo juguetón, y lo siento hasta en los dedos de los pies.

Pásate al asiento trasero de tu auto... ¡ahora mismo!

—Que tengas un buen día. —Sonrío.

—Tú también. —Sus ojos sostienen los míos un instante más de lo debido y se aleja. Carol y yo le seguimos con la mirada como las fans enamoradas que somos.

—Un hombre tan bueno. —Carol sonríe mientras lo ve doblar la esquina con su auto—. Apuesto a que Taryn ya está planeando su próximo movimiento.

Mi mirada se desvía hacia Carol. —¿Qué?

—Ayer vino a mi casa y me dijo que sabe que Henley es el hombre para ella. Planea dar el paso.

—¿Es eso cierto?

—Supongo que la fogata del viernes por la noche será la oportunidad perfecta. Unas copas, fuego romántico y música.

—Mmm —respondo, distraída por los latidos furiosos que resuenan en mis oídos.

—De todos modos —Carol se encoge de hombros—, bien por ella, supongo.

—Sí, bien por ella.

También sería especialmente bueno para ella tener un final espantoso. —De todos modos, tengo que irme. —Empiezo a correr—. Adiós, Carol.

—Adiós, cariño.

Subo corriendo la calle y doblo la esquina e inmediatamente saco el teléfono y marco.

—Hola.

—Hola, soy Juliet.

—Hola, Juliet.

—Tengo que pedirte un gran favor.

—¿Qué favor?

—¿Puedes cubrir mi turno del viernes por la noche?

Son las 8 p.m.

Mi segundo turno en la residencia de ancianos y la habitación 206 me llama.

Y no sé por qué. Si no se acuerda de su propio hijo, está claro que no va a hablarme con sensatez a mí. Pero, por alguna razón, no puedo dejar de pensar en conocer al padre de Henley.

Llamo sin hacer ruido. —Pase —llama una voz grave.

Asomo la cabeza por la puerta. —Hola.

Me mira severamente desde la cama. —Tendrás que darte prisa; mi mujer no tardará en llegar.

—De acuerdo. —Entro y repongo su jarra de agua—. Me llamo Juliet.

—Hola. —Sus ojos permanecen fijos en el televisor.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Bernard —responde secamente.

—Encantada de conocerte, Bernard. —Limpio su habitación mientras hablo—. ¿Estás teniendo un buen día?

—Todo iba bien antes de que empezaras a parlotear e interrumpir *M*A*S*H*.

—Ah. —Levanto la vista y veo que su televisor está en el canal de anuncios—. ¿Te gusta la serie *M*A*S*H*?

—Sí. —Sigue viendo los anuncios—. Será mejor que te des prisa. Caroline vendrá pronto para llevarme a casa.

Mi corazón se hunde. —Vale. —Limpio un poco más mientras pienso qué decir—. ¿Caroline es tu mujer?

—Sí.

—¿Tienes hijos?

—Un hijo y tres ángeles.

Me detengo. —¿Has perdido tres hijos?

—Antes de que nacieran.

—Oh...

Joder.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Henley.

Sonrío. Recuerda su nombre.

—Tiene cuatro años.

—¿Cuatro?

Asiente con la cabeza.

—Háblame de él.

—Volverá pronto. —Sonríe con nostalgia—. Ahora mismo está en el campamento.

—¿Campamento? —Sonrío—. ¿Qué tipo de campamento es?

—No lo sé. —Pone los ojos en blanco—. Caroline lo lleva a esas tonterías. Él prefiere quedarse en casa conmigo.

La tristeza se apodera de él. Su memoria a largo plazo sigue intacta. Ha perdido la noción del tiempo. Cree que estamos en esa época.

—¿Cómo es Henley?

—Es un buen chico. —Asiente con la cabeza—. Inteligente como su madre.

—Seguro que sí.

—Puede construir Lego durante horas. Nunca has visto a un niño concentrarse durante tanto tiempo.

Sonrío mientras escucho.

—Pronto volverá del campamento; construiremos algo grande.

Asiento con la cabeza.

—Caroline viene a llevarme a casa.

Se me hunde el corazón.

Nunca volverá.

—Y estoy harto de los arañazos en mi armario —continúa—. Tienes que hacer que alguien se ocupe de eso.

—¿Qué arañazos? —Frunzo el ceño.

—Ese maldito gato no me deja en paz, araña y araña la puerta para salir.

Sonrío. —¿Quieres que lo compruebe?

—Más te vale —responde seriamente mientras sus ojos permanecen fijos en el canal de anuncios.

Abro la puerta del armario para seguirle la corriente y veo una pila de álbumes de fotos. —¿Qué son? —le pregunto.

—Oh, son las fotos.

—¿Puedes enseñármelas? —Los saco y los pongo sobre la cama.

Los revuelve hasta que llega al rojo. Lo abre por la primera página. —Ésta es Caroline. —Es

una foto de su boda. Se parece a Henley, los mismos rasgos oscuros y los ojos grandes—. Es guapa.

Él asiente. —La mujer más hermosa que jamás hayas visto.

Sonrí y paso la página para verla embarazada. —¿Va a tener un bebé?

—Ese de ahí es Henley. —Le señala el estómago.

Sonrí al pasar unas páginas más y ver a un niño riendo en brazos de su madre.

Probablemente tenga dos años. Lleva un mono muy bonito y su pelo oscuro está rizado.

La forma en que su madre lo mira es pura adoración.

Paso la página y veo otra foto de él sobre los hombros de ella, cogiéndole las dos manos e inclinándose para besar a su padre, que está de pie junto a ellos.

Tanto amor.

Mi corazón se hunde y me siento repentinamente emocionada por todo lo que Henley ha perdido. Parpadeo para ahuyentar las lágrimas.

¿Por qué lloro?

No quiero que Bernard vea mis lágrimas, así que cierro el libro. —Deberíamos verlos en otro momento. No quiero entretenerte.

—De acuerdo. —Se gira hacia la televisión—. Caroline vendrá pronto a llevarme a casa.

—Sé que sí.

Devuelvo sus álbumes de fotos al armario, lo tapo con las mantas y le aliso las sábanas. Le lleno el vaso de agua. —¿Te traigo algo, Bernard?

—Shhh con tanto parloteo. Estoy viendo *M*A*S*H*.

Miro la televisión y veo que un anuncio de La Mopa Maravilla. —Te dejo con ello. —Me dirijo a la puerta y vuelvo a mirar a Bernard. Está concentrado en la televisión, totalmente absorto.

Con el corazón encogido, avanzo por el pasillo y vuelvo al trabajo.

A veces la vida no es justa.

Miro por la ventana del piso de arriba de mi habitación libre.

Es viernes por la noche, y estoy espiando el patio trasero de Antony para ver si Henley ha llegado ya. No quiero llegar antes que él, pero cuanto más tiempo permanezco aquí, más nerviosa me pongo. Toda la calle parece estar allí, pero hasta ahora no he visto a Henley. Más le vale que llegue; estos jeans de «ven a follarme» me han costado ciento veinte malditos dólares.

Tal y como me dijo la vendedora, llevo un sujetador voluminoso y una camiseta blanca. Llevo el pelo recogido e intento por todos los medios ser la vecina follable.

Vale, tengo que irme antes de que me dé un infarto.

Cojo mi botella de vino y la tabla de quesos que preparé. —Deséame suerte, Bazza.

Me acerco y la puerta principal de su casa está abierta. Oigo un parloteo procedente del interior.

Mierda.

¿Por qué estoy aquí? Me siento muy incómoda.

—Pasa, pasa —oigo que dice una voz grave desde la cocina.

Antony se encuentra conmigo en la puerta. —Viniste. —Se ríe y me abraza.

—Gracias por invitarme. —Extiendo mi bandeja—. Traje queso.

—Excelente. —Recibe la bandeja—. Todos están atrás, y las copas de vino están en la cocina. Sírrete tú misma. Yo pondré esto en la mesa.

—De acuerdo.

—Ahí estás —dice una voz familiar desde detrás de mí antes de besarme la mejilla.

—Rebecca. —Sonríe—. Gracias a Dios, estás aquí.

Enlaza su brazo al mío y entramos en la cocina. —Claro que estoy aquí. Tenía que venir a ver a la teta de Taryn hacer su jugada. —Saca dos copas y yo abro mi botella de vino.

—¿Qué quieres decir? —Frunzo el ceño.

—Al parecer, ha estado preparando a Henley toda la semana.

—¿Preparándolo? ¿Cómo para qué?

—No lo sé, probablemente chuparle la polla.

La miro fijamente, horrorizada. —Espera, ¿esto es cierto o es una especulación?

—Especulaciones, claro. —Pone los ojos en blanco—. Pero quién sabe.

Bebo un sorbo de vino mientras mi mente se acelera.

Si le ha tocado un solo pelo de la cabeza... entonces ya está.

Me volveré loca.

No hay palabras para explicar lo loca que me pondría. Y también lo asesinaría y lo enterraría en mi patio trasero.

La cárcel valdría la pena.

Vacíó mi vaso. —¿Otra? —Dejo el vaso sobre la mesa.

Los ojos de Rebecca se abren de par en par. —¿Tienes sed?

—Demasiada.

—Hola, chicas —ronronea una voz sexy detrás de nosotras. Nos giramos y Taryn entra como una brisa. Con el pelo suelto y toda la cara maquillada. Lleva un vestido ajustado y elástico de color rosa pálido que no deja nada a la imaginación.

Maldita sea. Tiene un aspecto increíble, ¿y por qué tiene tan buenas tetas?

Enormes y alegres.

Mis jeans ajustados se sienten como de mamá ahora.

—¿Dónde están los chicos? —pregunta Taryn mientras mira por la puerta trasera—. ¿Están todos aquí? Tenía tantas ganas de que llegara esta noche.

Rebecca voltea los ojos mientras sorbe su vino, y yo me muerdo el labio para ocultar mi sonrisa.

—Estamos aquí —responde Rebecca.

—¿Pero qué hay de la gente divertida? —pregunta, distraída, mientras mira hacia el patio trasero.

—Grosera —dice Rebecca mientras le da la espalda a Taryn, y yo agacho la cabeza para no reírme a carcajadas.

¿Podría ser más evidente?

—Señoritas —dice la voz sexy de Henley desde detrás de mí.

Siento mariposas con sólo oír su voz y me giro hacia él. Me dedica una lenta y sexy sonrisa, y sólo quiero abrazarlo.

¿Es posible extrañar a alguien que apenas conoces?

—Henley —jadea Taryn de forma exagerada. Corre hacia él y lo abraza, haciendo exactamente lo que yo quería hacer—. Me alegro mucho de que estés aquí, cariño. No es una fiesta sin ti —arrulla.

Henley sonríe. —Taryn. —Se libera de sus brazos—. Me dirijo a la parte de atrás.
—Ir . —Taryn sonríe mientras enlaza su brazo con el de él. Desaparecen por la puerta trasera.
—Que te den, Taryn —susurra Rebecca—. En serio, es un buitre. Si se acuesta con ella, nunca se lo perdonar .
Ya somos dos.
— Qu  pasa con ellos? —pregunto en un susurro.
—S  que ella lo desea. Se dice que dejó a su marido por él.
La miro fijamente, horrorizada. — As  que se han acostado juntos?
Rebecca se encoge de hombros. —No lo sé, seguro que no.
—Está buena. —Doy un sorbo a mi vino, distraída.
Esto es un desastre.
—No est  tan buena como t  —susurra Rebecca—. Haz un movimiento.
—Ya lo hice —le susurro.
— Qu ?
—Dormimos juntos el fin de semana.
Los ojos de Rebecca se abren de par en par. —Carajo, cu ntamelo todo.
—Señoras —dice una voz masculina detrás de nosotras. Nos giramos culpablemente para ver a tres de los militares de pie en la cocina. Enormes y dominando el espacio.
—Hola —saludo.
—Hola, chicos. —Rebecca sonríe—. Ya era hora de que por fin vinieran a algo.
Se ríen entre dientes.
— sta es Juliet. Se acaba de mudar a la casa de al lado —dice Rebecca mientras me señala.
—Soy Mason. Estos son Austin y Scott. —Es alto, con un corte al ras y músculos kilométricos. No es guapo y culto como Henley, sino más bien del tipo: te follar  a través de un muro de ladrillos.
—Todos est n en el patio —les dice Rebecca.
—Gracias. —Los tres gigantes salen por la puerta trasera mientras Rebecca y yo los seguimos con la mirada.
—Carol me dijo o que hacen orgías —susurro.
—Dios, eso espero —susurra Rebecca—.  Te imaginas tenerlos a los tres a la vez?
Tengo una visión de ellos utilizando mi cuerpo para su placer. —No lo digas, me hace revolotear —susurro.
Rebecca suelta una risita. —Aún no me has llamado para el café.
—Ya lo sé. Hagámoslo la semana que viene. Se me fue el tiempo.  Le has dicho algo a John?
—No, espero que tu teoría del valet parking sea cierta. —Se encoge de hombros—. No s  qué pensar.
—Todo ir  bien. —Sonrío mientras intento tranquilizarla—. Seguro que es inocente.
—Eso espero. Ven, vamos a socializar. —Sigo a Rebecca al patio trasero. Hay una fogata y todo el mundo est  sentado a su alrededor. Algunos charlan en grupos y, a la izquierda, Henley est  sentado con Taryn. Ella está hablando, y él escucha atentamente.
Los celos hierven a fuego lento en la boca de mi estómago.
Rebecca empieza a hablar con John, y yo estoy de pie a un lado.
—Bueno, Juliet —dice Mason mientras se acerca a mí—,  qu  te parece la calle?
—Todavía me estoy adaptando. —Sonrío. Levanto la vista y veo que los ojos de Henley se dirigen hacia nosotros—.  Cu nto tiempo llevas viviendo aquí?

—Ha pasado un año, pero estuve fuera durante seis meses de ese tiempo.

—¿Ah, sí? —Desde mi visión periférica, veo que Henley nos mira—. ¿Adónde te enviaron?

—Soy un SEAL de la Marina, así que estuve en el mar.

—Un SEAL de la Marina. —Sonrío, fascinada.

Sexy.

Taryn se ríe a carcajadas como la buscadora de atención que es. —Oh, Henley, eres tan divertido.

Vete a la mierda, Taryn.

Mason señala dos sillas. —¿Quieres sentarte?

Miro a Henley, que sigue hablando con Taryn, y me hierve la sangre.

—Por supuesto.

Nos sentamos y Mason no para de parlotear. Yo no escucho, por supuesto. Estoy demasiado concentrada en la tonta del otro lado del fuego que flirtea con mi hombre y, por supuesto, a Henley le encanta cada minuto de su atención.

Cabrón.

—¿Crees que podríamos envenenar su bebida? —susurra Rebecca.

—Probablemente no.

Es tarde. La noche está llegando a su fin y, después de ver a Taryn Tetas Grandes flirtear con todos los hombres de la hoguera, nuestra paciencia se ha agotado.

También he charlado y me he reído con casi todo el mundo aquí, y he pasado una noche estupenda. Sin embargo, no he dirigido ni una sola palabra a determinada persona.

—Henley, ven a bailar conmigo —ronronea Taryn mientras enrosca el dedo hacia él en un gesto de ven aquí.

Es lo último.

¡Basta ya!

No puedo aguantar ni un minuto más viéndola adularlo. Si la quiere, que se la quede. Que les vaya bien a los dos.

—Voy a irme. —Me pongo en pie.

—¿Ah, sí? —Rebecca suspira—. No me dejes aquí.

Sonrío. —Estás casada; ve a hablar con tu marido. —Las dos miramos para ver a John jugando al ajedrez con Bennet, y ella da un respingo—. Eso se ve muy aburrido. Te acompaño. Dame un segundo para despedirme. —Desaparece hacia la mesa de ajedrez.

—Adiós a todos. —Sonrío con un gesto—. Me voy a casa.

Henley levanta la vista como si le tomara por sorpresa. —¿Tan pronto?

Sí, cabrón. Llevo aquí seis horas y no me has dicho ni una palabra.

Me despido con la mano y me dirijo al frente.

—Espera —me llama Rebecca mientras corre para alcanzarme. Enlaza su brazo con el mío. —Que le den a Henley; creo que deberíamos emparejarte con Mason.

—No. —Arrugo la nariz—. Desde luego que no.

—¿Qué te pasa? ¿No te gustan los hombres enormes y calientes que te prestan toda su atención toda la noche?

Suelto una risita. —Quiero decir... parece simpático y todo eso, pero no sé.

—Probablemente Taryn esté intentando ligarse a mi marido ahora mismo. Rebecca pone los ojos en blanco. —¿Y si es ella? ¿Y si se acuesta con ella?

Me hierve la sangre sólo de pensarlo.

—Él no lo haría. No es ella. Aunque es una desvergonzada. No me extrañaría por parte de ella —resoplo—. En serio, si es ella, voy a bombardear su casa.

—Te ayudaré. —Llegamos a mitad de la calle y me da un abrazo—. Esta noche ha sido divertida.

—Lo fue.

—Y tenemos que organizar nuestra cita para tomar café.

—Lo sé. La semana que viene tengo turno de día. ¿Quizá el próximo fin de semana?

—Me parece bien.

Con otro gesto de la mano, piso mi casa y entro. —Hola, Barry.

Barry se levanta de la cama, somnoliento.

—Henley James es un maldito gran imbécil —susurro enfadada.

Barry me mira sin comprender.

—Ni siquiera me miró, y mucho menos me habló —le digo—. Uf... No sé por qué empecé esta tontería con él. Chloe tiene toda la razón. Voy a acabar odiándolo a muerte. Ya lo odio un poco.

Barry suspira.

Ahora estoy obligando a mi pobre perro a escuchar mis tonterías sobre citas. Enciendo la tetera con asco.

—Pagué todo este dinero por estos estúpidos jeans. No debería haberme molestado. No se habría dado cuenta si hubiera ido vestida con una bolsa de basura.

Maldito imbécil.

Me preparo el té y Barry sale a la cocina y se queda en la puerta de atrás. —¿Quieres salir? —Abro la puerta y, con el té caliente en la mano, me siento en los escalones traseros, en la oscuridad, mientras espero a que vaya al baño.

Barry mira hacia la valla y empieza a mover la cola. Oigo un ruido en la oscuridad del rincón más alejado.

¿Qué está pasando ahí fuera?

Me levanto y camino hacia el ruido. Veo dos manos que se agarran a la parte superior de la valla; luego una pierna se balancea. Con muchos resoplidos, Henley aparece a la vista. Está trepando por la valla. Balancea la otra pierna y salta hacia abajo.

—¿Qué haces?

Salta, sobresaltado al verme aquí de pie. —Vengo a visitarte.

¿De verdad cree que puede ignorarme toda la noche mientras flirtea con La Dueña de Tetilandia?

Ja. Cómo se atreve.

—No, no lo harás —respondo inexpresivamente—. Vete a casa, Henley. Esta noche no estoy de humor. —Me doy la vuelta y vuelvo furiosa hacia la casa. Me pisa los talones.

—¿Desde cuándo?

—Desde que andas ligando a lo grande.

—No estaba ligando —se burla—. Hablaba de cosas muy importantes.

Pongo los ojos en blanco y entro en casa. —¿Como qué talla de sujetador lleva Taryn? Dame un puto respiro.

—¿Estás celosa?

—No —exploto—, ¿por qué iba a estar celosa de ella? Y... —Le hago un gesto de disgusto—. Tú. —Pongo las manos en las caderas para intentar parecer convincente—. Vete a casa.

—No, tenemos un acuerdo —responde—. Me gustaría tener mi noche esta noche.

—Oh, ¿es así? La respuesta es no.

—No puedes estar celosa; esto no es una relación. Hablamos de esto y dijiste que te parecía bien.

—Ya lo sé —susurro enfadada. ¿Por qué acepté este estúpido acuerdo?—. Lo que no me parece bien es ver cómo flirteas toda la noche delante de mis narices.

—Así que *estás* celosa.

—Dios mío. No estoy celosa, carajo. Lo que estoy es molesta contigo.

¿De verdad cree que puede ignorarme toda la noche y luego aparecer aquí para tener sexo? De ninguna manera. Ese hombre es un idiota.

—Porque estás celosa.

—Cállate y vete a casa.

—No hasta que me beses.

—No voy a besarte —suelto—, no te besaría ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra. ¡Mentira!

—Ve y besa a Taryn. Seguro que ya has negociado un acuerdo con ella.

—No puedes estar celosa; no tienes derecho a jugar esa carta. Tenemos un acuerdo. Nada más y nada menos.

Toc, toc suena en la puerta.

Los dos nos quedamos en silencio. —¿Quién es? —dice.

Me encojo de hombros. —No lo sé.

Abro la puerta del armario que hay bajo la escalera. —Entra —digo.

—No —suelta.

Lo empujo al armario y cierro la puerta tras él. Abro la puerta principal y veo a Mason de pie.

—Mason. —Frunzo el ceño.

¡*Mierda!*

—Hola.

—Hola...

Vacila. —Me preguntaba si querías salir alguna vez... en una cita.

—Oh...

Mierda, mierda, mierda.

—Es que no he conocido a nadie como tú. Sé que nos llevaríamos bien.

—Estoy... —Hago una pausa. Las palabras de Henley de hace sólo dos minutos vuelven a mí altas y claras.

No puedes estar celosa; no tienes derecho a jugar esa carta. Tenemos un acuerdo. Nada más y nada menos.

Sé que desde su lugar en el armario, Henley puede oír cada palabra que decimos. Quizá haya llegado el momento de vengarme.

—Me encantaría tener una cita contigo. —Sonrío dulcemente.

Se oye un golpe en el armario y Mason mira hacia él. —¿Qué fue eso?

—Mi torpe perro zoquete.

—Oh... ¿así que es una cita?

—Ajá.

—Estupendo. —Mason sonríe.

—Trabajo de noche toda la semana, ¿te llamo? —le ofrezco.

—Claro. —Se demora, y creo que está esperando un beso de buenas noches.

—Adiós, entonces. —Le hago un gesto torpe con la mano y le cierro la puerta en las narices.

Carajo... Voy a tener que salir de esa.

Espero un momento, y otro golpe viene del armario. Sonrío. No podría haber salido mejor si lo hubiera planeado yo misma. Abro la puerta. —¿Listo para salir del tiempo fuera? —pregunto sarcásticamente.

Su cara es asesina. —No vas a tener una puta cita con él.

Me hago la inocente. —Acabas de decirme que no podemos tener celos de nadie y que esto es un acuerdo, *ni más ni menos*.

Entrecierra los ojos, sabiendo perfectamente que tengo razón.

—No me fío de él.

—Menos mal que tú no vas a tener una cita con él, entonces, ¿no?

—No. —Da un paso adelante, obligándome a retroceder—. No vas a salir con él.

Cruzo los brazos de forma sarcástica. —No puedes decirme lo que puedo hacer, Henley.

—Mira como lo hago. Sube, quítate esa ropa y ábrete de piernas en esa cama, porque estás a punto de ser follada hasta que te entre un poco de sentido común

La emoción me recorre. *Me gusta este juego*.

—Oblígame.

Me coge de la mano, me arrastra escaleras arriba y me tira sobre la cama. —A partir de ahora harás lo que yo te diga, carajo. ¿Me oyes? —susurra enfadado mientras se arranca la camiseta por la cabeza.

—¿O qué? —lo señalo. Mis ojos bajan por su abdomen marcado y la V de músculos que desaparece dentro de sus jeans.

—O te voy a follar duro esa boca sarcástica tuya... hasta que te ahogues.

—No puedes con mi boca.

—Mírame. —Se desabrocha los jeans y saca su polla ya erecta. Parece que a Henley también le gusta este juego. Me agarra la cabeza y me introduce la polla en la boca. Luego empuja mi cabeza hacia él. Siento cómo se desliza hasta el fondo de mi garganta, y mis ojos se cierran instintivamente mientras trato de soportar su castigo.

Sabe bien. Mis entrañas empiezan a licuarse.

¿Cómo es que está tan bueno?

Me agarra el pelo con las dos manos mientras empieza a cabalgarme la boca. —Y te vas a tragar hasta la última puta gota.

Henley

Me despierto de un salto. ¿Qué hora es?

Me apresuro a coger el teléfono: 5:15 a.m. Gracias a Dios, no es tarde. Aún tengo tiempo de disfrutar de la vista un momento. Ruedo hacia Juliet y la miro mientras duerme. Su pelo rubio miel está esparcido por la almohada, su impecable piel casi brilla en la oscuridad. Paso la mano por sus grandes pechos y bajo hasta sus caderas bien formadas. Paso el dorso de los dedos por su cuidado vello púbico y siento que mi polla se endurece ante su suavidad.

Carajo... es preciosa.

Su cuerpo es de otro mundo, y no tengo suficiente. No importa cuántas veces me la folle, sigo queriendo más.

La semana pasada necesité todas mis fuerzas para no subirme a la valla. Sólo podía pensar en ella. Pronto superaré este enamoramiento. Una vez más y será suficiente.

Pienso en nosotros dos anoche en la ducha. Las formas en que me folla tan fuerte, sus besos, esa boca follable suya... mis pelotas se contraen.

Levántate.

Ten un poco de autocontrol, carajo.

Salgo sigilosamente de la cama y me visto en silencio. Voy a casa a ducharme antes de ir a ver a papá. Bajo las escaleras de puntillas y salgo al patio trasero. Maldita sea. Estoy harto de escalar esta puta valla, y sólo ha sido una vez.

¿Quizá debería hacer una puerta?

No... esto sólo va a pasar una vez más, ¿recuerdas?

Salto la valla, me ducho y me dirijo a la residencia. Estoy a punto de salir a la calle cuando veo al idiota trotando.

Me hierva la sangre, reduzco la velocidad y bajo la ventanilla del auto. —Mason, te has levantado temprano.

—Pensé en salir a correr. —Sonríe.

La está buscando.

Pues qué pena, porque está bien arropada en la cama con el coño roto, por mi polla. Cree que me lleva ventaja. Pues se lo demostraré.

Conduzco a su lado mientras contemplo mi próximo movimiento. —Deberíamos tener una cita doble alguna vez —le digo.

—¿Sí? —Frunce el ceño.

—Yo y Taryn y tú y una cita.

—Sí. —Sonríe emocionado—. Sería increíble, amigo.

Pobre imbécil.

—Podría hacer que Juliet viniera —ofrece.

Ni la mitad de bien que yo.

—De acuerdo, entonces. —Finjo una sonrisa—. Lo prepararé y te avisaré.

—Gracias, hombre. Eres un buen amigo.

Me despido con la mano y me alejo; lo veo por el retrovisor.

—Bueno para joderte, imbécil —murmuro en voz baja—. Nadie la toca excepto yo.

CAPÍTULO 13

Henley

—BUENOS DÍAS a la encantadora Jenny. —Sonrío mientras atravieso la recepción.

—Buenos días, Henley. —Jenny me mira por encima de sus gafas—. ¿Va todo bien?

—Todo va genial. —Entro en mi despacho y empiezo a poner las cosas de mi maletín sobre el escritorio.

Siento que Jenny me mira desde la puerta. —Tu buzón de voz está lleno —dice mientras se apoya en el marco de mi puerta.

—¿Lo está? —Me siento en mi escritorio y hago una mueca de dolor; juro que no me queda piel en la polla.

—Hace tiempo que no pides tus mensajes.

Enciendo la computadora. —¿No lo he hecho? —Me conecto—. He estado ocupado, supongo.

Sigue mirándome. —Últimamente estás diferente.

Levanto la vista. —¿Cómo así?

—¿Conociste a alguien?

Pongo los ojos en blanco. —Porque la única razón posible por la que podría estar de buen humor es si conociera a alguien, ¿verdad?

—Creo que deberías revisar tus mensajes. Vanessa ha dejado varios; parece frenética.

—Vale. —Abro mi correo electrónico y examino mi bandeja de entrada.

Jenny desaparece y luego entra y pone mi teléfono desechable en el escritorio delante de mí—. Toma, puedes hacerlo ahora.

Lo cojo, lo apago y lo tiro en el cajón de arriba.

—¿Quién es? —pregunta.

Uf...

—Ahora no, Jen. —Suspiro—. Tú y yo no estamos saliendo. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí —suelta enfadada.

—¿Y por qué te importa?

—No me importa. Sólo creo que deberías mantener tus opciones abiertas, eso es todo.

—Vale. —Abro un correo electrónico—. Lo haré. —Sigo hojeando mis correos—. ¿Cómo está Martín?

—Está bien.

—¿Por qué no vas y lo llamas, para organizarle la vida?

Exhala pesadamente. —Estaré en mi mesa.

Ensancho los ojos. *Como debería ser.*

—Nuestra nueva practicante empieza hoy —me recuerda.

—Vale, gracias.

Cierra la puerta, y yo me giro sobre mi silla y hago una mueca de dolor.

Coño, estoy adolorido. Ese maldito coño es más apretado que nada. Saco el móvil del bolsillo y envío un mensaje.

Buenos días, Srta. Drinkwater.
Me duele la polla.

Aparecen los puntos en pantalla, y sonrío mientras espero su respuesta.

Te lo mereces.
Esa cosa es un arma letal.
Al menos puedes caminar.

Me río entre dientes y tecleo.

Te hice una cita con el Departamento de Registro Civil hoy a las 3:00 p.m.

Veo que los puntos vuelven a salir.

¿Por qué?

Giro sobre mi silla y sonrío mientras tecleo mi respuesta.

Después de lo de anoche, creo que es apropiado cambiar tu nombre legalmente de Drinkwater a Drinkcome.

Los puntos salen una vez más.

Qué puedo decir... se ofrecía una bebida deliciosa.
#sedienta

Toc, toc. La puerta se abre de golpe. —Hola —dice Antony.

#sedienta

**Sonrío y pongo mi teléfono con la pantalla hacia abajo.
Se deja caer en el sofá de la esquina de mi despacho.
Mi teléfono vibra y le doy la vuelta para leer.**

Pero en serio.
¡Tu polla es perfecta!

—He venido a ver cómo te fue anoche —responde.

Me muerdo el labio inferior para no sonreír. —Estuvo bien. Supongo.

—¿Sólo bien?

Me encojo de hombros. —Sí.

—Entonces... ¿fuiste? —Frunce el ceño.

—Ajá. Y también tuve suerte. Ese cabrón de Mason apareció y la invitó a salir.

—Lo sabía. —Sonríe—. Sabía que lo haría. Trató de estar con ella toda la noche.

—¿Lo solucionaste?

—Todavía no.

Vuelvo a leer su texto.

Pero en serio.
¡Tu polla es perfecta!

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunta.

—¿Qué? —Intento volver a centrarme—. Nada, ¿por qué?

—¿Te ves... extraño?

Suena otro golpe en la puerta.

—Pase —llamo.

La puerta se abre y aparece una mujer joven. Tiene el pelo largo y oscuro y va vestida modestamente con ropa casi amish. Tiene unos preciosos ojos marrones grandes. —Señor James, quería venir a conocerlo. Soy May. Empiezo hoy como nueva practicante.

Es dulce e inocente, joven e ingenua.

—Hola, May. —Me levanto, camino hacia ella y le tiendo la mano—. Estamos muy contentos de tenerte con nosotros. Bienvenida a bordo.

—Gracias —responde en voz baja. Sus ojos se dirigen a Antony—. Hola. —Sonríe tímidamente.

Antony se levanta.

—Éste es Antony, uno de mis amigos.

—Hola. —Le estrecha la mano.

Se pasa la lengua por el labio inferior mientras la mira fijamente, y parece como si quisiera comérsela entera.

Joder.

—Acudes a mí si alguien te da algún problema —le digo.

—Sí, señor —responde ella en voz baja—. Lo haré. —Mira nerviosa a Antony, y puedo oler su erección desde aquí.

—Encantada de conocerte.

—El placer fue todo mío —murmura Antony.

Se dirige a la puerta y la vemos salir. La puerta se cierra tras ella.

Se gira hacia mí.

—Ni se te ocurra, joder —digo bruscamente—. Aléjate de mi practicante.

Pone los ojos en blanco y se deja caer en el sofá. Vuelvo a leer el mensaje de Juliet.

Pero en serio.
¡Tu polla es perfecta!

—Deberíamos ir a celebrarlo con un café —le digo.

—¿Qué celebramos?

—Juliet cree que mi polla es perfecta. —Sonrío.

—Uf... carajo. —Pone los ojos en blanco—. Debe de estar desesperada.

Ahora son las 8:30 p.m., y hojeo Netflix.

Auuuuuuuuuuuuuu. La llamada del coyote se escucha por encima de la valla. Y pongo los ojos en blanco.

Ese maldito mestizo.

Juliet está en el turno de noche y, fiel a su estilo, el perro está siendo una pesadilla.

Auuuuuuuuuuuuuuuu.

Él también odia cuando ella está en el trabajo... **Quiero decir, no es que yo lo haga. Me da igual lo que haga.**

Sigue aullando y abro la puerta de atrás. —Cállate —le grito.

Vuelve a ladrar.

—¡Cállate!

Se calla.

—Así me gusta más. —Vuelvo a Netflix. Necesito una serie nueva o algo así. Empiezo a hojear. *Yellowstone*. Hago una pausa y leo el resumen. Quizá esto. Pulso el play y me acomodo.

Diez minutos después, veo algo por el rabillo del ojo en el reflejo del cristal. ¿Eh?

Algo se mueve en la cocina.

Me asomo por la esquina y veo al mestizo delante de mi puerta corredera de cristal. Me ve y mueve la cola. Abro precipitadamente la puerta corredera de cristal. —¿Qué haces aquí? —gruño.

Mueve la cola y levanta las orejas.

—Vete a casa. —Señalo la valla.

Camina en círculo.

—¡He dicho que te vayas a tu puta casa!

Se tumba en el cemento.

—No vas a dormir ahí —exijo—. Vete a casa.

Rueda sobre su espalda.

—No. —Lo muevo con el pie—. No te voy a rascar la barriga. ¿Qué coño crees que es esto?

Vuelve a darse la vuelta y se arrastra hacia mí.

—Ni siquiera intentes esa mierda. No somos amigos. Vete a casa.

Me mira, perplejo.

—El concreto está duro, maldito idiota. Vete a casa, a tu cama.

Ladra.

Uf, odio a este perro tonto.

Juliet

Atravieso mi casa, directo a la puerta trasera, la abro y miro hacia el patio.

Silencio.

Barry suele esperarme en la puerta de atrás cuando oye llegar mi auto a casa.

Mmm. Debe estar dormido. Cierro la puerta y vuelvo a entrar en casa. Enciendo la televisión y pongo un poco de pan en la tostadora. Miro al patio a través de la ventana de la cocina. Es raro que no haya venido a verme.

Voy a comprobar si está bien.

Salgo al patio. Y utilizando la linterna de mi teléfono, camino hasta su caseta de perro. Está vacía.

—Barry —llamo suavemente.

Silencio.

Joder. Empiezo a sentir un poco de pánico. —Barry —vuelvo a llamar.

Oigo un suave *bang, bang, bang* procedente de encima de la valla... su característico movimiento de cola.

Miro a lo largo de la valla y veo un nuevo agujero que debe de haber cavado.

Mierda, está en el patio de Henley.

Si vuelve a destruirlo, juro por Dios que lo mato.

Salgo por la puerta lateral y me agacho alrededor de la valla. Me introduzco en el patio trasero de Henley. Su casa está toda a oscuras. Después de todo, es más de medianoche.

No quiero que Henley se despierte, así que voy de puntillas hasta el patio trasero, y oigo la cola de Barry golpeando en la veranda. —Shhh —susurro. Enciendo la linterna hacia él y lo veo sentado en una cama improvisada.

—¿Qué es esto? —Subo al porche y alumbro con la linterna; han tapado tres almohadas con una manta.

Henley le hizo una cama.

Entonces me fijo en un cuenco de agua puesto a su lado.

Sonrío como tonta y miro hacia la ventana de la habitación de Henley.

Siento que conozco un secreto, que estoy a punto de descubrir un enorme tesoro de diamantes que lleva años enterrado en las profundidades. Algo valioso y precioso. Inestimable para su dueño.

Henley James no es un tirano en absoluto. Es su mecanismo de defensa.

El hombre con la polla perfecta puede tener también el corazón perfecto...

Sólo tengo que averiguar cómo hacer que me lo enseñe.

Vierito la primera cantidad de pintura blanca en la bandeja del rodillo.

Hoy es el día. Voy a empezar a pintar mi casa, y creo que nunca he estado tan emocionada por algo. Compré el equipo que necesito y lavé todas las paredes. Pegué todas las ventanas y zócalos, y estoy lista para arrasar. Empiezo en el vestíbulo; subo y bajo rodando.

Uf, qué fuerte huele la pintura. Abro la puerta principal para que entre el aire fresco y continúo mi alegre camino.

Una hora más tarde, escucho: —Hola, tú —desde el porche.

Levanto la vista y veo a Mason en la puerta de mi casa. —Mason. —Sonrío torpemente.

—Vine de visita, pero parece que ahora voy a pintar —responde.

—Oh, no. —Sacudo la cabeza—. Yo no te haría eso. Pero gracias de todos modos.

—Insisto. Me voy a casa a cambiarme de ropa y luego vuelvo para ayudarte.

—No, no puedes —suelto.

De verdad, no puedes. Estoy intentando ganarme la confianza de Henley. Tenerte en mi casa sólo hará que se aleje de mí.

—Nos vemos en cinco minutos. —Sonríe antes de volver a casa trotando.

Joder.

Esta calle es como una condenada *Brady Bunch*. ¿Por qué todo el mundo es tan servicial?

Henley vendrá a casa y lo verá aquí y luego me volverá a ignorar.

Uf...

¿Qué hago ahora?

Le enviaré un mensaje a Henley.

¡Ayuda!
Mason acaba de aparecer para ayudarme a pintar.

Espero su respuesta.

Dile que se vaya a la mierda.

Sonrío. Buena respuesta.

No puedo. Está siendo servicial y amable.

Veo los puntos en la pantalla.

Mi pie en su culo también será servicial y amable.

Suelto una risita y respondo.

No sabía que tuvieras un fetiche con los pies.

Espero una respuesta, pero no llega.

Vale, al menos ahora sabe por qué Mason está aquí. Me siento mejor habiéndoselo dicho. Vuelvo a pintar y, tal como prometió, Mason regresa. Sólo lleva pantalones cortos: mostrando sus bíceps y abdominales.

¿Qué demonios? Está tan bueno como Hulk. Todo ese entrenamiento de operaciones especiales valió la pena.

—No pude encontrar una camiseta vieja, así que supongo que es piel. —Me lanza un guiño sexy.

Bonito.

Tengo que reconocer que es encantador.

—Muy bien —sonrío mientras vuelvo a pintar—, la piel me funciona.

—A mí también me funciona siempre la piel —dice—. ¿Quizá deberías pintar en ropa interior?

Suelto una risita. —Oh, ¿te gustaría? —me burlo.

—La verdad es que sí.

Nunca me verás desnuda; parezco una medusa comparada contigo.

—Blanco, ¿eh? —dice Mason mientras echa un poco de pintura en su bandeja.

—Sí, intento que todo sea fresco y clásico —respondo.

—Me encanta esta vieja casa.

—A mí también. Háblame de tu trabajo —le pregunto mientras pinto.

—Soy un SEAL de la Marina.

—¿Siempre has querido hacer eso?

—Más o menos. De joven me encantaba el submarinismo y el océano, apreciaba la disciplina y me encantaba entrenar duro.

Ya lo veo.

—Esas cosas como que iban juntas —añade.

Mi teléfono emite un mensaje de texto. Es de Henley.

¿Qué están haciendo?

Sonrí y hago una foto de Mason pintando en calzoncillos, con los músculos a la vista. Se la envío a Henley.

Pintando.

Espero su respuesta. No llega nada, así que vuelvo a pintar.

—Los chicos con los que vives, ¿son amigos íntimos?

—Aaah... —vacila—. Lo son. Estamos unidos porque hacemos el mismo trabajo y nos entendemos. La vivienda viene con el trabajo.

Dudó al decirlo. Lo interpreto como que a veces lo ponen de los nervios.

—¿Siempre has vivido por aquí?

—Soy de Nueva York.

—¿De verdad?

—Pareces sorprendida —responde.

—Supongo que sí; no muchos neoyorquinos se alistan en el ejército.

—Te sorprenderías. Muchos sólo queríamos salir.

Seguimos pintando durante un tiempo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Siempre quisiste ser enfermera?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Supongo que sí. Me gusta cuidar de la gente.

—Debe ser un trabajo gratificante.

—Algunos días son mejores que otros.

—Se ve bien, ¿verdad? Imagínate cuando esté toda la casa terminada. —Sonríe mientras se aparta para contemplar nuestra obra.

Charlamos otros cuarenta minutos mientras trabajamos. Mason es realmente un chico genial.

No es mi tipo, pero es un chico genial.

—Hola —suen a una voz familiar desde la puerta principal. Levanto la vista y veo a Henley allí de pie. —¿Qué pasa aquí, estás posando para que te pinten o qué?

La emoción me recorre.

¡Vino a mi casa desde el trabajo!

Esto debe ser amor.

Mason lo mira inexpresivo. —No tenía una camiseta vieja.

—Claro que no —murmura secamente Henley al pasar junto a él—. Tengo el día libre; ¿necesitas ayuda?

Digo que sí, al mismo tiempo que Mason responde que no.

—Quizá debería bajarme los pantalones y pintar desnudo —responde Henley despreocupadamente mientras mira a su alrededor.

Sonrí. Esa polla suya ganaría cualquier batalla. —Asco. —Pongo cara de asco.

Mason se ríe entre dientes.

—Que sepas que ya me han dicho antes que mi polla es perfecta —dice Henley con indiferencia mientras coge una brocha.

—No sabía que tuvieras chicas —responde Mason mientras pinta.

—Yo tengo pollas —responde Henley mientras hace rodar su rodillo en la bandeja.

—Prefiero quedarme con los coños —responde Mason—. Las pollas no me interesan.

Touché.

Henley pone los ojos en blanco, y yo quiero echarme a reír.

Esto es perfecto.

—Hola —suenan una molesta voz femenina desde la puerta principal. Todos levantamos la vista y vemos a Taryn allí de pie—. Mira, mira, ¿qué pasa aquí? —Sonríe—. Henley, vi llegar tu auto y vine a ver si estabas bien —ronronea.

—Me alegra ver que alguien se preocupa por mí, Taryn. —Henley me sonríe dulcemente.

Vete a la mierda.

Vete a la puta mierda.

—¿Qué están haciendo chicos? —pregunta Taryn con voz demasiado dramática.

—Jugando Monopolio —respondo inexpresiva mientras sigo pintando.

Mason se ríe. —Muy buena, Juliet.

Henley pone los ojos en blanco. —Muy buena —murmura en voz baja.

—¿Puedo ayudar?

Digo no, al mismo tiempo que Henley dice sí.

—Están posando para una pintura, Taryn. Será mejor que te desnudes —dice Henley despreocupadamente mientras pinta.

—Ja, ja. Oh, Henley, intentas mirarme cada vez que puedes. —Taryn se ríe.

Cabrón.

Me muerdo el interior de la mejilla, y Henley sonríe burlonamente a la pared que está pintando.

—Iré a casa y me pondré algo más cómodo —responde Taryn.

—Esta es una zona libre de patines, Taryn. —Sonrío dulcemente—. No quiero que te hagas daño.

Se ríe con una risa exagerada y falsa, y cree que estoy bromeando. Pues no. Si se pone los patines, la empujaré al cien por cien por la escalera de mi casa y no la resucitaré.

Se marcha corriendo al otro lado de la calle y vuelvo a quedarme a solas con los dos hombres.

Uno casi desnudo a medio vestir, otro completamente tapado y sencillamente irresistible.

—¿Adónde iremos el sábado por la noche? —pregunta Mason a Henley.

Dejo de pintar y levanto la vista. —¿Qué?

—Íbamos a tener una cita doble. Henley y Taryn y tú y yo. ¿No te lo dijo Henley?

¿Qué coño?

Mis ojos se dirigen a Henley. —No. No lo hizo.

Me hierve la sangre. Llevar a Taryn a una cita... ¿desde cuándo, joder?

—En realidad tengo muchas cosas que hacer esta semana —responde Henley—. Tendremos que cambiar la fecha.

—No pasa nada —responde Mason—. Juliet y yo no necesitamos acompañantes; podemos ir solos. ¿No es así?

Dos pueden jugar a ese juego, imbécil.

—Claro que podemos —respondo—, estoy impaciente, Mason.

Henley me mira inexpresivo y yo sonrío dulcemente. *Eres un cabrón.*

De buena fe.

—Aquí estoy —dice Taryn con voz cantarina desde la puerta. Todos nos giramos para verla con unos minúsculos pantalones cortos vaqueros y la parte de arriba de un bikini blanco. Tiene unas tetas enormes y perfectas.

—Parece que yo tampoco tengo ropa vieja —dice de forma sexy.

Ni amor propio.

Debí haber comprado cloroformo para mi caja de herramientas.

—Espero no distraerlos demasiado, chicos. —Se ríe.

Los ojos de Henley bailan con picardía mientras me sonrío. —Tengo buenas noticias, Taryn —dice.

—¿Cuáles son? —dice mientras toma una brocha.

—Vamos a tener una cita doble con Mason y Juliet dentro de un par de semanas.

—Oh, qué bien. —Salta y sus tetas rebotan como gelatina.

No acaba de decir eso. Lo miro inexpresiva y él me guiña un ojo juguetonamente.

Vas a morir, cabrón.

—Me encanta este blanco, Juliet —dice Taryn mientras pinta un poco—. Ésta va a ser la mejor casa de Kingston Lane.

—Me alegro de que te guste —respondo.

Puede que pronto te entierre en el patio bajo el rosal.

Aprieto los dientes mientras sigo pintando. No debería quejarme. Debería estar agradecida.

Tres personas muy generosas me están ayudando a pintar mi casa.

Un hombre que quiere que tenga una cita con él.

Un hombre al que intento enamorar.

Y la patinadora más sexy del mundo quien está haciendo un espectáculo privado de pinturas *Playboy*.

A la mierda mi vida.

—Vale, ¿qué pasará ahora? —pregunta Chloe.

—No lo sé. Esta es una operación de un día a la vez. —Me encojo de hombros.

Chloe, Rebecca y yo nos tomamos un café para elaborar una estrategia para mi desastre de vida amorosa.

—A ver si lo he entendido —responde Rebecca—. Le dijiste que no querías nada más que sexo, pero en secreto sí, y él accedió.

—Correcto. —Asiento con la cabeza mientras doy un sorbo a mi café. Pienso un momento—. Pero ahora está molesto porque Mason anda por ahí, así que se le ocurrió jugar y organizar una cita doble con Taryn, él y yo.

Ambas fruncen el ceño. —¿Qué?

—Ese hombre es el mayor sabelotodo que conozco. —Pongo los ojos en blanco—. Y el más sexy.

—¿Bien? —pregunta Rebecca.

—Ridículo.

—¿Qué es eso de una cita doble?

—Después de la fogata, Henley vino a mi casa y me molesté porque estuvo hablando con Taryn toda la noche.

Rebecca me interrumpe. —Y con razón.

—Comenzamos a discutir por eso, y me dijo que no tenía motivos para estar celosa y discutir por eso, lo cual me empezó a molestar. Entonces, en medio de nuestra pelea, aparece Mason, y Henley se escondió en el armario bajo las escaleras.

Chloe frunce el ceño mientras escucha. —Bien...

—Mason me pidió salir, y sé que Henley podía oír todo lo que decíamos, y yo seguía enfadada con él después de su comentario de que no puedo sentir celos por Taryn, así que le dije que sí sin intención de ir realmente. Pero entonces Henley lo vio y, para fastidiarme, organizó una cita doble con Taryn —suelto apresuradamente.

—Vaya, esto se está complicando —responde Rebecca mientras se sujeta las sienes.

—¿Tú crees? —tartamudeo—, esto es una cagada colosal.

—Es demasiado pronto. Aún no lo tienes lo suficientemente enamorado como para tener citas dobles con otras personas. ¿Qué pasa si Taryn se le insinúa? Y sabemos que lo hará. ¿Qué vas a hacer entonces? ¿Vas a besar a Mason para vengarte? —dice Chloe.

Me paso la mano por la cara mientras considero esa posibilidad. —Cierto. Ni siquiera lo había pensado.

—¿Y qué pasa si esto de Mason se vuelve demasiado duro y Henley piensa «a la mierda» y se aleja y va de verdad a por Taryn? Tiene una carga emocional, recuerda, y tú estás en un punto muy frágil de esta relación —responde Rebecca.

—Ni siquiera es una relación todavía. —Apoyo la cabeza en las manos—. Uf, tienes toda la razón. No lo he pensado en absoluto. ¿Por qué me la doy de sabelotodo?

—Ya sé lo que hay que hacer —dice Chloe—. Aplaza la cita un tiempo. No digas nunca, pero finge que tienes cosas que hacer este fin de semana. Así pasarás más tiempo a solas con él, pero él seguirá sabiendo que puede ocurrir en el futuro.

—Sí —jadea Rebecca—, es perfecto. Así aún estaría en sobre aviso de que puedes cambiarlo.

Pongo los ojos en blanco. —Nadie cambiaría nunca a Henley James.

—No dejes que lo sepa.

—Vale, creo que esto podría funcionar. —Miro hacia Rebecca—. ¿Qué está pasando con John? ¿Ha ocurrido algo nuevo?

—Se va de fin de semana de golf con los chicos dentro de unas semanas. —Ella abre mucho los ojos.

—¿Crees que lo hará?

—Quién coño sabe, pero me imagino que ya que yo no estaré follando alguien más lo estará haciendo. Es demasiado sexual como para no estarlo haciendo.

—¿De *verdad* crees que te engaña? —pregunto.

—No lo sé. —Suspira tristemente—. Aunque es lo único en lo que puedo pensar. Siempre trabaja hasta tarde, y yo pensaba que era sólo porque es cirujano, pero ¿y si no es así?

—Lo siento. —Toco su mano por encima de la mesa—. Estoy segura de que todo saldrá bien.

—Esconde una Apple AirTag en su auto —dice Chloe.

—¿Qué?

—Conecta una AirTag de Apple a tu teléfono y escóndelo en su auto. Así, si tienes sospechas sobre si está en el trabajo o no, podrás verlo en blanco y negro.

—No quiero ser desconfiada —responde Rebecca.

—Si tuviera sospechas de que mi marido se folla a otras mujeres —Chloe se encoge de hombros—, lo haría.

—Tú concéntrate en enamorar al Dr. Grayson —le digo bruscamente—. A veces eres tan insensible. No se trata de un chico cualquiera al que se está follando. Es su marido, Chloe.

—Hablando de un chico al que te estás follando... —Rebecca señala mi teléfono sobre la mesa. Acaba de llegar un mensaje.

Henley

Me recorre una emoción al ver su nombre iluminando mi pantalla.
Hago clic para abrirlo.

Esta noche te toca saltar la valla.

Sonrío como tonta.
—¿Qué dice? —pregunta Chloe.
—«Esta noche te toca saltar la valla». —Sonrío, emocionada.
—No, hazte la dura, recuerda —me recuerda Rebecca.
—Pero quiero verlo.
—Pues dile que venga a tu casa —dice Chloe.
—De acuerdo. —Le respondo.

Ven a mi casa más bien.

Veo los puntos en la pantalla y sonrío mientras espero su respuesta.

No, tiene que ser en mi casa. Quiero presentarte mi columpio.

—¿Qué? —susurro—. Su polla es demasiado grande para un puto columpio sexual.
—¿Tiene un columpio sexual? —jadea Chloe—. Oh, carajo. Siempre he querido probar uno de esos. Ahora mismo estoy viviendo indirectamente a través de ti.
Le respondo.

Eso no va a pasar.

—¿Por qué le dices eso? —jadea Chloe.
—Me partirá por la puta mitad —jadeo—. ¿Has visto su polla?
—No, pero quiero hacerlo —responde Chloe—. ¿Puedes hacerle una foto esta noche?
Mi teléfono suena inmediatamente. El nombre *Henley* ilumina la pantalla.
—Dios mío, está llamando —balbucea Chloe.
Contesto intentando parecer tranquila. —Hola, Henley.
—Buenas tardes, señorita Drinkwater —responde su voz grave y sexy.
Siento mariposas en el estómago. Sólo el sonido de su voz me provoca cosas.
Miro a las chicas, que están pendientes de cada una de mis palabras, y me levanto y salgo en busca de un poco de intimidad.
—Hola. —Sonrío tontamente.
—Hola. —Me doy cuenta de que él también sonrío.
—¿Por qué me llamas?
—Para salirme con la mía.
Suelto una risita. —Henley... no podemos hacer eso. —Bajo la voz y miro a mi alrededor para ver si alguien puede oírme.
—Sí, podemos.
Reduzco la voz a un susurro. —Eres demasiado grande para mí.
—Tonterías. Encaja perfectamente.

Siento que me ruborizo. —Necesitamos más... práctica.
—¿De verdad crees que voy a hacerte daño?
—Yo sólo... —Dudo.
—¿Sólo qué?
—Somos nuevos en esto. Tu cuerpo es mucho más... Necesito que seas paciente conmigo.
Permanece en silencio, y sé que está considerando mi petición. —Nunca te haría daño, Juliet.
—Lo sé. —Sonrío tímidamente—. Sólo quiero conocerte mejor primero en un entorno más familiar.
Exhala pero permanece en silencio.
—¿Así que saltarás la valla por mí? —pregunto esperanzada.
—Sólo por ti.
—Me muero de ganas —digo efusivamente—. ¿A qué hora?
—¿En diez minutos?
Suelto una risita. —¿A eso de las ocho?
—Vale...
Cuelga el teléfono y yo sonrío tontamente.
—Adiós, Sr. James.
—Adiós, dulce Juliet.
Cuelgo y prácticamente vuelvo flotando a la mesa.
—¿Y bien? —preguntan impacientes las chicas.
—Creo que he ganado ese round; vendrá esta noche. Esto de hacerme la difícil es bastante divertido.

Suena *toc, toc, toc* en la puerta trasera, y mi corazón martillea en mi pecho.

Está aquí.

Oh, Dios, ¿alguna vez me volveré inmune a su hermosura?

Abro la puerta a toda prisa, y ahí está: jeans azules, camiseta blanca, pelo oscuro, hombros grandes y una mirada que podría derretir la Antártida.

—Hola —susurro nerviosa.

Da un paso adelante y me abraza, y sus labios se posan en los míos. —Llevo todo el puto día esperando para besarte —murmura contra mis labios.

Y ahí están... las ocho palabras que me hacen palpitar el corazón.

—¿Sí? —Sonrío.

Sus manos van a mi trasero, y arrastra mis caderas sobre su erección, y siento lo empalmado que ya está.

No está bromeando.

Le lamo los labios. —¿Está cachondo, Sr. James?

Sus ojos oscuros están fijos en los míos, se desabrocha los jeans y se saca la polla. —Dejaré que seas tú quien juzgue eso.

Mis ojos se posan en su erección, hinchada, con gruesas venas que recorren toda su longitud.

Siento un aleteo abajo.

En serio...

¿Ha existido una polla más hermosa en la historia de la vida humana?

—Creía que venías a conversar —susurro.

Sonríe sombríamente y me quita el camisón por la cabeza y lo tira a un lado. Sus ojos se posan en mis pechos desnudos. —No es tu boca con la que quiero hablar.

Es muy travieso.

—¿Con quién quieres hablar? —Me hago la tonta.

Me levanta y me sienta en la encimera de la cocina. Nos miramos fijamente, y entonces desliza mis bragas por mis piernas y me las quita. —Quiero hablar con el supervisor. —Me pasa las yemas de cuatro dedos por el clítoris.

Se siente bien.

Me abre las piernas, desliza un dedo hasta el fondo de mi sexo y empieza a bombearme. Luego añade otro dedo, luego otro.

Cierro los ojos para soportar el placer. —Es un buen punto de partida.

El sonido de mi humedad siendo devastada por él resuena por toda la cocina. Carajo... lleva aquí dos minutos.

Somos como animales juntos.

Acerca su boca a mi oreja. —Hoy me he masturbado dos veces imaginando que te hacía esto —susurra.

Me estremezco ante sus sucias palabras y aprieto mi sexo alrededor de sus dedos.

Sonríe sombríamente. —¿Te gusta pensar en mí masturbándome?

Gimo mientras me trabaja con fuerza. Mis pechos empiezan a rebotar, y él se inclina y se lleva un pezón a la boca y me muerde. La excitación me invade y pierdo el control.

Me levanta, caemos de espaldas sobre el sofá y, con un movimiento brusco, me tira hacia él. Su gruesa polla se desliza hasta el fondo. Los dos gemimos de placer.

Perdemos el control, follándonos duro y fuerte.

Mis rodillas rodean sus hombros, y él está muy dentro de mí, quemándome por dentro y por fuera.

Inclino la cabeza hacia atrás y grito mientras me corro rápidamente, y él se contiene profundamente.

Un orgasmo estremecedor que nos roba la cordura a los dos.

Y luego me besa, suave y tierno. Como si me hubiera extrañado todo el día.

De la misma forma que yo lo he extrañado.

—Hola. —Sonríe, casi como avergonzado por nuestra falta de control.

—Hola. —Le sonrío tímidamente.

Se ve despeinado y como si acabará de follar Su pelo oscuro le cuelga sobre la frente. Su cuerpo aún dentro del mío.

—Ha sido una gran conversación. —Sonríe.

Suelto una risita y apoyo la cabeza en su hombro, y pasa un pensamiento por mi cabeza.

Joder.

Sin preservativo.

CAPÍTULO 14

Henley

MI CORAZÓN se acelera. El más alto de los subidones me desgarra, y beso la sien de Juliet en un resplandor post orgásmico.

Dios, es perfecta.

Siento que se pone rígida. —¿Qué ocurre? —susurro mientras le sujeto la cara con las manos y la beso suavemente.

—Nada. —Me devuelve el beso—. Tomo la píldora. No pasa nada.

¿Cómo?

¿Sin preservativo?

¿Cómo?

Me separo de ella y miro hacia abajo horrorizado.

La tierra gira bajo mí. —¿Qué quieres decir?

¿Cómo coño se me ha olvidado un condón?

No... *Dios mío.*

Me paso las dos manos por el pelo. El aire abandona mis pulmones.

—Henley, no pasa nada —dice con voz suave, como si hablara con un niño—. No pasa nada. Nos perdimos en el momento. No pasa nada.

—¿Cómo coño puede estar esto bien? —baluceo, con los ojos muy abiertos.

—Tomo la píldora, y no hay problemas mientras no tengas una ETS.

—No tengo ninguna puta ETS —suelto con rabia. Me subo la cremallera de los jeans con un brusco chasquido.

Juliet me ve fijamente notando el horror en mis ojos. —¿Hen...?

—No digas nada. —Le doy la espalda, incapaz de mirarla a los ojos—. Lo siento. —Me cuesta encontrar las palabras adecuadas—. Yo... esto no está bien.

Se me hace un gran nudo en la garganta y cierro los ojos. Mi pecho sube y baja mientras lucho por respirar. —Tengo que irme.

—Hen —susurra—. No dejes que esto nos arruine la noche. No pasa nada. Te prometo que tomo la píldora.

—Nada de esto está bien, Juliet —digo bruscamente. Atravieso la puerta a trompicones.

—Henley —me llama Juliet.

Antes de darme cuenta, me dirijo con grandes zancadas hacia mi casa. Irrumpo por la puerta y la cierro con fuerza tras de mí.

Me apoyo en el respaldo como si me escondiera del pelotón de fusilamiento.

Puede que sí.

Miro alrededor de mi casa vacía, oscura y silenciosa. No quiero estar aquí, maldita sea... Tenía muchas ganas de verla esta noche.

Ya tienes lo que querías.

Cierro los ojos con asco.
Ni de cerca.

Martes

Entro en el restaurante y miro a mi alrededor. Blake me ve y me saluda con la mano. Me dirijo hacia él y Antony.

—Hola —suspiro mientras acerco una silla. Están conversando profundamente.

—Hola —responden los dos sin mirarme.

—¿Y luego qué pasó? —le pregunta Ant a Blake.

—Es ella.

—¿Quién es ella? —pregunto mientras intento ponerme al día con la conversación.

—¿Sabes quién es Holly? —Blake levanta una ceja.

—¿Quién es Holly? —Frunzo el ceño.

—La chica con la que he estado saliendo. —Ensancha los ojos como si yo fuera estúpido —. La que está buena.

—No puedo seguirles el ritmo; están todas buenísimas.

—Es verdad. —Antony da un sorbo a su cerveza.

—Supermojada —responde Blake.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Supermojada es la hermana de Holly —suelta Blake—. Y ahora estoy totalmente jodido porque he hecho un millón de tríos con ella, y le va a contar a Holly todos los detalles sórdidos. Ah, y Holly se cree que soy más santo que Dios.

Me pellizco el puente de la nariz. —Me haces daño en el cerebro, ¿lo sabes?

—Espera... —Antony frunce el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque Holly me enseñó fotos de su hermana en su teléfono, y es la misma chica perversa que chorrea como una puta manguera de incendios.

Me río al recordar los detalles. —Es verdad. Ahora me acuerdo de todo.

—¿Holly hace squirts? —pregunta Antony.

—No lo sé. Aún no me he acostado con ella —se burla.

—¿Qué? —Los dos jadeamos. Eso es inaudito.

—Holly es una —hace gesto de comillas con los dedos—, «buena chica».

Los ojos de Ant y los míos se encuentran mientras intentamos decidir si Holly también es una squirter.

—Creo que tendría que ser genético —digo.

—Sin duda —asiente Ant.

Blake pone los ojos en blanco. —No me están escuchando, malditos idiotas. Tenemos problemas mayores que si Holly hace squirts.

Mi mente se dirige a Juliet y exhalo pesadamente. —Tienes razón, los tenemos.

—No creo que diga nada. Nadie le cuenta a un miembro de su familia que hace tríos —continúa Ant.

Pero mi mente no está en esta conversación.

Se va de paseo con la dulce Juliet, pensando en lo perfecta que se sintió la otra noche... de como lo jodí todo.

Me pregunto qué estará haciendo ahora.

Quince minutos después, mi paz se ve interrumpida y levanto la vista. —¿Eh?
—¿Qué coño te pasa hoy? —suelta Ant—. No has dicho ni una palabra en toda la mañana.

Me encojo de hombros. —Lo siento, estaba distraído.

—¿Por qué?

—Nadie —digo demasiado rápido.

—¿No tendrá algo que ver con esa vecinita tan sexy tuya, verdad?

—No. —Corto mi desayuno y me meto un enorme bocado—. Ya hemos terminado.

—¿Por qué? Creía que ibas a hacer lo de los amigos con derecho.

—Ya no me interesa.

—Y una mierda.

Me encojo de hombros tratando de parecer despreocupado. —Hablo en serio.

Antony se recuesta en su silla. Viéndome fijamente mientras intenta leerme. —Alguien se abalanzará sobre ella y te la robará delante de tus narices, maldito idiota.

—No me importa —respondo.

—Eso ya lo veremos.

—De todas formas, ella no busca una relación —les digo.

—Hasta que encuentra a otro que sea su amigo y éste se enamore desesperadamente de ella. Eres un puto idiota, amigo.

La conversación gira en torno al trabajo de Blake, y mi mente vuelve a ella.

Siempre de vuelta a ella, y estoy jodidamente cansado de eso.

La necesito fuera de mi sistema.

Me siento en mi escritorio y miro fijamente al espacio. La semana ha sido larga y deprimente.

Todas las noches, antes de dormirme, me digo a mí mismo que mañana iré a casa de Juliet y le pediré disculpas y le rogaré que me deje verla... pero entonces llega el día y no lo hago.

¿Por qué soy así? ¿O qué puede haber de malo en mí para que sea un idiota tan egoísta?

¿Por qué me torturo de la forma en que lo hago?

Lo único que quiero es verla, tenerla en mis brazos y decirle que la he echado de menos.

No debería ser difícil. Debería ser lo más natural del mundo.

Lógicamente lo sé, así que ¿por qué no puedo hacerlo?

Abro el cajón superior de mi escritorio, rebusco, y veo lo que busco en el fondo, enterrado debajo de todo. Lo saco y lo miro fijamente.

AARON STEVENS
PSICÓLOGO

Hace años que tengo esta tarjeta. Se supone que es el mejor de los mejores, que puede curar a cualquiera.

Llámallo.

No servirá de nada. ¿Qué podría decirme para mejorar todo esto?

Llámallo.

Marco su número con dedos temblorosos y espero que suene.

—Oficina de Aaron Stevens —contesta una mujer, y cuando oigo su voz, cuelgo inmediatamente el teléfono.

Joder.

Me paso las manos por el pelo. No necesito esa mierda. Estoy bien. Necesito dejar de pensar en ella, eso es todo. Si no estoy cerca de ella, no puede hacerme sentir así.

Hacia adelante y hacia arriba.

Juliet

Llevo las toallas por el pasillo y voy más despacio cuando llego al final de corredor. Esta noche estoy en la residencia de ancianos. Y aunque sé que no recuerda a su hijo, sé que es su padre.

Me detengo en la puerta y lo veo un momento a través de la ventana. Está tumbado en la cama y ve la televisión, aparentemente feliz como una perdiz.

Es decir, está contento porque, afortunadamente, no se acuerda de estar triste. Me preparo y llamo suavemente. —Pase —dice.

—Hola. —Sonríó al abrir la puerta—. ¿Cómo está, Sr. James?

—Bien. —Sigue viendo la televisión. Levanto la vista y veo que esta noche hay partido de fútbol.

Le cambio las toallas y le aliso las mantas. —¿Ha tenido un buen día?

—Estuvo bien. —Sus ojos permanecen fijos en la pantalla—. Estaría mejor si ese maldito gato dejara de arañar.

Sonríó y doblo la manta a sus pies. Es molesto, ¿verdad?

—No tienes ni idea —refunfuña—, me pone de nervios.

Sonríó, y algo en el Sr. James me hace sentir mejor. Esta semana echo mucho de menos a mis padres.

Suena el teléfono de la mesita de noche y lo miro.

—Contesta, por favor —dice despreocupadamente.

—Pero...

—Contesta el maldito teléfono —exige—, pulsa el botón de hablar.

Cojo el teléfono y pulso el altavoz. Oigo la voz de Henley. —Hola, papá.

La emoción me invade al oír su voz.

—¿Quién es? —responde el Sr. James.

—Es Henley.

Al Sr. James se le iluminan los ojos. —Henley. —Sonríe—. ¿Has ido hoy al preescolar, hijo?

—Hoy no, papá —responde Henley.

Me duele el corazón por él.

—Dile a tu madre que venga a llevarme a casa.

—De acuerdo. —La voz de Henley es suave, triste.

—Pregúntale si está bien —le susurro al señor James.

Frunce el ceño.

—Pregúntale si está bien —repito.

—¿Estás bien, Hen? —pregunta.

—Sí, estoy bien. He tenido días mejores, supongo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Oigo la tristeza en su voz.

—¿Qué has cenado? —pregunta Henley.

—Aún no me han dado de comer.
Miro hacia los platos vacíos de la mesa que aún esperan ser recogidos.
—Seguramente ya cenaste, papá. Simplemente lo olvidaste —le dice Henley.
—No. Me muero de hambre. Pon a tu madre al teléfono.
—Ahora está ocupada.
—¿Va a venir a buscarme o no? —suelta.
—Pronto —dice Henley.
Sonrío. Es tan paciente con él.
—Te amo, papá —dice Henley en voz baja.
Mi corazón se hunde.
El Sr. James asiente pero no responde.
—Dile que tú también —susurro.
—¿Eh?
—Dile que tú también —le repito.
—¿También qué? —refunfuña.
Carajo...
—Debo colgar —dice Henley.
—Vuelve a la escuela, Hen. Pórtate bien ahora. Construiremos algo cuando llegues a casa.
—Vale, me parece bien.
Sonrío mientras escucho.
—Adiós, papá. —El teléfono se apaga al colgar.
Me encorvo en la cama, decepcionada porque Henley no ha recibido su «*te amo*». Lo cual es ridículo porque, quiero decir, ¿por qué debería importarme?
Él y yo tenemos la relación más jodida del mundo. No me ha llamado desde que se fue enfadado la otra noche, y lo más enfermizo es que no espero que lo haga.
Es como si me estuviera acostumbrando a la disfunción y ahora incluso es lo que espero.
Nos daré otro par de semanas, y luego tendré que decidir a dónde vamos a partir de aquí.
Nunca nada es fácil, ¿verdad?

El jueves por la mañana me estiro para salir a correr. —Buenos días, Carol —saludo.
—Buenos días, querida. —Carol sonrío mientras cruza la calle hacia mí—. Hace un día precioso, ¿verdad?
—Claro que sí.
La puerta principal de Henley se abre y él sale. Levanta la vista y nos ve. Su paso vacila un poco. El corazón me da un vuelco en el pecho. Joder. Odio que sólo con verlo se me acelere el corazón.
¿Por qué me afecta tanto?
Saluda con la mano y baja la cabeza.
¿Va a venir?
Lo veo caminar y entrar en su auto. Y luego, sin hacer contacto visual, nos saluda con la mano mientras nos adelanta por la carretera.
Se me hunde el corazón.
Tengo la sensación de que esto entre nosotros no va a terminar bien.
Tengo que pensar cómo voy a arreglarnos, pero ¿y si está demasiado roto para arreglarse?

Quizá no haya nada que arreglar. Quizá esta conexión que tenemos esté toda en mi cabeza.
No.

No me lo estoy imaginando. Sé que no.

De hecho, lo único que sé con certeza es *cómo me* hace sentir. Es real y cruda, una adicción estremecedora que nunca antes había sentido.

Y por muy autodestructivo que sepa que es, necesito seguir con esto y ver adónde nos lleva.
Quiero intentarlo.

Me miro por última vez en el espejo, con mi uniforme verde y el pelo recogido en una coleta alta. Intento por todos los medios parecer una enfermera porno sexy.

Es jueves por la noche, y sin una sola palabra por parte de Henley, me propongo tomar este asunto en mis manos.

Más vale que muerda el anzuelo.

—Vale, este es el momento. Le ofrezco una rama de olivo, y si no la acepta, pues que desaparezca. —Miro a mi pequeño y fiel mejor amigo—. Deséame suerte, Bazza. —Bajo las escaleras de un salto, cojo la llave del mostrador y me dirijo a casa de Henley.

Llamo a su puerta.

Toc, toc.

Pum

Pum.

Pum late mi corazón.

La puerta se abre de golpe y me encuentro cara a cara con Henley James. Lleva unos calzoncillos azul marino satinados y está sin camiseta, con su pelo oscuro y su rostro perfecto. Su cuerpo marcado sólo me pone más nerviosa.

Hay mucho en juego.

—Hola. —Sonrío torpemente.

—Hola.

—Mmm. —Frunzo el ceño mientras intento que mi discurso practicado salga bien antes de decirlo en voz alta—. Voy a trabajar en un turno de noche, y Barry parece nervioso hoy, y me preocupa que pueda ladrar y mantenerte despierto. —Suelto las palabras con prisa—. Así que estaba pensando que podría darte una llave y si hace mucho ruido podrías entrar a meterlo en casa. —Le tiendo la llave de mi casa—. Ya que somos amigos y todo eso. —Me encojo de hombros nerviosamente.

No toma la llave de mi mano extendida. En lugar de eso, me dedica una lenta sonrisa sexy y se apoya en el marco de la puerta.

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras espero su respuesta. —¿Qué te parece?

Sus ojos oscuros recorren mi cuerpo y luego vuelven a mi cara. —Creo que deberías entrar un momento.

—¿Eso quieres?

Él asiente. —Sí, quiero. —Se hace a un lado y yo paso junto a él, cierra la puerta tras nosotros, me aprieta contra ella y me acerca los labios a la oreja—. Deberías habértelo pensado mejor antes de venir aquí pareciendo un puto sueño húmedo andante.

Las mariposas bailan en mi estómago ante su proximidad.

Me coge la cara entre las manos y me besa. Sus labios se detienen sobre los míos con la succión perfecta. —Hola —murmura contra mis labios.

—Hola. —Sonrío tímidamente.

Vuelve a besarme y siento cómo su erección crece contra mi cadera. —¿Qué vas a hacer el sábado por la noche? —me pregunta.

Aaah...

—Nada. —Sus labios vuelven a tomar los míos mientras nuestro beso se hace más profundo.

Maldita sea, es bueno en esto.

—Tengo entradas para la ópera.

—¿De verdad?

—¿Te gusta la ópera?

Ahora sí.

—Debería irme. —Me lame los labios abiertos, y lo siento entre mis piernas.

Mi cerebro ha abandonado oficialmente el edificio. —Ajá...

—Pero tendríamos que quedarnos en la ciudad.

Soy literalmente un genio. Este plan está funcionando a la perfección. Me pide una cita, no una cualquiera, una cita de una noche entera.

—Supongo que podemos hacerlo. —Intento actuar despreocupadamente.

Seguimos besándonos, y él desliza su mano por la parte delantera de mis pantalones y desliza las yemas de sus dedos por los labios de mi sexo. Me acaricia mientras nos besamos, y veo estrellas.

Oh...

Ni siquiera llegamos a entrar. Sigo clavada en la parte trasera de su puerta principal.

Animales.

Me levanta, queriendo más.

—Tengo que ir a trabajar, Henley.

—Tienes trabajo que hacer aquí. —Me lleva hasta el sofá y me arroja sobre él. Me río mientras reboto. Se arrastra sobre mí, con su erección asomando por encima de los calzoncillos. La pre-eyaculación gotea de su extremo.

Ah... Lo quiero.

Este hombre...

De repente, nuestro beso se vuelve frenético. Me sujeta las piernas hacia atrás mientras frota su erección sobre mi sexo.

Nos miramos fijamente mientras la desesperación corre entre nosotros.

Es sexy.

Un momento, ¿qué coño está pasando aquí? No me contengo en absoluto cuando se trata de él. ¿Quién soy yo? Esto es sólo una misión de información.

Ve a trabajar.

—Henley, tengo que irme.

—No, tienes que correrte. —Sonríe oscuramente contra mis labios mientras me bombea con sus caderas.

Así es.

No, relájate.

—Eres un puto maníaco sexual, Henley James.

—Me haces serlo.

Salgo de debajo de él y me pongo de pie. —Sábado.

Sus ojos no se apartan de los míos. —Sábado... —susurra en voz baja.

El aire se arremolina entre nosotros, y maldita sea, ¿puede sentirlo?

Sea lo que sea *esto*...

Lo beso rápidamente y, sin mirar atrás, salgo por la puerta. Bajo los escalones rebotando, sintiéndome triunfante, y sólo quiero saltar y dar puñetazos al aire.

¡Gol!

—Buenas noches, Sra. Greenwell. —Sonríó al entrar en la habitación—. ¿Cómo está mi paciente favorita?

A la Sra. Greenwell se le iluminan los ojos. —Aquí está, mi enfermera favorita. Hola, Juliet, te estaba esperando.

Le esponjo las almohadas y le ajusto la cama. Miro su historial. —Anoche te dieron más analgésicos. —Le dirijo una mirada interrogativa.

—Sí, fue una noche terrible. —Menea la cabeza—. Y no me gusta esa Michelle. No es muy simpática, ¿verdad?

Michelle es jefa de turno y no, no es muy simpática. No es que vaya a admitirlo alguna vez.

—Compórtese, señora Greenwell. —Sonríó mientras reajusto un poco más las almohadas.

—Tiene unos modales terribles, y viendo que estoy en cama... —Levanta las cejas con sarcasmo—. Creo que debería hacerlo mejor.

Suelto una risita. La Sra. Greenwell tiene más de ochenta años y la cadera rota; lleva más de un mes en el hospital y es todo un personaje. Con frecuencia me encuentro pensando en ella en mis días libres.

—¿Cómo ha ido tu día? —pregunta.

—Fantástico. —Sonríó—. Estoy caminando sobre el aire.

La Sra. Greenwell sonríe. —¿No tendrá nada que ver con cierto vecino gruñón, verdad?

—Tal vez. —Sonríó.

—Vivo para tus historias. —Palmea la cama a su lado—. Cuéntamelo todo.

—Bueno. —Me dejo caer para sentarme en la cama—. Rápido. Tengo que volver al trabajo. Hoy fui a verlo y me pidió una cita para ir a la ópera el sábado por la noche.

—¿Lo hizo? —Sus ojos se abren de par en par.

—Sí. —Sonríó con orgullo—. Una cita de verdad.

Me coge la mano entre las suyas. —Ya está prácticamente enamorado de ti, querida.

—¡Ja! Ya me gustaría. —Sonríó mientras me levanto—. Volveré dentro de un rato. Tengo que ver cómo están todos. ¿Necesitas algo?

—Me encantaría una copa de jerez.

—Ya sabes que no puedo darte nada, aunque tuviéramos.

Deja escapar un profundo suspiro. —Este lugar no es divertido.

—Dímelo a mí. —Dejo a la Sra. Greenwell y salgo flotando por el pasillo. Después de una semana infernal, por fin todo va bien.

Voy a tener una cita con Henley, no una cita para tener sexo en mitad de la noche. Una cita de verdad, una cita real.

Nada menos que a la ópera.

Sólo espero que vaya bien. Tiene que ir bien.

—Te ves bellísima —dice Rebecca desde su sitio en la encimera de mi cocina.

—Está frito —dice Chloe.

Miro entre mis dos amigas. —No puedo creer que se vean sin mí.

Chloe vino a pasar la noche con Barry, y como John no está, Rebecca se quedó sola en casa. Están comiendo pizza y cócteles en mi porche, sin mí.

—Como si tú no fueras a divertirme más —se burla Rebecca con su copa de vino.

—Sigo pensando que Henley es un bicho raro —responde Chloe.

—No lo pienso, lo sé —acepto.

—Quiero decir, ¿quién olvida ponerse el condón y luego se vuelve completamente loco y se va en medio de la discusión, luego no te habla en toda la semana y luego te invita a la ópera para una cita?

—Un bicho raro —decimos Rebecca y yo a la vez.

—Está reparando un desastre —interviene Rebecca—. ¿A que sí?

—Como si hubiera pasado un huracán. —Me agarro las tetas y me las subo en el sujetador—. ¿Me veo bien?

—Estás estupenda.

—Vale, voy saliendo. Decidimos que me reuniría con él en el hotel. Carol no se pierde una por aquí, y será incómodo que alguien sepa lo nuestro.

Aunque tengo la sensación de que Blake y Antony ya lo saben. Últimamente parecen están muy habladores, pero podría ser mi mala conciencia.

No tengo remedio para guardar secretos.

—Que pases una buena noche.

—Buena suerte. —Rebecca me abraza.

—Échalo a la calle si se comporta como un idiota.

Inflo mis mejillas. —Es Henley. Ya sabemos que va a ser un idiota.

—Cierto.

Me despido una vez más con la mano antes de dirigirme al auto y le envío un mensaje de texto a Henley.

De camino.

Me llega una respuesta inmediatamente.

Nos vemos en el bar de abajo.

Los nervios bailan en mi estómago. Verme con un chico atractivo y misterioso en el bar de un hotel: todo es tan exótico. Como una película de espías o algo así, espero que acabe bien.

Observo mi cara una vez más por el retrovisor.

Estoy nerviosa.

Y sé que es estúpido y que no debería estarlo porque éste no es mi primer rodeo, y menos con Henley. Pero esa es la cuestión: cada vez que estoy con él me siento como si fuera la primera vez, y quizá por eso estoy tan nerviosa... Sé en mi corazón que esto es algo especial, o al menos podría serlo.

Nunca nadie me ha hecho sentir como él.

Tengo que recordarle a Henley James la química que compartimos.

Hacer que se vuelva completamente loco.

Salgo del auto y entro en el hotel. Es muy lujoso, con porteros vestidos con trajes negros. Los suelos son de un precioso mármol verde, y de los techos ornamentados cuelgan enormes lámparas de araña de gran tamaño. Veo el restaurante y el bar, entro y al instante me siento más a gusto. Aquí se está mejor, con un ambiente mucho más relajado. Mesas y sillas de madera y metal, y velas en pequeños jarrones de cobre en todas las mesas. La barra es de madera oscura con taburetes antiguos alineados. Grandes lámparas de cobre cuelgan bajas sobre ella.

Sonrío mientras miro a mi alrededor. Esto es increíble.

Mis ojos recorren la sala, y entonces lo veo, sentado en la cabina de la esquina.

Me dedica una lenta y sexy sonrisa, y la emoción me recorre por dentro. Durante toda la semana sólo he pensado en él, y estar aquí ahora...

Actúa con calma

Sonrío y me dirijo a la mesa tratando de estar lo más tranquila posible —Hola. —Acerco la silla.

—Hola. —Da unos golpecitos en el sofá a su lado. —Siéntate aquí.

Me da un vuelco el estómago, rodeo la mesa y me deslizo a su lado.

—Hola. —Me coge la cara entre las manos y me besa suavemente—. Llegas tarde —ronronea.

Y tú eres perfecto.

CAPÍTULO 15

Juliet

—LAS COSAS buenas se hacen esperar ¿no? —Me zafo de su agarre, esforzándome por hacerme la dura.

Llena dos copas de vino de una botella que está en hielo sobre la mesa y me pasa una.

—Champán. —Sonrío—. ¿Qué celebramos?

—Bueno —da un golpecito de su copa contra la mía y bebe un sorbo—, el que estemos aquí. —Levanta una ceja juguetonamente.

—¿Quieres decir que hemos superado nuestra primera crisis? —Sonrío.

Esboza una sonrisa de una belleza impresionante. —¿Pero lo hicimos?

Su sonrisa me hace cosas. Me estremece hasta los dedos de los pies. —Lo hicimos.

Se inclina hacia mí y vuelve a besarme. Sus labios se detienen sobre los míos y empiezo a perder de vista la misión.

¿Qué es lo que tiene este hombre?

Me besa una y otra vez, y mis ojos se cierran contra mi voluntad.

Enfócate.

—Henley. —Sonrío tímidamente mientras me zafo de su agarre—. Estamos en un restaurante lleno de gente.

—Me importa una mierda dónde estemos. Quiero besarte.

—Y lo harás. —Tomo su mano entre las mías y la aprieto contra mi otra mano, apoyada en el grueso músculo de sus cuádriceps—. Más tarde. —Sonrío.

Exhala pesadamente. —No te vi en toda la semana.

Me extrañó.

—Lo sé —respondo como si no me importara.

—¿Qué hiciste en toda la semana? —pregunta mientras da un sorbo a su champán.

Extrañarte.

—Trabajar, pintar.

—¿Te ayudó Mason?

—No.

—¿Y el otro puto idiota?

Suelto una risita. —¿Te refieres a mi diseñador de interiores, del que estás celoso, Joel?

—No estoy celoso de Joel —responde—, él está... —Hace una pausa, como si intentara elegir sus palabras con cuidado.

Continúo por él. —Tocando tus cosas.

Sonríe ante mi analogía. —Sí.

—¿Así que ahora soy tuya?

Sus ojos oscuros se posan en mis labios. —Sí.

El aire entre nosotros se carga de electricidad mientras nos miramos fijamente.

Definitivamente, tú eres mío.

Me agarra la cara y me besa de nuevo, su lengua recorre mis labios abiertos, y lo siento entre mis piernas.

Recuerdo dónde estamos y me aparto de su beso. —¿Por qué siempre que estamos juntos actuamos como adolescentes cachondos?

—Porque me pones jodidamente cachondo, por eso.

Sonrí y cojo mi copa de champán. —¿Podemos...? —Hago una pausa.

—¿Podemos qué?

—¿Podemos tener una cita normal en la que no estemos intentando follarnos en la mesa?

—Pero quiero follarte sobre la mesa.

Suelto una risita. —Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Quieres una cita normal?

—Sí.

—De acuerdo. —Sonríe y da un sorbo a su champán—. Sal conmigo.

Lo que ocurre con el champán es lo siguiente: se supone que debes beber una o dos copas para celebrar un acontecimiento.

No beber tres botellas hasta que los dos estén riéndose incontrolablemente en la mesa.

Entre nosotros siempre hay un tema de conversación. Nos reímos y charlamos como si fuéramos viejos amigos.

Y aunque somos completamente diferentes, estamos sintonizados, en la misma frecuencia. Tenemos el mismo sentido del humor.

No me lo estoy imaginando; esto es mucho más que sexo.

—De acuerdo. —Henley sonríe—. Diez cosas.

—¿Qué?

—Dime diez cosas sobre ti que no sepa.

—Mmm. —Entrecierro los ojos mientras intento pensar—. Mmm. —Tuerzo los labios—.

Una... Me encanta el sexo.

—Eso ya lo sé. Eso no cuenta. —Da un sorbo a su champán y sonríe como un loco.

Le gusta este juego.

Suelto una risita. —Claro. —Pienso un poco—. Dos... De pequeña quería ser bailarina.

—¿Por qué no lo eres? —Frunce el ceño.

—Porque tengo dos pies izquierdos y bailo como un babuino.

—Me he dado cuenta.

Me río a carcajadas, y él también.

—Tres... Odio el cilantro con toda mi alma. Incluso estoy en un grupo de Facebook llamado «Odio el cilantro».

Frunce el ceño mientras escucha. —¿Hay una página de Facebook para eso?

—Ajá. —Suelto una risita, y él también. ¿Por qué todo lo que nos decimos es divertidísimo?

—Vamos, siete cosas más —dice.

—Cuatro... Nunca he tenido una fantasía lésbica.

—Oh... no me gusta ésa. —Arruga la cara, decepcionado—. Por favor, miénteme y dime que sí.

—Vale, retiro lo dicho. —Vuelvo a reírme—. Cinco... todas las noches sueño con hacer un trío con un chico y otra chica.

—Mejor. —Levanta su copa de champán hacia mí.

Sonríobobaliconamente.

Es muy divertido.

Intento pensar en algo más que no sepa de mí. —Seis... nunca vi *Juego de Tronos*.

Asiente mientras escucha.

—Siete... Desearía que mi perro no se llamara Barry.

—Coño, todos deseamos eso

Los dos nos echamos a reír otra vez.

—Ocho... Soy una gran nadadora.

—¿En serio? —Me rellena la copa de champán.

—Totalmente.

—Eres buena en otras cosas. —Se encoge de hombros—. No se puede ser avaricioso.

—Lo sé, tienes razón. —Suelto una risita, y él choca su copa contra la mía para darnos el quincuagésimo brindis de la noche.

—Vamos —me anima—, necesito más información.

—Mmm. —Miro al techo mientras intento pensar en algo más que decirle—. Nueve... No me gustó que te fueras la otra noche.

Se queda serio. —¿Por qué no?

—No puedes hacer preguntas a menos que mis respuestas sean válidas.

—Última pregunta. ¿Por qué no te gustó que me fuera?

—Porque me gustaba tenerte dentro de mí.

Sus ojos se oscurecen y se posan en mis labios. Se echa hacia atrás y se ajusta los jeans.

Le gustó esa respuesta.

—Tu turno —le digo.

—No, no, éste fue mi juego.

—Oh, no, no es así. Dame diez datos que no sepa sobre ti.

Se echa hacia atrás en la silla mientras piensa. —También me gustaría que tu perro no se llamara Barry porque me recuerda a los Bee Gees.

Suelto una risita.

—Nunca he visto *Juego de Tronos*.

—No puedes copiar mis respuestas —le digo.

—Mmm. —Tuerce los labios mientras piensa—. Hace mucho tiempo que no tengo vacaciones.

—Ajá.

—Me gusta escuchar podcasts de crímenes reales. Podría cometer el asesinato perfecto si quisiera.

—No me mates.

Levanta una ceja y yo me río.

—A ver... —Vuelve a pensar—. Pienso en follarte... mucho.

—Eso ya lo sé.

—¿Ah sí?

—Ajá. —Sonríotontamente—. Es evidente.

Se ríe entre dientes. —¿Ah, sí? Creía que lo estaba ocultando bien.

—Para nada.

—Mmm, ¿qué más hay?

Sonrío mientras escucho.

—Nunca he estado enamorado.

Oh...

—Pues no te enamores de mí —bromeo mientras golpeo su copa con la mía.

—Ni hablar. —Sonríe—. Eres horrible.

—Así es. —Suelto una risita—. Vamos, dime más.

—Yo... —Hace una pausa.

—¿Tú qué?

Se pone serio. —Yo tampoco quería irme la otra noche.

—¿Y por qué lo hiciste?

Gira su copa de champán sobre la mesa por el tallo mientras la mira fijamente. —Porque estoy jodido.

Progreso.

Tomo su mano entre las mías y la levanto para besarle las yemas de los dedos. —No creo eso.

Resopla aire en las mejillas, y sé que ha sido mucho para él admitirlo. Rápido, a la siguiente pregunta antes de que pueda pensar demasiado.

—Vale, la última... ¿Qué es *lo* único que no sé de ti? —Sonrío juguetonamente.

—¿Lo único? —pregunta.

—Lo único.

Sus ojos sostienen los míos. —Es mi cumpleaños.

—¿Qué? ¿Hoy?

Asiente tímidamente.

Se me hincha el corazón. Ha elegido pasar su cumpleaños conmigo.

Oh...

—Feliz cumpleaños, cariño. —Me inclino y lo beso, y él me devuelve el beso, y de alguna manera este beso es diferente. No siento ni una pizca del juego al que hemos estado jugando.

Es real y crudo, algo más.

Subimos por el pasillo del hotel tomados de la mano y volvemos a nuestra habitación.

Me mira los tacones de aguja. —Me gustan esos zapatos.

—¿De verdad?

Saca la lengua y se la pasa por el labio inferior, como si imaginara algo. —Me van a quedar muy bien alrededor de las orejas.

Ya lo sé.

Sonrío a mi hermosa cita.

Ésta ha sido la mejor noche de la historia de todos los tiempos. Hemos hablado, reído, besado y luego nos besamos un poco más en el ascensor.

Henley James es la cita perfecta de todos los tiempos: guapo, divertido, ingenioso, inteligente y, no lo olvidemos, jodidamente sexy.

Esta noche, mientras cenábamos, no sabía si reírme, desmayarme o inclinarme sobre la mesa. Esta situación de amigos con derecho tiene sus ventajas. No se puede negar que pasar una noche con este dios es como ganar el premio gordo.

Pero quiero más.

Y curiosamente, mi instinto me dice que él también.

No lo ha dicho, por supuesto, pero puedo oír las palabras ocultas en sus frases. Son las cosas que no dice en voz alta, las que no articula, y no sé cómo, pero ya sé lo que siente.

Está aquí conmigo, perdido en un momento de perfecta claridad. ¿Cómo podría no estarlo? Juntos somos perfectos, y ni siquiera se trata del sexo, y créeme, el sexo es mucho.

Es la conversación, las risas y la forma en que entendemos los chistes del otro. Es él envolviéndome en su abrigo de camino a casa para que no tuviera frío, la forma en que escucha cuando hablo. La forma en que me toma de la mano, y como se me eriza la piel cuando me mira.

Podría haber ido a cualquier parte del mundo esta noche, y sin embargo eligió pasar su cumpleaños conmigo.

—¿Qué tan largo es este pasillo? —Frunzo el ceño—. Hemos caminado al menos ocho kilómetros.

Me hace un guiño sexy. —Esto es el calentamiento.

—¿Para qué? —Me hago la tonta.

—Las olimpiadas del dormitorio.

Me echo a reír, y él también, y entonces se detiene ante una puerta. —Ésta es la nuestra. —Juguetea con la llave mientras yo paso la mano por su firme trasero. Sus manos se detienen, lo tomo como una señal y le bajo la cremallera de los jeans. Mira hacia el pasillo y luego hacia mí.

—Ya sé lo que quiero regalarte por tu cumpleaños.

—¿Qué es?

Acerco mi boca a su oreja para darle más efecto. —Quiero chupártela en público.

Sus ojos se abren de par en par y caigo de rodillas.

—Juliet —susurra mientras mira hacia el pasillo—, harás que nos echen del hotel.

Le saco la polla ya erecta de los jeans y me la meto en la boca. —No me importa —susurro a su alrededor.

—Harás que nos detengan.

—También podríamos hacerlo en la cárcel.

Se ríe y se estremece cuando le paso la lengua por la punta. Luego, como si perdiera el control, me sujeta el cabello con las manos y se desliza hasta el fondo de mi garganta.

¿Quién carajo soy?

Entramos en ritmo. Sus ojos pasan de mí al pasillo.

Me está follando la boca rápido con urgencia, con un deseo tan profundo que no podría parar aunque quisiera.

Y me lo tomo todo como una profesional. Sus gemidos suaves y su respiración entrecortada me vuelven loca mientras lo veo deshacerse.

—Coño, coño, *coño* —gruñe mientras me folla la boca con fuerza. Sus ojos desorbitados recorren el pasillo, inclina la cabeza hacia atrás y se corre de golpe con un gemido profundo.

Me dan arcadas. Uf...

Es mucho hombre para tomar.

Pero cuando lo veo a los ojos sé que todo vale la pena, porque es Henley y lo adoro y quiero que su cumpleaños sea memorable.

Necesito tatuarme con fuego en su cerebro así como él lo está en el mío.

Triunfante, lo lamo hasta dejarlo limpio, y suena el ascensor, me pone de pie y los dos nos giramos hacia su puerta, culpables.

Avergonzado, tantea la llave y la deja caer. —Mierda —murmura en voz baja.
Comienzo a reírme como tonta. Todavía le cuelga la polla por delante de los jeans.
Dos ancianas salen del ascensor. Están charlando. —Coge la puta llave —susurra.

—No.

Me mira con los ojos muy abiertos y yo me río más. —Enséñales la polla —le susurro.

Me da con el codo. —Recoge la llave del suelo.

—No.

Él también comienza a reír sin parar. ¿Qué aspecto debemos tener, de cara a la puerta, culpables a más no poder, con la llave en el suelo delante de nosotros? Me río tanto que no podría agacharme a recogerla aunque lo intentara.

Las abuelas se acercan.

Henley asiente, totalmente tranquilo. —Buenas noches, señoras.

—Hola. —Una señora sonríe sin mirarnos de cerca—. Acabamos de pasar la mejor noche en la ópera. Si tienen tiempo, tienen que ir.

Los ojos de Henley se dirigen a los míos y me quedo con la boca abierta por la sorpresa.

Nos olvidamos de ir a la ópera.

Estamos tumbados en la oscuridad, uno frente al otro. Es tarde y hemos saciado todos nuestros deseos. La noche ha sido larga y sudorosa, nuestros cuerpos bien utilizados. Es un dios en la cama. No hay otra forma de describirlo.

Estamos recién salidos de la ducha y desnudos bajo las mantas.

Me siento tan cerca de él. No hay otra forma de explicar nuestra conexión. Es mágica.

Una fuerza imposible de ignorar.

El dedo de Henley recorre mi brazo sin rumbo, como si necesitara tocarme aún más, y ambos estamos perdidos en nuestros propios pensamientos.

Estoy cansada, pero no quiero irme a dormir porque sé que cuando me despierte, mi hermoso y vulnerable Hen no estará aquí; Henley James el tipo duro estará en su lugar.

Es como si Henley también lo supiera y luchara contra el sueño tanto como yo.

—¿Qué tal tu cumpleaños? —pregunto.

—Perfecto.

Le sonrío suavemente en la oscuridad mientras nos miramos fijamente.

—Gracias por hacerlo tan especial —susurra mientras se inclina y me besa suavemente.

Su beso es tierno y cariñoso, lleno de mucho sentimiento.

Todas las emociones afloran dentro de mi cuerpo mientras siento que el corazón se me sale del pecho.

Creo que lo amo.

—Toc, toc. Limpieza.

Me despierto sobresaltada. ¿Dónde estoy?

—Servicio de limpieza —llama una voz a través de la puerta. Mierda, estoy en el hotel. Miro y veo que estoy sola en la cama. Henley no está aquí.

Me levanto de un salto y corro hacia la puerta. —Vuelve más tarde, por favor —digo.

—¿Quiere el periódico? —pregunta la voz.

—No, gracias. —Coño, ¿qué hora es? ¿Por qué me despierta esta mujer para el periódico?

Veó una nota en la mesa auxiliar.

**Fui al gimnasio,
Vuelvo pronto.
H**

Sonríó. Está visitando a su padre.
Qué hombre tan hermoso es, pasando todas las mañanas con su padre enfermo.
Ah... justo cuando pienso que no puede mejorar, se adelanta y me demuestra lo contrario.
Entro flotando en el baño, todavía extasiada por lo de anoche. Bien... ahora a hacerme simplemente irresistible.

Doy un sorbo a mi café y leo las noticias, y me llega un mensaje de texto. Es Henley.

¿Dónde estás?

La emoción me recorre el cuerpo. Un simple mensaje suyo me pone a cien. Le respondo.

**En el restaurante, desayunando.
Baja.**

Me llega una respuesta inmediatamente.

En camino.

Vuelvo a leer mi periódico, fingiendo no ser su más grande fan en la historia de la vida.
Tengo que ser inteligente con esto. Si lo quiero para siempre, y realmente lo quiero, no puedo estropearlo.
—Buenos días, señorita Drinkwater —ronronea con su voz profunda mientras se desliza en el asiento frente a mí.
Levanto la vista y ahí está: pelo oscuro, mandíbula cuadrada y el rostro más hermoso que he visto nunca. —Buenos días, Sr. James. —Sonríó—. ¿Qué tal el gimnasio?
—Bien. —Sonríe mientras sus ojos sostienen los míos.
Tiene esa mirada traviesa en los ojos, y sé que esta mañana todavía está juguetón.
Progreso.
Le paso el menú. —Voy a pedir los panqueques.
—Mmm. —Frunce el ceño mientras examina las opciones—. Voy a pedir la tortilla.
La camarera se acerca. —Hola, ¿puedo ofrecerle una bebida, señor? —pregunta.
—Sí, por favor —dice mientras sostiene el menú entre las manos—. Quisiera un macchiato doble, por favor.
Ella lo garabatea. —¿Está listo para pedir la comida?
Sus ojos se dirigen hacia mí. —¿Estás lista?
—Sí, tomaré los panqueques, por favor.
—Y yo tomaré la tortilla con un vaso de zumo de naranja. —Le devuelve los menús—. Gracias.
Ella se aleja y sus ojos se dirigen a mí.
—¿Qué se siente al ser un año mayor? —le pregunto.

Un rastro de sonrisa cruza su rostro. —Satisfactorio.

Ya somos dos.

Necesito todas mis fuerzas para no subirme a su regazo y darle un beso que lo deje sin palabras. —¿Qué hay para hoy, jefe? —le pregunto.

—¿Jefe?

Sonríó como tonta. —Pues sí que eres mandón.

—Sólo cuando estoy desnudo.

—Siento discrepar.

Sonríe mientras el aire se arremolina entre nosotros.

Todo funciona a la perfección.

Una hora más tarde, Henley me acompaña hasta mi auto.

No quiero dejarlo.

Esto de hacerme la difícil me está matando. Quiero verlo antes del próximo fin de semana.

Rápido, piensa en un plan.

Caminamos por la calle hacia mi auto. No me toma de la mano ni me muestra afecto, pero hay algo entre nosotros. Puedo sentirlo.

—Voy a empezar a ver *Juego de Tronos* esta noche —anuncio.

—¿Lo harás?

—Ajá.

Permanece en silencio mientras caminamos.

Mierda... tenía que decirme que quería verlo conmigo.

—¿Quieres verlo conmigo? —Actúo despreocupadamente.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si me preparas la cena.

Quiero saltar y dar puñetazos al aire. —Supongo que puedo hacerlo.

—De acuerdo, entonces.

Me muerdo el labio para ocultar mi sonrisa. ¿Una cita televisiva un domingo por la noche? Esto sí que es amor.

—¿Sabes cocinar? —Frunce el ceño.

Hago un gesto de dolor. Por Dios, no me preguntes eso. —Más o menos.

—Define «más o menos»...

—Bueno. —Me encojo de hombros—. Tengo algunos platos que se me dan bien.

Sonríe. —Nos prepararé la cena en *mi* casa.

—¿Tú cocinas?

—Muy bien. —Me guiña un ojo sexy.

Uf... claro que sí. Se ve así, folla como un demonio y ahora cocina muy bien. ¿Hay algo que este hombre no pueda hacer con facilidad?

Enamorarse de mí.

Mi semblante cambia al recordar algo.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¿Podemos comer en mi casa?

—¿Por qué?

—No he estado en casa en todo el fin de semana, y me siento mal por Barry.

Pone los ojos en blanco.

—Cocinas en mi casa. Sí, es una gran idea. —Sonríó esperanzada—. Mándame un mensaje con los ingredientes y los traeré hoy mismo —ofrezco.

Exhala pesadamente. —Tu perro es molesto.

—Lo sé. —Reboto en el sitio—. ¿Por favor?

—De acuerdo. —Suspira mientras llegamos a mi auto.

Abro la puerta y la incomodidad se interpone entre nosotros por primera vez. —¿Me das un beso de despedida? —pregunto.

Me mira fijamente. —Somos amigos, Juliet.

Ay.

—Con beneficios —añado—, los besos de despedida son uno de esos beneficios.

—¿Lo son?

Asiento con la cabeza.

Sonríe y toma mi cara entre sus manos. —Bueno, en ese caso... —Me besa suavemente, y mis pies se levantan del suelo. Nos besamos una y otra vez, y maldita sea, quiero todos los beneficios, pero sé que tengo que seguir con esta mierda y hacerme la dura, y no es que hoy lo esté haciendo muy bien.

—¿Nos vemos esta noche? —Me zafo de su agarre.

—Esta noche. —Da un paso atrás y se mete las manos en los bolsillos.

Miro hacia abajo y veo su erección en los pantalones. —Será mejor que te ocupes de eso antes de volver al hotel.

Se mira a sí mismo. —Llamaré al burdel de la esquina a la vuelta.

Me quedo con la boca abierta de horror.

—Es broma. —Ensancha los ojos.

—No tiene gracia. —Me meto en el auto y cierro la puerta. Da unos golpecitos en la ventanilla y la bajo—. ¿Sí? —Digo, medio molesta por su broma de las putas.

—Te enviaré por mensaje la lista de la compra.

—De acuerdo.

—Pasé una noche estupenda. —Sonríe.

¿Y si realmente va al burdel de vuelta al hotel?

—Sólo somos amigos, Henley —le recuerdo intentando hacerme la dura.

—Con beneficios. —Sonríe—. No te olvides de eso.

Pongo los ojos en blanco y arranco el auto. ¿Cómo podría olvidarme de eso? Tengo la vagina rota.

Con un gesto despreocupado, salgo a la carretera y, mientras me alejo, lo veo desaparecer por el retrovisor. Cuanto más me alejo de él, más ganas tengo de dar media vuelta y volver.

Maldita sea... es perfecto.

—¿Y estos jeans? —Los saco del perchero y se los enseño a Rebecca.

Ella tuerce los labios. —Demasiado azul.

Exhalo con fuerza. Chloe, Rebecca y yo estamos de compras. John se llevará a Rebecca el próximo fin de semana y ella quiere ropa nueva. Está intentando que vuelva la chispa a su matrimonio.

—Creo de verdad que le gusto. —Chloe sonríe.

—¿A quién? —Frunzo el ceño.

—Blake. —Ella pone los ojos en blanco—. ¿Me has estado escuchando?
La verdad es que no.
—¿Dime otra vez qué ha pasado?
—Iba a salir, y entonces nos vio a Rebecca y a mí en tu porche, y vino a hablar con nosotras.
—Sí. —Escucho mientras reviso la estantería de jeans.
—Acabó quedándose con nosotras toda la noche bebiendo cócteles en tu porche, y Antony también vino y jugamos a las cartas.
—¿Así que no salió al final? —Frunzo el ceño.
—No. —Chloe sonríe esperanzada.
—Yo no me emocionaría por él —dice Rebecca—. Es un mujeriego. ¿Por qué querías romperte el corazón por alguien como él?
—Todos los hombres malos acaban siendo buenos. —Chloe sonríe esperanzada.
Pongo los ojos en blanco y sigo buscando unos jeans. —¿Y estos? —Levanto un par negro.
—Ya tengo negro.
—¿Por qué compramos jeans? ¿Por qué no compramos bragas sin entrepierna y lencería? —dice Chloe.
—Cierto.
—¿Tú crees? —Rebecca frunce el ceño—. ¿No es demasiado?
—Es tu marido, y dijiste que querías recuperar la chispa.
—Sí, quiero.
—Bueno, los jeans no van a hacer eso. —Chloe pone los ojos en blanco—. Dios mío, eso de ir demasiado lejos no existe, carajo. —Se va a grandes zancadas hacia la escalera mecánica para subir a la planta de lencería.
Rebecca enlaza su brazo con el mío. —¿Qué tal anoche? —pregunta.
—Dios mío, Rebecca. —Sonrío soñadoramente—. Es... tan... —Hago una pausa mientras busco la palabra adecuada—. Increíble.
—Ten cuidado con él —advierte—, todo esto me pone nerviosa por ti.
—Lo tengo —miento—, me va a preparar la cena esta noche.
Me dedica una sonrisa de lado. —No quiero que te hagas daño.
—No lo haré.
Su teléfono emite un pitido y ella lo saca y lo lee, suelta una profunda exhalación y se mete el teléfono en el bolsillo. —Joder.
—¿Qué pasa? —pregunto.
—John trabaja esta noche después del golf.
—¿Un domingo? ¿Desde cuándo los traumatólogos operan un domingo por la noche? —Frunzo el ceño.
—Eso es exactamente lo que estaba pensando.
—¿De verdad crees que te engaña?
Se encoge de hombros. —Mi instinto me dice que sí. Hay demasiadas anomalías en sus historias.
Dios, no puedo imaginarme estar en su lugar.
—¿Qué vas a hacer?
—Intentar salvar mi matrimonio.
La rodeo con el brazo y le beso la sien mientras caminamos hacia las escaleras mecánicas en busca de Chloe. —Todo se arreglará, Bec. Seguro que hay una excusa razonable para todo esto.

Ella asiente con tristeza. —Eso espero.

Duchada, acicalada y preparada, con los ingredientes de la cena alineados en la encimera de la cocina, estoy lista para cenar con el chef está noche.

Me asomo por la ventana de la cocina. —¿Dónde está? —Quería recoger la ropa limpia, pero he estado esperando a que llegue para hacerlo, y pronto va a oscurecer. Seguro que en cuanto salga al patio, llamará a mi puerta.

Tendré que esperar.

Preparo otra taza de té y me siento en el sofá a esperar.

Mi mente repasa nuestra cita de anoche y lo perfecto que es. Será mejor que aparezca esta noche.

Maldita sea. Empiezo a preocuparme por su paradero. Ya debería haber llegado. Ya me ha dejado esperando antes.

Suena *un golpecito* en la puerta trasera, y me lleno de alivio.

Está aquí.

Salgo a la cocina y lo veo de pie en la puerta de atrás, con unos jeans azules y una camiseta blanca con una preciosa sonrisa. Abro la puerta a toda prisa. —Hola, Sr. James. No hace falta que llames a la puerta.

La picardía se dibuja en su rostro. —¿Así que puedo irrumpir cuando quiera?

—Lo haces de todas formas. —Me hago a un lado y él pasa a mi lado.

—¿Cuándo irrumpo? —jadea ofendido.

—Siempre que Joel está aquí.

—Porque es un puto idiota.

—¿Uno que está tocando tus cosas? —me burlo.

—Precisamente. —Se quita los zapatos y entra en mi cocina—. ¿Cómo te ha ido con los ingredientes?

—Bien, lo tengo todo.

Echa un vistazo a las cosas que hay en el mostrador. —¿Dónde están los limones?

—Oh. —Tuerzo los labios—. ¿Estaban en la lista?

Ensancha los ojos. —Sí.

—Oh... —Me encojo de hombros—. No compré los limones.

Me mira fijamente durante un rato. —Necesito limones.

—¿Para qué?

—Para adornar.

Entorno la cara. —Si sólo es una para adornar. Entonces, ¿a quién le importa?

—Está en la receta, Juliet.

—Oh Dios mío, ¿quieres relajarte con la estúpida receta?, sólo échale cualquier cosa.

Inspira bruscamente, como si estuviera frustrado. —Yo *no* echo cualquier cosa así como así, y que conste que probablemente por eso tu cocina es ordinaria. —Mira hacia la puerta—. ¿Qué haces? —gruñe—, no te comas eso.

Me giro y veo a Barry llevándose el zapato en la boca. —Barry.

Barry nos mira, completamente despistado, y Henley se acerca y le quita el zapato. —Esto no es comida. —Entra en la cocina y empieza a preparar las cosas—. Coño, perro, eres un estorbo.

—Él también tiene hambre. ¿Puedes cocinarle un poco más?

—Por supuesto que no. —Finge una sonrisa y luego se pone serio.

Me siento y lo miro por un momento mientras pone todos los ingredientes en fila y luego coloca todos los utensilios de cocina. Todo lo hace en un orden concreto. Es tan metódico en su forma de hacer las cosas, el más grande maniático del control. —Voy a descolgar la ropa —le digo.

Se pasa el paño de cocina por encima del hombro mientras se concentra en la tarea que tiene entre manos. —Ok.

Salgo a mi patio trasero y sonrío como una tonta. El hombre más sexy del mundo está en mi cocina preparándose la cena.

¿Cómo es que esto es real?

Me tomo mi tiempo y saco la ropa del tendedero, y luego riego mi jardín. Miro a Henley a través de la ventana de la cocina mientras se mueve por mi cocina, para asegurarme de que no estoy soñando.

No, sigue ahí.

¡Esto está pasando de verdad... Aaah!

Al final llevo la enorme cesta de la ropa dentro, y el aroma a ajo y hierbas llena la casa. —Qué bien huele. —Tiro la cesta al suelo.

Henley la mira y vuelve a cortar verduras.

—¿Quieres una taza de té? —pregunto mientras enciendo la tetera.

Henley devuelve la mirada al cesto de la colada. —No, gracias.

—¿Qué tal una copa de vino?

—No. —Sus ojos vuelven a la cesta de ropa—. ¿Qué está pasando ahí?

—¿Qué quieres decir?

—La ropa. ¿Por qué está en el suelo?

—Acabo de recogerla.

—¿Y? —Ensancha los ojos—. ¿Qué vas a hacer con ella ahora?

—Oh... —Recojo la cesta de ropa y la llevo al salón, la vuelco sobre el sofá.

Pone una cara de espanto. —No acabas de hacer eso.

—¿Hacer qué? —Frunzo el ceño.

—Tú no... —Sacude la cabeza como si estuviera a punto de explotar.

—¿Tú no qué?

—No tiras la ropa en el puto sofá, Juliet —suelta apresuradamente.

Miro a mi alrededor y me encojo de hombros. —Yo lo hago.

—Dios mío. —Se lava las manos y sale al salón exasperado. Empieza a doblar la ropa a doble velocidad.

—¿Qué haces? —Frunzo el ceño.

—Doblando tu puta ropa. ¿Qué parece que hago?

—¿Por qué?

—Porque me está molestando. La cuestión es: ¿cómo no te molesta a ti? —Dobla una camiseta y la pone sobre el sofá. Dobla otra camiseta y la pone encima de la otra—. Nunca me dijiste que fueras desordenada —resopla—, no me gusta el desorden, Juliet.

—Dejar la ropa en el sofá no es ser desordenada, Hen.

—Siento discrepar. —Mueve un par de jeans mientras los dobla—. ¿Qué pasa si queremos sentarnos en ese sofá?

—Lo tiramos al suelo. —Me encojo de hombros.

Cierra los ojos y levanta la mano. —Deja de hablar. —Coge un par de mis bragas y las levanta. Son unas braguitas de abuela de color beige—. Por el amor de Dios, ¿qué son?

Comienzo a reírme sin parar al ver su cara de horror. —¿Qué parece que son?

Camina a la cocina y pone las bragas en el cuenco de Barry. —Tienes permiso para comértelas —dice—, haz trizas esta porquería.

Barry gira la cabeza hacia un lado, confuso.

Henley pone los ojos en blanco. —Perro tonto. —Vuelve a la sala de estar—. ¿Tengo que hacerlo todo aquí, preparar la cena, doblar la ropa y dar todos los orgasmos?

Sonrío a mi hermoso gruñón. —A mí me funciona.

—¿Qué gano yo por hacer todo esto? —Tira de una camiseta antes de doblarla.

—A mí.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos.

—Me tienes a mí, Hen. Toda yo.

Una pequeña sonrisa cruza su rostro. —Bueno... de acuerdo, entonces.

Vuelve a doblar, y yo me acerco y lo rodeo con los brazos por detrás. —Eres adorable, ¿lo sabías?

Sigue doblando mi ropa. —No seas condescendiente conmigo, Juliet.

—Yo doblaré la ropa. Tú ve a terminar la cena —le digo.

—¿Vas a guardarla también?

—¿Eso te hará sentir mejor?

Asiente con la cabeza.

Sonrío y lo beso suavemente. —Vale, puedo hacerlo.

Exhala pesadamente. —Yo sólo...

—Lo sé, cariño. No pasa nada —digo—, dime lo que necesitas para sentirte cómodo, y yo lo haré.

Asiente al darse cuenta de que acaba de mostrarme una parte de su personalidad que normalmente mantiene oculta.

Otra pieza del puzzle de Henley James encaja en su sitio.

Mi hombre padece de un TOC.

Cuatro horas después...

—Esta serie es una mierda —resopla Henley.

—Todo el mundo dice que hay que esperar hasta el tercer episodio para que te empiece a gustar.

Exhala pesadamente.

Después de la cena más deliciosa de la historia, estamos en la cama viendo el primer episodio de *Juego de Tronos*. Henley está de lado detrás de mí. Su cuerpo desnudo está acurrucado contra el mío; su erección creciendo cada vez más. —Deberíamos follar —me susurra al oído antes de rozarme con los dientes. Se me eriza la piel.

—Acabamos de tener sexo durante una hora en la ducha —murmuro secamente—. No podrías necesitar más.

El hombre es un animal.

—Nunca me saciaré de ti. —Me muerde el lóbulo de la oreja una vez más—. Estar dentro de ti es mi lugar favorito.

Sonrío. —También es uno de mis favoritos.

Su gran mano me toca el pecho, y mi teléfono pita al recibir un mensaje.

—¿Quién me manda mensajes a estas horas? —Frunzo el ceño. Vuelve a pitar cuando llega otro mensaje.

Mi teléfono está a su lado, en la mesita de noche. —Algo debe de estar pasando. ¿Puedes pasarme el teléfono, por favor?

Se acerca y coge mi teléfono, y mientras mira la pantalla su mandíbula titila de rabia. Sus ojos furiosos se elevan para encontrarse con los míos. —¿Por qué coño Joel te manda un mensaje a las diez de la noche un domingo?

CAPÍTULO 16

Juliet

—¿QUÉ? —Me incorporo de golpe—. ¿A qué te refieres? —Extiendo la mano para coger el móvil, y él me lo da en la mano mientras se levanta de la cama a toda prisa.

Leo el mensaje.

Hola Juliet

¿Podemos ponernos al día mañana?

Frunzo el ceño.

—¿Qué dice? —suelta Henley.

—Mmm... —Entorno los labios, insegura de cómo responder.

—¿Y bien?

—Quiere ponerse al día mañana.

—Lo único con lo que va a ponerse al día es mi puño.

—Sobre mi casa, Henley. Esto está relacionado con el trabajo.

—Una mentira de mierda —suelta—, son las diez de la noche. Espera comenzar a hablar contigo y tener un poco de sexo telefónico de domingo por la noche.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a concentrarme en mi serie.

Empieza a caminar con las manos en las caderas. —Su plan está cada vez más claro.

—¿Quieres meterte en la cama? —respondo molesta—, no le voy a contestar. Recibirá el mensaje alto y claro de que es un comportamiento inapropiado.

—¿Te ha enviado mensajes antes por la noche?

—Sí. Pero relacionado con el trabajo, igual que esta vez. Es completamente inocente.

—¿Estás segura?

—Ugh, Henley para. Es domingo por la noche. Se supone que estamos en modo relax. —Me arrastro la mano por la cara—. Vuelve a la cama.

Sigue caminando.

—¿Qué te preocupa?

Permanece en silencio mientras camina, y sé que intenta morderse la lengua.

—Henley, me tienes.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos.

—Nadie va a robarme. Soy tuya.

—¿Durante cuánto tiempo?

Su pequeña muestra de inseguridad me llega al pecho, y sonrío suavemente. —Todo el tiempo que quieras.

—¿Qué quieres tú?

Doy unos golpecitos en la cama a mi lado y él se sienta a regañadientes. Tomo su mano entre las mías. —Quiero esto. Me gusta estar aquí contigo. No quiero a Joel, te quiero a ti. —Le paso

los dedos por el pelo oscuro mientras me mira. Entorna los labios y sé que, una vez más, se está mordiendo la lengua.

—Ahora métete en la cama y abrázame por la espalda antes de que te eche.

Sonríe con satisfacción. —Puede que me vaya por voluntad propia.

Echo las mantas hacia atrás. —No, no lo harás.

—Estoy cachondo, eso es todo.

Sonríe en mi almohada. El hecho de que haya dicho eso significa que está aquí por otras razones. —Lo sé.

Se sube detrás de mí y me sostiene en sus brazos. —No me gusta que te envíe mensajes.

—Lo entiendo. Mañana le diré que estamos juntos y que es inapropiado que me envíe mensajes que no sean sobre la casa.

Me acerca un poco más. —No quiero que lo utilices más como decorador de interiores.

—Hen —le advierto—, no...

Permanece en silencio.

—Me tienes —lo tranquilizo de nuevo—, soy tuya.

Al final me besa el hombro por detrás, y yo sonrío mientras intento concentrarme en *Juego de Tronos*. Crisis evitada.

Estamos mejorando en esto.

Henley

Me despierto suavemente con el sonido de su respiración. Abro los ojos y alcanzo el celular para apagar la alarma de mi teléfono.

Por alguna razón no necesito mi alarma cuando estoy con Juliet. Duermo tan profundamente que me despierto antes de que suene. Ella me sujeta la mano y se la pone alrededor de la cintura, y enseguida vuelve a dormirse.

¿Por qué tenemos que tocarnos mientras dormimos? Es un concepto extraño.

Me inclino hacia ella e inhalo el olor de su pelo, suave y dulce. El calor de su cuerpo me reconforta, y beso su hombro por detrás.

Meterse en la cama con Juliet Drinkwater es fácil. Salir de su cama... no tanto.

Le subo la mano por el muslo y le cojo el pecho.

Es jodidamente preciosa.

Mis labios se posan en su cuello y subo lentamente hasta su mandíbula, con la polla preparándose para lo que viene.

No me canso de verla. Incluso así de cerca no es suficiente.

Y yo debería estar saciado, maldita sea. Me pasé casi todo el día de ayer dentro de ella. Pero de lo que empiezo a darme cuenta con Juliet es de que cuanto más tengo de ella, más la necesito.

No se está saciando mi sed. De hecho, ocurre lo contrario.

Mi hambre por ella aumenta a gran velocidad.

Gime suavemente al moverse y sé que tengo que dejarla dormir; con un último beso en la mejilla, me arrastro fuera de su cama y me visto en la oscuridad. La miro mientras duerme. Su cabello color miel está esparcido por la almohada; sus pestañas oscuras se abren en abanico sobre su rostro. Incluso en la oscuridad, su belleza irradia toda la habitación. Nunca conocí a nadie como ella.

He estado antes con mujeres preciosas, claro. Pero ninguna que me afecte como lo hace ella.

Esta noche trabaja, maldita sea. No podré verla.

Con una última mirada sobre el ángel dormido, me escabullo escaleras abajo y veo a Barry roncando en su cama. —Perro tonto. —Salgo por la puerta trasera y veo que el sol acaba de salir, los pájaros cantan y hace un día glorioso. Las palabras de Juliet de anoche vuelven a mi memoria, y sonrío mientras me dirijo a su patio trasero.

—Soy tuya.

—Buenos días, Bernard. —Sonrío a mi padre mientras entro en su habitación del hospital.

—¿Lo son? —refunfuña.

—Así es. —Le paso el periódico de la mañana y abro la persiana. Cojo el mando a distancia y pongo en su televisor las noticias de la mañana—. ¿Qué tal has dormido?

—Nada bien —responde rotundamente.

Sonrío ante su respuesta malhumorada. Siempre el pesimista. —¿Quieres un café?

Me mira sin comprender.

—Te gusta el café —le recuerdo.

—¿A mí?

—Ajá.

Se encoge de hombros. —Supongo.

—Prepararé nuestro café, y luego desayunaremos y te ducharás. ¿Qué te parece?

—No quiero ducharme —dice mientras sus ojos permanecen pegados al televisor.

—Te encanta ducharte y afeitarte. Te hace sentir fresco.

Sus ojos se encuentran con los míos, y puedo ver la confusión que le ronda por la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Sonrío. Bajo a la cocina y nos preparo a los dos una taza de café. Lo he hecho tantas veces que ya lo hago casi en piloto automático. Cada mañana es la misma rutina: Tengo que convencerlo para que se duche, recordarle que le gusta el café y aguantar sus quejas. Pero no lo cambiaría por nada del mundo. Estas dos horas con él son mi parte favorita del día.

Nos sentamos y nos tomamos el café en silencio. Él ve las noticias de la mañana y yo leo el periódico.

Una enfermera asoma la cabeza por la puerta. —Buenos días, Henley. Buenos días, Bernard.

—Buenos días, Alison. —Sonrío—. Hace un bonito día.

—¿Ah, sí? —refunfuña papá mientras sus ojos miran por la ventanilla hacia el parque de abajo—. A mí no me parece tan bueno.

—Estoy deseando verlo —responde Alison mientras coloca las toallas en el extremo de su cama—, que tengas un buen día. —Desaparece por el pasillo.

Veinte minutos después, abro la ducha. —Vamos, Bernard. Hora de ducharse.

—¿Por qué siempre quieres que me duche, por el amor de Dios? —suelta mientras entra en el baño.

Sonrío mientras reajusto la temperatura del agua. —Vamos, quítate la ropa.

Exhala pesadamente como si yo fuera el mayor inconveniente del mundo, se baja los calzoncillos y se mete bajo el agua caliente.

Le tiendo el bote de champú. —Lávate el pelo.

—Acabo de lavarlo hace diez minutos.

—Lo sé, pero se ha vuelto a ensuciar.

Frunce el ceño mientras me mira fijamente. —¿Estás seguro?

—Positivo. —Le echo el champú en la mano—. Lávate el pelo. —Le acerco la mano a la cabeza y empieza a lavarse el pelo. Una vez que realiza una acción, su cuerpo se pone en piloto automático y recuerda cómo hacerlo.

—Háblame de tu familia —le sugiero.

Esboza una amplia sonrisa mientras permanece bajo el agua. El único momento en que está realmente contento es cuando habla de mamá y de mí. —Mi mujer es guapa. Realmente fastidiosa, pero guapa. Pronto vendrá a recogerme.

—Sí, lo hará. —Sonrío—. ¿Cómo sabías que ibas a casarte con ella?

Sigue lavándose el pelo mientras piensa. —No era tanto que supiera que quería casarme con ella.

Frunzo el ceño. —¿Qué era, entonces?

—No podía soportar la idea de no verla, no podía imaginarme no despertar con ella a mi lado.

Se me retuerce el corazón mientras lo miro fijamente. —¿La amas?

—Mucho.

Sonrío suavemente.

—Y mi hijo... —Sonríe con orgullo.

—Háblame de él.

—Se llama Henley y es el amor de mi vida.

Su silueta se desdibuja. —Tú también eres el amor de su vida.

—Pronto volverá del preescolar. Entonces él y su madre vendrán a buscarme y me llevarán a casa.

—Eso suena bien. —Le ayudo a enjuagarse el champú del pelo.

Ojalá fuera verdad.

Entro en mi despacho con paso ligero. —Buenos días, Jenny.

—Buenos días, Henley —responde sin levantar la vista de la computadora—. Vanessa llamó tres veces.

—Dile que estoy muerto —respondo mientras entro en mi despacho. Dejo el maletín sobre la mesa y empiezo a deshacerlo.

Jenny entra y pone mi teléfono desechable en el escritorio que tengo delante. —Tienes que llamarla.

—No voy a llamar a Vanessa. —Vuelvo a tirar el teléfono al cajón de arriba—. Ya te lo dije. Saca la SIM de ese teléfono, ya no lo necesito.

—¿Quién es? —pregunta nuevamente con insistencia.

Pongo los ojos en blanco. —Ella no es asunto tuyo.

—Es asunto mío. —Se cruza de brazos y se apoya en mi escritorio.

Continúo abriendo mi computadora.

—Esto no me gusta —dice.
Levanto la vista hacia ella. —¿No te gusta qué?
—Esta mujer misteriosa que conociste. ¿Por qué eres tan reservado con ella? ¿Quién es?
—*Es una amiga.* —Ensancho los ojos—. Jenny, no te metas. Te estás pasando.
—Solo quiero lo mejor para ti, Henley. ¿Cómo sabes que no va detrás de tu dinero?
—*No va detrás de mi dinero.* —Pongo los ojos en blanco y abro mi correo—. ¿Por qué no vuelves al trabajo?
—Quiero conocerla.
—No. —Abro mi primer correo electrónico.
—¿La conozco?
—Vete.
—Debo conocerla.
—¿Por qué? ¿Porque tú lo sabes todo?
—Sobre ti, sí.
Señalo la puerta. —Fuera.
Frunce el ceño, sale furiosa y cierra la puerta tras de ella. Maldita mujer.
Realmente necesito una nueva asistente personal.

CAPÍTULO 17

Juliet

Los ojos de Henley se cruzan con los míos desde el otro lado de la fogata. Me guiña un ojo mientras da un sorbo a su cerveza antes de apartar la mirada despreocupadamente. Agacho la cabeza para ocultar mi sonrisa.

Dos semanas en el cielo.

Es viernes por la noche, y todos los vecinos estamos reunidos en una fogata en casa de Antony. Rebecca se inclina hacia mí. —Henley y tú parecen muy enamorados —susurra.

—La verdad es que no. —Me encojo de hombros, pero es mentira. Estamos tan enamorados que ni siquiera tiene gracia y no hemos pasado ni una noche separados en dos semanas.

Nos besamos, abrazamos y reímos, hacemos el amor y follamos como animales. Pretendemos mirar *Juego de Tronos* y comemos bocadillos desnudos a medianoche.

Es él. Encontré al correcto.

Todo lo que siempre he querido en un hombre está aquí, delante de mí, y nunca me he sentido tan realizada. No hay ni una sola cosa que cambiaría de él.

Sí, tiene traumas, muchos. De vez en cuando tiene un arrebato interior y me dice que sólo somos amigos.

Pero ambos sabemos que eso es mentira.

Esto es algo.

Algo más grande de lo que ninguno de nosotros puede controlar.

Lo curioso es que nunca hacemos planes, pero de algún modo, de alguna manera, sin falta, nos vemos todos los días. Aunque sólo sea una hora antes de irme al turno de noche.

Acabé diciéndole a Joel que no haría nada en la casa durante un tiempo. No merecía la pena el drama con Henley, y quiero que lleguemos a un terreno más seguro antes de cruzar ese puente.

—Ahí está —dice desde adentro la molesta voz de Taryn—, Henley James, puedo verte —dice con su voz cantarina mientras sale flotando por la puerta trasera.

—Joder —susurra Rebecca en voz baja—. ¿Es que no tiene vergüenza?

Taryn corre y se sienta en el regazo de Henley. —Me sentaré contigo, cariño.

Henley me mira y yo enarco una ceja.

No.

No te atrevas a dejarla ahí sentada.

Henley la levanta. —No te vas a sentar encima de mí, Taryn. —La empuja bromeando y acerca una silla a su lado y le da un golpecito—. Siéntate aquí.

—Oh... no eres divertido. —Finge hacer un puchero—. Pensé que te gustaría tener el peso de mi cuerpo sobre el tuyo.

Blake, que está sentado junto a ellos, se ríe sorprendido.

Me hierve la sangre.

—¿En serio? —susurra Rebecca.

—Puf. —Intento cambiar de tema—. ¿Así que John está trabajando? —pregunto.
Rebecca deja escapar un profundo suspiro. —Aparentemente.
—¿Por qué lo dices así?
—No lo sé. —Da un sorbo a su vino—. Viajamos el fin de semana pasado y tuvimos sexo solo una vez, e incluso fui yo quien lo inicié.
—Quizá... —Intento pensar en una excusa para su comportamiento—. Tal vez sus hormonas simplemente no funcionan, y no está preparado para desearlo todo el tiempo. Eso les pasa a los hombres, ¿sabes? Sobre todo si están estresados.
—Puede ser —está de acuerdo—, siempre que le pregunto qué le pasa, me dice exactamente esa excusa, que está muy estresado y que simplemente no está de humor y que no tiene nada que ver conmigo porque me ama más que a nada.
La miro un momento. —¿Le crees?
—¿De quién eran las huellas en el asiento trasero de su auto, Jules? Por muchas excusas que pueda inventarle, no puedo negar lo que vi.
—No lo sé. —Suspiro. No la culpo por estar preocupada. Yo también le daría demasiadas vueltas si estuviera en su lugar.
Suenan una voz detrás de nosotras. —Señoritas. —Nos giramos y vemos a Mason sentarse en la silla junto a nosotras.
—Hola. —Sonrío. Levanto la mirada para encontrarme con los ojos poco impresionados de Henley.
Ja. Ahora ya sabes lo que se siente.

Henley

—Oh, Henley —dice Taryn suavemente—. He estado tan... sola últimamente, ¿sabes?
Los ojos de Blake se encuentran con los míos y levanta una ceja mientras espera mi respuesta.
—Deberías comprarte un vibrador —respondo mientras veo a Mason hablar con Juliet.
¿A qué coño está jugando él?
Blake se ríe ante mi respuesta.
—¿Qué hacen los chicos cuando están como —hace una pausa para que surta efecto—, súper cachondos y no tienen pareja?
—Yo encuentro una —respondo. Al otro lado del fuego, Mason se ríe y pone la mano en la pierna de Juliet. Se me eriza la piel.
No la toques, carajo.
—Traeré algo de beber. —Taryn sonríe—. ¿Qué quieren, chicos?
—Lo que sea —respondo, con los ojos aún clavados en mi chica al otro lado del fuego.
Tranquilízate.
Taryn se va a la casa y yo doy un sorbo a mi cerveza mientras intento no verlos.
Blake mira fijamente al otro lado del fuego, sin apartar los ojos de cierta persona.
—Sabes, deberías dejar de mirarla —susurro.
—¿Por qué?
—Porque está jodidamente casada.
—¿Parece que me importa?
—Debería —digo bruscamente.

—No puedo evitarlo —susurra.

—Esfuézate más.

Blake siente algo por Rebecca. Siempre que está cerca, no puede apartar los ojos de ella.

Y no es bueno. Está casada con alguien que vive en nuestra calle. Un colega suyo, nada menos.

—¿Qué pasó la otra semana cuando estabas bebiendo cócteles en el porche de Juliet cuando salimos? —pregunto.

—Estaba tan tentadora como siempre. —Pone los ojos en blanco—. Aunque su amiga me fastidió la noche.

—¿Qué amiga?

—Chloe. Está encima de mí como un sarpullido, arruinando mis oportunidades con ella.

—No hay posibilidades con ella. Rebecca está casada. —Ensancha los ojos—. Ni se te ocurra.

Da un sorbo a su cerveza, poco impresionado. —¿Dónde está el idiota de su marido? Nunca está.

—No importa.

—Típico. —Pone los ojos en blanco—. La única mujer que no puedo tener es la única que quiero, carajo.

Doy un sorbo a mi cerveza. —Sólo la quieres *porque* no puedes tenerla.

—Oh, vete a la mierda —resopla—, tú preocúpate de la señorita al otro lado del fuego. Mason está intentando avanzar en ese camino mientras hablamos.

—Mmm. —Mis ojos se elevan para verlos—. No si antes lo arrojo al fuego.

Se ríe mientras lo imagina. —¿Cómo van las cosas con ella?

Estupendo.

—Bien. Me muestro desinteresado.

—¿Ya te tiene cogido de las pelotas?

—¿Te parece?

Sonríe. —La verdad es que sí.

—Vete a la mierda. —Doy un sorbo a mi cerveza—. Al menos no está casada con otro.

Finge una sonrisa y luego su cara se torna seria. —Eres graciosísimo.

—Creo que sí.

Mason sigue charlando con las chicas y yo no aguanto ver más esta mierda. Saco el teléfono y le envío un mensaje a Juliet.

Me voy.

La veo sacar el móvil del bolsillo y leer mi mensaje.

Mi casa, ¿media hora?

Tecleo mi respuesta.

Que sean diez minutos.

Juliet

—¿Hola? —llamo a Henley mientras entro en mi casa.

Silencio...

No debe estar aquí todavía.

—Hola, amiguito. —Sonrío a Barry mientras le rasco la barbilla—. ¿Te comiste tu hueso?

Barry se acerca a su cama y se tumba. Lo tomo como un sí.

Me preparo una taza de té y subo. Me quito la chaqueta y la dejo sobre la cama, me quito los zapatos y enciendo la televisión. Es extraño lo rápido que te acostumbras a una nueva rutina. Ya me he acostumbrado al ruido de aquí arriba. Creo que ni siquiera encendía la televisión en mi habitación antes de que Henley empezara a venir a ver nuestro programa. Ahora parece que la enciendo todo el tiempo. Me siento en el extremo de la cama y cambio los canales mientras bebo un sorbo de té.

—¿Qué vamos a ver esta noche? —me pregunto a mí misma mientras me concentro en los canales.

Puedo sentirlo antes de verlo. Levanto la vista y veo a Henley apoyado con el hombro en el marco de la puerta. —Hola. —Sus ojos me absorben.

Mi estómago se agita. Conozco esa mirada. Vivo por esa mirada. —Hola, Sr. James.

Es alto, su presencia se apodera del pequeño espacio, o quizá es que su presencia se ha apoderado de mí.

Da un paso adelante y toma mi cara entre sus manos. —Llevo toda la puta noche esperando para besarte.

Sonrío soñadoramente al dios. —¿Ah sí?

—Ajá. —Sus labios toman los míos con la succión justa y su lengua se arremolina lentamente contra la mía—. ¿Qué tal el día? —me susurra.

—Ahora mejor. —Le sonrío.

Sin pensarlo, se gira, recoge mi chaqueta, abre el armario y la coloca en una percha. Recoge mis zapatos y los coloca junto al otro en el armario. Ordena las cosas que he desordenado. Las primeras veces que ordenó mis cosas, no me gustó. Lo tomé como un comportamiento controlador. Pero ahora sé que es sólo él y lo que necesita hacer para poder relajarse y estar en el momento conmigo.

Cuanto más lo conozco, más entrañables me resultan los pequeños rastros de su personalidad. Me derriten a un nivel más profundo. Me recuerdan lo real y crudo que es mi hombre sin filtros.

Me encanta que ahora reaccione ante nosotros como en piloto automático, haciendo lo que le resulta instintivo y le parece correcto.

Y, sinceramente hablando, un hombre que limpia... ¿Qué puede no gustarte?

Vuelve a cogerme en brazos. —Dúchate. —Sus labios permanecen contra los míos mientras me besa, sus manos tiran de mis caderas hacia las suyas.

—Hen. —Me alejo de él—. No es el mejor momento del mes para eso, ¿recuerdas?

Me besa una vez más. —Lo sé. —Su lengua incita suavemente a la mía a salir y jugar.

Oh... este hombre.

Compórtate.

Me alejo de él y me dirijo al baño para desmaquillarme. Me sigue y se sienta en el mueble del baño para verme.

Es de lo más extraño. Es como si le fascinara mi cotidianidad. Lo ve todo con el mayor interés. No puedo evitar preguntarme si es la primera vez que se comporta así con una mujer. Parece cautivado por todo lo que hago. —Háblame de tu día —le digo.

—Tuve reuniones toda la mañana y luego fui a comer con Antony. —Me quita la goma del

cabello y empieza a recogerme el pelo en un moño alto sobre la cabeza.

—¿A dónde fuiste a comer? —pregunto mientras permanezco inmóvil.

—Bellísimo. —Me aprieta el moño en la cabeza.

—Oh, italiano. —Sonríe—. Qué rico.

—¿Has estado alguna vez allí?

—No. —Pongo un poco de desmaquillante en un algodón y me limpio un ojo.

—Algún día te llevaré allí. —Me quita el algodón y me limpia el otro ojo.

Lo veo concentrarse en su tarea. —¿Siempre eres así? —le pregunto.

—¿Así cómo? —Me inclina la barbilla hacia él y me besa suavemente los labios.

—¿Alguna vez le has quitado el maquillaje a alguien?

Frunce el ceño, como si le sorprendiera la pregunta. —¿Te molesta?

—No. —Le pongo las manos en las caderas mientras se sienta frente a mí—. Eso no fue lo que te pregunté.

Se queda en silencio mientras me limpia todo el maquillaje. —No. No es algo... —Su voz se entrecorta.

Progreso.

—Me gusta cómo me cuidas —susurro.

Y lo hace. La atención con la que cuida de mi cuerpo no se parece a nada que haya sentido antes. No dice lo que siente... pero no tiene por qué hacerlo.

Puedo sentirlo en su tacto.

Me sonrío. —Avísame si exagero un poco...

—Lo estás haciendo bien. —Me inclino y lo beso.

Sonríe contra mis labios mientras toma mi cara entre sus manos. Nuestro beso se hace más profundo, y nos quedamos perdidos en el momento durante un buen rato, besándonos, bebiéndonos el uno al otro, con el corazón flotando alrededor de mi baño.

Me desabrocha los jeans y me los baja, sus dedos recorren mi sexo a través de las bragas.

—Hen —susurro contra sus labios.

—Lo sé. —Tiene los ojos cerrados mientras nos besamos.

—No podemos.

—¿Por qué no? —respira.

—No es... —Hago una pausa y me detengo.

Se separa del beso para mirarme. —¿No es qué?

—Eso es algo que haces —dudo avergonzada—, con tu marido o tu novio.

Frunce el ceño mientras escucha.

—Es... es demasiado íntimo —susurro.

—Dijiste que eras mía.

—Lo soy.

—¿Y por qué no puedo tener eso?

—¿Por qué lo quieres? —Frunzo el ceño.

—No lo sé. —Sus labios vuelven a tomar los míos—. Sólo lo quiero.

—¿Lo has hecho antes?

Sacude la cabeza. —No.

—Eres un maniático de la limpieza. No creo que te guste. —Le doy una sonrisa forzada

Sus ojos buscan los míos. —Dijiste que eras mía.

Quiere la intimidad del acto.

¿Y no es ese el objetivo? ¿No es esa toda la razón por la que estamos aquí?

Nos besamos una y otra vez, y maldita sea, quiero dárselo, pero ¿y si sale el tiro por la culata? ¿Y si se asusta tanto que sale corriendo? Quiero decir, no creo...

Es bastante

Sus labios toman los míos. —Por favor —murmura contra mí—, ¿quieres que te lo suplique?

Lo último que quedaba de mi resistencia abandona mi cuerpo, y le quito la camiseta por la cabeza y lo aparto del mueble para quitarle los jeans.

Me desnuda y sé que esto es solo el principio de algo nuevo. Lo bueno, lo malo y lo feo de lo que significa ser mujer.

—Métete en la ducha y yo iré al baño. —Lo conduzco bajo el agua y voy al baño del fondo del pasillo a arreglarme. Cuando vuelvo a entrar en el baño, veo al hermoso hombre bajo el agua caliente. Hombros y pecho anchos, con un volcán de pelo oscuro. Abdomen marcado, y abajo, su vello púbico perfectamente cuidado, su gruesa polla colgando pesadamente entre sus piernas.

Pero es su mirada la que me derrite.

Me toma en sus brazos y nos besamos en un momento de perfecta claridad.

Yo soy suya.

Yo también quiero esto.

Me levanta, le rodeo la cintura con las piernas y me penetra profundamente con un movimiento brusco.

El baño lleno de vapor, el agua caliente, la lubricación extra magnifican la perfección entre nosotros.

Su cuerpo estira el mío y, con la respiración agitada y el corazón palpitante, hacemos el amor lentamente y con suavidad mientras nos miramos a los ojos. Millones de emociones nadando entre nosotros, esas tres palabras sagradas arremolinándose en la punta de mi lengua.

Esto estaba escrito en las estrellas mucho antes de que nos conociéramos. Era inevitable y estaba destinado a suceder.

Estoy total e irrevocablemente enamorada de Henley James.

Henley

Juliet está tumbada en la cama de espaldas a mí, desnuda, y yo estoy acurrucado a su espalda.

Su suave respiración es tranquilizadora, como un bálsamo para mi alma.

Muchas noches de la última semana me he quedado despierto sólo para poder escucharlo.

Mi mano recorre su piel y, sin pensarlo, acerco mis labios a su sien y la beso suavemente. Le acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja para verle mejor la cara.

Estructura ósea perfecta, piel de porcelana y pestañas oscuras que se agitan mientras duerme. Sus labios rosados son grandes y besables.

Nunca he conocido un ser tan bello, y ni siquiera hablo del envoltorio exterior.

Esta noche ha ocurrido algo.

No sé qué es, pero siento que se avecina una tormenta en mi interior.

Me encuentro nadando en un océano sin fondo, lejos, muy lejos de la orilla.

Sin saber qué hacer.

Vuelvo a ser el chico de quince años que ha perdido a su protector y su lugar seguro donde caer.

Apoyo mi cara contra la de Juliet sólo para poder estar más cerca, abrazarla más fuerte.

Se remueve mientras sigue durmiendo, gira la cabeza y me besa la mejilla. —Hen —susurra.

—Estoy aquí.

Ella sonríe suavemente, con los ojos aún cerrados. —Te amo.

Cierro los ojos.

No.

¿Por qué tuviste que arruinarlo?

CAPÍTULO 18

Juliet

ME DESPIERTO sola.

Nada nuevo, me despierto sola todos los días, pero como sé dónde pasa Henley las mañanas, no me importa en absoluto. Qué hombre tan hermoso es al cuidar tan bien de su padre.

Sonrío al techo. Anoche fue increíble...

No hay palabras para describir lo soñador que es mi hombre. Me levanto, voy al baño y miro a través de las cortinas hacia la casa de Henley. Me pregunto si ya estará en casa.

Deja de ser tan pegajosa.

Hoy vas a verlo, me recuerdo. Tenemos una cita esta noche, así que tendré que ser paciente hasta entonces. Bajo las escaleras y veo que dejó salir a Barry y le dio de desayunar. Voy a encender la tetera y al lado veo mi taza de té rosa en un platillo con una bolsita esperando a que la prepare.

Sonrío ampliamente. Es la forma que tiene Henley de prepararme una taza de té.

Maldita sea, estoy acabada. ¿Ha existido alguna vez un hombre más encantador sobre la faz de la tierra?

No lo creo.

Con mi taza de té, salgo y me siento en la escalera trasera bajo el sol de la mañana.

Va a ser un gran fin de semana.

Tres de la tarde, y sostengo el vestido contra mi cuerpo mientras me miro en el espejo. —Mmm, o éste. —Tiro ese vestido a un lado y cojo otro para sostenerlo en su lugar—. Quiero estar perfecta esta noche.

Me calzo unos tacones de aguja con tiras de color nude. ¿O quedarían mejor los negros?

Suena el timbre de la puerta de abajo. —¿Quién es? —Vuelve a sonar—. Ya voy —digo. Bajo las escaleras y abro la puerta para ver a Taryn—. Taryn. —Sonrío—. Hola.

—Hola. —Ella sonríe—. ¿Puedo pasar?

—Claro. —Doy un paso atrás para que entre en casa—. ¿Qué pasa?

Se deja caer en mi sofá. —¿Qué te vas a poner esta noche?

¿Eh?

—Mmm. —Frunzo el ceño—. Perdona... ¿Qué hay esta noche?

—Nuestra cita doble.

—¿Qué?

—Sí, Henley vino esta mañana y lo arregló con Mason y conmigo.

La miro fijamente mientras intento que mi cerebro se ponga al día. —¿Así que Mason y tú tienen una cita?

—No. —Pone los ojos en blanco como si fuera estúpida—. Henley y yo vamos a salir juntos, y tú y Mason se están enrollando... ¿recuerdas?

—Oh... claro.

¿Qué coño?

—De acuerdo. —Intento pensar sobre la marcha—. ¿Me repites a dónde vamos?

—Club SoHo. —Me mira con el ceño fruncido—. ¿Acaso no escuchaste a Henley cuando organizó esto contigo?

—Es evidente que no. —Sonrío entre dientes apretados.

—Entonces... ¿en qué estás pensando? —me dice—, ¿monja, guarra, supermodelo?... ¿Qué aspecto quieres?

—Psicópata me vendría bien.

—Juliet, de verdad. —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas—. Eres tan graciosa.

Te mostraré cuánto en un puto segundo.

—No sé lo que me voy a poner. Supongo que elegiré cuando llegue el momento —le digo.

—Voy a ponerme mi vestido blanco ajustado. Tengo muchas ganas de volver loco a Henley.

Ya somos dos.

—Parece un buen plan. —Finjo una sonrisa—. Tengo mucho que hacer, así que...

Ella se levanta. —Te dejaré para que te concentres. Mason realmente desea pasar por fin un rato contigo.

—Genial, no puedo esperar.

Henley es hombre muerto.

—Nos vemos en casa de Henley a las seis.

Frunzo el ceño. —¿Seis?

—Vamos a tomar unas copas allí antes de irnos, ¿recuerdas?

—Claro. —Finjo una sonrisa mientras empiezo a oír los latidos furiosos de mi corazón en mis oídos—. Hasta luego. —Cierro la puerta y subo las escaleras.

¿A qué coño está jugando?

Espero quince minutos hasta que no hay moros en la costa y me escabullo hasta casa de Henley por la puerta lateral. Entro en su patio trasero.

Maldita sea esta mierda de escabullirse. Me tiene harta.

Pum, pum, pum. Golpeo con fuerza su puerta corredera de cristal.

Silencio...

Pum, pum, pum. Golpeo más fuerte.

Al final sale del pasillo. Lleva pantalones cortos sin camiseta, el pelo despeinado a la perfección y está hablando por teléfono. —Hola —dice mientras abre la puerta y retrocede para dejarme pasar. Paso a su lado y entro en la casa. Me levanta un dedo para simbolizar que tardará unos minutos, y luego vuelve a bajar a su despacho y se sienta en su escritorio.

—Sí, para que lo veas con el dibujo de la página dos —dice a quien esté al teléfono—. Desplázate hasta la página ocho y quiero enseñarte de qué estoy hablando.

Uf... está en una llamada de trabajo.

Salgo hacia su cocina y abro la nevera. —A la mierda, me voy a tomar una copa de vino. —Abro todos los armarios de la cocina en busca de sus copas de vino y al final las encuentro en el último lugar donde miro. Me sirvo un vaso y bebo un trago enorme. Estoy furiosa con él. ¿Cómo se atreve a quedar de salir con Taryn? ¿Y cómo se atreve a dejar que me entere por la propia Taryn?

Tranquilízate.

Salgo de nuevo al pasillo y puedo oírlo aún inmerso en la conversación, y miro hacia las escaleras. Nunca he visto su dormitorio. Siempre estamos en mi casa. Vuelvo a mirar hacia su despacho y subo sigilosamente las escaleras.

El vestíbulo es grandioso. De las paredes cuelgan hermosas obras de arte, y en lo alto de la escalera hay una mesa auxiliar de mármol con un jarrón de lirios blancos.

Me siento un poco abatida. Todo es tan lujoso y perfecto. ¿Qué pensará de mi casa desaliñada? Paso por delante de algunos dormitorios de invitados y de un baño de mármol blanco, y luego llego al final del pasillo: su dormitorio.

Es enorme y grandioso, con una cama con dosel. La alfombra es azul marino y las paredes de un precioso tono topo. El estilo es perfecto, y no hay ni un detalle fuera de lugar.

Encima de la cama cuelga un cuadro abstracto de una mujer desnuda en bellos tonos azules y malvas.

—Dios... —susurro mientras miro a mi alrededor. Realmente se está sacrificando al visitarme en mi chiquero. Me dirijo a su armario y me detengo un instante antes de abrirlo. Casi me da miedo mirar, pero lo hago de todos modos. Abro la puerta y me sorprende el enorme espacio de su vestidor. Es otra habitación.

Los caros trajes a medida están alineados y colgados, los zapatos lustrados y por pares. Saco el cajón de arriba y veo las corbatas enrolladas y expuestas. Esto parece una puta tienda de Prada o algo así. Saco el segundo cajón y veo un expositor de caros relojes de diseño. Me invade la inseguridad y cierro el cajón de golpe, asqueada.

Vuelvo a entrar en su dormitorio y me siento nerviosa en su cama.

Es de tamaño king, con ropa de cama blanca perfectamente planchada que tiene una línea de costura azul marino a unos diez centímetros de los bordes. El único lugar donde he visto este tipo de ropa de cama es en las revistas de casas exóticas.

Me siento tranquilamente en la cama mientras observo su lujoso espacio. Sus mesitas de noche tienen novelas pulcramente apiladas y una lámpara de cristal a cada lado. Perfectamente combinadas, como todo en el mundo de Henley.

¿Qué tenemos en común?

Me invade una sensación de temor. Aunque lo nuestro funcione... ¿cuánto tiempo durará? Debe estar con alguien tan perfecto como él, no con un desastre como yo, que tiene pelo de perro en todo lo que tiene.

—Ahí estás —dice su profunda voz desde la puerta.

Me fuerzo a sonreír. —Aquí estoy.

Se apoya en el marco de la puerta. —¿Qué pasa?

¿No hay beso?

—Mmm... —Hago una pausa mientras intento expresarme correctamente—. Taryn acaba de ir a mi casa.

—¿Y? —Levanta una ceja como si estuviera impaciente.

—¿Cree que tenemos una cita doble con ellos esta noche?

Esboza una sonrisa impresionante. —Bueno... algo así.

—¿A qué te refieres con «algo así»?

—Han estado pendientes, y yo... —Se encoge de hombros.

—¿Tú qué? —exclamo.

—Pensé que esta noche era una buena oportunidad para poner todo en orden y quitarlo de en

medio.

—¿Qué pasó con *nuestra* cita? Te quiero para mí. No quiero salir con Mason, y tú definitivamente no vas a salir con la maldita Taryn.

—Relájate. —Pone los ojos en blanco y entra en su baño—. Blake y Antony también vienen, con sus chicas. —Abre la ducha—. Es una cosa de grupo. No es para tanto.

—Taryn cree que es para tanto, Henley —digo bruscamente.

Se baja los calzoncillos y salta bajo el agua. Su belleza me enmudece al instante. Se moja el pelo y luego empieza a lavárselo.

—¿Qué pasa si Mason se me insinúa? —pregunto.

Sonríe con los ojos cerrados. —Entonces supongo que tú te encargas.

Lo siento algo diferente.

—No quiero ocuparme de eso —resoplo—, ¿y qué pasa con Taryn? Los dos sabemos que va a intentar algo contigo.

Exhala pesadamente, como si le incomodara. —Juliet, hoy no estoy de humor para tus dramas. Te veré esta noche, ¿vale?

Lo miro fijamente. ¿Qué está pasando aquí? No me ha tocado ni una sola vez.

—Vale, me voy a casa —anuncio.

—Nos vemos esta noche —responde despreocupadamente—. Ven a eso de las seis.

Me quedo de pie junto a la ducha esperando a que resurja como antes, pero no lo hace.

—¿Y si no quiero ir esta noche? —replico.

—Entonces no vengas. —Se encoge de hombros mientras se enjabona.

—¿Qué te pasa hoy?

—Nada, ¿por qué?

—Estás actuando de forma extraña.

—¿Estoy actuando raro o estás siendo pegajosa?

Doy un paso atrás, ofendida. A la mierda. Estoy siendo totalmente pegajosa, aunque nunca lo admitiré.

—Adiós —digo bruscamente.

—Nos vemos. —Sonríe despreocupadamente y vuelve a lavarse.

Bajo las escaleras y vuelvo a mi casa hecha una furia. Esta noche no voy a ninguna parte con ellos.

Taryn puede quedarse con los dos.

—Henley, tu casa es divina, cariño. —Taryn sonríe mientras recorre su piso de abajo.

Henley sonríe satisfecho por el cumplido.

Uf, esta noche está resultando ser un infierno. Sabía que no debía haber venido.

Doy un sorbo a mi vino, sin impresionarme. *Nunca será tuyo, zorra.*

Estamos tomando una copa de vino en casa de Henley antes de salir esta noche.

Pero, ¿y si realmente le gusta Taryn?

No le gusta

—¿Has visto el patio, Taryn? —digo—, ven y te lo enseñaré.

Me sigue hasta el patio trasero y ve la piscina. —Dios mío, me veo aquí —me dice.

Yo también, con bloques de cemento alrededor de tus pies.

—Es bonito, ¿verdad? —Miro a mi alrededor mientras pienso qué decir a continuación—. Esto es incómodo —susurro mientras me inclino cerca de ella.

—¿Qué es? —susurra ella.

—Toda esta situación. —Miro hacia dentro, donde están los chicos—. Prométeme que no dirás nada —susurro.

—¿Qué?

—Creo que le gustas a Mason.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Qué?

—Sí —susurro—, no puede apartar los ojos de ti.

—Oh. —Se le cae la cara de vergüenza—. ¿De verdad?

—Lo sé, y está muy bueno. Operaciones especiales y todo eso. Estoy muy decepcionada. Me gustaba de verdad... y luego descubrí que Henley sólo organizó esta salida nocturna porque también le gusta a él.

Los ojos de Taryn se abren de par en par, mira hacia la casa y luego vuelve a mirarme. —¿Qué coño pasa?

—Es decir —me encojo de hombros—, sólo estoy especulando, claro.

—¿Crees que a Henley le gusta Mason? —jadea—. ¿Le gustan los hombres? —chilla.

—Shhh, baja la voz —susurro—, no sé... ¿tal vez?

—A la mierda. Tenía planes con él.

Cancélos.

—Es decir... ve tras él si quieres. Sólo pensé que debía decirte...

Me interrumpe. —No, has hecho lo correcto.

—¿Y qué vas a hacer? —susurro.

Taryn mira dentro de la casa. —¿Quizá deberíamos hacer algo en grupo? Así nadie se queda fuera. Todos podemos conseguir lo que queremos y follarnos entre todos.

Solté una risita sorprendida. De todas las cosas que pensaba que diría, no era ésa.

¡Ayuda!

Henley

Doy un sorbo a mi cerveza. —Carajo... Taryn.

—Lo sé. —Mason asiente—. Amigo, sé que es tu cita... pero, carajo. Qué tetas.

Entorno los labios para ocultar mi sonrisa. Este pobre imbécil no tiene ni idea. —Creo que le gustas —le digo.

—¿Quién, yo? —Se señala el pecho.

—Sí. Te ve cada vez que puede.

—¿De verdad? —Frunce el ceño. Su mirada se desvía hacia la puerta trasera, hacia donde se han ido las chicas.

—Podrías... —Me encojo de hombros despreocupadamente—. Quiero decir, si le gustas.

—¿Quieres intercambiar las citas? —susurra Mason.

—En realidad no... pero, veo cómo te desnuda con la mirada. No tengo ninguna posibilidad.

Mason se lo piensa mucho. —Pero Juliet...

—No está tan buena —miento—, creo que Taryn es más adecuada para un chico como tú.

Mason asiente mientras contempla las opciones que tiene.

No hay elección, cabrón. No puedes tener a Juliet.

Fin de la historia.

—No. Quiero a Juliet —dice desafiante.

Taryn nos interrumpe al volver a entrar por la puerta. —Estamos listas.

Mason se levanta. —Aquí está mi pequeña y sexy cita. —Rodea a Juliet con el brazo y me quedo mirándolos a los dos juntos.

Ni se te ocurra.

Juliet

Llega nuestro Uber y salimos a su encuentro. —Me sentaré en el asiento delantero, Mason — dice Henley mientras abre la puerta del auto.

Taryn se agacha para subir al auto. Lleva un vestido blanco de neopreno que no deja nada a la imaginación.

Sinceramente, ¿dónde compra estas cosas?

Henley le mira el culo y levanta una ceja hacia mí.

Ni siquiera...

—No, siéntate a mi lado, Henley —dice Taryn desde el Uber.

Henley sube a su lado.

Me alegra que se divierta. Al menos alguien la está pasando bien.

El trayecto es largo. Taryn y Mason parlotean, pero no puedo concentrarme. Sólo puedo pensar en los gruesos músculos de los muslos de Henley apretados contra los míos.

—Ja, ja. —Taryn se ríe a carcajadas mientras cuenta una historia.

—Me estás tomando el pelo. —Mason se ríe.

—Una vez, cuando estaba en Bangkok —continúa Mason.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo consiguió ese país ese nombre? —responde Taryn—, quiero decir, yo lo pienso. Todo el tiempo. *Bang-cock*. Imagínate. ¿Me pregunto si la gente del campo se dedicaba a follar pollas todo el tiempo?

—Nunca lo había pensado así. —Mason se ríe a carcajadas—. Eres increíble, Taryn.

Pongo los ojos en blanco. ¿En serio?

Durante quince minutos escucho las historias más mundanas de todos los tiempos, y Henley ni siquiera me ha mirado una vez.

El Uber se detiene en la acera cuando llegamos al club, y todos nos bajamos.

Mason y Taryn van delante, y Henley me pone la mano en la cintura mientras me guía entre la multitud. Mis hormonas se disparan con sólo tocarme.

De repente me siento mal.

Quiero estar aquí con él, pero en circunstancias muy diferentes. Quiero estar sola y en una cita, los dos solos, sin mentiras ni otras personas.

Lo que empezó siendo un juego divertido de jugar ha perdido de alguna manera su chispa.

Joder.

Deja de darle vueltas.

Caminamos por el abarrotado club. Henley mira hacia atrás y, al notar mi cambio de humor, me mira con el ceño fruncido. —¿Qué pasa? —susurra.

—Nada. —Me fuerzo a sonreír.

Llegamos a una mesa pequeña; es alta, con taburetes alrededor. —¿Aquí? —pregunta Taryn.
—Me parece bien. —Henley sonríe—. Voy por unas bebidas. ¿Qué quieren ustedes?
—Gracias. Me tomaré una cerveza —dice Mason.
—Tomaré un vodka con lima y soda. —Taryn sonríe—. Gracias.
—Hum. —Tuerzo los labios mientras pienso. No estoy segura de qué tomar—. Tomaré...
—¿Un cóctel? —pregunta Henley.
—¿Una margarita? —pregunto esperanzada.
—Claro. —Henley me dedica una encantadora sonrisa, y me derrito un poco por dentro.
—¿Dónde están los baños? —le pregunto a Taryn.
—Al lado izquierdo, al final de la pared. —Señala.
—Vale, vuelvo enseguida. —Me dirijo a la pared más alejada y luego paso por un pasillo que lleva al baño.

Me miro en el espejo. La chica que me devuelve la mirada no me resulta familiar. Parece sonrojada y avergonzada. Desafiada, pero sobre todo, puedo ver un miedo profundo en sus ojos. Porque la chica del espejo sabe que esto la sobrepasa.

Sólo necesitamos más tiempo.

Deja de pensar demasiado y disfruta.

El hecho de que nuestra relación no sea un cuento de hadas no hace que signifique menos.

Tiempo. Es cuestión de tiempo. Sé que él también siente esta conexión.

Dejo caer los hombros mientras me doy ánimos. No pasa nada.

Vuelvo con los demás y los encuentro riendo y hablando. La verdad es que se llevan muy bien; son ellos los que deberían estar saliendo. Vuelvo la vista hacia el bar, donde Henley está esperando en la cola, y me desplazo hasta un rincón fuera de la vista de los demás para poder verlo sin interrupciones.

Se eleva por encima de todos los que lo rodean. Su espeso pelo oscuro está despeinado a la perfección, y esos jeans negros abrazan su culo perfecto. Hombros anchos, postura perfecta y una mandíbula que podría cortar el cristal. Su piel es aceitunada y bronceada.

Mis ojos recorren su cuerpo de arriba abajo mientras me lo bebo.

Nunca había conocido a nadie como él: tan atractivo y, sin embargo, tan desconocido y misterioso, como las arenas movedizas. Es de lo más extraño. Lo conozco, pero también sé que ni siquiera he arañado la superficie de su personalidad.

Tiene una profundidad que no puedo explicar, una oscuridad interior subyacente.

No estoy segura de lo que es, ni de dónde viene, ni siquiera sé si existe realmente. Podría ser producto de mi imaginación. Que no haya conocido a la mujer adecuada no significa que esté necesariamente dañado.

—Hola —dice una voz a mi lado, interrumpiendo mi espionaje.

—Blake. —Sonríe mientras me besa la mejilla—. Hola.

Blake parece recién salido de una sesión fotográfica de la revista GQ: alto, con el pelo color arena y hombros kilométricos. ¿Cómo es que todos estos hombres son amigos?

—Estas son Sienna y Mikayla. —Me presenta a dos hermosas mujeres que están a su lado. Una tiene el pelo largo y rubio y lleva un vestido negro ajustado sin tirantes. Es absolutamente hermosa. La otra tiene el pelo largo y oscuro y es voluptuosa y curvilínea. Parece salida directamente de Pornhub. Carajo... tan sexy que casi me la quiero follar.

—Hola. —Cada una me estrecha la mano con una sonrisa.

—Hola —saludo.

¿Trajo a estas chicas con él o simplemente se cruzaron? Necesito toda la información para Chloe.

Suena una voz familiar. —Hola, Juliet. —Echo un vistazo y veo a Antony.

—Hola.

Sonríe y se mantiene firme. Antony es más tímido que los demás chicos. Tiene el pelo oscuro y rasgos europeos, y la sonrisa más bonita.

—Ésta es Rena. —Me presenta a una chica preciosa de pelo rizado oscuro.

—Hola. —Sonrío.

—Hola.

—¿Quieres beber algo? —le pregunta mientras le pone la mano en el trasero.

Vale, definitivamente están juntos.

Ella le dice algo que no puedo oír, y luego él la besa rápidamente antes de dirigirse al bar. Lo veo desaparecer hacia el bar. Henley lo ve y se ríe mientras dice algo.

—Este sitio es una bomba —dice Mason a mi lado.

Uf... por favor, vete. Realmente no tengo energía mental para seguirte el juego esta noche. —Lo es. —Sonrío. Echo un vistazo y veo a Blake besar a la chica rubia mientras coge de la mano a la morena; luego se gira y la besa.

¿Qué coño?

Lo comparten.

Oh diablos, ahora sí lo he visto todo.

Blake también se dirige a la barra y lo veo charlar con Henley y Antony. Dice algo y todos se echan a reír. ¿De qué coño están hablando?

¿De lo bueno que es tener un menú combinado de vaginas?

Uf, ver a Blake con esas dos chicas me hierva la sangre.

Los putos hombres son todos unos idiotas.

—Deberíamos bailar. —Mason sonrío de forma sexy.

—O no —respondo mientras saco el teléfono. Tengo que llamar a Chloe—. Tengo que contestar. —Levanto el dedo hacia Mason mientras me dirijo hacia las puertas para encontrar un lugar más tranquilo donde hablar.

—Hola —responde Chloe alegremente.

—Dios mío, joder —susurro apresuradamente—, Blake Grayson está aquí con dos mujeres.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba besando a una mientras cogía la mano de la otra, y luego empezó a besarla a ella también.

—¿Qué coño? ¿Hace tríos?

—Eso parece.

—¿Qué está pasando? —oigo decir a alguien en el fondo del teléfono de Chloe.

—Blake está tomando turnos con dos mujeres esta noche, y oficialmente odio a todos los hombres.

—¿Quién es? —pregunto.

—Estoy con Rebecca. Estamos en el autoservicio de McDonald's.

—¿Dónde está John?

—Adivina —murmura Chloe secamente—, trabajando hasta tarde.

—Estoy tan harta de él. —Pongo los ojos en blanco. Todos los hombres son verdaderos imbéciles este fin de semana—. Henley también está siendo un imbécil, y Mason sigue

intentando hablar conmigo porque cree que estamos en una cita. Esto es un puto desastre.

—¿Qué está haciendo Taryn?

—Luciendo super sexy —le digo.

—Taryn está super sexy —le dice Chloe a Rebecca.

—Claro que sí —responde Rebecca.

—Uf, tengo que irme.

—¿Estás segura de que Blake está con las dos? A lo mejor una es sólo amiga de su novia o algo así.

Vuelvo al mirar hacia el grupo y veo que Blake le da a la rubia la bebida con un beso y luego le da a la morena su bebida también con un beso. Mientras besa a la morena, su mano se desliza por la pierna de la rubia y por debajo de su corto vestido mientras ella se sienta en el taburete.

—No, estoy segura que se las folla a las dos. —Resoplo aire en mis mejillas—. Y están tan buenas. ¿En qué estarán pensando? Coño, es increíble.

—Uf... maldita sea —chasquea Chloe—, odio que tenga una doble polla.

Pongo los ojos en blanco.

—Llámame. Necesito actualizaciones.

—Vale. —Cuelgo y voy al baño a intentar calmarme, y luego me dirijo de nuevo al grupo. Sin hacer contacto visual, Henley me pasa una bebida y vuelve directamente a hablar con Antony—. Gracias. —Finjo una sonrisa a su espalda.

Imbécil.

Maldita sea, Blake Grayson y su harén me han puesto nerviosa. De repente me siento muy ingenua e inexperta. Creía que era un médico simpático, respetable y amable. Parece que no.

Es una estrella del porno con una polla doble.

Basta ya.

Que esta noche sea diferente no significa que haya problemas con Henley y conmigo.

Estamos bien.

Es diferente, susurra una voccecita molesta de mi inconsciente.

Hoy está diferente. No puedo negarlo, pero... ugh, tal vez sea sólo porque las cosas van tan bien entre nosotros. *Intenta no pensar demasiado en esto.*

Sus palabras de antes vuelven a atormentarme. *¿Estoy actuando raro o estás siendo pegajosa?*

Puede que esté siendo muy pegajosa. Hoy me siento muy desquiciada, y estoy hormonal.

Todo está bien. Todo está bien.

Blake puede follar a quien quiera, y si quieren compartir su sucia polla, pues que la disfruten.

No puedo dejar que me afecte.

Durante la hora siguiente dejo que la noche siga su curso.

Henley está siendo juguetón y encantador con todo el mundo menos conmigo. De hecho, ni siquiera me ha mirado.

No me lo estoy imaginando. Algo está pasando.

Ahora la música está a todo volumen. Apenas se oye por encima de ella. —Baila conmigo —dice Mason mientras me rodea con el brazo. Me zafo de su agarre.

—Esta noche no estoy de humor —digo. Ni siquiera miento. No estoy de humor para bailar. De hecho, creo que me voy a casa. Estar sola en mi cama es mucho mejor que estar sola aquí.

Mason mira hacia Henley. —No quiere bailar conmigo.

—Baila con él, Taryn —llama Henley por encima del volumen de la música.

Taryn, que va camino a la Villa de la Borrachera, levanta las manos y se contonea—. Vamos, bebé.

Doy un sorbo a mi bebida y miro hacia la pista de baile.

—Deberías bailar con él —dice Henley cuando se pone a mi lado.

—No quiero bailar con él, Henley —murmuro con la bebida—, ya lo sabes.

—¿Por qué no?

Lo miro con el ceño fruncido. —Creo que ya sabes por qué.

—¿Por nuestro acuerdo?

Doy un sorbo a mi bebida.

—He estado pensando en ello.

Se me eriza la piel.

—¿Y?

—Quiero explorar esto con Taryn.

—¿Qué?

¿Lo escuché bien?

—Me gusta Taryn —dice por encima de la música—, quiero llevármela a casa esta noche.

Me alejo de él, sorprendida.

Seguramente no lo oí bien.

—¿Quieres llevar a Taryn a casa esta noche? —pregunto para asegurarme de que lo oí bien.

—Deberías irte con Mason a casa. —Se encoge de hombros despreocupadamente, como si estuviéramos hablando de una copa del bar—. Sería un buen polvo, imagino.

Bum, bum, bum suenan los latidos de mi corazón en mis oídos. Mis estúpidos ojos se llenan de lágrimas, e incapaz siquiera de formar una frase, me doy la vuelta y camino hacia las puertas.

La desea.

Me abro paso entre la multitud, dolida como nunca antes. ¿Qué coño está diciendo?

Creí que teníamos algo.

Me limpio con rabia mis estúpidas lágrimas. —Perdona —grito—, perdona.

Salgo por la puerta principal y me dirijo a la calle. Miro arriba y abajo por la acera. Está lloviendo a cántaros y empiezo a subir por la calle.

Nunca en mi vida me había sorprendido tanto alguien. Tengo que largarme de aquí.

—Juliet —grita la voz de Henley desde detrás de mí.

Sigo andando.

—¿Quieres parar?

Sigo caminando. Lágrimas saladas y calientes bajan por mi cara.

Deja de llorar.

—Juliet —grita—, para.

Me detengo en el acto, con la cara llena de lágrimas.

Odio estar llorando.

—Date la vuelta —exige.

Me giro, y su cara se desencaja al ver mis lágrimas. —Lo siento.

Lo miro fijamente con ojos embrujados.

—Es lo mejor.

—¿Por qué? —susurro, con el corazón derritiéndose en un charco por debajo de mi vestido.

¿Cómo puede ser tan frío?

—No quiero esto —suelta—, esta fantasía que te has montado en la cabeza no es... —Su voz se entrecorta.

—No lo entiendo.

Extiende las manos. —No te amo, carajo, ¿entiendes?

La tierra se mueve bajo mis pies.

—*Nunca* voy a amarte.

El dolor me atraviesa el corazón.

—Sólo estábamos follando.

—¿No me amas? —susurro.

Niega con la cabeza.

La adrenalina me recorre. —Si no me amas... entonces eso es triste. —Entorno la cara llorando. Y deseo poder articular mejores palabras, algo que le haga comprender lo que está haciendo.

Esto es una tragedia. Ya estamos enamorados.

—No es triste, Juliet, es la vida —suelta—, estábamos *follando*. Tal como habíamos hablado, ni más ni menos.

—Era todo lo que había en medio de eso —sollozo mientras se me rompe el corazón.

—Lo siento. Ojalá pudiera decir algo más profundo, pero —da un paso atrás—, no significaba nada para mí.

Lo miro a los ojos intentando encontrar una razón, descifrarlo.

—Entra y fóllate a Mason. Te hará sentir mejor.

Oh...

Sollozo en voz alta y dejo caer la cabeza. ¿Cómo puede ser tan frío?

Cuando por fin vuelvo a levantar la vista, lo veo entrar de nuevo en el club sin ninguna preocupación.

Se fue.

CAPÍTULO 19

Juliet

PERMANEZCO BAJO el agua caliente con la cabeza entre las manos. Lloro con fuerza, el corazón me late de prisa en el pecho.

¿De verdad eso acaba de pasar?

Ni siquiera me atrevo a llamar a Chloe y hablar de esto, porque si lo digo en voz alta, será verdad.

Sus palabras vuelven a mí. *Entra y fóllate a Mason. Te hará sentir mejor.*

Me tapo la boca con las manos, asqueada.

¿Es eso lo que piensa de mí? ¿Es así como nos ve? Lloro en voz alta, el daño en mi corazón torturándome, doliendo con fuerza.

Todo este tiempo mientras yo creía que nos estábamos enamorando, él solo estaba usando mi cuerpo.

Utilizándome para su conveniencia.

Creí que me amaba.

Pero no.

Me creé una fantasía en la que él y yo nos enamorábamos perdidamente, arreglábamos mi casa y vivíamos felices para siempre en nuestra calle perfecta.

Todo estaba en mi cabeza.

Entra y fóllate a Mason. Te hará sentir mejor.

Arrugo la cara llorando, me deslizo por los azulejos y me siento en el piso de la ducha, bajo el agua caliente, sola y con el corazón roto.

Me permito llorar.

Henley

Domingo por la tarde

Me siento en el porche trasero y veo la lluvia caer. Se oyen truenos a lo lejos y se avecina una tormenta.

El día es lúgubre y oscuro, como mi estado de ánimo.

Sigo repasando lo que pasó anoche y los acontecimientos.

Sus lágrimas... la forma en que me hicieron sentir.

Ya ni siquiera puedo comprender lo que es normal.

Durante unas semanas, me engañé a mí mismo pensando que las cosas iban por buen camino, que por fin todo había encajado y la oscuridad había terminado.

Pero la realidad se ha impuesto; nunca se acabará.

Esto es lo único que hay para mí.

Yo soy el producto final, a partir de aquí no hay remodelación. Las cosas están grabadas en piedra.

Hoy eso se ha magnificado, y me siento especialmente desquiciado. No dormí. ¿Cómo podría?

La lluvia cae con fuerza, devolviéndome al momento. Es ruidosa y furiosa. Empieza a salpicar y a mojarme las piernas.

Vuelvo a ver sus lágrimas y cierro los ojos con pesar. De todos modos, es lo mejor. Estará mejor con otra persona. Alguien que pueda amarla como es debido.

Oigo arrancar el auto de Juliet, levanto la vista hacia la valla y luego miro el reloj. Se va a trabajar, a hacer el turno nocturno.

Y si yo fuera mejor persona, me acercaría y le pediría disculpas, le pediría que volviera conmigo y arreglaría las cosas entre nosotros.

Rogaría por una segunda, no, tercera oportunidad.

¿Pero qué sentido tiene? De todas formas, lo estropearé más adelante...

Sin embargo, hice una cosa; me demostré algo a mí mismo.

Ahora ya lo sé.

Si la mujer perfecta no puede salvarme, nadie podrá hacerlo.

Jueves, 4:00 p.m.

Miro el cartel de la puerta.

AARON STEVENS
PSICÓLOGO

Con una profunda exhalación, pongo los ojos en blanco. —Aquí vamos, carajo. —Empujo la pesada puerta y llego al vestíbulo.

—Hola —saludo a la recepcionista—, tengo una cita a las cuatro.

Finge una sonrisa. —Tome asiento, Sr. James.

Miro hacia el sofá que me espera. —En realidad... cambié de opinión. Hoy no voy a necesitar cita.

La puerta de la oficina se abre de golpe. —Henley —dice un hombre rubio con acento inglés—, por aquí.

Joder.

Paso junto a él, entro en su despacho y me quedo de pie, sin saber qué hacer.

—Por favor, siéntate.

Me desabrocho la chaqueta del traje y me siento. Cruzo las piernas y luego las descruzo inmediatamente. Me siento hacia atrás y luego hacia delante.

Aarón se sienta y sonríe tranquilamente. —¿Nervioso?

Me paso la mano por el pelo. —No. —Me pongo en pie—. Esto... es... es un error. Siento haberte hecho perder el tiempo. Envíame la factura.

—Siéntate —dice con voz severa—, estás aquí por una razón. Vamos a verlo.

Entorno los labios, poco impresionado, y miro a mi alrededor antes de sentarme por fin.

—Háblame de ti, Henley. ¿En qué trabajas?

—Soy ingeniero.

—¿Trabajas para alguien?

—Tengo mi propia compañía. —Miro hacia la ventana mientras planeo mi huida.
Asiente con la cabeza. —Ya veo.
—¿Y eres soltero, casado? ¿Gay o hetero?
—Heterosexual y soltero —respondo secamente.
—Vale... —Sonríe y espera a que yo diga algo.
No tengo nada para decir.
—¿Y cómo te describirías a ti mismo?
Me rasco la cabeza con frustración. —No lo sé. —Me encojo de hombros—. Normal.
—Vale, bien. —Sonríe mientras me mira atentamente—. ¿Y qué te ha traído hoy por aquí?
—Mi amigo. —Me encojo de hombros, avergonzado—. Concertó la cita por mí.
—¿Y cómo se llama?
—Blake.
—¿Qué Blake?
—Blake Grayson.
—Sí, conozco al Dr. Grayson. Me pidió que te hiciera un hueco en mi agenda urgentemente.
—Es bastante dramático.
—¿Tiene motivos para serlo?
—No. —Miro alrededor de la habitación, a todas partes menos a él.
—¿Así que pasó algo que le hizo preocuparse por ti?
—En su mente.
—¿Y qué fue eso?
Me encojo de hombros. —Dejé de ver a alguien. No es para tanto. Lo está dramatizando demasiado.
—¿Eso te molestó?
Lo interrumpo. —La verdad es que no veo qué tiene que ver esto.
—Responde a la pregunta, por favor —me responde—, ¿estás disgustado por la ruptura?
¿Cómo se llama?
—Juliet.
Entorno los labios, sin impresionarme.
Que se joda este imbécil.
—¿Estás disgustado por la ruptura?
—Decepcionado, sí.
—¿Quién lo terminó
Dudo antes de contestar. —Yo lo hice.
Asiente con la cabeza. —Ya veo. ¿Ya no sientes nada por Juliet? —Se encoge de hombros.
La tristeza me invade como una pesada manta.
—La adoro.
Frunce el ceño. —¿Y aún así terminaste la relación?
—Ya era hora de hacerlo.
—De acuerdo. —Él asiente—. ¿Cuándo fue tu última relación seria antes de ésta?
Aprieto la mandíbula. Basta ya de preguntas, carajo.
—Tómame tu tiempo.

—No he tenido una relación seria. He tenido —hago una pausa—, relaciones sexuales.

—¿Siempre?

—Sí.

Se recuesta en su silla. —¿Desde qué edad?

—Quince.

—¿A qué edad comenzaste a ser sexualmente activo?

—La misma edad.

—¿Hubo algún acontecimiento importante que ocurriera en esa época?

Pongo los ojos en blanco. Ya está. —No tiene nada que ver.

—¿Pero hubo un acontecimiento?

—Mi madre murió.

—Lo siento.

—Yo también.

Se detiene un momento, como si intentará articular sus pensamientos.

—¿Tienes hermanos, Henley?

—No.

Asiente con la cabeza. —¿Está vivo tu padre biológico?

—Sí.

—¿Estás en contacto con él?

Hago una pausa, inseguro de cómo responder a esta pregunta. —Sí y no.

Juliet

Me siento en el suelo de mi salón y acerco el mando a distancia al televisor mientras paso los canales.

No, no, no, no, no...

Dejo escapar un profundo suspiro. —¿Por qué ya no hay nada en la televisión que valga la pena ver? —Tiro el mando a distancia en el sofá, me tumbo y miro al techo.

Ha sido una semana larga. Sin ningún contacto.

Tan cerca pero tan lejos.

El cielo se ha caído. El mundo es gris.

Y Henley James no me quiere... pregúntale, te lo dirá.

No debería estar tan destrozada. Sólo han pasado dos semanas. Ya debería haberlo superado y marcar esto como lo que es una mala experiencia.

Pero esa es la cuestión: ¿cómo te deshaces de la emoción que has esperado sentir durante toda tu vida?

Para él no era real, pero para mí sí.

Amor en todo su esplendor, bello y crudo.

Sólo que no lo era.

Se me hace un nudo en la garganta y mis estúpidos ojos se llenan de lágrimas. Odio que me hiciera daño y, sobre todo, odio habérselo permitido. Sabía exactamente en lo que me estaba metiendo y, aun así, me dejé llevar.

Esto es culpa mía. Es culpa mía.

La parte lógica de mi cerebro está enfadada, furiosa porque él cometió el crimen perfecto. Nos recuerdo riendo y revolcándonos en las sábanas, bailando desnudos en la cocina a medianoche.

Me enganchó bien. Mordí el anzuelo, el sedal y la caña.

Mi pobre y patético corazón no deja de recordarme toda su carga y de suplicarme que lo perdone por huir.

Entra y fóllate a Mason. Te hará sentir mejor.

Cierro los ojos al recordar sus hirientes palabras. ¿Cómo pudo decir eso? Está claro que no me respeta.

Nunca lo hizo.

Sé lo que tengo que hacer, pero ¿cómo olvidar a alguien que está tan grabado a fuego en tu alma que es en lo único en lo que puedes pensar?

Me tumbo en el suelo y miro fijamente al vacío. Me revolcaré en la autocompasión unos días más, y luego me levantaré y me sacudiré el polvo. Como dice el refrán, esto también pasará.

Ya han pasado cinco días sin él. Pronto mejorará...

Tiene que mejorar.

El sábado por la tarde, conduzco a casa después de mi turno de día en el hospital. Fue un día agitado y ridículamente ajetreado. Todo lo que podía haber salido mal hoy, salió mal. Doblo la esquina de mi calle y veo a los chicos en medio del callejón sin salida colocando una pelota de golf en el campo. Están bebiendo cerveza, riendo y bromeando.

¿No se hartan nunca de ese estúpido juego y de pasar el rato juntos en el estúpido medio de la calle?

Paso junto a ellos con una sonrisa falsa y un gesto de saludo.

Henley no está.

¿Dónde está?... *¿Está bien?*

Actualmente sufro un trastorno de personalidad múltiple. Oscilo entre la rabia y la preocupación por él. Un minuto estoy furiosa y al siguiente lloro.

Enfadada porque me hizo daño, pero preocupada porque sé que él no es así.

Tal vez sólo sea una idiota crédula manipulada por un mujeriego.

Cuando llego a mi casa, veo que han cortado el césped. ¿Eh? Meto el auto en la entrada y al salir oigo la podadora en marcha en mi jardín.

¿Quién cortó el césped?

Vuelvo a mirar a los chicos del centro, y Blake agacha la cabeza y saluda con la mano. —Hola, Juliet.

—Hola.

Uf... deja de hacerte el simpático, gigoló. Chloe es demasiado buena para ti.

Atravieso mi puerta lateral y veo a Henley empujando la podadora a doble velocidad sobre mi césped. Va tan rápido que lo empuja directamente sobre el jardín y destroza las plantas.

—¿Qué haces? —grito.

Sigue podando a doble velocidad, con la cabeza gacha, la piel reluciente de sudor.

—Henley —llamo.

No levanta la vista y poda otra planta.

Ya está.

Me abalanzo sobre él. —¡Para! —grito.

Levanta la vista y su paso vacila.

—¿Qué demonios estás haciendo? —grito.

—Cortar el césped. ¿Qué coño parece? Es una vergüenza —gruñe.

Me pongo las manos en las caderas, enfurecida. —Estás dañando mis plantas.

—Maleza —grita por encima de la podadora.

—Vete a casa —grito.

—¿Qué? —Finge no oírme.

Con una rabia insensata, miro a mi alrededor y veo la carnicería de mi jardín y las tres plantas que cortó en pedazos.

—¡Vete a casa! —Señalo hacia su casa—. No vuelvas a cortar mi puto césped nunca más.

Nunca he conocido a una persona más exasperante. Ahora mismo estoy tan cerca de darle un puñetazo en la cara que ni siquiera tiene gracia.

Lo empujo lejos de la podadora, retrocede a trompicones y la apago.

—Vete a casa —grito.

—¿Qué esperas que haga? Tu hierba está arruinando todo el paisaje urbano. Todos estamos hartos de ella —suelta entre dientes apretados.

Algo dentro de mi cerebro estalla y quiero arremeter contra él y hacerle daño. —Eres un maldito controlador maniático del orden, y no lo voy a permitir.

Se le salen los ojos de las órbitas. —¿Qué dijiste? —se burla.

—Ya me oíste. Vete a tu puta casa. —Me doy la vuelta y marchó de vuelta a mi casa, y me doy cuenta de que mi puerta trasera está cerrada. Maldita sea, mis llaves siguen en mi auto, en la entrada.

¡Uf!

Salgo corriendo por delante con él pisándome los talones. —No me acabas de decir eso —grita—, no soy un maniático controlador.

—Sí, lo hice, y sí, lo eres. —Abro el auto y cojo las llaves—. Vete, Henley. Eres una puta pesadilla. —Cierro de golpe la puerta del auto y marchó hacia la puerta principal.

—Ni se te ocurra insultarme. —Me sigue al interior.

—Te llamaré como quiera.

Cierra la puerta tras de sí. —Escúchame. Mantén tu puto césped en orden o múdате de una puta vez —protesta—, no viviré junto a una casa abandonada.

—¿Qué? —estallo—, mi hierba ni siquiera estaba larga.

—Sí, lo estaba. —Tiene los ojos desorbitados y las venas le sobresalen de la frente—. Me debes un agradecimiento.

—¿Por qué? —riño—. ¿Por cortar mis putas plantas?

—Eran malas hierbas.

—Tú eres una puta mala hierba. ¡Vete!

—Me parece bien. —Se gira hacia la puerta—. Eres una desagradecida.

—Henley —llamo.

Se gira hacia mí. —Eres un puto imbécil egocéntrico, ¿lo sabías?

Entrecierra los ojos y se acerca a mí. —No me culpes a mí de tus delirios amorosos.

—¿Qué demonios significa eso? —estallo. La adrenalina me recorre el cuerpo. El corazón me martillea en el pecho.

Arruga la cara y, con voz quejumbrosa de niña pequeña, dice: —Te amo, Henley. —Me mira fijamente, con el desprecio goteando por todos sus poros—. Tenías que arruinarlo todo, ¿no?

Lo miro fijamente, sorprendida.

—Vaya...

Sus ojos se fijan en los míos y levanta la barbilla hacia el cielo en señal de desafío, como si me incitara a luchar.

Las estúpidas lágrimas vuelven a brotar de mis ojos. *Basta ya.*

—Al menos uno de nosotros te ama —susurro—, y estoy segura de que no eres tú

Su mandíbula se aprieta.

—¿Es así...? —Intento articular mis palabras—. ¿Es así como tratas a la gente que se preocupa por ti, Henley?

Me fulmina con la mirada.

—Sí. —Levanto las manos en señal de rendición—. No me disculparé por ser yo misma.

—No lo hagas.

—¿No hago qué? ¿No actuar como un ser humano? ¿No tener a alguien querido que signifique algo para mí?

Tuerce los labios con rabia.

—Estoy a dos minutos de salir de tu vida para siempre. ¿Qué tienes que decir al respecto? —incito.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. Son fríos y duros. —Cuidado con la puerta al salir.

Oh...

Se da la vuelta y se va sin decir nada más. Entorno la cara llorando. Mi corazón se acelera sin control.

Joder.

Martes en la noche

Me miro la cara en el espejo del baño. La mascarilla de barro verde tiene que hacer milagros esta noche.

Nunca me he sentido tan mal.

Barry puede sentir mi angustia y no se ha ido de mi lado. Es el mejor amiguito del mundo.

He renunciado oficialmente a los hombres. Los odio a todos.

Toc, toc, toc suena desde el piso de abajo.

¿Esa es la puerta?

Toc, toc, toc suena otra vez.

¿Qué?

¿Quién es? Bajo de puntillas las escaleras y veo a Rebecca en la puerta principal.

¿Qué demonios? Abro la puerta a toda prisa. —Hola, ¿qué pasa?

—Vamos —suelta.

—¿Qué?

—Ya es hora. Puse un AirTag en su auto y aún no ha vuelto del trabajo. Está en un restaurante de la zona sur. Es hora de moverse. Vamos, carajo.

Mis ojos se abren de par en par. —Oh, mierda. —Vale—. Tengo que lavarme la mascarilla. Dame un minuto.

—Voy por el auto —suelta.

Subo las escaleras de dos en dos. Oh, mierda. Esto podría ser malo. *Por favor, no hagas nada malo.* —Coño, odio a los hombres. —Me lavo la mascarilla a velocidad récord y me pongo un

suéter sobre el pijama de franela. Me pongo los zapatos—. Vuelvo pronto, Barry. —Salgo corriendo por delante, donde Rebecca está esperando en su auto.

Entro de un salto y ella arranca antes de que haya cerrado la puerta del auto. —¿Qué pasó? —susurro mientras miro entre ella y la carretera que se aproxima muy de prisa.

—Me está engañando, lo sé. —Toma la curva y casi nos elevamos sobre dos ruedas.

Me agarro con fuerza mientras ella conduce como una loca. —¿Cuál es el plan? —Vuelvo a mirar entre ella y la carretera—. ¿Tenemos un plan?

Por favor, no nos dejes ir a la cárcel esta noche.

—Sólo quiero esperar y atraparlo in fraganti. Si no lo veo con mis propios ojos, sé que nunca lo admitirá.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza mientras me aferro al cinturón de seguridad—. Aunque probablemente deberías ir más despacio, nena. —Tomamos otra curva y los neumáticos chirrían. Cierro los ojos asustada.

Coño, nos vamos a morir.

Veinte minutos aterradoros después, nos detenemos, estaciona frente al restaurante.

Apaga el auto y nos sentamos en la oscuridad. —Ése de ahí es su auto.

Su auto está estacionado enfrente.

—¿Quieres que vaya a ver si está ahí dentro? —pregunto.

—No, no quiero que sospeche nada. Podría verte.

—De acuerdo.

—Hazme un favor —me dice.

—Cualquier cosa.

—Si sale y está con una mujer, grábalo en tu teléfono para mí.

—¿Qué?

—Necesito tener pruebas fotográficas de que realmente está haciendo esto para poder mirar atrás y mantenerme fuerte.

Asiento con la cabeza. —De acuerdo.

Mi corazón late con fuerza. Joder.

De repente tengo una nueva perspectiva. ¿Creo que tengo problemas? Sólo estuve dos semanas con el idiota de Henley y tengo el corazón roto. Éste es el marido de Rebecca, con el que ha pasado doce años. El hombre que se supone que debe amarla y protegerla para siempre. No puedo imaginar lo que ella debe estar pasando.

—¿A qué hora cierra el restaurante? —pregunta.

Rápidamente lo busco en Google. —Pone once.

Mira el reloj. —Diez minutos.

Mierda.

Nos sentamos en la oscuridad, sin hablar. ¿Qué podría decir?

La puerta se abre y contenemos la respiración. Salen dos hombres.

Las dos soltamos un suspiro de alivio.

Realmente espero que esto sea inocente. Sin embargo, no creo que lo sea.

Se abre la puerta y salen un hombre y una mujer. —¿Son ellos? —Frunzo el ceño.

—No.

Las dos nos sentamos.

La puerta se abre de nuevo, y esta vez aparece John. Lleva a una mujer de la mano. Lleva un vestido rojo y tiene el pelo largo y rubio. Es joven y guapa.

—Joder —susurro.
Rebecca lo mira, y yo tomo su mano entre las mías.
Caminan hasta el auto de él. Le abre la puerta del acompañante. La empuja contra ella y la besa profundamente. Dice algo, y la mujer se ríe a carcajadas.
—La conozco —susurra Rebecca entre lágrimas.
Mis ojos se dirigen hacia ella. —¿Quién es?
—Se llama Mia.
Mi corazón se hunde. —¿De qué la conoces?
—Es su secretaria.
Lo vemos alejarse y nos quedamos en silencio, ambas conmocionadas.
—Lo siento mucho, Bec —susurro.
Arranca el auto. —No tanto como lo va a sentir él. —Salimos al tráfico y conducimos a casa en silencio. Le sostengo la mano en el regazo.
—¿Qué vas a hacer? —susurro.
Se encoge de hombros mientras agarra el volante con fuerza.
—Quédate esta noche en mi casa, ¿vale? —Le digo mientras aprieto su mano.
—No. —Ella mantiene la vista en la carretera—. Me ocuparé de esto esta noche, sólo espera.
—¿Esperar qué?
—Que él vuelva a casa.
Oh, demonios...
Entramos en nuestra calle y nos detenemos en su entrada. Acciona el mando a distancia, se abre la puerta del garaje y entramos.
—Puedes irte a casa —dice tranquilamente—, gracias por venir conmigo.
Siento que no debería estar presenciando esto, que es un asunto privado, pero no quiero dejarla sola con ese idiota.
—No voy a ninguna parte —le digo—, esperaré contigo.
Me dedica una sonrisa triste, sale del auto y entra.

Dos horas después

Rebecca pasea mientras yo me siento en su sofá. La casa está silenciosa y triste, iluminada sólo por la lámpara.
No quiere que sepa que aún está despierta cuando llegue.
Ninguna de las dos dice nada. Ambas sabemos que éste es el fin de su matrimonio, y ¿qué podrías decir para mejorar la situación?
Rebecca se queda mirando al vacío. —Se está acostando con ella ahora mismo —susurra.
Se me hace un nudo en la garganta. —No pienses en ello.
—Me pregunto si a ella le gusta por detrás...
Se me llenan los ojos de lágrimas.
—Lleva así dieciocho meses —dice distraídamente.
Tengo un mal presentimiento.
—¿Por qué no volvemos a mi casa y nos ocupamos de esto mañana, cuando estemos frescas?
Me tomaré unos días libres. Quizá podríamos irnos en un viaje de chicas para despejarte —digo esperanzada.
—No. —Entra en el despacho y vuelve con un bate de béisbol.

Mis ojos se abren de par en par... *Joder*.

—¿Qué...? ¿qué... haces con eso?

¿Va a matarlo?

Creo que tengo que pedir refuerzos a Chloe. No sé qué hacer aquí.

—Rebecca, dame el bate.

El auto se detiene en la entrada y, antes de que pueda mirar por la ventana, Rebecca está corriendo hacia él a través de la puerta principal. —Maldito imbécil —grita. Toma impulso y estampa el bate contra el parabrisas, rompiéndolo en mil pedazos.

—Joder. —Salgo corriendo tras ella—. Rebecca, para.

Se encienden todas las luces de las casas.

—¿Cómo pudiste? —grita como una loca. Sus gritos resuenan a kilómetros de distancia, y ella vuelve a levantar el bate y golpea el auto de él una vez más.

—¿Qué haces? —grita John.

—¿Cómo está Mia?

Sus ojos se abren de par en par.

—Bec, no. Por favor —suplico—, no vale la pena.

Vuelve a golpear el auto. —Dejo a toda mi familia y amigos, me mudo al otro lado del país por ti, ¿y así es como me lo pagas?

—¿Qué está pasando? —dice Blake mientras corre hacia nosotros desde su casa. Va en calzoncillos y despeinado— Rebecca —grita—, ¿qué haces? Para.

—¿Cómo pudiste? —grita.

—Rebecca. —Blake forcejea con ella para quitarle el bate de la mano mientras forcejea con él.

—Se acuesta con su secretaria. —Está histérica y llora, y al final Blake le arranca el bate de las manos.

John sale del auto. —¿Qué le has hecho a mi auto? —grita.

Los ojos asesinos de Blake se elevan hacia John. —Vete.

—Esta es mi puta casa. No voy a ir a ninguna parte.

Blake empuja a Rebecca a un lado. —Dije que te fueras, carajo. *Ahora mismo*.

Oh, no. Miro entre los dos. Si Rebecca no lo mata, lo hará Blake.

—¿Qué demonios está pasando? —grita Carol mientras cruza corriendo la carretera—. ¿Estás bien, Rebecca?

Rebecca solloza en mis brazos, y levanto la vista para ver que Henley salió al oír el alboroto. También está en calzoncillos.

—No es lo que piensas —grita John—. Rebecca... te amo.

—Es exactamente lo que pienso —grita. Ha perdido todo el control. Tiene la cara llena de lágrimas y mocos.

—Entremos y hablemos de esto en privado.

—No —grita Rebecca—, vuelve con tu puta. Ella me conoce. Habla conmigo todos los putos días. Le pago su puto sueldo. ¿Cómo pudiste?

—Ella no significa nada. No me voy a ninguna parte. Te amo.

Blake lo empuja por el pecho y él retrocede dando tumbos. —Métete en tu puto auto y desaparece antes de que te pateé el puto culo. —Lo empuja de nuevo, y él cae de espaldas.

Ahora Blake va a matarlo de verdad. Esto se está saliendo de control.

—Henley —grito—, haz algo.

Henley interviene y aparta a Blake de John. —Ya basta. Vete, John.

—Esto no es asunto tuyo —gruñe John.

—Vete antes de que llame a la policía —grito.

—Eres mi puta esposa, Rebecca —vocifera John—, ella no significa nada.

Rebecca se pone histérica y Blake la toma en sus brazos para protegerla de John.

John, al darse cuenta de que toda la calle está en su contra, acaba subiéndose al auto destrozado y huye.

Rebecca está destrozada, llorando desconsoladamente sobre el pecho de Blake. Todos nos quedamos de pie, tan conmocionados que ni hablamos, no sabemos qué decir. El llanto de Rebecca resuena en nuestra pequeña calle adormecida.

—¿Cómo puede alguien querer casarse? —murmura Henley en voz baja.

Lo miro, con mi fe en los hombres completa y totalmente arruinada.

—Joder. Aléjate.

CAPÍTULO 20

Henley

REBECCA LLORA contra el pecho de Blake mientras todos la vemos, sin saber qué decir.

—Vamos, Bec, esta noche te quedas en mi casa —dice Juliet.

—Es una buena idea. —Blake asiente—. ¿De acuerdo? —le pregunta en voz baja.

Rebecca finalmente asiente. —De acuerdo.

Con ella bien sujeta bajo el brazo, siguen a Juliet hasta su casa. Los sigo, sin saber qué decir.

Suben los escalones y Juliet abre la puerta. Blake y Rebecca entran y yo intento seguirlos, pero Juliet se pone delante de mí y bloquea la puerta.

—No.

Frunzo el ceño.

—Entré en razón, Henley. Ya esta puerta está cerrada para ti.

Mis ojos buscan los suyos.

—Ya no eres bienvenido aquí. Aléjate de mí.

Doy un paso atrás y asiento con la cabeza. —De acuerdo. —Me sorprende, pero no me sorprende.

Juliet me cierra la puerta en la cara y oigo a Rebecca llorar desde dentro. Espero un momento, sin saber qué hacer. No sé adónde ir.

Ya no eres bienvenido aquí.

Cierro los ojos indignado conmigo mismo. *¿Qué esperabas?*

Al final, me arrastro hasta casa y me siento en los escalones de la entrada, en la oscuridad.

Y al oír el corazón de Rebecca romperse en la distancia, el mío también se quiebra.

—Henley. —Aaron sonríe—. Pasa. Siéntate, por favor.

Paso junto a él y me siento. —No sé por qué estoy aquí. Esto es una puta pérdida de tiempo.

Sonríe y se sienta detrás del escritorio frente a mí. —¿Cómo te ha ido?

—Bien.

—¿Ha pasado algo nuevo desde la última vez que te vi?

—No. —Entorno los labios y miro a mi alrededor. Sólo quiero acabar con esto.

—Henley. —Hace una pausa—. Sé que sólo estás aquí porque el Dr. Grayson te está obligando a venir

—Ya te dije, lo ha dramatizado todo. Yo estoy bien. No necesito estar aquí. Estás perdiendo el tiempo. Gástalo en alguien que lo necesite de verdad.

—De acuerdo. —Asiente con indiferencia—. Me alegra saber que te va bien. —
Garabatea algunas notas mientras espero.

—Así que... sigamos donde lo dejamos, ¿te parece?

Me encojo de hombros.

—¿Has pensado más en Juliet desde la última vez que hablamos?

—Sólo pienso en ella, carajo.

—Eso está bien. —Se recuesta en su asiento con una sonrisa—. Te preocupas por ella.

Aprieto los labios, optando por permanecer en silencio.

—¿Tú y ella se llevan bien?

—No.

—¿Ha pasado algo?

Ya no eres bienvenido aquí.

—Ah... —Me encojo de hombros—. Me dijo que no quería volver a verme.

—¿Por qué dijo eso?

—Yo...

—¿Tú qué?

—Cada vez que la veo, yo —me encojo de hombros, avergonzado por mi comportamiento—, me vuelvo muy desagradable con ella. Le digo cosas. —Me retuerzo las manos—. Cosas terribles.

—¿Intentas hacerle daño?

Asiento con la cabeza.

—¿Como si ella te hubiera hecho daño?

Cierro las manos en puños. —No sé por qué lo hago... Parece que no puedo contenerme.
Se me escapan cosas horribles.

—Ya veo. —Aaron me mira durante un rato—. ¿Por qué estás enfadado con ella?

—No lo estoy.

—¿Se acostó con alguien más?

Frunzo el ceño. —No —digo bruscamente—, ella no es así.

—¿No es una buena persona?

—Es la mejor persona —respondo indignado.

—¿Te mintió?

Asiento con la cabeza. —Sí.

—¿Cómo fue?

Resoplo aire en mis mejillas. —Me dijo que sólo quería una relación sexual.

Frunce el ceño mientras escucha. —Continúa.

—Y luego... —Mi voz se entrecorta.

—¿Hizo que te enamoraras de ella?

Mis ojos caen al suelo y asiento con la cabeza.

—¿Te incomodan esos sentimientos?

Permanezco en silencio, incapaz de responder.

—¿Por qué crees que es así, Henley?

—No lo sé —respondo en voz baja.

—¿Quieres tener una relación amorosa con Juliet?

—No.

Se queda en silencio y al final tengo que levantar la vista. Me dedica una sonrisa

tranquilizadora. —Éste es un espacio seguro. Aquí puedes expresar tus sentimientos libremente. Pero creo que los dos sabemos que si lo quieres.

—Créeme, no quiero.

—¿Le has dicho a Juliet lo que sientes por ella?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me gusta estar solo.

—¿Es más fácil así? —pregunta.

—Sí.

—En un mundo perfecto, en el que tú no eres tú, ¿cómo sería tu vida?

Hago una pausa mientras contemplo su pregunta.

—¿Estarías casado y con hijos? ¿Una familia numerosa propia?

Asiento con la cabeza. —Supongo.

Sonríe. —Hagamos de eso un objetivo.

—Dejé de tener objetivos personales hace mucho tiempo.

—¿Cuándo murió tu madre?

—No la metas en esto. —Suspiro con frustración—. Mi madre no tiene nada que ver con estar enamorado.

—¿Porque murió?

—Deja de decir eso. —Cierro los ojos para intentar bloquearlo.

—¿Recuerdas lo que hablamos en tu última visita, Henley?

Entorno los labios. Sólo quiero que esto acabe de una puta vez.

—Deja que te refresque la memoria. Repasamos el día en que falleció tu madre y el trauma que sufriste por ello.

Respiro de forma profunda y temblorosa mientras recuerdo aquel oscuro día.

El niño sollozando sobre el cuerpo de su madre, sin saber que ya ha fallecido.

Mamá, no pasa nada. Ya viene papá, ya viene papá, nos va a llevar al hospital.

Despierta, mamá, por favor, despierta. Mamá, necesito que te despiertes... por favor.

—Henley. —La voz de Aaron me devuelve al momento presente, y mis ojos se elevan hasta su silueta borrosa—. Es un recuerdo perturbador, ¿verdad?

Me limpio los ojos con el dorso de las manos. —Sí.

—¿Has hablado alguna vez de ese día con alguien?

Me encojo de hombros. —Mmm...

—Tómate tu tiempo.

—Mis dos mejores amigos son los únicos... —Frunzo el ceño, sin saber cómo continuar la frase—. Me visitaron esa noche y... —Me encojo de hombros—. Éramos jóvenes. No sé de qué hablamos.

—¿Sigues en contacto con ellos?

—Blake Grayson. —Me encojo de hombros—. Lo conoces, él y Antony Deluca siguen siendo mis mejores amigos.

—¿Los ves a menudo?

—Todos los días. Todos compramos casas en la misma calle.

Sonríe. —Se cuidan mutuamente.

—Supongo. —Me encojo de hombros.

—Parece que tienes una buena red a tu alrededor.

Asiento con la cabeza.

—¿Alguna vez piensas en la muerte, Henley?

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras mis ojos se elevan para encontrarse con los suyos. —No me importa morir.

—¿Y los demás?

Mi respiración vuelve a agitarse. —No es algo en lo que me detenga a pensar.

—¿Y dentro de una relación? ¿Se te pasa alguna vez por la cabeza?

—No —digo bruscamente.

—Pero —hace una pausa como si recogiera sus pensamientos—, si amas a otra mujer... ella podría morir y dejarte, ¿no?

Aprieto la mandíbula. Sus palabras tocan una fibra sensible en la boca de mi estómago.

—Y no podrías volver a pasar por ese dolor, ¿verdad?

Cierro los ojos. Este tema es demasiado real. —Cállate.

—Porque ¿dónde estarías si otra mujer a la que amas deja esta tierra antes que tú? ¿Es ahí adonde te ha llevado tu proceso de pensamiento?

—Cállate. —digo, enfurecido—, esto no ayuda. Arrégrame de una puta vez. No me hables otra vez de esta mierda. No ayuda un carajo. Lo único que hace es alterarme otra vez.

—Tu reacción ante las relaciones es totalmente comprensible —dice con calma.

—¿Qué coño me pasa? —suelto.

—En mi opinión, padeces un trastorno de estrés postraumático provocado por un acontecimiento apocalíptico. La mente humana tiene inteligencia propia. Hará lo que sea necesario para protegerte de futuros daños.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que siento que se me van a romper los dientes.

—Se llama autoconservación, Henley. Tu mente te protege inconscientemente de cualquier daño. Si no amas a alguien con todo tu corazón, nunca podrás volver a sentir ese dolor.

El suelo se mueve bajo mis pies mientras lo miro fijamente.

—Pero este comportamiento ya no te sirve, Henley. Ahora está sabotando tu felicidad y tu futuro. Tienes que tomar la decisión consciente de dejarlo.

—Dejarlo —repito—, ¿como si fuera tan jodidamente fácil? ¿Crees que quiero estar así?

—Inconscientemente, sí.

—Vete a la mierda.

—El primer paso de la recuperación es el reconocimiento de este comportamiento.

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando —suelto—, no voy a escuchar esta mierda ni un minuto más. —Me levanto y salgo del despacho. No puedo aguantar más a este puto idiota—. No volveré.

—Henley —me llama—, no hemos terminado.

Con el corazón saliéndoseme del pecho, salgo a través de las pesadas puertas y corro hacia mi auto.

Carajo... sólo llévame a casa.

Juliet

Veo a través de la ventana de la cocina mientras Rebecca se tumba en una manta al sol de la mañana en el jardín trasero con Barry.

Ella es fuerte.

Han pasado días desde aquella noche cruel en la que sorprendimos a su marido. Ha suplicado perdón y ha intentado volver a su casa por la fuerza.

Blake no quiere oír hablar de él, ni siquiera lo deja conducir por la calle sin interceptarlo y amenazarlo con darle una patada en el culo.

El chiste es que, cuando atrapamos a John aquella noche, volvió directamente a casa de su amante. Ahora sigue allí, sin saber que, gracias al AirTag de Apple, conocemos todos sus movimientos.

Rebecca se ha quedado conmigo, aún no está preparada para quedarse sola. Si soy sincera, a mí también me está ayudando. Aunque ella está siendo valiente, yo sigo sintiendo que mi mundo está a punto de acabarse.

Echo de menos a Henley. Echo de menos las risas que compartíamos y la forma en que me hacía sentir.

Rebecca se reunirá por fin con John esta tarde para hablar del futuro. Quería sentirse más fuerte antes de hablar propiamente con él.

Esperemos que sí lo esté.

Toc, toc suena en la puerta.

Me paso el paño de cocina por encima del hombro y abro la puerta. —Blake. —Sonrío.

—Hola. —Me devuelve la sonrisa—. ¿Están bien, chicas? Me dirijo al hospital para ver cómo están algunos pacientes. Me preguntaba si necesitaban algo.

—Estamos bien. —Últimamente veo exactamente lo que Chloe ve en el buen doctor. Tiene un aire encantador—. Sabes, para ser tan mujeriego... es sorprendentemente atento, Sr. Grayson.

Se ríe entre dientes. —Sólo quería saber cómo estaban ustedes. —Se da la vuelta y baja la escalera, yo lo sigo—. ¿Cómo está... de verdad? —pregunta.

Me encojo de hombros mientras llegamos al buzón. —Ella está bien. Supongo que ha tenido tiempo para entender que esto era una posibilidad mucho antes de que se confirmara que era verdad.

Asiente mientras escucha.

—Esta tarde se reunirá con él para hablar de lo que pasará, así que supongo que después sabrá más.

—Qué puto idiota es. —Mueve la cabeza con disgusto.

—Lo sé.

La puerta de Henley se abre y ambos levantamos la vista. Sale con un traje azul marino perfectamente entallado y una camisa blanca impecable. Tiene la espalda recta. Nos mira y asiente con la cabeza, pero sigue acercándose a su auto. Con el corazón en un puño, lo veo pasar sin saludarnos.

Se me hunde el corazón. *Realmente no le importa.*

—No le hagas caso... él está... —Blake se encoge de hombros—. Ordenando algunas cosas ahora mismo.

Entorno los labios para no decir algo sarcástico.

—Es un buen hombre, Juliet.

Lo veo a los ojos intentando adivinar si lo cree en realidad. —¿Lo es?

—No te rindas con él.

—Me abandonó.

—Henley es —exhala pesadamente—, complicado.

De repente, quiero toda la información que pueda obtener de Blake. —¿En qué sentido?
—No me corresponde a mí dar más detalles... pero sólo —se encoge de hombros—, dale algo de tiempo.
—¿Hay alguien más? —pregunto.
—Dios, no. —Entorna la cara—. No es nada de eso. —Me besa la mejilla—. Llámame si necesitas algo.
—Vale, gracias. —Lo veo cruzar la calle sin salida y subir a su nuevo Porsche plateado. Ronronea como un gatito cuando arranca el motor. Me saluda alegremente mientras se aleja en la distancia, y mi mente divaga sobre su palabras.
No te rindas con él.
Ojalá fuera tan fácil.

A las 5:00 p.m., llega un mensaje de texto. Es de Rebecca.

**¿Podemos salir a cenar y tomar algo?
Necesito desahogarme.**

Mierda. No debe haber salido bien. Respondo.

**Suena bien, reservaré y llamaré a Chloe.
¿ A las siete está bien?
Hay margaritas en el menú.**

Veó mientras sus puntos rebotan.

Suena muy bien.

7:00 p.m.

Entro en el restaurante y veo a Chloe y Rebecca ya en la mesa con margaritas en la mano. Esta tarde he hecho un turno de cuatro horas en la residencia de ancianos para cubrir a alguien y llego tarde. Han empezado sin mí.

—Hola. —Sonrío mientras tomo asiento.

—Bienvenida a la mesa de los que odian a los hombres anónimos. —Chloe me tiende su margarita a modo de brindis—. Todos los hombres son unos cabrones —murmura.

Suelto una risita y cojo la margarita que me espera en la mesa. —¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Lo suficiente para establecer que odiamos a los hombres —dice Chloe en voz demasiado alta.

Rebecca levanta también su vaso. Salud, salud.

Suelto una risita. —Pues resulta que soy la presidente del club de odio a los hombres, así que me alegro de estar en buena compañía.

Chocamos nuestras copas en un brindis.

—Entonces... —Ensanchó los ojos—. ¿Qué pasó?

Rebecca aprieta los labios. —Me engañó porque no lo dejé hacerme anal.

—¿Qué?

—Menudo puto idiota —jadea Chloe—, voy a hacerle un anal con el puto mango de la fregona.

—¿Qué quieres decir? —tartamudeo—, explícame todo. ¿Dónde se vieron?

—De acuerdo. —Rebecca da un sorbo a su bebida—. Fuimos a una cafetería a la que siempre vamos. Quería un sitio público que nos obligara a mantener una conversación civilizada.

—Me parece justo. —Escucho atentamente.

—Le dije que necesitaba total honestidad y que si me la daba, entonces posiblemente podríamos solucionar esto.

—Claro. —Frunzo el ceño. Mi mirada se desvía hacia Chloe, y ella se pasa el dedo por la garganta—. ¿Qué pasó?

—Lleva más de un año acostándose con ella.

—Joder.

—Dice que sólo es sexo y que está completamente enamorado de mí y que no tenía intención de poner fin a nuestro matrimonio.

—Un maldito idiota —jadea Chloe—, odio a este chico, carajo. ¿Podemos cortarle la polla y dársela de comer a los gatos callejeros?

Se me escapa una risita, pero intento contenerla. —Claro. —Intento concentrarme en escuchar bien a Rebecca—. ¿Cómo empezó?

—Escucha esto —murmura Chloe. Me apunta con su bebida, que se derrama por el borde.

Rebecca se inclina hacia la mesa. —Me dijo que siempre había deseado sexo anal.

—Por supuesto. —Entorno los labios—. ¿Es cierto?

—Lo es, y para ser justos, yo ni siquiera lo intentaba.

—Bien.

—Dijo que un día estaba en el comedor con Mia, comiendo su almuerzo. Se habían hecho amigos con el tiempo, y Mia le dijo que tenía problemas sexuales con su novio.

Frunzo el ceño y mi mirada se dirige a Chloe, que pone los ojos en blanco de forma exagerada. —Dame un puto respiro —espetá.

Suelto una risita mientras doy un sorbo a mi bebida. —Ya. ¿Qué tipo de problemas sexuales? ¿Problemas por ser una puta?

—Exacto —balbucea Chloe.

—Dijo que Mia estaba enfadada con su novio porque no quería probar el sexo anal.

—¿Qué? —estallo—, ¿quién le dice eso a su puto jefe en el comedor a no ser que quiera follárselo a lo bestia? Esta mujer es el colmo.

—Lo sé, sinvergüenza —susurra Rebecca enfadada—, en fin, eso abrió la conversación para que hablaran de fantasías sexuales, y bla, bla, y dos meses después decidieron pasar una noche juntos en una conferencia de trabajo.

Mis ojos se abren de par en par. —¿Su primera vez fue anal?

—Aparentemente.

—Que mierda —le digo—, está utilizando el anal contra ti para justificar que es un puto imbécil.

—Exacto —suelta Chloe—, si fuera bueno en el sexo, ella le habría dejado hacerlo anal, ¿verdad, Bec?

Rebecca se encoge de hombros mientras da un sorbo a su margarita. —Quién sabe, pero no es la puta estrella del porno que se cree, eso seguro.

—Dios. —Vacío mi vaso y hago un gesto al camarero para que nos traiga otra ronda de

bebidas—. ¿Y luego qué?

—Él dijo que nunca hubo emociones, que cayeron en el hábito de tener relaciones sexuales, y que ella también tiene un novio del que está enamorada. Cada vez se decían que iba a ser la última vez.

—¿Qué? —jadeo—, que se joda.

—Eso es exactamente lo que hizo —suelta Chloe.

Estoy conmocionada hasta la médula. —¿Cómo rayos respondes a eso?

—Me dijo que cree que nos conocimos demasiado jóvenes y que sólo necesitaba explorar sexualmente, pero sabe que yo soy el amor de su vida.

Miro fijamente a Rebecca. —¿Cómo te sientes respecto a esto?

—Con el corazón roto.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Podemos matarlo? —interviene Chloe desde la banda—, matémoslo y enterremos su cuerpo en tu patio, Jules.

Suelto una risita. —Tentador, aunque Barry probablemente lo desenterraría.

—Mi hermoso Bazza. —Chloe sonríe—. Podría masticar sus huesos y todo eso.

—Me dijo que la había despedido del trabajo —dice Rebecca.

—¿Eso es cierto?

—No lo sé. No he ido a su despacho, obviamente, pero supuse que ella renunciaría para no estar en caso de que yo fuera hasta allá.

—Cierto. —Doy un sorbo a mi bebida—. ¿Qué deben pensar de ella las demás secretarias?

—Probablemente todos lo sabían. Me siento como una tonta.

—No lo hagas —digo bruscamente—, él es el tonto. Recuérdalo.

—Y luego hizo algo que realmente me rompió el corazón —dice Rebecca con tristeza.

—¿Qué?

—Me dijo que no la había visto desde que me enteré y que no iba a volver a verla.

Mis ojos sostienen los suyos. —¿Por qué te rompe el corazón?

—Aquí estamos, poniendo nuestros corazones sobre la mesa, hablando de su infidelidad con todo lujo de detalles, anal y todo. Me está diciendo que soy el amor de su vida, disculpándose y diciéndome que es lo que más lamenta de su vida, y sin embargo... sigue mintiendo sobre verla. Sé a ciencia cierta que se queda en su casa. He pasado por ahí y he visto su auto.

Se me hunde el corazón.

—Y entonces, mientras él me hablaba y pedía perdón, fue que entendí todo.

—¿Qué era?

—Siempre va a mentir sobre haberla visto. Incluso en una conversación para salvar nuestro matrimonio, sigue mintiendo. No puedo volver a confiar en él. No podemos salvar esto. Ha ido demasiado lejos. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Mi matrimonio está oficialmente acabado.

—Dios, Bec. —Tomo su mano por encima de la mesa y la estrecho entre las mías—. Lo siento.

—Yo también —dice Chloe con tristeza.

El camarero llega con nuestra nueva ronda de bebidas. —Gracias. —Sonrío.

Rebecca coge una y la levanta para brindar. —Esta noche estamos celebrando. —Sonreímos y acercamos nuestras copas para brindar—. Por los nuevos comienzos.

Miércoles por la mañana

Camino por el pasillo de la residencia de ancianos. Estoy a punto de marcar mi salida del turno de noche.

Estoy en piloto automático.

Ya nada podría sorprenderme. Mi fe en el sexo masculino ha quedado total e irrevocablemente arruinada.

El corazón de Rebecca está roto. Mi corazón está roto.

El mundo entero está jodidamente roto.

Llego a la puerta de Bernard, echo un vistazo por la ventana y me detengo inmóvil en el sitio.

Mi corazón se rompe de nuevo.

Henley está tumbado de espaldas en la cama del hospital. Su padre está tumbado a su lado. La cabeza de Bernard está sobre el pecho de Henley, y él lo rodea protectoramente con el brazo. Henley está viendo la televisión mientras su padre duerme.

Se me llenan los ojos de lágrimas...

Sé que no me ama, pero estoy muy segura de que ama a su padre.

Qué suerte tiene.

CAPÍTULO 21

Juliet

DICEN QUE el tiempo cura todas las heridas. No creo que eso sea necesariamente cierto.

Pero ciertamente te da algo de perspectiva.

Han pasado cuatro semanas desde que Henley y yo hablamos por última vez, tres semanas y seis días desde que me sentí feliz y flotando en mi momento.

Hace cinco minutos que no pienso en él...

Pero no me importa porque lo superé total y absolutamente. ¿Quién es Henley?

No es que tuviéramos una gran historia de amor. Fueron unas pocas semanas. Me levanté, me sacudí el polvo y lo superé.

Fue la mejor gran aventura amorosa de todos los tiempos...

Basta... ¡concéntrate!

Barry corre hacia la puerta principal, y entonces oigo un suave *toc, toc*. Abro y doy un paso atrás sorprendida al verlo. Con el pelo oscuro revuelto, aún con el traje del trabajo, es la personificación de lo follable.

¿Por qué siempre huele tan condenadamente bien?

—Henley.

Me dedica una sonrisa ladeada. —¿Cómo estás?

—Bien. —Miro hacia la calle. ¿Está aquí solo?

—Yo... ah... Yo sólo... —Tropieza con las palabras y está claramente nervioso.

—Sí. —Me hago la valiente—. ¿Qué pasa?

—Te compré algunas... —Señala seis macetas alineadas en el porche.

Lo interrumpo. —¿Malas hierbas?

—Por lo visto son plantas. —Sonríe como aliviado por mi broma—. ¿Quién lo diría?

Tú.

Entorno los labios para ocultar mi sonrisa.

—De todos modos, quería disculparme por haber insultado a tu casa.

—¿Algo más por lo que quieras disculparte?

—Mucho, en realidad. —Se encoge de hombros. Intenta continuar, pero lo interrumpo.

—¿De qué más quieres disculparte?

—Aaah. —Se traga un nudo en la garganta—. Mi...

Ensancha los ojos mientras espero.

—¿Como cuándo me dijiste que me acostara con Mason?

Hace un gesto de dolor. —Sí... sobre eso...

—¿Sí? —Espero.

—Eso no ha salido exactamente bien.

—¿No?

—No, es que... —Se encoge de hombros.

—Por cierto, se te da fatal disculparte.
—Soy muy consciente.
—Continúa —respondo rotundamente. Hacerse la dura es divertido.
—No quiero una relación, eso es todo.
—Vale, podías haberlo dicho en vez de intentar echarme a los lobos.
Sonríe ante mi analogía. —Mason no es un lobo. Es más bien un galgo.
—¿Estás celoso?
—¿De él? —Entorna la cara—. No.
—Ja. —Hago como si no le creyera. Aunque su historia es creíble, Mason podría ser un galgo.
Nos miramos un poco más mientras el aire hace esa cosa estúpida entre nosotros, y yo quiero gritar y llorar y ser una completa reina del drama porque él no está locamente enamorado de mí, y maldita sea, tenemos algo.
Pero no lo haré... A partir de ahora mantendré mis cartas boca abajo contra la mesa.
—Sólo quería que supieras que me gustaría que fuéramos amigos, ya que *somos* vecinos —dice con una suave sonrisa.
Ha sido incómodo estar por aquí ignorándonos todo el tiempo.
—De acuerdo. —Asiento con la cabeza—. Estoy de acuerdo. A mí también me gustaría.
—Bien. —Sonríe como si estuviera orgulloso de sí mismo.
—Bien.
—Entonces... —Vacila—. ¿Qué estás haciendo ahora?
—Nada.
—Oh... yo tampoco.
—De acuerdo.
Sus ojos ven en los míos, como si no supiera qué más decir. —De acuerdo...
—De acuerdo. —Finjo una sonrisa—. Adiós.
Su cara se torna seria. —¿Adiós?
¿Por qué repite todo lo que digo?
—Adiós —le digo rotundamente. ¿Qué cree que va a pasar?
Me dice que no me quiere y que me acueste con otro, mata la mitad de mi jardín con una cortadora de césped y luego me compra seis plantas de mierda, ¿y tiene el descaro de pensar que todo está perdonado?
No, Sr. James, no lo creo.
—Hasta luego. —Le cierro la puerta en las narices. Me apoyo en su respaldo y sonrío aliviada.
Gracias a Dios que se acabó.

Una hora y media después, estoy recién duchada y en bata.

Toc, toc, toc. Barry está en la puerta moviendo la cola, así que sé que es alguien conocido. Abro la puerta.

—Henley —digo sorprendida.

Me dedica una hermosa y amplia sonrisa, lleva unos calzoncillos de satén azul marino y una camiseta blanca. Huele a jabón y a hombre celestial, y tengo una visión de mis piernas alrededor de sus orejas... sí.

Lleva una taza de café en la mano.

—¿Qué pasa? —Intento actuar con despreocupación y no impresionarme en absoluto.

—Me preguntaba si tendrías leche.
Frunzo el ceño. —¿Qué?
—Quiero una taza de café, pero no tengo leche.
—Oh... —Me encojo de hombros. No es para lo que pensaba que estaba aquí, pero da igual—. Claro, pasa.
Voy a la nevera y saco la leche. Cuando voy a coger la taza de café, él la aparta de mi alcance.
—¿Qué haces? —Frunce el ceño.
—Te doy leche.
—Leche de vaca no.
—¿Eh?
—Quiero leche materna.
Dime que no dijo eso.
Suelto una risita sorprendida. —¿Que quieres qué?
—Leche materna. Estaré encantado de extraerla. —Sus dientes se agarran al labio inferior de esa forma traviesa que tiene.
—No tengo leche materna.
—¿Por qué no?
—Porque no soy una madre lactante, sádico.
Me dedica una lenta sonrisa sexy. —A cambio, ¿yo podría darte un poco de crema para el café?
—¿De verdad?
—Ajá.
—¿Tienes suficiente?
—Bastante. Dos grandes tinas llenas.
Intento mantener la cara seria. *Me gusta este juego.*
—No me gusta la crema en el café. Se cuaja.
—Es un manjar.
Ya lo sé.
—¿Estás segura? —Enarca una ceja.
—Positivo.
—Oh... qué tristeza. —Me dedica una sonrisa pícara, y hago todo lo que puedo para no arrastrarlo escaleras arriba. Es muy difícil resistirse al juguetón Henley.
—Así que... —Se balancea sobre las puntas de los pies.
—En realidad, sé dónde podrías conseguir la leche que buscas. —Actúo con seriedad.
—¿Sí? —Sus ojos parpadean—. ¿Dónde... arriba?
—Al otro lado de la carretera, en casa de Taryn. Enorme fábrica de leche, a plena producción. Me mira, inexpresivo. —Ésa no es la leche que busco, Juliet.
—Eso no es lo que he oído.
—Busco un tipo de leche especial de boutique que sólo se sirve aquí.
—Esta boutique es sólo para socios.
—Es una pena poner una etiqueta en la fábrica, así nadie podrá beberla.
—Oh, no tienes por qué preocuparte. —Finjo una sonrisa—. Hay gente haciendo cola para hacerse socio.
—¿Como quién?
—Mi leche ya no es asunto suyo, Sr. James.

Pone los ojos en blanco y le empuja el hombro hacia la puerta principal. —Sólo he dicho que...

Lo interrumpo. —Ya lo sé.

—Es un desperdicio...

—Lástima. —Esta vez sí se me escapa la sonrisa—. La tienda está cerrada.

—¿Qué tal una ventana de quince minutos? Sería una velocidad récord.

No me digas.

—No. —Lo empuja hacia la puerta principal y él se gira para mirarme.

—Feliz ordeño. —Sonríó dulcemente mientras le cierro la puerta en las narices.

Imbécil.

Las cosas están mejor. Salí con las chicas, me hice un nuevo peinado y hoy viene Joel. He ahorrado algo más de dinero y por fin estoy volviendo a decorar mi casa.

Ahora toda la casa está pintada internamente, y es hora de buscar colores y temas para el exterior. Sigo disfrutando aquí, pero no estoy segura de que sea mi hogar para siempre.

Quiero decir, es genial y todo eso, y quizá un día, cuando mi cerebro me permita por fin olvidar al hombre de al lado, vuelva a enamorarme de la calle.

El auto se detiene y miro a través de las cortinas. Ya Joel está aquí.

Sonríó y abro la puerta mientras lo espero. Coge todas sus muestras y trae una caja grande dentro. —Hola, extraña. —Sonríe mientras entra en casa a mi lado. Se detiene y me da un beso en la mejilla—. Estás guapísima. Me has hecho falta.

Oh...

—Hola, pasa.

Henley

Doy un sorbo a mi cerveza, sin ninguna emoción, y miro fijamente hacia su casa. Él maldito idiota de Joel lleva más de dos horas en casa de Juliet.

—No sé si van a ganar —dice Blake despreocupadamente mientras se tumba en mi sofá a lo largo del partido—. Si pierdo esta apuesta por culpa de estos cabrones...

Permanezco junto a la ventana, mirando a través de las cortinas, sin apartar mis ojos de la casa de mi vecina.

Mi humor pende de un hilo. —Cierra el pico con tu apuesta y solo ve el juego. —Me paso las manos por el pelo.

—¿Qué hay de interesante en la ventana? —pregunta.

—Nada.

—Perdí la cuenta... ¿Es ésta la tercera o la cuarta vez que el diseñador de interiores vino a su casa esta semana?

Aprieto los labios, enfurecido.

Quinta.

—Quién sabe y a quién le importa —miento.

La he estado provocando con todas mis fuerzas, y no ha caído. La he cagado totalmente.

—Ya está prácticamente enamorada de él —dice Blake despreocupadamente.

—Cállate. —Empiezo a pasear de un lado a otro. Es lo único que parezco hacer últimamente—. Me importa un bledo lo que haga.

—Seguro que no.

Si se enamora de él... juro por Dios...

Maldita sea, no tengo tiempo para estar preocupándome por ella todo el tiempo.

Sólo quiero acabar con esto.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —pregunta.

—No lo sé. —Vuelvo a mirar a través de las cortinas. *Date prisa y vete... cabrón.*

Antes de que te rompa la cara.

—Nos conseguiré con algunas chicas para desahogarnos —responde Blake.

Mis ojos se quedan pegados a la casa de Juliet. —Me parece bien.

11:00 p.m.

El bar es ruidoso, la compañía es sexy... pero mi mente no está en las mujeres escasamente vestidas que me rodean.

Está en casa.

Con ella.

Han pasado semanas y la cosa no mejora. En todo caso, está empeorando.

Cuanto más la veo, más la deseo.

Sólo pienso en ella, carajo.

He estropeado todo con Juliet. Tengo que averiguar cómo hacerla cambiar de opinión.

Siento que una mano se desliza por mi muslo, y levanto la vista al recordar dónde estoy.

—¿Qué vamos a beber, Henley? —ronronea la pequeña y ardiente pelirroja.

¿Cómo se llama?

Exhalo fuertemente. Uf... —Yo... —Hago una pausa mientras reconsidero mis opciones

—. Tengo que irme ya.

Blake levanta una ceja en señal de pregunta. —¿Qué?

—Acabo de recordar algo que tengo que hacer.

—Oh, no —suspiran las chicas—, no te vayas, la noche es joven.

—Lo siento.

—¿Me estás jodiendo? —Blake abre mucho los ojos.

—Más para ti. —Me levanto y le pongo la mano en el hombro mientras paso junto a él—.

Las quieres a todas, admítelo.

—Estás jodido —murmura.

Me río entre dientes. —Estoy de acuerdo. —Sonrío a las chicas asintiendo con la cabeza

—. Buenas noches. Pásenla bien.

Juliet

—Se está haciendo tarde —le digo a Joel—, tengo que trabajar temprano por la mañana.

—Me iré.

—De acuerdo.

Es de lo más extraño. Joel lleva aquí toda la semana. Me dice que necesitamos tiempo para planificar la casa, pero la realidad es que no hablamos en absoluto de mi casa; sólo quiere pasar

el rato.

Lo cual está bien. Es un chico estupendo, y en cualquier otra circunstancia seguramente me interesaría. Es sólo que... no quiero nada que ver con los hombres.

—Te acompaño fuera —le digo. Salimos por la puerta y bajamos hasta su auto, que está estacionado en la calle. Nos detenemos junto a él, y sus ojos se dirigen a mí. —¿Te gustaría salir algún día?

Lo miro fijamente.

Responde a mi pregunta antes de que tenga ocasión de formularla. —Como en una cita.

—Oh... —Me encojo de hombros—. En realidad no estoy —*joder*— deseando tener una relación ahora mismo.

—Sólo es una cena, Juliet. —Sonríe—. No es una proposición de matrimonio. Relájate.

—Claro. —Sonrío, sintiéndome avergonzada por mi dramática respuesta—. Claro, ¿por qué no?

—Estupendo.

Me alejo de él. *Por favor, no intentes darme un beso de despedida.*

—¿El próximo sábado por la noche? —pregunta.

Asiento con la cabeza. —Sí, suena bien.

El auto de Henley entra en la calle y se detiene en su entrada. Su auto se apaga.

No mires.

—Vale. Nos vemos la semana que viene —suelto apresuradamente para poner fin a la conversación. No quiero que Henley me vea aquí con Joel—. Adiós.

—Adiós. —Joel sonríe.

Entro rápidamente antes de que Henley salga del auto. Cierro la puerta tras de mí y me apoyo un momento en su respaldo. Incluso ver su auto me pone nerviosa.

¿Quizás debería plantearme mudarme de casa?

Con un profundo suspiro, entro en la cocina y enciendo la tetera para prepararme una taza de té.

Toc, toc suena en la puerta.

Es él.

No me preguntes cómo lo sé; simplemente lo sé.

Abro la puerta a toda prisa en piloto automático, y ahí está. Un metro noventa de pura terquedad. Su pelo oscuro está despeinado a la perfección. La atracción hacia él es instantánea.

—Hola. —Sonríe suavemente.

Lo miro fijamente, sin saber qué decir.

Sus ojos estudian los míos. —¿Puedo pasar?

Mi estómago se agita ante su proximidad, y nos miramos fijamente.

—Entonces... ¿puedo entrar? —vuelve a preguntar.

Doy un paso atrás para que pase a mi lado.

Joder.

No sé si podré resistirme a sus peticiones de leche esta noche.

—Yo... —Se encoge de hombros. Lleva unos jeans azules y una camiseta gris. Sus hombros son anchos y su pecho también. Independientemente de cómo hayan ido las cosas entre nosotros, sé que nunca ha habido un espécimen masculino más hermoso sobre la faz de la tierra.

—Yo sólo... —Sus ojos sostienen los míos y, una vez más, me doy cuenta de que está nervioso.

—¿Tú qué?
—Sólo quería verte —murmura. Sus ojos se posan en mis labios.
Sería tan fácil besarlo ahora mismo.
—¿Por qué? —Me hago la valiente.
—Yo... —Hace una pausa—. Quería... —Se encoge de hombros como si se sintiera estúpido.
Frunzo el ceño. —¿Qué pasa?
—¿Me das un abrazo?
—¿Qué?
Oh, el gentil Henley está aquí... él que amo.
—Yo sólo... —Se traga el nudo que tiene en la garganta y, sin poder evitarlo, lo estrecho entre mis brazos.
Nos abrazamos, fuerte y estrechamente, y mis ojos se cierran mientras me apoyo en su hombro.
—¿Alguna vez piensas en mí? —susurra.
Se me hace un nudo en la garganta. —Sí.
Asiente como si estuviera procesando mi respuesta.
—¿Por qué lo preguntas?
—Porque pienso en ti. Mucho.
Puedo fingir que no me importa nuestro fin, pero la realidad es que deberíamos estar juntos.
¿Por qué no lo entiende?
Mis fosas nasales se ensanchan mientras intento contener mis emociones. ¿Por qué me afecta tanto?
—Sólo quería que supieras que —frunce el ceño mientras articula sus palabras— no es que no quiera estar contigo. Esto no tiene nada que ver contigo.
Vaya, esa vieja excusa.
—¿No eres tú, soy yo? —Molesta, me zafo de sus brazos. Sacudo sutilmente la cabeza—. ¿Es eso lo que estás diciendo?
Asiente con la cabeza.
Me siento frustrada. En serio, ¿eso es lo mejor que tiene?
—¿Es todo? —pregunto.
Sus ojos sostienen los míos. —¿Quieres que lo sea?
Habla ya. *Si me quieres, ten las pelotas de decirlo.*
—¿Qué quieres, Henley? ¿Por qué estás aquí?
Exhala pesadamente. —No lo sé.
Respuesta incorrecta.
No puedo arreglar esto por él. No voy a renunciar a lo que quiero para que él consiga lo que quiere.
Me merezco algo mejor que ser su polvo de una noche, y él lo sabe.
—Mira, tengo que trabajar por la mañana. —Me dirijo a la puerta y la abro—. Hasta luego.
Hace una pausa y tengo la sensación de que quiere decir algo más... pero no lo hace.
—Adiós, Juliet. —Me roza y sale.
Pongo los ojos en blanco y cierro la puerta tras él. *Deja de joderme la cabeza.*

—¿Cómo se encuentra hoy, señora Potter? —Sonrío mientras le tomo la tensión en mi ronda matutina.

—Bien, supongo. Estaría mucho mejor sin el ruido de fondo. —Señala a la mujer que está en la cama de enfrente. La mujer está dormida y ronca como un camión.

—Sea amable, señora Potter. —Le acomodo la cama y relleno su ficha.

Tom asoma la cabeza por la puerta. —Acaba de llegar una entrega a la enfermería para ti, Jules.

Levanto la vista. —¿Qué tipo de entrega?

—Del tipo romántico. —Guiña un ojo y desaparece.

—Oh. —Encojo los hombros emocionada—. Llámeme si necesita algo, señora Potter.

—Necesito un poco de paz y tranquilidad.

—Déjala dormir un poco más, por favor. —Me dirijo a la sala de enfermeras y veo el ramo de rosas rojas más grande que he visto en mi vida.

—Alguien está intentando seducirte y mucho —dice Rosemary.

Sonrío como tonta. —Y así debería ser.

Abro el sobre y sonrío al leer la tarjeta.

No puedo esperar a verte el sábado.

Joel.

Oh...

No son de Henley...

—¿Qué ocurre? —pregunta Rosemary.

—Nada. —Finjo una sonrisa y me meto la tarjeta en el bolsillo.

Hombre equivocado.

—Preciosas, ¿verdad? —Exhalo pesadamente... caramba.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Joel.

Gracias por las Rosas,

Son preciosas.

Una respuesta llega.

Como tú.

Uf, esto se está complicando.

Un hombre guapísimo me envía rosas, y lo único que siento es decepción porque no me las envió un imbécil.

¿Qué demonios me pasa?

Pongo las rosas en la estantería. —Pueden quedarse aquí para que todos podamos disfrutarlas.

—¿No quieres llevártelas a casa?

—No. —Me encojo de hombros—. Es más agradable aquí. Tengo que volver al trabajo.

Avanzo por el pasillo y pongo los ojos en blanco, disgustada conmigo misma.

Sigue adelante, Juliet.

Viernes por la noche

Chloe dirige nuestro brindis. —Por Rebecca. Que encuentre un hombre sexy con el que tener sexo caliente por despecho esta noche.

Todas nos reímos y damos sorbos a nuestras bebidas.

Club Nero, también conocido como el mercado de carne.

Éste es el lugar al que debes venir si quieres ligar, y esta noche... Rebecca quiere.

Ya no es la damisela en apuros; es la zorra furiosa del infierno, y que Dios ayude a quien se interponga en su camino.

Quiere vengarse de su marido infiel, y Chloe y yo hemos decidido que la mejor forma de superarlo es estar debajo de otra persona.

Son las 10 p.m., y, con demasiados cócteles a nuestras espaldas, estamos al acecho. Nuestros ojos recorren el club en busca de pretendientes.

—Quizá yo también necesite estar debajo de otra persona —murmuro.

—Sin duda —acepta Chloe—, probablemente, yo también.

Rebecca levanta los hombros emocionada. —Esto es realmente divertido.

—¿Cuánto hace que no te acuestas con nadie más? —pregunto.

—Sólo me he acostado con John.

—¿Qué? —jadeo—. ¿Es el único?

—Lo sé. —Pone los ojos en blanco—. No me hagas hablar de lo patética que soy.

—¿Quién es patético? —dice una voz. Todas nos giramos para ver a Blake Grayson de pie junto a nosotras. Lleva un traje. Mis ojos parpadean al instante en busca de sus amigos, y la masoquista que hay en mí se emociona al ver a Antony y luego a Henley. —Hola. —Ellos asienten.

Los ojos de Henley sostienen mi mirada un instante más de lo debido. Los nervios bailan en mi estómago e intento actuar con despreocupación. —Hola.

La noche se acaba de poner interesante.

—¿Qué hacen aquí, chicos? —pregunta Chloe.

—Teníamos que ir a un acto benéfico y salimos antes —responde Antony.

—¿Quién es patético? —Blake nos da una sonrisa encantadora, sexy y juvenil.

—Rebecca va a tener sexo por despecho esta noche —anuncia Chloe.

—Chloe. —Rebecca se ríe—. No les cuentes nuestros secretos.

Blake baja la cara y mira entre nosotras. —¿Qué?

—Esta noche va a follar duro. —Chloe se ríe. Se golpea la mano con el puño para simular una follada dura.

Henley y Antony se miran el uno al otro y luego se ríen como si tuvieran una broma privada.

—Es una idea terrible —responde Blake.

—No. Necesito hacerlo —responde Rebecca—, lo he pensado bien.

Blake se pone las manos en las caderas mientras la mira fijamente, completamente perplejo.

—La mejor forma de superar a un hombre es meterse debajo de otro —dice Chloe.

—Basta de hablar, Chloe —suelta Blake. Sus ojos se clavan en Rebecca; le quita la bebida, le da un sorbo y hace una mueca de dolor—. Esto está demasiado fuerte para ti.

Ella se lo arrebata. —Cobarde.

Henley y Antony encuentran esto algo divertido. Henley le dice algo a Antony y éste estalla en carcajadas.

—Váyanse a la mierda —susurra Blake mientras le da un codazo en las costillas.

Espera un momento... ¿Blake siente algo por Rebecca?

No es posible, ¿verdad?

—Es demasiado pronto —dice Blake—, nadie te va a poner las manos encima tan pronto. Me aseguraré de ello.

Henley murmura algo en voz baja, y Antony echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

¿De qué se ríe?

Vale, creo que he estado leyendo la habitación completamente mal. Pensaba que a Blake le gustaba Chloe, pero ahora, al ver esta interacción, en realidad creo que le gusta Rebecca. Tendría sentido. Está pendiente de cada palabra de ella.

Carajo... espera a que Chloe se entere. Nada es fácil, ¿verdad?

Siempre hay un puto problema.

Me gusta Henley; Henley es un imbécil inalcanzable. Le gusto a Joel; Joel no me gusta de esa manera. A Chloe le gusta Blake; Blake es un mujeriego en serie que ahora también siente algo por nuestra amiga Rebecca, cuyo marido se folla a su secretaria hambrienta de sexo anal.

Uf... sólo de pensar en toda esta red me da vueltas la cabeza.

—Voy al bar. —Antony se dirige en esa dirección.

Chloe ve a alguien conocido al otro lado de la pista de baile. —Vuelvo enseguida. —Se aleja bailando entre la multitud hacia ellos.

Miro hacia atrás y veo a Henley. En cámara lenta, sus ojos bajan hasta los dedos de mis pies y luego suben hasta posarse en mi cara. Se lame los labios como si estuviera imaginando algo.

Se me agita el estómago. Conozco esa mirada.

Sería mucho más fácil superarlo si el sexo no fuera tan alucinante. Nuestros cuerpos eran como el rompecabezas perfecto, encajaban en todos los sentidos.

Cumplió todas mis fantasías.

Dominante, poderoso y grande.

Lo imagino sujetándome las piernas hacia atrás, su gruesa polla, cremosa de deseo.

El brillo del sudor en su piel musculosa, la forma en que los músculos de su vientre se marcan con sus empujones.

La mirada en sus ojos mientras alimentaba su cuerpo del mío.

Mi sexo se agita al recordarlo.

Dios mío...

Mil copas y un millón de pensamientos sucios después...

—Vamos a bailar —dice Blake. Coge las manos de Chloe y Rebecca y tira de ellas hacia la pista de baile. Mi mirada se desvía hacia Antony, que está hablando con un grupo de hombres que conoce junto a la barra.

—Por fin a solas —murmura Henley. Sus ojos se detienen en mis labios y, sin pensarlo, me ajusta los tirantes del vestido. Sus dedos recorren mi brazo mientras los baja.

Se me pone la piel de gallina al tocarme.

No aguanto más. —¿En qué piensas? —le pregunto.

Frunce el ceño en señal de pregunta.

—Dijiste que pensabas mucho en mí.

—Sí, lo hago.

—¿Qué piensas?

Acerca su boca a mi oreja. —Cosas sucias. —Sus dedos trazan un círculo sobre mi muslo mientras se acerca.

—¿Me extrañas?

Se inclina más. —¿Me extrañas?

La excitación me calienta la sangre al sentir su tacto, cada célula despierta de un sueño adormecido.

—Sabes que sí.

Sus labios bajan hasta mi cuello y me besa allí. —¿Cómo evitamos eso? —murmura contra mi piel. Mis ojos se cierran instintivamente.

La sensación de su gran cuerpo elevándose sobre el mío, tan cerca que casi puedo saborearlo...

Esto es salvaje, hormonal.

El tipo de atracción física sobre la que sólo se lee. Ya no puedo luchar contra ella; ni siquiera puedo fingir que quiero hacerlo.

—Me besas —murmuro.

Me ve fijamente, me coge la cara con una mano y me lame los labios. Comienza el fuego.

Lo siento entre mis piernas.

Vuelve a acercar su boca a mi oreja. —No hago más que pensar en ti. —Me muerde el lóbulo de la oreja y me recorren escalofríos—. Sueño contigo mientras duermo.

—¿Como si fuera una pesadilla? —sonrío.

—Exacto. —Me agarra del pelo y me acerca la cara a la suya. La dominación del acto hace que mis feromonas se disparen—. No pasa un día sin que no me toque imaginando que eres tú.

La poca cordura que tenía desaparece, y me da igual quién nos vea, lo beso con todo lo que tengo.

Mi lengua se arremolina contra la suya. Sus manos me rodean por detrás mientras me estrecha.

Y aquí, en medio del club, nos olvidamos de dónde estamos.

No besamos como si nuestras vidas dependieran de ello.

Sus manos me arrastran sobre su polla endurecida dentro del pantalón del traje, y gimo.

Esto va a ser muy bueno.

—Te necesito debajo de mí —gruñe en mi boca mientras me muerde el labio—, ahora mismo, carajo.

—Vamos —jadeo.

Sujeta mi mano y me arrastra fuera del club y, una vez fuera, me arrastra hasta el callejón lateral, me estampa contra la pared y me vuelve a besar.

Como animales, nos follamos en seco, intentando desesperadamente obtener más el uno del otro en el menor tiempo posible. Sus manos suben y bajan por mis piernas desnudas. Su gruesa erección empuja firmemente contra mi vientre.

—Me vas a hacer venir aquí mismo, nena.

Lo miro fijamente, perdida en algún lugar entre el cielo y el infierno. Me pasa la mano por el muslo y por debajo del vestido. Sus dedos se deslizan por debajo del lateral de mis bragas, e inhala bruscamente al sentir mi sexo húmedo.

—Tan jodidamente húmeda para mí. —Desliza dos de sus gruesos dedos en mi sexo, y me estremezco a su alrededor—. Te voy a follar muy bien —me gruñe al oído.

Mi cabeza se inclina hacia atrás y suelto un gemido. Sus dedos aceleran el ritmo cuando empieza a trabajarme con ellos, y yo abro las piernas para darle mayor acceso.

Mis ojos recorren el callejón en dirección al club. Cualquiera podría doblar la esquina ahora

mismo y vernos.

El sonido de mi cuerpo húmedo chupándolo resuena a nuestro alrededor, y veo estrellas.

Todas las bellas estrellas: toda la galaxia y algo más.

—Sabía que entrarías en razón —murmura contra mi cuello—, por fin nos ves tal como somos.

¿Eh?

—¿Y cómo somos? —jadeo. Sus dedos se vuelven casi violentos.

Dios... eso se siente tan bien.

—Ahora es cuando estamos en nuestro mejor momento. —Tuerce los dedos y ambos gemimos al borde del orgasmo.

Tan cerca que podemos saborearlo.

—Almas gemelas sexuales. No necesitamos una relación; sólo necesitamos follarnos mutuamente. —Mueve la mano—. Atender las necesidades del otro.

La niebla de mi excitación se evapora y abro los ojos de golpe.

—¿Qué? —Aparto su mano—. ¿Qué quieres decir?

—Juliet. —Me agarra por detrás para arrastrarme de nuevo sobre su polla—. Ponte encima.

—Sigo queriendo lo mismo, Henley —replico—, nada ha cambiado para mí.

Se aparta de mí, jadeando mientras lucha por controlarse. —¿Qué estás diciendo?

—¿Qué estás diciendo *tú*?

—Nos extrañamos. Tenemos que follar —suelta.

Parpadeo, sorprendida. —No quiero ser tu amiga sexual, Henley. Quiero tener una relación. Quiero que me ames.

Pone los ojos en blanco. —Ya estamos con eso otra vez, carajo. ¿Quieres dejar esta mierda? —reclama—, nunca va a ocurrir. ¿Por qué quieres estropear lo que tenemos? Lo que tenemos es perfecto.

Me alejo un paso de él. —Porque me merezco algo mejor.

Jadea. Tiene los ojos desorbitados. —Dijiste que me extrañabas.

—Porque estoy enamorada de ti —suelto—, porque sé que lo que tenemos es especial. Sé que tú sientes lo mismo. Puedo sentirlo. ¿Crees que yo no puedo sentirlo? —Levanto la voz cuando empiezo a perder el control de mis emociones.

—No puedo darte eso, Juliet. No soy capaz de hacerlo, joder —replica—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿No puedes o no quieres? —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Si pudiera, lo haría. —Sus ojos están desorbitados; se ve como un loco.

Y ahí está... escrito en blanco y negro.

—Quiero tener una relación, Henley. Quiero un hombre que esté orgulloso de llamarme suya —susurro entre lágrimas—, no quiero ser tu botín cuya única moneda de cambio sean los orgasmos.

Apoya su peso en el pie trasero. —Entonces sigue adelante.

Se acabó.

Se acabó. Estoy harta de este imbécil egocéntrico de mierda.

—¿Sabes qué? —Entorno la cara llorando—. Voy a hacerlo. Mañana por la noche voy a tener una cita.

—¿Con él? —suelta.

—Sí, con Joel. —Levanto las manos en señal de rendición. De repente, quiero hacerle daño

como él me hace daño a mí—. ¿Y adivina qué, Henley? Voy a acostarme con él, y voy a ser el mejor puto polvo que haya tenido en la vida. Porque Chloe tiene razón: la única forma de superar a un hombre es meterse debajo de otro. Y yo tengo que olvidarme de ti... porque lo único que haces es pensar en ti mismo y hacerme daño.

—No te atrevas a acostarte con él —gruñe.

—Tuviste tu oportunidad. —Sacudo la cabeza con disgusto—. ¡Ja! Has tenido como cien oportunidades y las has desperdiciado todas.

—Basta de dramatismo —suelta enfadado—, tu lugar es conmigo.

—Sólo bajo tus condiciones. ¿Adivina qué? No soy una pelele que acepte todo lo que me des.

—¿Estás segura? —se burla.

—Jódete. —Me doy la vuelta y me marcho enfadada.

—No vengas llorando a mí cuando no pueda hacer el trabajo —vocifera—, nadie puede hacer que te corras como yo.

Odio que tenga razón.

Subo furiosa por el callejón y, con los ovarios gritándome que vuelva y acepte lo que me ofrece, levanto la mano para pedir un taxi.

Se detiene uno, subo y me quedo mirando por la ventanilla.

Última oportunidad.

Henley

Permanezco en la oscuridad. Desde mi lugar en la ventana del piso de arriba puedo verlo todo.

Son las 7: 00 p.m., del sábado por la noche y él está en su casa.

Y después de las peores veinticuatro horas de la historia, no sé por qué coño necesito ver esto. Es como echar sal en la herida, pero no puedo apartar la mirada.

La puerta de Juliet se abre y ella sale. Lleva un vestido negro ajustado y tacones altos. Lleva el pelo recogido y se está riendo y hablando con él.

No.

Le abre la puerta del auto. Ella dice algo, y luego él se inclina y la besa.

Aprieto los puños a los lados y se me pasa por la cabeza el asesinato.

Me doy la vuelta y golpeo la pared tan fuerte como puedo. La pared se rompe bajo el impacto, y lo siguiente que sé es que estoy en la calle, marchando hacia ellos.

—¿Qué haces? —balbucea Joel, con los ojos muy abiertos.

—No hagas que te haga daño —le advierto.

Abro la puerta del auto del lado del acompañante, donde está sentada Juliet. —Sal del puto auto. Ahora mismo.

CAPÍTULO 22

Juliet

EXHALO PESADAMENTE mientras miro fijamente al maníaco que está fuera del auto. ¿Cómo sabía que esto iba a ocurrir?

Mantén la calma.

—Henley —suspiro.

—Tenemos que hablar. —Su pecho sube y baja mientras lucha por controlarse.

—Es demasiado tarde.

—No, no lo es —responde.

—No te atrevas a montar una rabieta infantil, Henley. Te lo advierto ahora mismo —grito—, no tenemos nada de qué hablar.

—Pero... —Se le cae la cara de vergüenza—. Tenemos que hablar de todo. —Su voz se suaviza, y sé que de algún modo ha aparecido la versión amable de la personalidad de Henley James.

A la que no puedo resistirme.

—Por favor... —Me suplica con la mirada.

—Henley... —Me paso la mano por el pelo. Maldita sea. No hace nada fácil, ¿verdad?—. Ahora no es el momento.

—Ahora es el único momento. —Se coloca delante de la puerta abierta del auto para que no podamos alejarnos—. Por favor. ¿Podemos hablar de esto?

Exhalo con fuerza.

—¿Qué está haciendo? —dice Joel, con seriedad, desde detrás del volante.

—Sólo... —Suspiro. ¿Qué debería hacer ahora? Esto es jodidamente incómodo para Joel.

—Anoche... No sé por qué digo las cosas que digo —balbucea asustado—, no lo digo en serio. Lo siento.

Joder. Tuvo todo el día para disculparse, ¿y elige hacerlo ahora?

Por supuesto que sí.

Me tapo los ojos con las manos. —Henley —digo bruscamente—, sinceramente... eres tan exasperante. Tengo una cita y no voy a hablar contigo de esto. —Hago un gesto hacia la carretera—. Conduce, Joel.

—Anoche... dijiste que me amabas... ¿Sigue siendo verdad? —balbucea.

Joel me da una mirada interrogante. —¿Lo amas?

Joder.

Cierro los ojos, avergonzada de mí misma. —Es... complicado.

—Sal del auto. —Henley me tiende la mano—. Por favor.

—Maldita sea, Henley —digo con frustración—, tú *no* me amas.

—¿Quién lo dice? —suelta enfadado.

Entorno los labios, sin impresionarme por su actuación.

—Intento mejorar por ti —suelta apresuradamente—, te juro que sí.
Carajo...
¿Qué hago?
—Deberías —Joel pone los ojos en blanco, intuyendo que nuestra cita ha terminado antes de empezar—, irte...
—Joel... —Miro hacia él—. No estamos juntos.
—*Estamos juntos* —interrumpe Henley—, sólo que todavía no te has dado cuenta.
¿*Quién no se ha dado cuenta todavía, cabrón?*
—¡Henley, maldita sea! —digo bruscamente—, entra en casa ahora.
—¿Vendrás?
—Sí, iré, joder —respondo bruscamente—, nunca he conocido a un hombre más exasperante que tú.
Se mantiene firme, sin moverse.
—Ahora. —Señalo la casa.
Camina, sube a la acera y se cruza de brazos, esperándome desafiante.
—Lo siento mucho, Joel. —Suspiro—. Esto es inaceptable.
—Sabía que le gustabas. —Ambos miramos a Henley, que nos devuelve la mirada a través del parabrisas—. No sabía que te amaba.
Exhalo un profundo suspiro. Ni siquiera estoy emocionada por esta revelación. De hecho, estoy furiosa. —¿Puedo llamarte durante la semana?
—De acuerdo. —Arranca el auto.
Paso junto a Henley y entro en su casa. Me sigue con el rabo entre las piernas.
Estoy tan molesta que ni siquiera me atrevo a decirle una palabra, ni una puta palabra.
Me siento en el sofá. Él se sienta tímidamente a mi lado.
—Empieza a hablar —le digo.
—Bueno, en primer lugar... quiero pedirte disculpas. Me he pasado de la raya. —Hace una pausa, como si recogiera sus pensamientos.
¿*Tú crees?*
—Mi comportamiento de anoche fue simplemente... terrible —continúa—, no quería decir *nada* de eso. No sé qué me pasó y no sé por qué actué así.
—¿Así cómo? ¿Agresivo y abusivo?
Su mirada cae al suelo.
Silencio...
Se me hunde el corazón.
¿*Por qué me siento mal por haberlo hecho sentir mal?*
—¿Por qué actúas así? —le pregunto.
—No sé... —susurra—, es como si... mis sentimientos por ti sacaran a relucir la parte más oscura de mi personalidad.
¿Qué?
¿Qué respondes a eso?
—¿Dijiste que intentabas mejorar? —Acabo preguntando.
—Lo estoy haciendo —dice esperanzado—, voy dos veces por semana, y Aaron dice que estoy haciendo progresos.
—¿Aaron?
—El psicólogo.

—¿Progresando con qué?

Duda...

—Hen. —Lo miro directamente a los ojos—. Ahora es el momento de la sinceridad —le digo suavemente—, al menos me debes eso.

Asiente con la cabeza. —Yo... —Se lame el labio inferior—. Lo sé. —Se retuerce las manos nerviosamente sobre el regazo—. El caso es que... y no es fácil decirlo, pero... soy desastre total.

No me digas, Sherlock.

—¿Cómo es eso?

Sigue retorciéndose las manos sobre el regazo...

—¿Hen?

—Bueno, siempre pensé que era así porque no había encontrado a la mujer adecuada y era feliz solo. Nunca me había preocupado.

¿Adónde va esto?

—Bien...

—Pero entonces te conocí y quise más, pero... —Su voz se entrecorta.

—¿Pero qué?

—Pero no pude hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Comprometerme en una relación.

Frunzo el ceño. —Pero te comprometiste a una situación de amigos con derecho sin ningún problema.

—Lo hice. —Me coge la mano entre las suyas—. Porque mataba dos pájaros de un tiro.

—¿Qué pájaros?

—Podía pasar tiempo contigo sin parecerte raro.

—¿Raro? —repito.

Se encoge de hombros, avergonzado. —Soy jodidamente raro. No te preocupes, soy muy consciente.

Lucho por ocultar mi sonrisa. *Has acertado.*

—¿Qué dice tu psicólogo sobre esto?

—Aaron cree que mi mente intenta protegerme, así que bloquea mis emociones.

Frunzo el ceño, sin comprender. —¿Por qué?

—Yo tampoco lo entiendo.

—¿Así que no tienes emociones?

—No, sí tengo. —Se encoge de hombros—. Contigo, sí.

—¿Y cuáles son esas emociones? —pregunto.

Frunce el ceño como perplejo. —Amor es una palabra fuerte.

—Lo es.

—Entonces... —Hace una pausa, como si eligiera sus palabras con mucho cuidado—. Dijiste que me amabas.

—Ajá.

—¿Qué se siente?

—¿Qué?

—Si amas a alguien, ¿qué se siente? —continúa—, es decir, ¿cuándo se te enciende esa chispa y dices «estoy enamorado»?

Sonríe ante su inmadurez en este tema. —No es una chispa. Son un millón de pequeñas cosas. Sus ojos sostienen los míos mientras escucha.

—Es tener ganas de ver a alguien. Es pensar en ellos todo el día. Es extrañarlos una vez se van a casa, aunque hubieras pasado toda la noche con ellos. Son risas y conversaciones y atracción sexual, y sobre todo es un sentimiento de pertenencia a esa persona.

—¿Pertenecer a esa persona?

—Como si no quisieras acostarte con nadie más, sólo quieres a una persona, y nadie más servirá. La idea de entregar tu cuerpo a otra persona es repugnante.

Asiente con la cabeza, como si por fin lo entendiera.

Espero un momento a que comente sobre el tema, pero permanece en silencio.

—¿Y bien? —pregunto—, ¿algo de eso te suena familiar?

Se traga el nudo que tiene en la garganta, como si se preparara para lo peor. —Quizá... De alguna manera... no lo sé, pero creo que... te amo. —Se queda mirando al suelo, incapaz de establecer contacto visual.

Me invade la empatía ante su torpe declaración de amor.

—¿Y eso es algo malo? —susurro.

—No, creo que es algo... bueno. —Entorna los labios—. Es sólo que me ha desenterrado muchos traumas.

—¿Qué tipo de traumas?

Duda antes de responder. —Lucho con mi incapacidad para tener intimidad.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Pero sí lo sabe.

—¿Cuál dice Aarón que es el motivo?

Me mira fijamente, como si procesara la pregunta. —Que no confiaré en nadie como forma de protección.

—¿Protección contra qué?

—En caso de que me dejes.

Oh...

Mi corazón...

—Hen —susurro suavemente.

—Pero no creo que eso sea cierto. Quiero decir... gran cosa. Mi madre murió. Las madres de un millón de personas mueren todos los días, y no andan por ahí jodidos así.

—Henley, en nuestra primera cita me dijiste que la muerte de tu madre fue un acontecimiento catastrófico en tu vida. —Aprieto su mano entre las mías—. No le quites importancia. El duelo afecta a cada persona de forma diferente. Estabas en una edad muy vulnerable cuando murió.

Se le llenan los ojos de lágrimas y se queda mirando un punto en la alfombra, incapaz de mirarme.

Es un desastre total.

—Entonces... —Frunzo el ceño mientras intento averiguar adónde vamos a partir de ahora—. ¿Qué quieres que pase ahora?

—Quiero estar contigo —responde sin vacilar—, en una... —Vuelve a tragar saliva.

Lo interrumpo. —¿Relación?

Él asiente. —Quiero intentarlo.

Silencio...

Todavía no es un compromiso... pero tal vez *una promesa*.

Sé que no debería, pero lo veo, al hombre hermoso del que me enamoré, perdido mientras intenta navegar por el mundo. Henley es un buen hombre, en el fondo. Siempre lo he sabido. No quiere vivir así. No ha tenido otra opción.

Acaricio su cara con la mano. —Con una condición.

—Cualquier cosa.

—Sé sincero conmigo a partir de ahora.

Me ve a los ojos como intentando comprender este momento.

—Necesito saber qué pasa por tu cabeza, o no lo lograremos, Hen.

Un rastro de sonrisa cruza su rostro mientras toma mi mano entre las suyas.

Yo también sonrío y, en ese momento, sé que todo va a estar bien entre nosotros.

—Bésame —susurro. Se inclina y me besa. Su rostro se enrosca contra el mío como si estuviera abrumado por la emoción.

Mi hermoso rey torturado, tan desordenado.

Tan jodidamente adorable.

Un océano de vulnerabilidad nadando entre nosotros.

—Henley. —Le pongo la mano bajo la barbilla y acerco su cara a la mía—. Podemos hacerlo.

Cierra los ojos como si quisiera bloquearme.

—Hen —exijo—, abre los ojos y mírame.

Abre los ojos lentamente.

—Ámame —susurro—, como sé que puedes. —Lo beso suavemente. Mi lengua recorre suavemente sus labios abiertos y vuelvo a besarlo—. Sólo necesito que siempre seas sincero conmigo. Si algo te molesta, dímelo.

Su beso se hace más profundo y luego, como si recordara algo, se aparta para mirarme. —¿Empezamos ya con lo de la honestidad?

Asiento con la cabeza. —Ajá.

—Pues quítatelo.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—El maquillaje que te pusiste para él.

Le molesta que me arreglé para ir a una cita con otro hombre.

Yo también lo estaría.

—¿Te refieres al maquillaje que me puse mientras pensaba en ti? —Sonrío suavemente.

Señala hacia arriba. —Lávalo. *Todo*.

—Voy a necesitar una ducha.

—Probablemente. —Entrecierra los ojos mientras actúa con seriedad.

La excitación corre por mis venas. —Tendrás que entrar conmigo para ayudarme.

—Sin duda.

Nos miramos fijamente, la excitación zumba entre nosotros, el aire lleno de promesas.

—Voy a follarte tan bien que no recordarás tu nombre. —Se inclina y, con un movimiento rápido, me levanta y me echa por encima del hombro. Me río mientras subimos las escaleras.

Su paso vacila a medio camino.

—¿Te arrepientes ahora de la decisión de cargar conmigo, Sr. Fuerte? —Sonrío mientras cuelgo boca abajo con las manos en su trasero.

—Un poco —resopla.

Me río a carcajadas y me da una palmada en el trasero. —No hables.

—Me estoy riendo.

Me da otra palmada. —Tampoco te rías.

Llegamos al baño y me desliza por su cuerpo. Nos quedamos en silencio mientras nos miramos fijamente.

Éste es el momento, el comienzo de nuestra historia, *el verdadero comienzo*.

Al menos espero que lo sea. Más vale que lo sea, carajo.

Me quita el vestido por los hombros y lo tira a un lado. Me desabrocha el sujetador y me baja las bragas por las piernas. Sus ojos se posan en mi cuerpo desnudo, y tengo tantas ganas de complacerlo. Hacer todo lo que pueda para compensarlo, porque yo también odio haberme maquillado para otro hombre.

Le quito la camiseta por encima de la cabeza y le bajo la cremallera de los jeans. Tengo la suerte de ver su gran polla cuando se libera.

Entonces perdemos todo el control. Me trae hacia él, bajo el agua, y nos besamos como amantes perdidos hace tiempo.

Porque así es como se siente.

Las últimas seis semanas han sido un infierno sin él en mis brazos.

Me pega a la pared y, mientras nos besamos, su cuerpo se desliza instintivamente en el mío. Ambos gemimos profundamente cuando la excitación se apodera de nosotros.

Pensé que la primera vez que lo hiciéramos iba a ser una gran sesión de preliminares locos con fuegos artificiales... pero *todas* las veces con Henley son con todos los fuegos artificiales.

—Te amo —susurro.

Sonríe contra mis labios y me bombea más profundamente. —Más te vale, carajo. —Me río, a todo volumen y libre, y él también lo hace.

Hemos vuelto, cariño...

Nos tumbamos en silencio. *Agotados* se queda corto. Hicimos el amor en la ducha, todo ternura y dulzura, y luego follamos como animales mientras él me mostraba exactamente a quién pertenezco.

Es él. *Siempre ha sido él...*

—Son las pequeñas cosas —susurra mientras miramos al techo.

Lo miro sorprendida.

—Es la forma en que tu sonrisa me hace sentir cosquillas en el estómago.

Oh...

—La forma en que haces crujir el hielo con los dientes me enfurece, pero nunca digo nada porque, de alguna manera, me resulta encantador.

Sonrío en la oscuridad.

—Es la forma en que brillas a la luz de la nevera a medianoche cuando buscas helado —murmura mientras sus ojos permanecen pegados al techo.

—¿Cómo brillo? —pregunto.

—Recién follada y perfecta.

Se me hincha el corazón.

—Es la forma en que pienso en ti todo el día. —Hace una pausa—. Es la forma en la que espero que llegue tu auto a casa cada noche.

¿Está siendo romántico?

—Casi me gusta tu perro, pero no puedo decírtelo porque entonces sabrás que me tienes en la palma de la mano.

Inesperadamente, la emoción me embarga y se me hace un nudo en la garganta al verlo.

Se pone de lado y sus ojos se encuentran por fin con los míos. —Es la forma en la que no soporto la idea de acostarme con nadie más.

—Ésa me gusta. —Sonrío.

Él también sonríe. —Oh... ¿es lo único que te gusta?

Suelto una risita y beso sus grandes y hermosos labios. Me rodea con el brazo y acurruco la cabeza en su pecho.

—Es la forma en la que dañé tus plantas con la podadora porque estaba muy enojado porque ya no querías verme.

—Tenías que sacar ese tema y estropearlo todo... ¿no? —murmuro secamente—, ibas tan bien...

Se ríe entre dientes, me besa la sien y me abraza.

—No dejes que dañe esto —dice suavemente—, dime si me acerco demasiado a la línea.

—Oh, lo haré, y que conste que si vuelves a matar una planta mía con la podadora, te atropello a ti.

—Trato hecho. —Sonríe.

Permanecemos un rato en silencio, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos.

—Buenas noches, mi bella Juliet —susurra—, gracias por esperar a que llegara este momento...

Se me hincha el corazón ante su recién descubierta vulnerabilidad. —La espera ha valido la pena.

Medianoche, la hora mágica

Me tumbo y miro fijamente al hombre que está a mi lado mientras duerme.

Está de espaldas, con la manta blanca alrededor del bajo vientre. Su ancho cuerpo desnudo está a la vista.

Lo veo subir y bajar suavemente. Llevo dos horas aquí tumbada, mirándolo. Mis instintos protectores se han activado y sólo quiero cuidarlo. Hacer que se sienta querido y seguro.

¿Qué se debe sentir al estar tan traumatizado que no puedes dejarte querer? Y su padre también está enfermo...

Me siento muy triste por él.

Le aparto el pelo de la frente y lo beso suavemente.

¿Cómo es posible que esta noche mi apego a él sea más profundo que nunca?

¿Es esto lo que se siente?

Donde nada más importa, y al infierno con las consecuencias. Porque hay consecuencias por estar con Henley. Eso ya lo sé.

Tengo veintisiete años, y en un momento en que quiero relajarme en una relación fácil y sin dramas, sé que esto será cualquier cosa menos eso. ¿Cómo podría no serlo? Nunca ha tenido novia, y mucho menos una relación seria, y estas cosas requieren práctica. Años y años de práctica. Me espera un viaje lleno de baches.

Me apoyo en el codo y la esperanza me invade mientras le sonrío en la oscuridad. Su pelo oscuro, sus grandes pestañas y sus besables labios carnosos. De todos los hombres que he

conocido en mi vida, Henley James es con quien comparo a todos los demás.

Es el punto de comparación.

Las últimas semanas han sido una pesadilla para los dos, ahora lo sé.

Pero está aquí conmigo, revelando su vulnerabilidad y declarando su amor.

Es extraño. En realidad, apenas nos conocemos, pero nuestra atracción es tan profunda que está a un nivel celular. Es como si mi cuerpo siempre hubiera sido suyo, como si él siempre hubiera estado destinado a ser mío. Él tiene ese ingrediente especial. Cada palabra susurrada, cada caricia significan mucho más de lo que deberían.

Suelto un gran bostezo y sé que necesito dormir un poco. Me pongo de lado, de espaldas a él, y su mano sale y tira de mí para que me acurruque contra su cuerpo, aún dormido. Me besa en el hombro y siento su virilidad contra mi trasero, el calor de su piel.

Sonrío a mi almohada. Pienso que tal vez... todo va a salir bien.

CAPÍTULO 23

Juliet

ME DESPIERTO con un olor familiar impregnando mi dormitorio, y frunzo el ceño. *¿Qué es ese olor? Pnaquecas.*

Tortillas.

¿Eh? Abro los ojos de golpe. ¿Qué está pasando ahora? ¿Alguien se metió en mi casa para hacerme la comida?

Nunca me había despertado con Henley, y mucho menos le había pedido que me preparara el desayuno. Salto de la cama, me pongo la bata y voy en busca de mi hombre.

Lo encuentro en la cocina, de pie sobre la sartén, con un paño de cocina colgado del hombro mientras se concentra. Me apoyo un momento en el marco de la puerta y lo veo. Lleva una camiseta blanca y un pantalón de pijama, y mientras da la vuelta a las panquecas veo cómo se le contraen los músculos de los hombros bajo la camiseta.

Tan jodidamente caliente.

Levanta la vista, me ve y me dedica una lenta sonrisa sexy. —Buenos días, mi dulce Juliet.

Su dulce Juliet... ¿ha existido alguna vez en la historia de la vida un *buenos días* más encantador?

No lo creo.

Sonríó tontamente. —Buenos días, Henley.

Se acerca a mí, baja la espátula hacia mi sexo y le da una vuelta al aire.

—¿Qué haces? —Me río mientras lo aparto de un manotazo.

—Dándole la vuelta a mi desayuno. ¿Qué parece que hago?

—¿Quieres que lo haga por los dos lados?

—Sólo a las mejores se les da la vuelta por los dos lados. —Sonríe contra mis labios mientras me besa.

—¿Qué hace aquí, Sr. James? —Volvemos a besarnos mientras sus manos se deslizan por debajo de mi bata.

—Esforzándome. —Guiña un ojo.

—¿El desayuno es tu esfuerzo?

Me inclina hacia atrás. —Una vez que pruebes estas tortillas... nunca me dejarás escapar. —Me muerde el cuello, y yo me río e intento escapar de él.

¿Quién dijo que iba a dejarte escapar?

—Compórtate. —Me pone de pie—. Se me queman las tortillas. —Vuelve a darles la vuelta.

—Tengo una idea —digo mientras lo veo.

—¿Cuál es?

—Vámonos lejos y hagamos un *reset* total. Relajémonos en esta nueva etapa y entre nosotros como es debido, sin ningún ruido exterior.

—No puedo. —Vuelve a sus tareas—. Tengo responsabilidades aquí.

—Haré que Chloe visite a tu padre todos los días para ver cómo está.
Frunce el ceño y sus ojos se dirigen hacia mí. —¿Cómo...?
—Tengo un segundo trabajo en la residencia de ancianos. Conocí a tu padre. Es un hombre encantador.
—¿Y no se te ocurrió decírmelo? —suelta.
—Henley, hace seis semanas que no me hablas —replico—, ¿cuándo he tenido la oportunidad de decírtelo?
Aprieta los labios y, afortunadamente, se calla porque sabe que tengo razón.
Me mete la mano por debajo de la bata para sujetarme el trasero, y yo lo miro. —¿Podemos irnos? —susurro—, ¿los dos solos?
—Yo...
—Necesitas un descanso —razono—, no sales desde que tu padre está enfermo.
—Me necesita.
—Lo que necesita es que estés contento y relajado.
Se pasa las manos por el pelo, como si tuviera un conflicto.
—Podríamos ir a algún sitio cálido, sol, arena y mar. —Sonrío esperanzada.
—Bueno, ¿y Barry? —responde.
Sonrío, dándome cuenta de que está a punto de ceder. —Chloe puede cuidar a Barry. Puede venir y quedarse con él. Él la quiere. Queremos empezar de nuevo, y ésta podría ser la oportunidad perfecta para dejar toda nuestra mierda en el pasado.
Nos vemos a los ojos fijamente, y sé que a él también le parece una buena idea. —Lo pensaré.
—De acuerdo. —Lo beso suavemente y mis labios se detienen sobre los suyos. Mientras nos besamos, él también cierra los ojos y sé que se siente tan perdido como yo. Y ahí está de nuevo la química loca que tenemos. Me invade cada vez que estamos solos.
—Mi cuerpo ardía de necesidad por ti —murmura contra mis labios—. Sólo podía pensar en ti.
—Nuestro beso se hace más profundo. Apaga la plancha, se sienta en una silla y me acerca a su regazo. Empieza a mecarme sobre su cuerpo mientras nos besamos.
—Volvamos a la cama —respira.
—Tenemos que comer.
—Tenemos que follar —susurra—, no puedo acercarme lo suficiente a ti. —Vuelve a besarme—. Necesito más.
Oh...
—¿Cómo he podido pensar que podría vivir sin esto? —murmuro contra sus labios mientras me mece sobre su cuerpo. Se quita los pantalones del pijama, se coloca en mi entrada y se desliza lentamente.
—Mmm —gime suavemente mientras me agarra el pelo con las manos, tirando de mí hacia él con más fuerza—. Te sientes tan jodidamente bien en mi polla.
Siento que se mueve la tierra bajo nosotros. Cara a cara, nos miramos fijamente.
Meciéndonos, besándonos y deseándonos de una forma que nadie más podría comprender.
Primordial y urgente.
No importa a qué problemas nos enfrentemos, no importa lo jodidas que estén las cosas, nadie puede quitarnos esto.
Cuando Henley y yo estamos desnudos, el mundo es nuestro.

Subimos por la calle tomados de la mano, y espero de verdad que los paparazzi lo estén grabando todo y estén a punto de publicarlo en Internet.

Tengo noticias de última hora.

Henley y yo tenemos una cita... en nuestro propio barrio... un domingo por la noche.

Los milagros ocurren.

Hoy, después de desayunar, fue a visitar a su padre mientras yo lavaba, y esta tarde nos hemos tumbado junto a su piscina. Ha sido el mejor fin de semana de todos los tiempos... excepto la parte de herir los sentimientos de Joel, pero de eso ya me ocuparé mañana. Sólo Dios sabe lo que le voy a decir.

No hay excusa para mi comportamiento y el de Henley.

Empujamos la pesada puerta de cristal y entramos en el restaurante italiano. —Hola —saluda Henley al camarero—, tenemos una mesa reservada a nombre de James.

El camarero mira las reservas. —Ah, sí. —Sonríe—. Por aquí, Sr. James. —Lo seguimos por el restaurante hacia nuestra mesa.

James.

Me encanta ese apellido.

Juliet James... Mmm, ciertamente suena bien.

Sonríe ante mi broma privada mientras Henley me acerca la silla y me siento.

—¿Les traigo algo de beber para empezar?

Henley abre el menú para examinar las opciones. —Un vaso de agua con gas, por favor —pido.

Los ojos de Henley suben hacia mí rápidamente. —¿No quieres vino?

—Para mí no, gracias. No estoy de humor para beber.

El camarero me sonríe. —¿Y usted, señor?

—¿Sabes qué? —Henley cierra el menú—. Yo también me portaré bien. También agua con gas.

El camarero nos deja solos.

—Puedes tomar vino. No dejes de beber sólo porque yo lo haga.

—No es divertido hacerlo solo. —Sonríe mientras me coge la mano por encima de la mesa—. De todas formas, mirarte me emborracha.

Se me hincha el corazón...

—Sabes, me encanta esta versión de ti.

—¿Qué versión de mí?

—El que no mira lo que dice.

Se ríe entre dientes y aparta la mirada como avergonzado. —Bueno... ha sido... —Se encoge de hombros.

Continúo por él. —Ha sido bueno para nosotros.

—¿Cómo así?

—Bueno, sinceramente creo que todo ocurre por alguna razón.

Se apoya en la mano y se lleva el dedo índice a un lado de la cara mientras me mira. —¿Y cuál crees que fue el motivo?

—Fue una lección.

—¿Sobre qué?

—La vida.

Frunce el ceño. —¿Cómo es eso?

—Para mí, la lección fue no dejar escapar lo que realmente quiero y merezco. Sabía que éramos más y que teníamos posibilidades reales de un futuro juntos. Habría sido tan fácil seguir siendo amigos con derecho sólo para poder tenerte.

Asiente mientras escucha.

—¿Qué has aprendido tú? —le pregunto.

Piensa un momento. —Que te he extrañado.

Sonríó suavemente al guapísimo hombre que tengo delante y cojo su mano entre las mías. —Yo también te he extrañado. ¿Qué más has aprendido? ¿Cuál ha sido la lección de todo esto?

Exhala, inseguro de cómo responder a mi pregunta.

—Te diré cuál creo que fue la lección.

—Hazlo, por favor. Está claro que no sirvo para las lecciones. —Sonríe con satisfacción.

—Cuando las cosas se ponen difíciles, te apoyas en la luz.

—¿Qué quieres decir?

—Te inclinas hacia la luz, Henley.

—¿Cuál es la luz?

—El amor. El amor es la luz.

Su rostro decae mientras escucha.

—El amor solía asustarte, pero es un escudo. Te protegerá. Yo... te protegeré.

Sus fosas nasales se agitan mientras sus ojos estudian los míos.

—Te amo.

Me aprieta la mano con la suya.

—Cuando las cosas se ponen difíciles, te apoyas en la luz.

—Y qué hermosa luz eres —susurra.

El camarero vuelve con nuestros dos vasos de agua con gas. —Aquí tienen. —Los deja sobre la mesa.

—¿Sabes qué? —dice Henley—, cambié de opinión. ¿Podemos pedir una botella del mejor champán que tengas, por favor? Dos copas. Estamos celebrando.

—Por supuesto, señor. —Desaparece una vez más.

—¿Qué celebramos? —pregunto.

Sus ojos resplandecen con un no sé qué. —A ti.

La loción para después del afeitado me saca del coma, el aroma celestial impregna el dormitorio. Arrastro los ojos para abrirlos y, cuando mi visión se centra, veo al Sr. James vestido con su traje, listo para su jornada. —Buenos días. —Se inclina y me besa suavemente, sus labios se ciernen tiernamente sobre los míos—. Te ves angelical en mi cama. —Me coge la cara con la mano y sonríe—. Ilusión óptica —dice—, yo sé que no eres así.

Sonríó soñolienta. —¿Qué hora es?

—Hora de levantarse. —Se levanta, se acerca a la cómoda y se pone su caro reloj—. Te traje café. —Hace un gesto hacia la mesa auxiliar, y miro y veo una taza de café humeante justo a mi lado.

Me incorporo para apoyarme en el cabecero y cojo mi café.

—¿Qué harás hoy? —me pregunta mientras cuelga mi bata en el baño.

—Tengo el día libre.

Se pasea por la habitación ordenando —¿Y qué tienes planeado para tu día libre?

Me rompe la cabeza verlo. Por eso su casa está tan inmaculada. La limpia a las cinco y media de la puta mañana. ¿Tenemos algo en común?

—Voy a comer con Joel.

Se detiene y dirige sus ojos a los míos.

—Para disculparme por lo del sábado por la noche —digo apresuradamente—, este almuerzo ya estaba planeado porque vamos a repasar las opciones para el tejado. No tiene nada que ver con que tengamos una cita.

—No.

—¿Qué?

—¡No! —responde. Vuelve a ordenar el dormitorio.

Suelto el café. —¿Cómo qué *no*?

—No, no vas a salir con Interiores Inferiores. —Tira una camiseta antes de doblarla—. No hace falta que vayas a comer con él. Mándale un mensaje y dile que ahora estás conmigo.

—¿Qué?

—Si no lo respeta, tendrá que responder ante mí. —Va echando humo mientras camina organizando su habitación.

—Henley, tengo que decírselo en persona.

—¿Decirle qué, exactamente? —replica impaciente.

—Que ahora salgo con un cavernícola que cree que puede decirme lo que tengo que hacer.

—No lo creo. —Me fulmina con la mirada—. Lo sé.

—¿Sabes que puedes decirme lo que tengo que hacer? —jadeo, ofendida.

—Escucha —suelta—, ese idiota decorador de interiores ha estado detrás de mi chica desde el primer día, así que no te hagas la ofendida porque me niego a aguantarlo.

Calma, calma... *mantén la puta calma*.

—En primer lugar, sólo soy tu chica desde ayer porque *tú* te negaste a admitir tus verdaderos sentimientos. Eso no es culpa *suya*. Joel es un espectador inocente en todo esto.

Abre la boca para decir algo.

—Déjame terminar —le digo bruscamente, interrumpiéndolo—, en segundo lugar, soy adulta. No ignoro a la gente como un niño inmaduro, a diferencia de algunas personas que conocemos.

Entrecierra los ojos. —Cuidado.

—Tú ten cuidado, Henley —le digo bruscamente. Me levanto de la cama a toda prisa, entro en el baño y cierro la puerta. Me siento para ir al baño.

Entra. —No irás a comer con él. Fin. De. La. Maldita. Historia.

—¿Te importa? Estoy usando el baño —digo, enfurecida.

Pone las manos en las caderas y levanta una ceja. —¿Y?

—Así que no voy a tener esta conversación a medias.

Vuelve a salir y da un portazo.

A la mierda mi vida. No necesito esta mierda. Aún no son ni las seis de la mañana. Me tomo mi tiempo, intentando calmar mi temperamento.

Todo esto es nuevo para él, me recuerdo. No sabe cómo manejar los celos. Ten paciencia.

De acuerdo...

No pasa nada. Puedo manejar esto... *mantén la calma*.

Me lavo las manos y salgo para ver el dormitorio impecable y la cama hecha.

Es como un puto sargento instructor.

Oigo un golpe abajo, en la cocina, me pongo la bata y bajo las escaleras para verlo

preparándose un batido de proteínas de espaldas a mí.

Lo rodeo con los brazos por detrás. —De acuerdo. —Le beso el hombro.

—¿De acuerdo qué?

—Vale, no comeré con él. En su lugar, iré a comer contigo.

Se gira en mis brazos y me mira. Le beso los labios. —*Después* de decírselo en persona, tomando una taza de café.

Abre la boca y le pongo el dedo sobre los labios. —Henley. Esto no es negociable. Es un amigo y mi diseñador de interiores. Se lo diré en persona.

Tuerce los labios y sé que se esfuerza por no reaccionar.

—Un café rápido de diez minutos y luego voy a comer contigo. —Le sonrío—. Le debo esto. Le caigo bien.

—Sé que le gustas, carajo.

—Pero es una pena, porque te amo.

—No me gusta.

—No tienes por qué. —Lo beso suavemente—. Pero sí tienes que entenderlo.

Exhala pesadamente y desenrolla mis brazos alrededor de su cintura. —Tengo que irme.

—De acuerdo.

Sostiene su batido de proteínas en la mano y me mira fijamente como si estuviera contemplando su siguiente frase.

—¿Me regalas un *te amo* esta mañana? —Sonrío burlonamente.

—Cuando llegues a mi despacho y esté hecho, te lo daré.

—Necesitamos tiempo a solas. ¿Podemos irnos de vacaciones?

—Tengo un millón de cosas que hacer.

—Mmm. —Intento endulzar el trato—. Una semana al sol y en el océano conmigo en bikini de tirantes, con mi novio frotándome bronceador por todo el cuerpo. Haciendo el amor en la playa bajo la luz de la luna.

—Suenas fatal. —Un rastro de sonrisa cruza su rostro, y sé que nuestra pelea ha terminado.

Sonrío y lo beso. —Entonces, ¿podemos? —Tengo muchas ganas de relajarme lejos de aquí y de todos nuestros recuerdos de mierda.

—¿Cuándo quieres irte? —pregunta.

—¿La semana que viene?

—¿La semana que viene? —jadea—, no puedo hacer las maletas e irme en una semana.

—¿Por qué no? ¿No eres tú el jefe? —Sonrío esperanzada—. Si puedo organizar a alguien que cubra mis turnos la semana que viene y Chloe puede cuidar de Barry y visitar a tu padre, ¿podemos ir?

Exhala pesadamente.

—Chloe es enfermera. Puede controlar a tu padre todos los días. Nos llamará inmediatamente si te necesitan aquí, y podremos venir directamente a casa.

—Me lo pensaré.

—Así que... Me lo tomo como un sí. Soy optimista, ya sabes.

Pone los ojos en blanco. —Adiós, Juliet.

Agarro las solapas de su traje y tiro de él hacia mí. —Adiós, mi gruñón y sensual novio.

Arruga la cara con disgusto. —No me gusta ese término.

—¿Gruñón?

—Novio.

Me río. —Date prisa y cástate conmigo, entonces, para que puedas ser mi señor.

Su cara se torna seria.

—¡Es broma! —Me río de su horror—. Tranquilo, era una broma.

—No tiene gracia, Juliet.

—Dios...

Se dirige a la puerta y vuelve a mirarnos a Barry y a mí. —Tienes que lavar las tazas de café antes de irse.

Ensanchó los ojos y señaló la puerta. —Vete a trabajar.

Me siento en el café con el corazón en la garganta. Me siento como una mierda. Esto no es culpa de Joel. Se trata de una circunstancia muy inoportuna. Joel aparece, me saluda y sonríe al verme. —Hola. —Se inclina y me besa la mejilla.

Soy una imbécil.

—Hola. —Sonríe mientras se deja caer en la silla frente a mí.

—Ya he pedido café para nosotros. —Me encojo de hombros—. Espero que te parezca bien.

—Claro, un café antes de comer. Me apunto.

Lo miro fijamente. No hay una forma fácil de decir esto. —Siento lo del sábado, Joel —digo en voz baja.

—Yo también.

Intento explicarme. —Fue en el peor momento.

—No fue un mal momento —resopla—, sabía exactamente lo que hacía.

—¿Qué?

—Te ha tenido congelada todo el puto tiempo que ha vivido al lado, Juliet, y en cuanto conoces a otra persona, viene como un niño malcriado queriendo que le devuelva su juguete.

—Oh —respondo, sorprendida por su veneno. No esperaba esta reacción.

—Así que... déjame adivinar —dice sarcásticamente—, organizas una cita conmigo y, de repente, él se da cuenta de que eres la elegida para él, ha superado milagrosamente sus problemas de compromiso y ahora cree que está enamorado de ti... pero no lo dijo directamente, sino de una forma indirecta.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo voy con mi predicción?

Sorprendentemente preciso.

—No tienes por qué ser así.

—Pero sí tengo, porque te comportas como una idiota y dejas que te toque como a un violín.

Exhalo con fuerza. —Estoy enamorada de él, Joel.

—¿Porque tienes buen sexo?

Lo miro fijamente mientras retuerzo los labios. Ni siquiera respondo a eso.

—En una relación hay mucho más que sexo Juliet, y si quieres una vida con alguien así, adelante.

Ya oí suficiente de esta mierda.

Tiro la servilleta sobre la mesa. —Gracias, lo haré. —Me pongo de pie—. Adiós, Joel. —Salgo del restaurante.

Espero que Henley sepa realmente cómo decorar una puta casa.

El ascensor sube mientras la emoción burbujea en mi estómago. Me dirijo al despacho de Henley para comer con él. Mi cita para tomar un café con Joel no salió como había planeado, pero después de calmarme un poco, comprendo la desaprobación de Joel.

Elegí a Henley, y por muy dulcemente que envuelva la entrega, el mensaje sigue siendo el mismo.

Las puertas del ascensor se abren a una gran recepción y entro. Es todo de madera moderna, con preciosos suelos de mármol albaricoque. En la pared del fondo hay un enorme cartel dorado.

HENLEY JAMES INGENIERÍA

Oh... jodidamente lujoso

Mucho más elegante de lo que esperaba.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta una voz de mujer.

Miro y veo a una preciosa morena sentada en un escritorio: pelo largo y oscuro y una estructura ósea perfecta. —Sí. Vengo a ver a Henley.

—¿De verdad? —Finge una sonrisa y me mira de arriba abajo—. ¿Y cómo te llamas?

¿A qué viene ese tono condescendiente, zorra?

—Soy Juliet, la novia de Henley, ¿y tú eres? —replico.

Me mira, inexpresiva. —Qué raro, nunca había oído hablar de ti.

—¿Tu nombre? —repito.

—Jenny —responde rotundamente.

Jenny... Recuerdo a la jodida Jenny; fue la bruja que no contestó el celular años atrás. Así que sigue por aquí, ¿eh? Nadie me dijo que también era una bomba sexy. —Hola, Jenny. —Sonrío entre dientes apretados.

—Hola.

—¿Dónde está Henley? —repito. *No me vengas con tonterías, Jenny. Acabaré contigo.*

—Está en su despacho.

—¿Que está en? —Empiezo a enfadarme con esta mujer y su absoluta grosería.

—Toma asiento y le haré saber que estás aquí.

Entorno los labios y tomo asiento en el sofá. Le envío un mensaje a Henley.

¿Quién coño es esta recepcionista?

Al instante se abre una puerta y aparece Henley. —Hola. —Sonríe. Le lanza una rápida mirada a Jenny y hace un gesto para que entre en su despacho, yo me levanto y me dirijo hacia allí.

Jenny finge mirar la computadora, sin levantar la vista.

Entro en el despacho y me giro hacia Henley, que cierra la puerta tras nosotros.

—¿Cómo te fue? —pregunta.

—Fue una conversación de cinco minutos. Me fui antes de que llegara su café. —Cruzo los brazos delante de mí—. El hecho está consumado.

La satisfacción se dibuja en su rostro antes de estrecharme entre sus brazos. —Bien. —Me besa suavemente.

—¿Olvidaste contarme el pequeño detalle de que tu sensual recepcionista te desea?

Se ríe entre dientes. —Es un poco...

Lo interrumpo. —Grosera.

—Protectora.

Pongo los ojos en blanco, y sus manos bajan a mi trasero, y él choca nuestras caderas. —¿Qué quieres comer?

—A ti... en la mesa de Jenny suena bien —resoplo. ¿Por qué demonios está tan buena su recepcionista?

—Eso podría funcionar. —Sonríe.

Pongo los ojos en blanco. En serio, tengo que controlar esto de los celos. ¿Por qué creo que todas las mujeres vivas van detrás de Henley James?

Porque van.

—Llamé a Chloe y puede ayudarnos la semana que viene.

Me mira.

—¿Podemos irnos?

—Juliet.

Salto en el acto. —Dime que podemos irnos.

—De acuerdo. —Ensancha los ojos como si yo fuera un gran inconveniente—. Podemos irnos. Sonrío ampliamente.

—Con una condición —dice.

—¿Cuál es?

—Me dejas organizarlo.

—¿Por qué, porque eres un maniático del control?

—Precisamente. —Me dedica una lenta sonrisa sexy, y la siento hasta en los dedos de los pies.

—De acuerdo. —Lo acerco y lo beso—. Estoy deseando tenerte para mí sola.

Sus manos van a mi trasero. —Ya me tienes.

Toc, toc suena en la puerta. Henley se aparta de mí. —Pasa —llama.

Un hombre abre la puerta. —Hen. —Levanta la vista y me ve—. Siento interrumpir.

—No, no, pasa, por favor. —Henley sonrío—. Ésta es Juliet. Juliet, éste es Ronan.

—Hola, Ronan. —Le estrecho la mano.

—Hola, Juliet. Encantado de conocerte. —Sus ojos se dirigen a Henley—. Estoy teniendo algunos problemas para entrar en el nuevo programa.

—¿Pusiste la contraseña?

—Sí, pero me pide un código o algo que se enviará a tu teléfono.

—Ah, vale. —Coge su teléfono—. Iré a solucionarlo contigo. Vuelvo enseguida, Juliet. —Me siento en su silla detrás de su gran escritorio de lujo antes de marcharse con Ronan.

Me siento, echo un vistazo a su gran despacho y sonrío. Vaya... realmente tiene éxito.

Quiero decir, lo sabía, pero hasta que no vi lo lujosas que son sus oficinas y todo su personal zumbando por ahí, no lo había asimilado.

Paso las manos por el escritorio de cristal y echo un vistazo a los cajones. Me pregunto qué guardará ahí. Abro el de arriba y al instante veo algo que no quiero.

Su teléfono desechable.

Uf, odio este puto teléfono. Lo cojo y lo miro. ¿Cuántas mujeres están esperando aquí a que las llame?

—¿Qué haces? —chasquea una voz.

Levanto la vista y veo a Jenny en la puerta. —Oh...

Joder.

—No rebusques entre sus cosas —suelta antes de acercarse y arrebatarme el teléfono de la

mano.

—¿Cómo dices? —Frunzo el ceño, sorprendida.

—No entres en el despacho de Henley y toques sus cosas privadas —repite—, no lo consentiré.

¿Qué coño?

—Jenny, soy su novia. No tenemos secretos.

Ella sonríe sarcásticamente. —Por supuesto que no.

Vete a la mierda... Jenny.

—No me gusta tu tono —le digo.

—No tiene por qué. —Con otra sonrisa falsa, sale con su teléfono desechable en su sensual y pequeña mano.

Oficialmente odio a Jenny... uf, estoy enfurecida. Puedo oír los latidos de mi corazón enfurecido bombeando sangre por todo mi cuerpo.

Lleva mucho tiempo con él. Tengo que tranquilizarme al respecto y jugar bien mis cartas, o pareceré una novia psicópata celosa.

Empieza el juego, Jenny. No me jodas.

Henley

—¿Cómo que te tomas una semana libre? —Jenny jadea—. ¿Desde cuándo?

—Desde ahora. —Vuelvo a sentarme en el escritorio y me dirijo a la computadora.

—Tu agenda está demasiado apretada este mes para tomarte vacaciones.

—Cancela mis citas. —Abro la hoja de cálculo.

—Llevo más de doce meses aplazando tu visita a Dubái. El único lugar al que deberías ir es allí —resopla mientras se acerca y se coloca junto a mi escritorio—. No es posible —añade.

Levanto los ojos para encontrarme con los suyos, la impaciencia se apodera de mí. —Jenny...

—Sí, señor. —Se cruza de brazos.

—No necesito tu permiso para tomarme tiempo libre.

—Esto es inoportuno... —Reordena los papeles de mi mesa—. Estás actuando fuera de lugar.

Entrecierro los ojos mientras la miro fijamente. —¿Te refieres a Juliet?

—Yo... —Hace una pausa.

—¿Tú qué?

—No estoy segura de que estés pensando con claridad.

Me reclino en la silla, con el bolígrafo entre los dedos. —¿Y eso por qué?

—Bueno, apenas conoces a esta mujer. ¿Cómo sabes que no va detrás de tu dinero?

—Salimos hace tres años, mucho antes de que supiera lo de mi dinero.

Me ve a los ojos fijamente.

—La conozco mucho mejor de lo que crees.

—No me gusta —suelta.

—No tiene por qué hacerlo.

—Sólo estoy preocupada...

—Basta, Jenny —le digo bruscamente, cortándola—, *no* voy a darte explicaciones. Oí que ayer fuiste grosera con ella. —Juliet no me lo ha dicho, pero estoy leyendo entre líneas. Seguro que se enfadó por algo después de que yo volviera a mi despacho. Conociendo a Jenny como la conozco, sé que pasó algo mientras estaba fuera de mi despacho.

Retrocede sobre su pie, ofendida.

—Trata a Juliet con el máximo respeto en todo momento, o tendrás que vértelas conmigo. ¿Me expliqué bien?

Ella tuerce los labios, molesta. —Sí, señor.

Exhalo, frustrado. En serio... ¿es que todo el mundo intenta molestarme a propósito?

Se dirige hacia la puerta y se gira hacia mí. —Tienes una visita esperando en el salón. Michael Swartz.

—Hazlo pasar.

—Sí, señor. —Desaparece del despacho.

Juliet

Giro hacia mi calle, sumida en mis pensamientos. Mis ojos se dirigen instantáneamente a la casa de Henley. Está completamente a oscuras. Es más de medianoche. Es evidente que está dormido.

Hoy no hemos hablado.

No pasa nada. Me llamará mañana. *Deja de darle vueltas a todo.* Exhalo con fuerza. Dios, odio esto. Ese hombre me pone nerviosa. Su comportamiento en el pasado ha sido tan irregular que no tengo ni idea de si su locura volverá a arruinar mi vida amorosa.

Entro y voy directamente a mi puerta trasera. Barry mueve el rabo como el mejor amigo que es. —Hola, mi hombrecito —le arrullo—, entra, muchachote.

Entra corriendo y se zambulle en su cama, todo emocionado. Creo que voy a buscarle un compañero. Odio que esté aquí solo mientras yo trabajo.

Pero, ¿y si le consigo un amigo y se odian y se pelean todo el día mientras estoy fuera? Tendré que pensarlo un poco más. Miro por la ventana de la cocina hacia la casa de Henley. ¿Quizá debería enviarle un mensaje?

No.

Deja de ser tan necesitada.

Uf, odio que no me haya llamado hoy. Quiero que me extrañe como yo a él.

Me hago una tostada y me siento a ver las últimas noticias. Al final me levanto del sofá. Cojo una toalla y me ducho en el baño de abajo. La presión del agua en el piso de arriba me está matando, y esta noche no tengo paciencia para un chorrito de agua caliente.

Quiero la presión de una manguera de incendios, lo suficientemente fuerte como para despojarme de esta sensación de mierda que tengo en la piel.

Realmente pensaba que me llamaría; maldita sea, ¿por qué no lo ha hecho?

¿Hoy no me ha extrañado ni un poco?

Salgo, me seco y, envuelta en una toalla, abro la puerta de atrás para mirar por última vez su casa por encima de la valla, para asegurarme de que no está despierto y esperándome.

Oscuridad.

Sinceramente...

¿Qué coño me pasa? ¿Por qué le doy tantas vueltas a todo? Estar enamorada de este hombre me tiene muy nerviosa.

Es tarde...

Mañana será un nuevo día.

Subo las escaleras, entro en mi dormitorio y me dirijo al baño para lavarme los dientes. Enciendo la luz. Doy un respingo del susto. —¿Qué coño?

Henley está en mi cama, tumbado de lado, con las mantas alrededor de la cintura.

Está aquí.

Sus ojos se fijan en mí.

—Me has dado un susto de muerte.

Me dedica una lenta sonrisa sexy, de esas que me producen escalofríos. —Ven aquí.

Echa la manta hacia atrás, dejando al descubierto su cuerpo desnudo y musculoso. Mis ojos recorren su torso endurecido y luego se posan en su gran erección.

Mi sexo se agita.

—¿Te has estado tocando mientras me esperabas? —murmuro mientras la miro, hinchada y furiosa, a punto de estallar.

Sus ojos se oscurecen, y se da una caricia lenta y dura. Veo el brillo de la pre-eyaculación en su punta. —Tal vez... —Vuelve a acariciarse, fuerte, larga y lentamente.

Me aprieto, la excitación se filtra por mi organismo.

La luz de la luna capta los músculos de su brazo mientras se acaricia de nuevo. Con sus ojos oscuros clavados en los míos, acelera y me lo da todo. Sus caderas se elevan para conseguir una conexión más profunda.

Se me corta la respiración al verlo.

Tan jodidamente sexy.

—Ven aquí —gruñe.

Dejo caer la toalla y camino hacia la cama. Se pone de lado y levanta una de mis piernas sobre la cama, levantando su lengua para lamerme allí.

Oh...

Mis manos van a su pelo mientras me separa con los pulgares, su lengua me lame profundamente, sus dientes rozan mi clítoris.

Se me eriza la piel y me arroja sobre la cama, con sus fuertes manos en el interior de mis muslos, abriéndome las piernas de par en par. Su lengua me toma sin piedad y me lame profundamente, chupando, gimiendo dentro de mí como si fuera lo mejor que ha hecho nunca. Como si fuera a morir si no me corro en su lengua.

Empiezo a retorcerme bajo él. Su polla cuelga pesadamente entre sus piernas mientras me hace sexo oral. El sonido mientras sorbe mi excitación, oír sus gemidos de éxtasis... sentir el deseo en la habitación entre nosotros.

Cada célula está ardiendo.

Maldita sea, si esta no es la mejor bienvenida a casa de todos los tiempos no sé qué lo sea.

Alargo la mano hacia su erección, y él me quita de la mano. —Esta noche no necesito ayuda, ángel. Me voy a venir solo con tu sabor. —Con los ojos fijos en la pre-eyaculación que gotea de su extremo, aprieto con fuerza.

Oh...

Mi espalda se arquea sobre la cama. —Hen. —Mis manos empuñan su pelo mientras empiezo a cabalgar su cara.

La necesidad de orgasmo se apodera de mí.

El ardor de su barba incipiente, su fuerte lengua, los dientes rozándome. Y entonces desliza

tres gruesos dedos en mi sexo, y me estremezco al correrme con fuerza.

Me bombea con fuerza y rapidez, sacándome hasta el último grito, contrayendo los músculos de sus hombros.

Jadeo, respiro con fuerza intentando tomar aire. Mientras él sigue lamiendo... limpiándome. Su cara brilla con mi orgasmo. Sus ojos oscuros me miran. —Necesito más.

Lo miro fijamente a la luz filtrada de la luna, sin saber qué decir. Por primera vez desde que nos conocimos... me pregunto si podré con él. Nunca había conocido a alguien tan viril. Es el apareamiento primitivo en su forma definitiva.

Henley James nació para follar, su cuerpo no se parece a ninguno que yo haya conocido.

Mi templo.

Se eleva por mi cuerpo, subiendo mis piernas por encima de sus antebrazos hasta que le rodean los hombros. —Dime si te hago daño. —Me lame el cuello, rozándome la mandíbula con los dientes.

Asiento con la cabeza.

Me besa agresivamente.

—Vale —murmuro contra sus labios.

Carajo...

Hay una oscuridad en él esta noche, una intensidad que no había sentido antes.

Se desliza profundamente en un movimiento brusco.

Cierro los ojos ante la dominación. En esta posición, estoy completamente a su merced.

Hace círculos con las caderas para aflojarme, primero hacia un lado y luego hacia el otro. Le tiembla la respiración y sé que pende de un hilo.

Se retira lentamente y vuelve a introducirse, sin apartar sus ojos de los míos. —¿Estás bien así? —susurra, y sus dientes vuelven a rozarme el cuello.

Asiento con la cabeza, agradecida de que incluso tan excitado como está, sea consciente de lo grande y fuerte que es.

Cuánto daño podría hacer su polla.

Abre más los brazos, sus bíceps y hombros se abultan mientras se sostiene. Y entonces retrocede y se desliza con fuerza, sacándome el aire de los pulmones.

—Tómalo todo —susurra en voz baja—, toma cada puto centímetro de esta polla. —Me bombea con fuerza—. ¿Me oyes, joder? —susurra enfadado.

Cierro los ojos con la esperanza de bloquearlo. Es demasiado intenso... demasiado grande.

Demasiado de todo, carajo.

Mis pies rodean sus hombros mientras él me sujeta las piernas hacia atrás. El sonido de mi sexo húmedo chupándolo resuena a nuestro alrededor.

—Abre los putos ojos —gruñe.

Los abro y lo veo mirándome fijamente, con la piel empapada de sudor. Su polla trabaja rápidamente mientras toma lo que necesita.

Alimentándose de mi carne.

Grito, asustada por el orgasmo que está a punto de arrancarme. —Henley...

Entra cada vez más fuerte, la cama choca contra la pared con un sonido ensordecedor. Sus manos en la parte posterior de mis muslos casi me duelen mientras me abre con fuerza.

Me estremezco con fuerza, gritando en voz alta. Él gime y se mantiene dentro de las profundidades de mi cuerpo mientras éste lo succiona.

Siento cómo su polla se sacude al correrse en lo más profundo de mi cuerpo.

Nos miramos fijamente, con el corazón acelerado. Su cuerpo sigue dentro del mío. Me bombea lentamente mientras vacía completamente su cuerpo en el mío.

Jadeo mientras intento volver a la tierra. ¿Pero qué demonios...?

Yo nunca... no hay palabras...

Se retira y cae de espaldas junto a mí, con el pecho subiendo y bajando mientras jadea.

Lo miro interrogante. Está claro que algo le preocupa. —¿Qué pasa? —susurro—, ¿qué te pasa, cariño?

—Te amo.

CAPÍTULO 24

Juliet

ME RÍO entre dientes mientras jadeo hacia el techo. —Bien.

—¿Bien? —Está luchando por respirar, con la respiración agitada—. No me siento bien, me siento aterrorizado.

—Bueno... —Me encojo de hombros despreocupadamente, como si tuviera este tipo de conversación todos los días—. Tú me amas, yo te amo... el resto no importa.

Frunce el ceño en señal de pregunta.

Me levanto de la cama para recoger las mantas que están por todo el suelo. —Te va a llevar un tiempo acostumbrarte, Hen. Depender de una sola persona no es fácil.

Se apoya en el codo como interesado. —¿Te sientes así?

—Sí, supongo. —Ahora sí estoy actuando dura. Voy al baño y me aseo. Vuelvo al dormitorio y veo al hombre torturado en mi cama. Me aplico crema hidratante en la cara mientras él me mira.

—¿Planeaste nuestro viaje? —le pregunto para cambiar de tema. Está a dos segundos de enloquecer—. Vamos a la nieve, ¿verdad?

Sus ojos se desvían. —Dijiste la playa.

Suelto una risita. —Sólo compruebo que me estás escuchando. ¿Cuánto te debo por este viaje? Dímelo para poder transferirte.

—Ésta es mi sorpresa para ti.

—No quiero que pagues por todo. No es justo.

Se acerca y tira de mí hacia él. Acomoda mi cuerpo sobre el suyo y me abraza con fuerza. —Cállate, igual lo haré.

Me relajo contra su pecho. —Sabes que el allanamiento de morada es un delito, ¿verdad?

Siento que sonrío por encima de mí. —Me diste una llave.

—¿Cuándo?

—Cuando tu perro ladraba y me dijiste que lo metiera dentro si no se calmaba.

—Aaah. —Sonrío al recordar. Parece que fue hace diez años cuando tuvimos aquella conversación—. Guárdala, ponla en tu llavero. —Le beso el pecho—. Esta es mi nueva cosa favorita.

—¿Yo esperándote en la cama como un perrito. —Suspira, disgustado.

—Castigarte por quererme.

—Sí, bueno, cállate o volveré a hacerlo, carajo. —Me pincha en las costillas y me río mientras intento zafarme de él. Se pone encima de mí y me besa con ternura, y su erección vuelve a crecer contra mi pierna. Sus labios se detienen sobre los míos mientras un momento de perfecta claridad corre entre nosotros. Somos la tormenta perfecta, donde la normalidad se siente mal y lo prohibido se siente caliente.

Quiero aligerar el momento, recordarle que está bien ser nosotros.

—Lo siento, me he portado mal, señor James —susurro mientras juego con él—, por favor, no me haga daño, señor.

Veo parpadear fuego en sus ojos mientras me separa las piernas con la rodilla.

Aprieto los labios para ocultar mi sonrisa. Hablar sucio es su kryptonita, la única cosa que sé que lo saca de su propia cabeza y lo devuelve al momento conmigo.

—¿Qué diría mi padre si supiera que su mejor amigo está a punto de tomarse libertades con su hija intacta? Apenas soy mayor de edad.

Se ríe entre dientes, rozándome el cuello mientras siento que su excitación se tambalea en lo peligroso.

—Por favor, no me marque, señor... se lo ruego.

Se lanza hacia delante, reclamando cada centímetro, inmovilizándome contra la cama. — ¡Arre!

Henley avanza a zancadas delante de mí por la terminal del aeropuerto. Lleva nuestras dos maletas y se hace cargo de todo. Divertida, lo sigo.

Hemos tenido un gran día, y él ha estado en modo sargento instructor. Organizando a Chloe, a Barry, a su padre, nuestras casas, su negocio. Todo se ha planeado con una precisión perfecta.

Así es él.

A Henley James le gusta el control; nada se deja al azar.

Cuanto más vulnerable se siente, más organizado y estructurado se vuelve, y eso me parece bien. Puede serlo lo suficiente para los dos. No podría importarme menos que las cosas sean perfectas como él las hace.

Todas las noches de esta semana me ha estado esperando en la cama. Hemos follado. Hemos hecho el amor, reído y hablado hasta altas horas de la madrugada. Ha sido una semana perfecta que nos ha acercado.

Cuando estamos a solas, parece que entendiera lo nuestro... aunque eso podría ser sólo por toda la charla sucia que le hago.

Todos a bordo del autobús de mi puteríaaaa.

Sin embargo, cuando estamos juntos en público, es otra historia. A él le cuesta lo de ser pareja, y lo entiendo.

Henley James es un trabajo en curso, un trabajo en curso muy entretenido.

Nos acercamos al agente de facturación. —Hola, vamos a facturar para un vuelo de hoy, por favor —dice Henley mientras pasa nuestros dos pasaportes.

—Gracias. —Mira nuestros pasaportes y teclea en su computadora—. Aquí tiene, dos billetes a Tailandia.

Su mirada se desvía hacia mí, poco impresionado, y yo sonrío como tonta. No me había dicho adónde íbamos. Se suponía que era una sorpresa.

Le agarro la mano y él tuerce los labios; sé que desea desesperadamente hacerle pasar un mal rato por arruinarle el plan.

—Ya está, Sr. James. —Sonríe—. Ponga el equipaje de su esposa en la cinta transportadora.

Se aclara la garganta como si estuviera conteniendo un ataque.

—Ahora la suya, señor. —Pone la maleta, la pesa y luego nos entrega las tarjetas de embarque—. Buen viaje.

—Gracias. —Se gira y me hace un gesto para que camine delante de él.

—¿Nos vamos a Tailandia? —susurro emocionada.

—Sí.

Le sonrío y enlazo mi brazo con el suyo. —Estoy muy emocionada. Esta noche vas a echar un polvo.

—Como si no fuera a hacerlo de todos modos. —Ensancha los ojos como si yo fuera estúpida.

—¿A qué parte de Tailandia? —susurro mientras pasamos por seguridad.

—Koh Samui.

—Oh —jadeo—, siempre he querido ir allí.

Caminamos, mi brazo enlazado con el suyo. —Podemos darnos masajes en la playa, beber cócteles y, Dios mío, Hen, ésta va a ser la mejor semana de todos los tiempos.

Sonríe mientras me escucha delirar.

—Estaba escuchando lo que decía y esperaba que se le escapara, y cuando lo dijo... — Continúo mientras caminamos hacia la sala del aeropuerto.

—Sólo le oí decir una cosa a lo largo de ese registro —responde.

—¿Qué?

—Cuando te llamó mi esposa.

—Oh...

Me mira fijamente. —Me gustó.

Me da un vuelco el estómago mientras nos miramos fijamente. —A mí también.

Quiero decir algo juguetón y divertido, pero no parece encajar aquí.

Le gustó.

Aquí avanzamos a pasos agigantados.

Llegamos al bar del aeropuerto y tomamos asiento. —¿Qué quieres beber? —pregunta.

—Lo celebraré con una margarita. —Sonrío.

—Buena idea. —Desaparece hacia la barra y yo me siento sola en la mesa mientras tengo un mini ataque de nervios. No puedo creer lo que acaba de ocurrir.

Le gustó que me llamara su esposa. Esto es un progreso.

¡Esto es grande!

Enorme.

Vuelve a la mesa con nuestras dos copas, me acerca la mía y levanta la suya. Choco mi copa con la suya y bebo un sorbo. —Gracias.

Murmuro en mi vaso. —No sé si te das cuenta en qué te has metido al llevarme a Tailandia.

—¿Por qué?

—Soy stripper en Tailandia, ¿sabías?

Su ceja se levanta como si le impresionara. —¿De verdad?

—Ajá. —Sonrío, orgullosa de mí misma.

Da un sorbo a su margarita. —Bueno, anal con una stripper, me parece bien.

Toso y la bebida se me va por la nariz. —Aaah... no. Tu stripper no hace eso.

Sus ojos brillan con un aire de misterio. —¿Y eso por qué?

—Nunca lo he hecho.

—¿Qué?

Sacudo la cabeza.

—¿Qué... nunca? —Frunce el ceño, fascinado.

Sacudo la cabeza, y tengo la sensación de que acabo de ponerme una diana en el culo... literalmente.

Sonríe y levanta la copa en un brindis silencioso por mí, y me ruborizo al imaginarlo allí. Es demasiado grande para eso... Yo ni siquiera puedo... Acabaría en el hospital, seguro.

Vaya.

Necesito cambiar de tema. —¿Dónde estamos sentados en el avión?

—Adelante, primera clase

—¿Volamos en primera clase? —chillo.

Me besa las yemas de los dedos. Sus ojos sensuales se detienen en los míos. —Sólo lo mejor para mi esposa.

Miro hacia la puerta con impaciencia. —Vamos a perderlo. —La gente ha estado haciendo cola y subiendo a nuestro avión.

Henley está leyendo el periódico, sin ninguna prisa. —No lo vamos a perder.

—Si nos deja el avión...

Pone los ojos en blanco y sigue leyendo.

Veó mientras sube más gente. —Henley...

—No me gusta subirme a un avión demasiado pronto.

—¿Por qué no?

—Porque llevas ahí mucho tiempo. Ten paciencia, mujer.

Exhalo con fuerza. Si lo perdemos, me pondré como una salvaje. Durante los quince minutos siguientes, lo que hago es ver cómo disminuye la cola. —Última llamada de embarque para el vuelo 282 a Phuket.

Ensancho los ojos con impaciencia.

—*Ahora* podemos irnos. —Se levanta y me lleva a la puerta de embarque; le pasamos los billetes a la azafata, que los escanea—. Hola, Sr. James, bienvenido a bordo. —Me sonrío—. Hola.

—Hola. —Sonrío. *Gracias a Dios. Méteme ya en el avión.* Caminamos por el pasillo hasta el avión—. Estoy nerviosa —susurro mientras tomo la mano de Henley.

—¿Por qué?

—Nunca había volado en primera clase.

—¿Eso te pone nerviosa? —Frunce el ceño mientras entramos en el avión.

—Ajá.

—Bicho raro —dice.

—Sr. James, éste es para usted. —Señala una silla delante—. Y ésta es para usted, señorita Drinkwater. —Miro los dos amplios asientos de cuero en su propio cubículo. Hay un elegante biombo entre nuestras dos sillas.

—Gracias. —Sonrío. Va a servir a otra persona, y mis ojos se desvían hacia Henley.

Frunce el ceño en señal de pregunta.

—Hay una mampara de cristal entre nosotros —susurro mientras miro a los demás asientos.

—Sí, algunos aviones tienen esta configuración de asientos —responde.

—Hubiera preferido estar en clase turista, donde puedo sentarme a tu lado.

Me quita la bolsa y la mete en el compartimento superior. —Estaré encima de ti diez días. Disfruta de la paz. —Me besa rápidamente y me sienta—. Abróchate el cinturón —me indica.

Pongo los ojos en blanco y hago lo que me dicen.

Coge su libro y se sienta en el asiento de al lado. Aunque está cerca, no puedo tocarlo en absoluto.

Uf... basta, Juliet. ¿Oyes lo necesitada que estás? El mundo no se vendrá abajo porque no puedas tocar a tu novio por un mísero vuelo.

Novio.

Me recorre una emoción. Aún no puedo creer todo lo que ha pasado en tan poco tiempo, pero al mismo tiempo siento como si hubiéramos estado juntos desde siempre.

Extraño pero surrealista.

La azafata se acerca con una bandeja de plata. —¿Puedo ofrecerte una copa de champán o un zumo de naranja?

—Oh. —*También en una copa de verdad*—. Champán, por favor. —La cojo y encojo los hombros emocionada. Echo un vistazo y Henley me guiña un ojo sexy.

Me siento y sonrío. *Adelante.*

El zumbido de fondo es constante. Todos los demás en el avión parecen estar en modo de relajación profunda.

Yo, no tanto.

He visto dos películas y he dado vueltas en la cama. Intenté ver una tercera película, pero no pude concentrarme, así que la paré después de quince minutos.

Odio estar quieta.

Miro a Henley; sigue leyendo el mismo libro desde hace horas. Pasa la página, completamente absorto. ¿Cómo consigue concentrarse tanto tiempo?

Uf...

Me vuelvo a tumbar y doy algunas vueltas más... carajo. Me vuelvo a sentar y Henley me mira. —¿Qué pasa? —pregunta.

Me encojo de hombros, abatida.

Deja el libro y se da golpecitos en el regazo. Me acerco a él y le doy un beso.

—¿Qué pasa? —me pregunta suavemente mientras me aparta el pelo de la frente.

—No puedo dormir.

Me arrastra hasta su regazo. —Siéntate conmigo un momento. —Me acurruco en su regazo y él extiende la manta sobre los dos—. Yo también te he extrañado —murmura contra mi sien con un suave beso.

¿Cómo lo sabía?

Con sus grandes brazos a mi alrededor, por fin a salvo entre sus brazos, siento que empiezo a relajarme.

Me abraza con fuerza mientras él también cierra los ojos.

Ahora, dormimos.

Henley escanea la llave y la puerta de nuestra cabaña se abre con un clic.

Santo...

—Dios mío —susurro mientras miro a mi alrededor. Es tan hermoso que no sé en qué concentrarme primero.

Henley sonrío, orgulloso de sí mismo. —No está mal.

—¿No está mal? —jadeo—, ¿estás bromeando? Es espectacular.

La pared del fondo es toda de cristal y da a la vista más impresionante que he visto nunca. Océano azul, palmeras y arena blanca.

Construida en la playa, es una cabaña de madera con una enorme terraza, piscina privada y spa. Mis ojos recorren el interior. Es todo blanco, con muebles de madera clara. Parece sacada de una casa de playa de una revista. Entro en el dormitorio y veo una enorme cama con dosel y un cuarto de baño con una bañera inmensa. —Dios mío —vuelvo a jadear—. Henley James. —Me río a carcajadas.

—¿Cómo me quedó esto? —Sonríe mientras me toma en sus brazos.

—Lo has hecho bien. —Lo beso suavemente—. Lo has hecho muy bien.

Se ríe entre dientes, se tumba en la cama y da unos golpecitos a su lado.

—Ni hablar. —Llevo la maleta al dormitorio—. Si nos tumbamos ahora, me quedaré dormida, y no quiero tener jet lag. Tenemos que estar despiertos hasta la noche.

Exhala pesadamente. —¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Nos vamos a la playa.

—¿Qué?, ¿ahora?

—Ahora mismo.

Las olas golpean suavemente la orilla y el sonido de las gaviotas resuena en la distancia. —Estoy en el cielo.

—Ya lo dijiste.

—Sólo quería que supieras lo mucho que me gusta este lugar.

—Lo sé.

—¿Sabes también lo mucho que te agradezco que lo hayas reservado todo?

—Sí.

—Y la clase preferente, no puedo creer que hayamos volado en preferente. Pienso un momento. —Ojalá me hubiera puesto el pijama, ¿sabes?

—La próxima vez. —Sonríe.

Sujeto la mano de Henley y le beso el dorso. —Gracias. —Vuelvo a besarle la mano—. Pensaste en todo.

Henley se apoya en el codo mientras se tumba de lado, con el cuerpo apoyado contra el mío. —Necesitas protector solar.

Me miro a mí misma. —Estaré bien.

Se sienta, se echa un poco de bronceador en la mano y me lo frota por la espalda. Sonrío al sentir sus manos en mi piel. Lentamente, empieza a frotarme la parte superior de los muslos. Las yemas de sus dedos rozan mi sexo. —Cuidado, estamos en otro país —murmuro—, harás que nos detengan.

—¿Cuál sería el cargo? ¿Tener un orgasmo en público por frotarle crema solar a mi novia?

—Exactamente por eso. —Sonrío soñolienta—. Ves, te dije que te acostumbrarías.

—¿Acostumbrarme a qué? —Desliza los dedos por debajo de la parte superior de mi bikini y me pellizca el pezón. Me retuerzo ante la sensación.

—Decir la palabra *novia*.

—Bah. —Sonríe mientras se concentra en su tarea—. Sigue siendo una palabra corriente. *Esposa* es superior.

Abro los ojos y lo miro. Grandes ojos marrones. Su pelo oscuro está revuelto por el mar salado. Su piel marcada ya está dorada y resplandeciente por haber estado hoy al sol. ¿Cómo puede alguien ser tan absolutamente guapo?

—*Esposa es mucho más que solo superior* —susurro, distraída por su belleza.

Su mirada sigue su mano mientras sigue frotando la loción. —¿Dónde te ves dentro de cinco años? —pregunta.

—Casada con el amor de mi vida —respondo sin vacilar—. Espero que embarazada, si es que queremos hijos. Si no tenemos hijos, viajando por el mundo con mi marido también suena bastante bien.

Sus dedos siguen recorriendo mi piel.

—¿Dónde te ves? —pregunto.

Abre la boca para decir algo y luego la cierra como si dudara de sus pensamientos.

—Dime...

—No lo sé.

Lo miro. —Sí lo sabes. Al menos tienes una idea.

—Últimamente —se encoge de hombros, con los ojos aún siguiendo sus manos—, veo un futuro muy distinto del que siempre pensé que tendría.

Levanto la mano y le paso los dedos por la barba oscura. —¿Y cómo te hace sentir eso?

Se encoge de hombros de nuevo, permaneciendo en silencio...

—¿Aterrorizado, horrorizado o simplemente petrificado? —Sonrío.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. —Emocionado.

Sonrío suavemente a mi hermoso hombre.

¿Qué?

—Tenemos mucho por lo que ilusionarnos, Hen. ¿No crees?

Asiente con la cabeza.

—Entonces, ¿quién es la afortunada? —bromeo.

Sus ojos bailan de placer. —Una chica amante de los tríos que conocí en una fiesta de intercambio de parejas hace un tiempo.

Me río. Este hombre me mata. —Es una chica con suerte.

—Tal vez. —Se inclina y me besa, posando sus labios sobre los míos—. Deberíamos follar ahora.

Sonrío contra sus labios. —Vamos a esperar a volver de cenar esta noche, o me quedaré dormida y no saldré.

Exhala con disgusto y rueda sobre su espalda. —Mi swinger amante de los tríos no diría eso. Le encantaría chupármela, aquí y ahora.

Suelto una risita. —¿Quién, la futura señora James?

—Ella misma.

—Quizá la encuentres en el hotel.

Me da una fuerte palmada en el trasero. —Vámonos.

Henley

Me siento en la terraza con vistas al océano. ¿Qué hace ahí dentro? Echo un vistazo al reloj; está tardando una eternidad en prepararse.

Nunca me había sentido tan relajado y satisfecho. Este viaje era realmente necesario. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba alejarme.

El viento me revuelve el pelo y sonrío. Vuelvo a ver el reloj.

Vamos a llegar tarde. ¿Qué demonios hace ahí dentro?

Vuelvo al dormitorio y abro la puerta del baño; doy un paso atrás. ¿Pero qué...?

Juliet lleva una larga peluca oscura y toda la cara maquillada de forma sexy. Lleva medias blancas de tirantes y un sujetador transparente a juego.

Mis ojos bajan por su cuerpo y me quedo con la boca abierta.

Esto es tan inesperado...

Está inclinada sobre el lavabo, y mis ojos se encuentran con los suyos en el espejo mientras mi polla empieza a palpar.

Se da la vuelta y se arrodilla ante mí. —Swinger amante de los tríos a su servicio, señor. —Me desabrocha los pantalones y me mete en su boca mientras me aprieta con fuerza.

Mi cabeza se inclina hacia atrás en éxtasis. —Joder. —Agarro su cara entre mis dos manos y me deslizo profundamente por su garganta. Miro fijamente su hermoso rostro, tan inocente y dulce, y a la vez la sucia, la sucia puta que necesito.

Sé exactamente dónde estaré dentro de cinco años.

Casado con ella.

CAPÍTULO 25

Henley

¿QUÉ?

Me chupa con fuerza, y yo aprieto la polla contra su garganta mientras mi cuerpo se apodera de ella.

La necesidad de follar hace estragos en mi alma.

Esto es una trampa.

Las paredes empiezan a cerrarse a mi alrededor: su peluca oscura, la lencería.

Su boca perfecta. Sus ojos se cierran mientras me chupa y sorbe ruidosamente. —Sabes tan bien.

Quiere casarse.

Sus piernas se abren más en el suelo, y yo la arrastro hasta ponerla en pie, la giro hacia el espejo y la inclino. Froto mi dedo sobre su perfecto culo.

La quiero ahí. Quiero que se sienta tan vulnerable en esto como yo.

Ella gime mientras echa la cabeza hacia atrás de placer.

Odio no tener control sobre mí mismo con ella.

Cuando estamos en el momento, que ahora es todo el puto tiempo... ella me posee.

Y ella lo sabe, carajo.

Oigo los latidos de mi corazón en mis oídos mientras la excitación se apodera de mí.

Levanto su pierna, la apoyo en el lavabo y deslizo mi dedo hasta el fondo de su culo.

Mi polla goteando de anticipación.

Sus ojos se oscurecen al ver los míos en el espejo.

Tomo un puñado del oscuro pelo acrílico. —Deja de hacerte la inocente, Juliet.

Echa la cabeza hacia atrás y gime.

—Quieres mi polla hasta el fondo de tu culo. —La masturbo con fuerza—. ¿No es así?

Ella gimotea.

—Dilo —gruño. Algo se ha apoderado de mí, algo oscuro y siniestro, mis viejos rasgos han vuelto. Ya no puedo jugar a ser amable con ella.

Soy quien soy. La quiero aquí, así.

Ahora mismo.

Me sitúo en su entrada trasera.

—No —grita.

Mis ojos se encuentran con los suyos en el espejo.

—Así no.

Me devuelve al momento.

—Mierda. —La inclino y me abalanzo sobre su sexo. Los músculos de su cuerpo se agitan a mi alrededor. Veo estrellas.

Todas las putas estrellas... y las odio.

**Y en este momento, la odio por lo débil que me hace.
La llevo a la cama y la follo, bien fuerte como se merece.
Grita mientras la llevo al orgasmo una y otra vez, y maldita sea.
Me contengo profundamente mientras un orgasmo estremecedor me atraviesa. Estoy sin
aliento, jadeando, cubierto de sudor.
Me aparto y ruedo fuera de ella.
Estamos tumbados en silencio, los dos jadeando.
Al final me levanto, entro en el baño y abro la ducha.
Necesito mentalizar lo nuestro... y rápido.**

Juliet

Me despierto sobresaltada. La habitación está a oscuras y, miro a mi alrededor, desorientada
¿Qué hora es?
Mi estómago gruñe. Tengo hambre... me muero de hambre.
No llegamos a cenar. El agotamiento se apoderó de mí. No recuerdo nada después de...
Miro al hombre que está a mi lado, durmiendo plácidamente sobre su espalda.
Mi estómago vuelve a gruñir. Necesito encontrar algo de comer. Salgo de la cama, me pongo
la bata, salgo de puntillas del dormitorio y cierro suavemente la puerta tras de mí.
La cabaña está iluminada. Hay luna llena y la luz baila por las paredes al reflejarse en el
océano. El sonido del suave chapoteo del océano resuena con fuerza.
Tan perfecto.
Enciendo la lámpara y encuentro un gran cuenco de fruta en la nevera. Me la voy a comer
entera. Abro la puerta corredera y me asomo a la oscuridad, quieta y silenciosa.
Da un poco de miedo, siendo sincera.
No estoy segura de que sea seguro sentarse aquí sola por la noche. ¿Quién sabe lo que hay ahí
fuera? Miro la hora en el teléfono: 3:00 a.m. La hora de la bruja.
Estar en otro país es inquietante. Seguro que estaría bien, pero...
Decido no sentarme fuera y vuelvo a entrar. Cierro la puerta mosquitera y me siento en el
suelo frente a ella, con las piernas cruzadas. Le quito la concha a mi banana y miro hacia el mar
mientras como.
Mi mente está a mil por hora.
Algo ocurrió esta noche... anoche.
Todo iba bien, y entonces... Henley se apartó, volvió a sus viejos hábitos. Protegiéndose a
toda costa.
Maldito agente de aeropuerto que me llamó esposa. En ese momento supe que se iba a asustar.
Pero en aquel momento, él dijo que le gustaba que me llamara así... y como era de esperar, a mí
también.
Pienso en mi pequeña representación de disfraces. ¿Fue eso?
¿Fui demasiado lejos?
Parecía que le encantaba... físicamente, lo tenía todo. Emocionalmente, ni siquiera estaba en el
mismo edificio.
Es su corazón lo que quiero, y algunos días estamos ahí, pero ¿cómo demonios llego a él todos
los días? Cada vez que nos acercamos, vuelve a levantar sus muros.

Sé que lo está intentando. Estamos juntos en unas vacaciones que él mismo organizó. Ha recorrido un largo camino en muy poco tiempo. Sólo han pasado un par de semanas; son dieciocho años de un patrón de comportamiento que tenemos que romper. Claro que le va a llevar algún tiempo adaptarse.

Le estoy dando demasiadas vueltas.

Me como lentamente la fruta y me siento en el suelo en la oscuridad, contemplando una vida con Henley James.

¿Es así como va a ser siempre con él? Tres pasos adelante, un paso atrás.

¿Cómo puedo quejarme? Su dominio sexual es tan perfecto.

Me tumbo en el suelo y escucho el océano. Es muy ruidoso. Como un anfiteatro, el sonido resonando en la playa. Me invade un sentimiento de melancolía, lo cual es extraño porque sabía dónde me metía con él.

Sin embargo, cuando se aleja... duele.

¿Qué pasa si nunca lo supera? ¿Qué pasa si me paso los próximos diez años intentando que me deje entrar, sólo para que se dé la vuelta y me deje de todos modos?

Se abre la puerta del dormitorio y aparece Henley. Está desnudo, con el pelo revuelto, y frunce el ceño cuando me ve sentada en el suelo. Sin mediar palabra, se sienta a mi lado y ambos miramos al mar. La sensación entre nosotros es de pesar.

Él lo sabe.

Sabe cómo me hace sentir cuando se desliga durante el sexo.

Durante un largo rato, nos sentamos en silencio, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos. Para ser sincera, me sentía mejor cuando aún dormía, porque al menos entonces pensaba que todo esto estaba en mi cabeza. Ahora sé con certeza que no es así.

—¿Por qué eres así? —susurro.

—No lo sé.

Silencio...

—¿Quieres ser así? —pregunto.

—No.

—Háblame. —Mis ojos buscan los suyos—. Dime lo que hay en tu corazón.

—Mi corazón no es el problema.

Frunzo el ceño mientras escucho.

—Es la cabeza la que se mete en el camino.

—¿Qué pasó esta noche?

Permanece en silencio... aprieta la mandíbula como si se contuviera.

—Hen, si queremos que funcione, tienes que hablar conmigo. Necesitamos tener una línea de comunicación clara y abierta.

Escucha, pero permanece en silencio.

—¿Cuál fue el detonante esta noche? ¿Qué te hizo estallar?

Mueve sutilmente la cabeza.

En serio... esto no tiene sentido.

Me estoy dando cabezazos contra la pared.

Se tumba en el suelo y se pone el dorso del antebrazo sobre los ojos para taparse la cara. —Tuve un pensamiento fugaz en el que supe dónde quería estar dentro de cinco años —murmura.

Oh, no... no quiere esto. Asustada por la respuesta, hago la pregunta. —¿Y dónde fue eso?

—Casado... contigo.

Frunzo el ceño. No es la respuesta que esperaba. —¿Y eso... ?
—Me jodió la cabeza.
Asiento con la cabeza cuando empiezo a comprender. —Estás procesando.
—¿Procesando qué... que soy un completo imbécil de mierda?
Sonrío suavemente mientras me tumbo a su lado. —Que las cosas están cambiando.
Permanecemos un rato en silencio.
—No sé cómo apagar la cabeza. —Suspira.
—Pues no lo hagas.
Frunce el ceño.
—Henley, que sientas algo por mí, no significa que estés fuera de control.
—Pues sí que lo parece.
Me pongo de lado para verle la cara. —¿Qué se siente?
Piensa un momento mientras intenta articular esto. —Como si por fin se hubieran abierto las compuertas y, como consecuencia, estuviera a punto de ahogarme.
—¿Por qué te has estado ocultando de todo el mundo durante tanto tiempo?
Asiente con la cabeza.
Permanezco en silencio mientras intento pensar en lo correcto que decir aquí.
—Soy un tipo de persona de todo o nada, Jules. En cuanto a las relaciones, siempre he sido nada.
Escucho.
—Es que... —Deja escapar un suspiro desinflado—. Voy demasiado de prisa. Esto no es... —
Se interrumpe—. No debería...
—¿Tienes miedo de que tu todo... sea demasiado?
Me ve a los ojos mostrando su vulnerabilidad, y sé que es eso. Es la respuesta que he estado buscando.
—Tu todo no es demasiado para mí, Henley. Es lo que yo también quiero. —Hago una pausa. ¿Debo decirlo en voz alta?
A la mierda.
Ponlo todo sobre la mesa.
—Sé que eres el indicado para mí. Lo sé desde hace tiempo. Quiero casarme, quiero verte en mis hijos y, sobre todo, quiero lo que merezco, lo que *ambos* merecemos, ser felices para siempre.
Frunce el ceño. —Pero apenas nos conocemos. No es normal sentirse así tan pronto.
—¿Quién lo dice? —Lo beso suavemente—. ¿Desde cuándo quieres ser normal?
Su brazo se desliza tiernamente por mi espalda mientras me mira fijamente.
—Que conste que para mí, no estás yendo de prisa. Soy toda tuya. Estoy aquí, Hen. Lista y esperando.
Me toma la cara entre las manos y me besa, su lengua se desliza lentamente por mis labios. —
Te amo de verdad —susurra—, intento ser mejor; sé que no lo parece, pero lo hago.
La emoción que hay detrás de sus palabras hace que se me salen las lágrimas. —Lo sé, cariño.
—Lo beso suavemente y quiero aligerar el ambiente—. ¿A qué hora nos casamos mañana?
Esboza una sonrisa impresionante. —Ni siquiera bromeas. Me siento lo bastante desquiciado como para querer hacerlo de verdad.
Nos quedamos serios mientras nos miramos fijamente, el aire arremolinándose entre nosotros.
Entonces, haz la pregunta.

—Prométeme algo —susurro.
—Cualquier cosa. —Me besa suavemente.
—Si tienes un momento en el que te asustas... simplemente me dirás: *Juliet, estoy teniendo un momento*.
Me ve a los ojos como comprendiendo lo que digo.
—Así sabré dónde tienes la cabeza, porque cuando te apartas de mí en medio de las cosas... es molesto.
Se lo piensa un momento y acaba asintiendo. —Vale. —Se pone de lado, frente a mí, y sus dedos se deslizan por mi sexo.
Ahora su tacto es diferente. Mi Henley ha vuelto, su ternura ha regresado. —Lo siento. Lo siento —susurra como si le doliera—, no era mi intención... ¿Te hice daño?
—Shhh —lo tranquilizo. Lo beso suavemente—. No pasa nada, cariño. No, no. Te tengo.
Rueda sobre mí y su cuerpo se desliza profundamente en el mío. —Déjame compensarte —murmura contra mis labios—, lo siento. —Me penetra lentamente.
Y aquí mismo, en el suelo, en mitad de la noche, Henley James me hace el amor lentamente y con dulzura por primera vez.
—Yo también te amo.
Antes estaba asustada... pero ahora, estoy aterrorizada.
Esto tiene que funcionar porque no puedo perderlo.
Nunca.

Los mercados nocturnos explotan de actividad, y Henley y yo deambulamos por ellos, empapándonos del ambiente. Ha sido un gran día, el mejor.

Entramos en un puesto de conchas y echamos un vistazo; Henley coge una enorme concha blanca y sonrío mientras la mira. —A mi madre le encantaban estas conchas.

—¿De verdad?
Es la primera vez que menciona cómo era.
—Sí. —Lo vuelve a poner en la estantería.
—¿Podemos comprarla? —pregunto.
—¿Por qué querías eso?
—Porque a tu madre le encantaría tener una concha en mi casa —digo despreocupadamente mientras sigo mirando a mi alrededor.
Arruga la nariz.
—Voy a comprarla. —La llevo al mostrador y le pago a la señora mientras él espera fuera de la tienda. Al final me reúno con él—. Ya la tengo. —Sonrío.
Él asiente. —De acuerdo. —Empezamos a deambular calle arriba.
—¿Puedo hacerte una pregunta?
—Sí.
—¿Has ido alguna vez a terapia de duelo... ya sabes, específicamente sobre tu madre.
—No tiene sentido —dice mientras mira a su alrededor—, mi madre murió. Las madres de mucha gente mueren. Ya he hecho suficiente terapia.
—Sabes, he investigado un poco. Hay un lugar llamado Campamento Ángel. Es un centro específico donde tratan el duelo. —Este lugar es muy duro. No te dejan salir hasta que estás en vías de una recuperación total.

—¿Por qué querría ir allí?
—Para que puedas enfrentarte a tus demonios.
—No necesito ir a un campamento para hacerlo. —Sonríe, divertido—. Me enfrento a ellos todos los días.

Oh...

—Sólo era una idea. —Me encojo de hombros.

Me rodea con el brazo y seguimos comprando. Se rebusca en el bolsillo y contesta al teléfono con una sonrisa. —Hola, Jen.

Uf... maldita Jenny. Lo ha llamado todos los días, y no ha tenido nada que ver con el trabajo.

—¿Sí? —Él escucha mientras yo finjo no hacerlo—. Hoy es día de playa. —Vuelve a escuchar y se ríe.

La zorra celosa que llevo dentro asoma su fea cabeza. Caminamos por las tiendas mientras él charla alegremente con ella mientras me lleva de la mano.

Sé que es inocente. No estaría tan contento de hablar con ella conmigo aquí si no lo fuera.

Ella... No me fío ni un segundo.

Enrollo el dedo en el aire para indicar que acabe.

—Tengo que irme, Jen.

—Te extraño —la oigo decir.

—Sí, yo también. —Sonríe mientras cuelga.

Lo extraña.

Uf... vete a la mierda, Jenny.

—Cuando crees que conoces a alguien —digo subiendo la colina.

Henley se ríe entre dientes mientras se gira hacia mí. —Vamos, mujer.

—¿Por qué no me dijiste que eras deportista extremo? —Jadeo y resoplo mientras me arrastro colina arriba.

—Atleta. —Guiña un ojo—. Soy un atleta de élite.

—Uf. —Pongo las manos en las caderas para intentar que la cuesta parezca menos empinada. ¿Recuerdas esas vacaciones en las que me tumbaba al sol y me relajaba que había planeado en mi cabeza?

Resulta que no es ésta. Henley James no puede relajarse.

—Necesito unas vacaciones para superar mis vacaciones —resoplo.

—Deja de lloriquear o te taparé la boca.

—¿Con qué? —pregunto mientras subo.

Se agarra la entrepierna. —Polla.

Me río. Hemos paseado en moto, en kayak, escalado montañas, en parapente, en bicicleta. Lo que se te ocurra, lo hicimos.

Nos levantamos por la mañana, tomamos un desayuno relajante y nos vamos a nadar tranquilamente. Luego, de alguna manera, me convence para hacer una especie de parkour extremo.

Hacemos cosas llenas de adrenalina al azar durante todo el día hasta que finalmente conseguimos relajarnos en la playa a última hora de la tarde.

Vuelve a bajar la cuesta, me toma de la mano y empieza a tirar de mí para que suba con él, y yo sonrío tontamente.

¿A quién quiero engañar? Estas son las mejores vacaciones de mi vida.
Héroe de acción por el día, haciendo el dulce amor toda la noche.
—Está aquí arriba —dice mientras mira un mapa en su teléfono.
—¿Qué es?
—Una sorpresa.
—Oh. —Encorvo los hombros, emocionada—. Me gustan las sorpresas.
Se vuelve hacia mí y saca del bolsillo un antifaz de seda negra. —Ponte esto.
Mi corazón da un vuelco.
—¿Qué?
Me pone el antifaz, me toma de la mano y me lleva un poco más colina arriba.
¿Qué ocurre?
—Me encantan las sorpresas. —Sonrío.
—¿Es así? —Me sigue el juego.
Oh Dios mío, este es... este es el mejor día de todos los tiempos.
¿Cuál es la sorpresa?
¿Va a...?
—Ta-da. —Levanta la máscara.
Miro a mi alrededor. Hay un acantilado escarpado y una tirolina. Un hombre espera con dos arneses.
Se me cae la cara de horror. —No, no, no. —Doy un paso atrás—. Henley, estás drogado si crees que haré eso.
Sus ojos centellean con picardía. —Puedes hacerlo.
—Podría —balbuceo con los ojos desorbitados—, pero no quiero.
Se ríe entre dientes, me coge la cara entre las manos y me besa suavemente. —Dijiste que te encantaban las sorpresas.
Cuando creo que la sorpresa es una pedida de mano, imbécil.
—No de este tipo —balbuceo.
—Cariño, está bien. Esto va a ser increíble.
—¿Por qué? ¿porque estaré muerta en una zanja en medio de una selva tropical en algún lugar del océano Pacífico?
—El Golfo de Tailandia, en realidad.
Miro hacia el acantilado y me mareo. Doy un gran paso atrás. —No. De ninguna manera.
—¿Confías en mí? —Toma mis dos manos entre las suyas—. Porque yo confío en ti. Te sigo por el precipicio cada día.
—Metafóricamente. —Abro los ojos de par en par—. No en la vida real.
—Amarte da mucho más miedo que esto.
Me trago el nudo que tengo en la garganta. Cuando lo dice así, joder... ahora me entran ganas de hacerlo.
—Si muero... —adviento.
—Yo me ocuparé de Barry.
—Henley —balbuceo.
Se ríe a carcajadas. —Yo iré primero. —Se sube al arnés—. Vamos, nena. —Me tiende la mano—. Hagámoslo.
Me retuerzo los dedos mientras miro al guía, que espera pacientemente con el arnés. —
¿Compruebas los arneses? —pregunto.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

Henley se ríe y se abrocha la hebilla. —¿Quieres relajarte?

—Lo dice el chico que tiene miedo de una novia —susurro enfadada—, me estás presionando para que me muera antes de tiempo.

Tiene la cara llena de picardía.

—Juliet. —Se inclina hacia mí y me besa tiernamente—. Te amo. No dejaría que te pasara nada. Confía en mí.

—Bien —susurro—, para que lo sepas, voy a poner esto en el marcador, y será mejor que pagues a lo grande.

Se ríe entre dientes y me abraza.

—Como cinco quilates de grande —refunfuño contra su hombro.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que resuena por todo el valle.

Y, de algún modo, sé que todo va a salir bien.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, me pongo el arnés y escucho las instrucciones. Juntos nos colocamos en el borde.

—¿Estás lista? —Me sonrío.

—Quizá seis quilates —murmuro.

Se ríe entre dientes y se lanza por el borde. Sale volando hacia el valle, con el sonido de su risa rebotando en las paredes rocosas.

Pum, pum, pum late mi corazón.

Joder.

Hazlo y punto.

Cierro los ojos y, en contra de mi buen juicio, salto del borde.

Lo seguiría a cualquier parte.

CAPÍTULO 26

Juliet

EL AVIÓN se precipita por la pista y suelto un profundo suspiro. Todo lo bueno se acaba. Nuestras vacaciones perfectas acabaron.

Estamos tan enamorados; nuestros pequeños problemas por lo rápido que vamos lo único que han hecho es cimentar nuestro vínculo estos días.

Somos el uno para el otro, y ambos lo sabemos.

Henley ha aprendido que puede mantener su ser sexualmente dominante y estar enamorado de mí.

No hay fronteras, no tiene que elegir entre lo uno o lo otro.

De algún modo, en su mente pensaba que tenía que elegir, amarme... o dominarme en la cama, y estaba luchando. Incapaz de elegir entre el sexo que necesita y el amor que desea.

Por fin hemos encontrado nuestro lugar feliz donde podemos tenerlo todo.

Me ama tanto y sin embargo, ahora tiene la libertad de follarme como si me odiara... y es tan jodidamente bueno.

Miro a mi compañero de viaje; sonrío y me guiña un ojo sexy.

Uf, es exasperante. ¿Cómo es que se ve tan bien después de un vuelo estúpidamente largo? Yo parezco un animal atropellado y él está ahí *luciendo como un modelo GQ*.

—Bienvenidos al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Hora local once y cuarto. Gracias por volar con nosotros y esperamos volver a recibirlos muy pronto —dicen por el altavoz.

Salimos del avión y pasamos la aduana en piloto automático. —Estoy deseando meterme en la cama. —Suspiro—. Estoy agotadísima.

—Lo sé, nena. —Henley me rodea con el brazo y me acerca para besarme la sien—. Pronto.

Duermo en el auto de camino a casa. —Ya estamos en casa. —Henley me despierta antes de meter nuestras maletas dentro. Intento terminar de despertarme lo suficiente para salir del auto. Maldita sea, estoy destrozada.

Barry da saltitos y se emociona al ver a Henley cuando abre la puerta. —Hola, acné de culo —dice mientras le palmea la cabeza.

Pongo los ojos en blanco. Puede hacerse el duro todo lo que quiera, pero yo sé la verdad.

Chloe se fue hoy a casa, sabiendo que estaríamos aquí esta noche.

Le debo un riñón por haber hecho esto por nosotros. Quiero ponerme al día con ella mañana.

Barry salta emocionado. —Hola, hola —le canto. Me tumbo en el sofá y lo abrazo fuerte—. Te he extrañado, ¿me extrañaste?

—No extrañé la voz de bebé que usas con Barry, eso seguro —murmura Henley secamente.

Suelto una risita. Es verdad. Barry saca a relucir el lenguaje infantil que hay en mí. Él y yo hablamos otro idioma.

Charla de cachorros.

—A la cama. —Henley me sujeta de los hombros y me voltea hacia las escaleras—. Comeré algo y me levantaré.

—De acuerdo. —Le rodeo el cuello con los brazos y lo beso suavemente. Sus manos van a mi trasero—. Muchísimas gracias. Me la pasé muy bien.

—Yo también. —Sonríe contra mis labios.

—¿Podemos volver el año que viene?

—De acuerdo.

—Te amo.

—Yo también te amo. Subiré en unos minutos.

Subo las escaleras y oigo su voz. —Hola, sí, acabo de volver.

Frunzo el ceño. ¿Con quién está hablando?

Me detengo en el acto mientras intento escuchar. ¿Quién lo llama tan tarde?

Jenny.

Habla con ella mientras camina organizando las cosas. ¿Por qué lo llama por la noche?

Suelta una risita baja. —Sí, ya lo sé.

¿Y por qué coño le contesta como si fuera su amiga perdida hace tiempo?

Uf, después de la mejor semana de mi vida, llego a casa y me encuentro con la realidad de que la asistente personal de mi novio anda detrás de él.

Sin embargo, ¿es así... o sólo estoy siendo insegura?

Probablemente un poco de ambas cosas.

—Tú también, ¿eh? —Oigo que responde Henley en voz baja. *¿Tú también qué?*—. Adiós, Jen.

Subo las escaleras de puntillas rápidamente y me meto en la ducha. No quiero que sepa que lo oí hablar por teléfono, y lo último que quiero es pelearme con él por ella... pero necesito más información. Me ducho rápidamente, me meto en la cama y finjo leer mi libro mientras mi mente corre a millones de kilómetros por minuto.

Al final viene a la cama. —Hola. —Sonríe al entrar en mi dormitorio—. Creía que ya estarías dormida. —Se sienta a un lado de la cama, me besa y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me volví a despertar. —Levanto mi libro—. Pensé en leer un poco.

—Vale. —Me vuelve a besar, enchufa el móvil para cargarlo en la mesita de noche y entra en el baño. Oigo cómo se enciende la ducha y echo un vistazo a su teléfono. Ojalá supiera el código para poder ver cuántas veces al día lo llama.

Basta ya.

No seas ese tipo de persona.

No seré la novia celosa e insegura, por muy enamorada que esté.

Henley se ducha y entra en el dormitorio con la toalla blanca alrededor de la cintura. —¿Estás deseando volver mañana al trabajo? —pregunto despreocupadamente.

—Sí, supongo —responde Henley mientras camina ordenando. Me dobla la ropa que estaba en el suelo y la deja sobre la silla.

—¿Cuánto tiempo lleva Jenny trabajando para ti? —Actúo desinteresada por la respuesta.

—No sé, doce años.

—¿Doce años? —jadeo—, ¿hace doce años que tienes tu negocio?

—No, ella y yo trabajamos juntos en otra empresa, y luego los dos nos fuimos a trabajar a otra empresa antes de que le pidiera que viniera a trabajar para mí. —Pone mis zapatos en el fondo

del armario—. Tenemos que remodelar este armario. Me está destrozando la cabeza. Es demasiado difícil mantenerlo organizado.

Me importa un bledo organizar el puto armario.

—¿Así que has trabajado con ella en tres empresas?

—Ajá.

—Deben ser cercanos... —Tuerzo los labios para ocultar mi desaprobación.

—Es una buena amiga. —Se mete en la cama a mi lado.

—¿Confías en ella?

Frunce el ceño. —Claro que confío en ella.

Pues al menos uno de nosotros lo hace.

—¿A qué viene ese repentino interés por Jenny? —pregunta mientras me rodea con el brazo.

—Ella sólo... —Hago una pausa mientras intento ordenar mis pensamientos—. Te llama mucho.

—Se preocupa por mí. Durante mucho tiempo ha sido la única mujer de mi vida.

Parpadeo, sorprendida. —Ahora soy la única mujer en tu vida, Henley.

Sonríe y se acurruca contra mí. —Lo sé, nena. —Me besa el brazo—. Es bonito que estés celosa de ella. Pero no tienes por qué estarlo. Soy tuyo y sólo tuyo.

—No estoy celosa de ella —miento.

Estoy verde de envidia, de hecho.

—Buenas noches, cariño —dice mientras se acuesta. Apaga la lámpara de la mesita y cierra los ojos—. Estoy agotado. —Me mira—. ¿Cómo es que sigues despierta?

Porque estoy imaginando las formas de quemar viva a Jenny en la hoguera.

—No estoy cansada. —Finjo otra sonrisa—. Buenas noches.

En cinco minutos, Henley se ha dormido profundamente y mi mente se acelera.

Odio que tenga esa amistad con ella y que trabaje con ella... y que lo vea todos los días y que yo sepa que ella no está de mi parte.

Pero más que eso, odio a las novias celosas e inseguras.

Tengo que dejar ir este miedo. Yo no soy así.

—Así que supongo que ya está. —Rebecca se encoge de hombros.

Estamos tomando unas copas en mi casa antes de ir a la fiesta con la gente de la calle.

—¿Qué esperaba que hiciera? —continúa.

Chloe y yo escuchamos atentamente. Rebecca se reunió hoy con John y le pidió el divorcio.

—¿Qué pasó luego? —Chloe coge la mano de Rebecca entre las suyas.

—Lloró y suplicó otra oportunidad. —Exhala profundamente—. Y lo patético es que si no supiera a ciencia cierta que sigue viéndola, probablemente habría intentado perdonarlo.

Nos quedamos en silencio, perdidas en nuestros propios pensamientos.

—Me siento una mierda de persona fracasada. —Rebecca suspira.

—No has hecho nada malo, Bec. Lo sabes, ¿verdad?

—Puse un rastreador en su auto. Eso no está bien. No soy inocente en todo esto. Estaba espionando a mi propio marido. Aún lo hago.

—Porque se acostaba con otra —jadea Chloe—, date un puto respiro. ¿Qué ibas a hacer, creerte las mentiras y seguir casada con un adúltero toda la vida? Y en cuanto a no decírselo ahora, tienes mucha suerte de no haberlo hecho. Lo habrías perdonado sólo para que te rompiera

el corazón de nuevo cuando lo descubrieras. Nunca ha dejado de hacerlo. Ha estado viéndola todo este tiempo. Claro que la despidió del trabajo, pero sigue yendo por allá todas las noches. No es sólo sexo, es evidente que tienen algún tipo de relación.

—Lo sé. No puedo creer que después de todo esto... siga mintiendo. —Los ojos de Rebecca se llenan de lágrimas—. Es que nunca me vi como una persona divorciada, ¿sabes?

—Lo sé, cariño. —Sonrío tristemente—. No creo que nadie lo imagine nunca. Pero lo bueno es que esto es una gran lección sobre lo que no quieres en la vida.

Rebecca abre los ojos de par en par. —Has acertado.

Chloe sube su vaso al aire. —No más patanes.

—Ninguno. —Sonrío a Rebecca, tan hermosa incluso cuando está tan destrozada.

—Se acabó... No quiero más hombres, ni uno más.

Chloe arruga la nariz. —Ojalá pudiera decir lo mismo... el problema es que me gustan las pollas.

Todas nos reímos.

—¿Qué pasa con la fiesta de Henley esta noche? —Rebecca frunce el ceño—. No es propio de él hacer de anfitrión.

—Lo sé, yo pensé lo mismo. —Me encojo de hombros y veo en mi reloj—. Deberíamos ir pronto.

—Una copa más. —Chloe rellena nuestras copas de vino.

—Estarás bien, Bec —le digo.

—¿Lo estaré? —Rebecca sonrío esperanzada.

—Nos aseguraremos de ello.

Henley

—Vale. —Echo un vistazo a mi salón—. Los cócteles están listos, los canapés fuera. —Me froto las manos—. Creo que ya está todo listo.

Blake mira a su alrededor mientras da un sorbo a su bebida. —¿Dónde están las chicas?

—En casa de Juliet. Están tomando unas copas antes de venir.

—Rebecca vendrá, ¿verdad?

Antony y yo volteamos a vernos y muevo sutilmente la cabeza. —Sí, pero no tienes permitido hablar con ella.

—Puedo hablar con ella si quiero —suelta indignado.

Finjo una sonrisa y la quito inmediatamente. —Ve por Taryn.

—No quiero follar con Taryn.

—No le gustas a Rebecca. —Antony pone los ojos en blanco.

—Esa es la mitad de la diversión —dice Blake con naturalidad mientras mira a su alrededor.

—Toc, toc —dice una voz desde la puerta principal.

—Pasa, Winston —llamo.

La puerta se abre y él entra. Entorno los labios para ocultar mi sonrisa. Winston tiene al menos ochenta años y es super delgado, con el pelo canoso que peina en un intento muy malo de ocultar su calva. Lleva unos jeans azules ajustados y un polo blanco. —Estás muy elegante esta noche, Winston. —Sonrío.

—Gracias. —Sonríe orgulloso mientras se mira a sí mismo—. Pensé en vestirme para la ocasión.

—Bien por ti —respondo.

—Espera. —Blake frunce el ceño—. ¿Hay alguna ocasión?

—Sí, hay una ocasión. —Ensancha los ojos—. ¿Acaso me estabas escuchando?

—Está claro que no. —Frunce el ceño—. ¿Por qué estás haciendo esto? —Sus ojos se dirigen a Antony—. Un momento, ésta no es tu boda, ¿verdad? No estarás haciendo esa tontería de la sorpresa, ¿verdad?

—Dios mío. —Me pellizco el puente de la nariz—. Nadie sabe siquiera que Juliet y yo estamos juntos —susurro enfadado—, ¿cómo puede ser esto una puta boda, idiota?

Se pone la mano sobre el corazón. —Gracias a Dios. Por un momento pensé que habías perdido la cabeza.

—Hola, chicos —saluda Carol al entrar por la puerta con una bandeja de quiches—. Eres muy amable, Henley. Hice tus favoritas, querido.

—Hola, Carol. —Le beso la mejilla y tomo la bandeja—. Gracias. Pondré esto en la mesa de atrás.

—Hola, Dr. Grayson —dice Winston al acercarse—, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Llámame Blake —responde.

Los ojos de Winston parpadean hacia nosotros. —En privado.

Blake frunce el ceño. —De acuerdo. —Se hacen a un lado y Winston empieza a susurrarle al oído.

—¿A qué viene eso? —dice Antony mientras los mira.

—No tengo ni idea. —Saco el móvil y le envío un mensaje a Juliet.

¿Dónde está mi chica?

—Henley —exclama Taryn mientras se acerca a mí y me abraza—. Me encanta venir a tu casa. Es como volver a casa. Esta casa es tan mía.

Claro que no.

Antony echa la cabeza hacia atrás para sorber su cerveza con un sutil respingo.

Despego los brazos de Taryn de mi alrededor. —Deberías beber algo, Taryn.

—¿Vienes? —Mueve las pestañas. No entiendo por qué cree que eso es atractivo.

—Claro, dame un minuto y voy para allá.

Se va tambaleándose y Blake vuelve con nosotros.

—¿Qué fue eso? —le pregunta Antony.

Blake se inclina para que nadie pueda oírnos. —Resulta que Winston es un bicho raro entre las sábanas.

—¿Qué?

—Quiere una receta de Viagra.

—Me estás jodiendo —respondo impactado—. —¿A quién demonios se está follando Winston?

—Ni idea, dijo que tenía muchas opciones. —Golpea su botella de cerveza con la mía y luego con la de Antony—. Ya quisiera yo llegar así a esa edad.

Los ojos de Antony están fijos en Winston mientras habla con la gente. —¿Qué tipo de opciones?

Blake mira a su alrededor despreocupadamente. —No sé. Está follando abuelas a diestra y siniestra, por lo visto.

Resoplo mi cerveza por la nariz, y Antony se echa a reír. —Ésa es una frase que nunca pensé que oiría.

—¿Se la diste? —pregunto.

—¿Qué?

—La receta.

—Primero tengo que examinarlo. No quiero que el cabrón se muera de un infarto en mitad del acto.

—Buena observación.

Mason aparece en la puerta. —Hola —grita mientras hace una gran entrada.

—Hola, Mason —responden todos.

—Joder —murmura Blake en voz baja—, ¿por qué habla tan jodidamente alto? No estamos sordos, idiota.

—No me había dado cuenta antes, pero... —Me encojo de hombros—. Tienes razón, lo hace.

—Agradece que no se haya quitado la camiseta —murmura Antony mientras lo mira de arriba abajo.

Me río entre dientes. —¿Te sientes inferior, Ant?

—No. —Da un sorbo a su cerveza—. Sólo flaco.

—¿Quién es? —Blake frunce el ceño y se acerca a la puerta cuando alguien entra. Mi mirada se dirige hacia el chico guapo que acaba de llegar.

—Oh, es Liam, el hermano de Juliet. ¿Recuerdas con el que creía que estaba prometida? Resulta que no es un mal chico.

—¿Dónde está su novia?

—Murió.

Blake curva el labio con disgusto mientras lo mira de arriba abajo. —¿Por qué lo invitaste?

—Porque es el hermano de Juliet. —Ensancho los ojos—. Compórtate.

—Si intenta ligar con Rebecca, estás muerto, joder —susurra enfadado—. A las chicas les encanta esa mierda del duelo.

—Eres tan jodidamente tonto que no puedo ni soportarlo —susurro—, no le gustas.

—Dame tiempo. —Aprieta los labios mientras mira alrededor de la habitación.

—No me jodas. —Ant pone los ojos en blanco—. Acabo de tener que pasar por todo este drama de mierda entre Henley y su vecina. Me hace un gesto—. Si quieres salir con Rebecca, me mudo de calle. No puedo con el drama.

—Bien. Vete a la mierda —responde Blake—, de todas formas eres aburrido.

—¿Qué quieres decir con mi drama de mierda? —exclamo ofendido.

—Oh, déjame pensar... no puedes dejar de pensar en ella, pero no la quieres. No la quieres, pero sigues saltando la valla. Su perro cree que vive en tu casa. La odias, pero es el mejor sexo de tu vida, ¿necesito seguir y seguir y seguir? —Pone los ojos en blanco de forma dramática.

Sonrío. Fue un poco así, en realidad. —Bueno... ahora la amo. Así que mi drama de

mierda resultó exactamente como debía.

—Tuviste suerte —responde Ant—, no sé cómo te aguantó tanto tiempo.

Sonrío. —Lo sé. Yo tampoco.

—Hablando del diablo —susurra Blake.

Nos giramos y vemos a Juliet entrar por la puerta. Lleva un vestido blanco suelto, el pelo recogido en un moño desordenado y unos grandes pendientes de aro dorados. Se ríe y saluda a Winston con un beso.

Y es la mejor risa; la felicidad gotea de cada una de sus células. Puedo sentirla hasta los huesos.

Cuando la veo, casi se me sale el corazón del pecho. Es como si la rodeara un aura rosa resplandeciente, llena de amor y ternura. Nunca había conocido a alguien tan bella por dentro como por fuera.

Ve por la habitación y nuestras miradas se cruzan. Esboza una gran sonrisa y el tiempo se detiene. —Es tan jodidamente perfecta que no puedo soportarlo —susurro a mis amigos.

—Oh, Dios. —Blake pone los ojos en blanco—. No me hagas pasar por eso. ¿Quién eres y qué has hecho con Henley? Creo que me gustabas más cuando estabas jodido.

Me río entre dientes.

—Eres jodidamente patético, amigo. Contrólate. —Ant hace un gesto de dolor.

En lo que respecta a Juliet, soy *totalmente* patético. No puedo negarlo.

Ni querría hacerlo.

—Anda a planchar bragas —murmura Blake en voz baja.

Sonrío, porque nunca se ha dicho algo más cierto. —Felizmente.

Juliet

Mis ojos se encuentran con los de Henley y me lanza la mejor mirada de «ven a follarme» de toda la historia. La siento hasta en los dedos de los pies. Inmediatamente se acerca a grandes zancadas. —Hola, Chloe. Hola, Rebecca.

—Hola. —Ambas sonríen.

—Hola, señorita Drinkwater. —Sus ojos parpadean con picardía.

—Hola, Sr. James.

Sus ojos bajan por mi cuerpo y vuelven a subir hasta mi cara. —Estás preciosa.

—Gracias. —Sonrío.

Se inclina y acerca su boca a mi oreja. —Lo suficientemente preciosa como para comerte.

Suelto una risita.

—Deberíamos subir —susurra.

Acabo de llegar.

—¿Y eso por qué?

—Tengo una cita con tu boca.

Suelto una risita de sorpresa. —¿Mi boca?

—Mmm. —Frunce el ceño, como si se lo estuviera imaginando. Su mano roza sutilmente mi pierna.

—¿Por qué estás tan obsesionado con follarme la boca? —susurro.

—Porque se siente muy bien. —Su aliento me hace cosquillas en la oreja y me eriza la piel—. Hasta luego. —Me da un golpecito en el muslo y desaparece en la cocina.

—Eh, tú. —Siento que alguien me rodea con el brazo por detrás. Me giro y veo a mi hermano —. Liam. —Sonrío sorprendida—. ¿Qué estás...

—Henley me invitó.

—¿De verdad?

Oh...

—Liam, ésta es Rebecca, y ya conoces a Chloe.

Liam sonrío. —Claro que conozco a Chloe. —Le besa la mejilla y sus ojos se encuentran con los de Rebecca—. Hola.

—Hola. —Ella sonrío.

—¿Quieren tomar algo, chicas? —nos pregunta.

—Sí, por favor. —Sonrío.

—Yo también.

—Y a mí.

Se aleja hacia la barra y Rebecca se inclina hacia él. —No me habías dicho que tu hermano es un encanto.

—¿A que sí? —Chloe está de acuerdo—. Lástima que no me dejen tocarlo.

—Qué asco, es mi hermano. Nadie puede tocarlo. Qué asco.

—¿Ni siquiera yo? —Chloe levanta una ceja.

—Sobre todo tú. Concéntrate en el doctor Grayson.

Nuestras miradas se dirigen hacia Blake Grayson, de pie en una esquina. Alto y de aspecto robusto y atractivo. —Maldita sea, es un espécimen de hombre magnífico —susurra Chloe.

—Lástima que sea un gran prostituto —responde Rebecca.

—Ese es la mitad del atractivo —dice Chloe, con los ojos fijos en Blake.

Rebecca levanta la nariz con disgusto. —No me atrae en absoluto.

Por el rabillo del ojo, veo que Taryn le echa los brazos al cuello a Henley, y siento que se me ponen los pelos de punta. Henley se suelta de su agarre y me mira. Sabe que me molesta que ella lo toque.

—¿Cuál es la historia de tu hermano? —pregunta Rebecca—, ¿casado o...?

—Tuvo una novia durante años, y ella murió en un accidente de auto hace tres años.

Pone cara de tristeza. —¡Oh, no!

Henley golpea su vaso con una cuchara y todos se callan. —La cena está casi lista, chicos, pero antes de que salgamos a comer, quiero decirles algo.

Todo el mundo se calla mientras esperamos que suelte algún chiste.

—Yo sólo... —Hace una pausa, como si recogiera sus pensamientos.

—¿Tú qué? —dice Blake con impaciencia.

—Quería decirles... —Sus ojos se encuentran con los míos.

¿Qué está haciendo?

—Desde hace unos meses tengo una nueva vecina. —Levanta su cerveza hacia mí—. Y no me di cuenta de lo mucho que necesitaba... —Inclina la cabeza hacia un lado—. Su amistad.

—Creía que se odiaban —dice Antony. Todos se ríen.

—Lo hacíamos —acepta—. Lo que no saben es que Juliet y yo ya nos conocíamos antes de que ella se mudara. De hecho, hace años tuvimos una cita.

—Oh, no —suspira Taryn—, ¿adónde va esto?

Rebecca, Chloe y yo comenzamos a reírnos.

—Escúpelo ya —dice Blake.

—Lo que intento decir es que Juliet y yo somos... —Sus ojos flotan hasta encontrarse con los míos, y sonrío a mi hermoso hombre—. Soy muy feliz y extremadamente bendecido.

—Por el amor de Dios, escúpelo —suspira Blake. Todos se ríen una vez más.

—Juliet y yo estamos juntos. —Me tiende el brazo y yo me acerco a él. Me pasa el brazo por los hombros y me besa la sien.

—¿Como juntos, juntos? —Taryn jadea horrorizada.

—Sí. —Henley me sonrío con orgullo—. Juntos, juntos, y no sabes el alivio que siento al confesarles esto.

Carol se echa a reír. —Esto es una broma, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿De verdad crees que no lo sabíamos?

—Espera... —Taryn frunce el ceño mientras mira a su alrededor—. ¿Todos sabían esto?

—Claro que lo sabíamos. Es tan obvio. Saltas la valla todas las noches. —Carol se da golpecitos en la nariz.

—Oh. —Henley se ríe—. La vigilancia vecinal.

Henley me besa suavemente y todos aplauden. Sus ojos centellean con un cierto algo. —Vamos a comer. La cena está servida.

Me toma de la mano y salimos al patio trasero con todo el mundo detrás de nosotros. —¿Qué demonios? —grita Henley.

Mis ojos se abren de horror mientras miro a mi alrededor. —¡Oh, no!

La comida está por todas partes, hay huellas de barro en el mantel blanco y Barry está sentado en el sofá blanco comiéndose un pollo cocido entero.

—Barry —grito—. ¿Qué hiciste?

Henley mira a su alrededor, evalúa los daños e inhala profundamente antes de decir algo. —¿Quién quiere pizza?

Tres meses después...

Henley

Camino por la calle con Blake y Antony. Es martes y vamos de camino a comer.

—Deberías ir tras ella —dice Antony.

—No puedo hacerlo, joder —suelta Blake—. Ni siquiera se ha divorciado todavía. Ni siquiera se ha enfriado la cama.

Pongo los ojos en blanco, poco impresionado por la obsesión de Blake con Rebecca. — Hazme un favor y no busques nada con ella.

—¿Por qué?

—Porque es amiga de Juliet, y vivimos en la misma calle, y todos sabemos que la vas a cagar por completo y nunca dejarán de recordármelo.

—Es un buen punto —manifiesta Antony.

Blake pone los ojos en blanco. —Sólo quiero una noche.

—No puedes tenerla, carajo. Búscate a otra persona a la que desear. Rebecca está fuera de tus límites. Para siempre. —Pasamos por delante de una joyería, me detengo y me asomo. Blake y Antony siguen andando, se giran para ver lo que estoy mirando y vuelven.

Blake se mete las manos en los bolsillos del traje mientras mira las joyas a través del escaparate. —¿Qué estamos mirando aquí?

—Anillos de compromiso.

—¿Por qué? —Sus ojos se abren de par en par.

—Voy a pedirle a Juliet que se case conmigo.

—Otra vez, ¿por qué? —Hace un gesto de horror.

—Joder. —Antony se pasa la mano por la cara—. Llevas con ella dos putos minutos. Cálmate.

—¿Verdad? —Blake está de acuerdo—. ¿Por qué querías casarte?

—Porque la amo. Han sido los tres mejores meses de mi vida. Lo he pensado mucho. La quiero como esposa.

Juliet y yo somos inseparables.

Blake me toma del brazo y me aparta de la ventana. —Es demasiado pronto. No voy a dejar que actúes como un loco. Si dentro de doce meses sigues queriendo hacerlo, adelante. No le pides a alguien que se case contigo después de doce putas semanas.

Caminamos por la calle. —Si quiero hacerlo, lo hago.

—En doce meses —suelta.

—Concéntrate en no acostarte con Rebecca —respondo—, no te metas en mis asuntos.

—Ella se concentra en eso por los dos —responde rotundamente.

—En serio, no tiene ningún interés en ti —añade Antony.

—Soy consciente. —Blake suspira—. Tonta. ¿No sabe lo que se está perdiendo?

—Está claro que no —murmura Antony.

Entramos en el restaurante y esperamos a que nos sirvan. Una voz sexy suena desde la izquierda. —Blake. —Nos giramos y vemos a una morena al rojo vivo. Lleva un vestido ceñido que no deja nada a la imaginación.

—Hola, Cleo. —Sonríe; le besa la mejilla—. Te ves increíble. —Le levanta la mano mientras sus ojos bajan por su cuerpo para poder verla bien—. ¿Cuándo vamos a ponernos al día?

—¿Esta noche? —Sonríe con sensualidad.

—Me parece perfecto.

Se marcha y todos la seguimos con la mirada.

Vaya.

—¿No acabas de decirnos que quieres a Rebecca? —Levanto una ceja.

—Creo que es verdad —responde Antony.

Blake pone los ojos en blanco. —Un hombre no es un camello. Necesito alimentar a la bestia. Estoy aquí para pasar un buen rato, no por mucho tiempo.

Me río entre dientes ante su respuesta. *Típico de Blake Grayson.*

2:46 a.m.

El teléfono zumba en la mesita de noche y, echo un vistazo medio dormido.

¿Quién me llamará a estas horas de la noche?

Residencia de mayores.

¿Qué?

Lo cojo y salgo de la habitación. Cierro la puerta tras de mí para no despertar a Juliet.
—Hola.

—Hola, ¿eres Henley? —Su voz es tranquila e inquebrantable.

—¿Qué ocurre? —pregunto bruscamente.

—Por desgracia, tu padre ha sufrido una caída y ha empeorado. No estamos seguros de si primero tuvo un ataque que lo hizo caer de la cama o si se cayó de la cama y eso desencadenó los acontecimientos. Se ha golpeado bastante la cabeza, y ha llegado la ambulancia. Lo están llevando a urgencias.

—¿Crees que necesita puntos en la cabeza? —pregunto mientras bajo las escaleras.

—Henley, está inconsciente.

Me detengo a mitad de la escalera. —¿No se despertó después de golpearse la cabeza?

—No, no lo hizo.

El mundo comienza a dar vueltas...

—Lo siento.

El aire abandona mis pulmones.

—Se dirige al Hospital Memorial.

—Voy para allá.

Corro a casa y me visto lo más rápido que puedo. Salgo de mi casa a una velocidad récord.

Por favor, que esté bien.

Agarro el volante con fuerza mientras conduzco, con la mente hecha un manojo de confusión.

Son las 3:00 a.m. ¿Cuánto tiempo estuvo tirado en el suelo antes de que alguien lo encontrara?

¿Pidió ayuda y nadie acudió?

Se me retuerce el estómago de arrepentimiento. Aquí estaba yo, pasando la mejor noche de mi vida, bien arropado en la cama con Juliet, y él yacía en el suelo de una fría residencia de ancianos.

El semáforo se pone en amarillo y conduzco recto. Miro por el retrovisor para ver si parpadea una cámara.

Conduzco más de prisa.

Lo siento, hicimos todo lo que pudimos.

Ella no lo logró.

La carretera se desdibuja y me limpio las lágrimas con el dorso del antebrazo. De repente vuelvo a ser un niño de quince años, reviviendo mi peor pesadilla.

Lo sentimos. Hicimos todo lo que pudimos.

Ya casi no veo la carretera; vuelvo a limpiarme los ojos con rabia.

Acelero.

Tenemos que poner manos a la obra, hijo. Ahora somos sólo tú y yo.

Sus palabras de sabiduría vuelven a mí, pero no me aportan ningún consuelo.

—No me dejes, papá. —Entorno la cara llorando—. Todavía no. No estoy preparado. No puedes dejarme todavía.

Tras el viaje más largo de la historia, por fin llego al hospital. Aparco en una plaza reservada a los médicos y entro corriendo a toda velocidad. El guardia de seguridad me

mira de arriba abajo.

—¿A mi padre lo acaban de traer en ambulancia?

—Dirígete al servicio de urgencias. —Señala el pasillo—. Sigue las flechas rojas.

—Gracias. —Corro por el pasillo y me dirijo al mostrador—. Hola. Acaban de traer a mi padre en ambulancia.

Me dedica una sonrisa amable. Sólo entonces me doy cuenta del aspecto que debo tener.

—Hola —dice tranquilamente—, ¿cómo se llama, querido?

—Bernard James.

Teclea su nombre y luego lee la pantalla de su computadora y tuerce los labios como si no le gustara lo que está leyendo.

—¿Qué pasa? —tartamudeo—. ¿Qué pasó?

—Siéntate, cariño —dice suavemente—, pronto saldrá alguien a buscarte.

—¿Está bien?

—No puedo ver ninguna información, sólo que ha llegado. Tengo aquí una nota de que les avise cuando lleguen sus familiares cercanos. ¿Cómo se llama, señor?

La miro fijamente. —Henley James.

—Toma asiento. —Señala las sillas de la sala de espera—. Les haré saber que estás aquí.

—De acuerdo.

Tomo asiento y apoyo los codos en las rodillas. Mi corazón se acelera.

Familiar más cercano.

La amable recepcionista llama a alguien, y yo la veo con el corazón en la garganta.

¿A quién llamó?

Las puertas dobles se abren y aparece un hombre con bata y un estetoscopio alrededor del cuello. —¿Henley?

Con el piloto automático, me pongo de pie. —Sí.

—Por aquí, por favor. —Se da la vuelta y camina por el pasillo, yo lo sigo hasta la sala donde hay una cama vacía en una habitación privada.

—¿Dónde está?

—Le están haciendo un escáner. Tuvo un golpe importante en la cabeza y está inconsciente.

—¿Todavía? —Abro mucho los ojos—. ¿Cuánto tiempo lleva inconsciente?

—Hace ya más de una hora. —Señala una silla—. Toma asiento. Necesito hablar contigo.

Me dejo caer en la silla.

—Sólo necesito repasar el plan de salud de tu padre.

—Lo cubriré todo. No tienes que preocuparte por el pago. Sólo dale el mejor tratamiento que exista.

—Henley. —Hace una pausa—. Tiene una orden de no resucitar en su expediente.

—¿Qué?

—Ha especificado que si pasa algo, no quiere que lo reanimen.

La silueta del médico se desdibuja.

—Eso es ridículo —suelto—, tienes que hacer todo lo que puedas.

—Tienes que respetar sus deseos.

—Hazlo tú —suelto enfadado—, sólo está inconsciente; se pondrá bien. —Me pongo de pie—. Ve a la sala del escáner y haz tu puto trabajo y cúralo. —Estoy indignado—. ¿Por qué pierdes el tiempo aquí diciendo estas tonterías cuando él te necesita ahí dentro?

El médico se levanta. —Pronto volverá de los escáneres.

—Y yo estaré aquí esperándolo. —No sé por qué, pero estoy furioso con este médico—. Pronto se despertará. Es un luchador —le digo.

El médico me dedica una sonrisa triste y me deja solo.

Empiezo a pasear de un lado a otro. Arriba y abajo.

No quiere que lo resuciten... ¿Por qué? ¿Por qué dijo eso?

¿No soy lo suficiente como para que quiera vivir?

Me dejo caer en la silla del rincón, con la mente flotando entre el presente y el pasado.

Recuerdo a mi padre y a mi madre, tan felices y enamorados. Nuestra familia de vacaciones y la casa llena de ruido y risas. El amor entre ellos en colores brillantes, tan desbordante que podía ser sentido por todos los que los conocían.

Lo siento. No pudimos salvarla.

Y luego... su vida sin ella.

Los largos días y las interminables noches de silencio ensordecedor.

De repente, queda demasiado claro por qué no quiere ser reanimado.

Quiere estar con ella.

¿Y quién puede culparlo? Yo también quiero estar con ella.

Donde el amor y la felicidad son tan plenos. La luz de su corazón feliz, tan brillante que eclipsa cualquier cosa y todo.

Aparece una enfermera. —Aquí está. —Detrás de ella vienen dos camilleros que llevan a mi padre a la cama. Está dormido... inconsciente, sea lo que sea. Tiene una venda alrededor de la cabeza. Me quedo en un rincón y lo veo mientras lo conectan a todas las máquinas. El suave pitido de los latidos de su corazón suena ahora por toda la habitación.

Bip... bip... bip.

—El médico vendrá enseguida. —La enfermera sonríe y nos deja solos.

—Gracias. —Le paso los dedos por el pelo para alisárselo y cojo su mano entre las mías mientras lo miro fijamente. Su piel es suave. Parece tranquilo.

—Ahora lo entiendo, papá —susurro mientras le toco la cara con la mano y le paso el pulgar por la barba incipiente—. Ahora que estoy con Juliet, lo entiendo.

No se mueve.

—Sé por qué elegiste olvidarlo todo... olvidarme a mí. —Vuelvo a apartarle el pelo de la frente. El nudo que tengo en la garganta es tan grande que resulta doloroso—. Era demasiado duro recordarla, ¿verdad?

Permanece inmóvil. Su pecho sube y baja mientras respira suavemente.

—No pasa nada, papá. —Su silueta se desdibuja—. Ya puedes irte.

Bip... bip... bip.

—Gracias por cuidarme tan bien —susurro—, no debe haber sido fácil vivir todos esos años con alguien que se pareciera tanto a ella... pero que no lo era. —Arrugo la cara llorando mientras sostengo su mano entre las mías—. Te amo mucho, papá. Has hecho un buen trabajo por tu cuenta. Estoy muy orgulloso de ser tu hijo.

Sus párpados se agitan y sonrío entre lágrimas. Puede oírme. Está ahí, en alguna parte.

—Sé que me amas, papá —susurro. Sus párpados vuelven a agitarse y sonrío entre lágrimas—. Ya puedes irte. No pasa nada. Lo comprendo.

El médico entra en la habitación con un portapapeles en la mano, y yo retrocedo y me limpio los ojos; me dedica una sonrisa triste. —Bien, ya están los resultados del escáner.

—¿Y?
—Tuvo un aneurisma.
—¿Al caer?
—Lo más probable es que haya sido antes, y por eso se cayó.
Asiento con la cabeza.
—Lo siento, Henley. Por desgracia, no se detectó actividad cerebral.
—¿Qué quieres decir?
—Es muy poco probable que vuelva de esto.
Ya lo sabía.
—¿Y ahora qué pasará? —pregunto.
—Las próximas veinticuatro horas son críticas. Lo pondremos cómodo.
Asiento con la cabeza mientras miro fijamente a mi padre. —De acuerdo.
—Tengo que ver a otros pacientes. Volveré dentro de un rato. —El médico me pone la mano en el hombro—. Siento que las noticias no sean mejores.
—Yo también. —El nudo en la garganta ha vuelto.
El médico desaparece por la puerta y yo arrimo una silla junto a la cama, me siento y sostengo la mano de papá. Como he hecho tantas veces antes.
Sólo que esta vez es diferente.
Saboreo cada segundo, escucho su respiración, me esfuerzo por empaparme de cada mínimo detalle.

Durante cinco horas lo veo, recordando nuestra vida juntos. Repasando cada pequeño detalle de su personalidad y lo que me gusta de él.

Respira hondo y contiene la respiración.
Biiiiiiip.
La línea del monitor cardíaco cae.
No...
Arrugo la cara mientras sujeto su mano. Su silueta se desdibuja.
El largo pitido de la máquina de ritmo cardíaco resuena en la habitación.
Pero no estoy aquí. Estoy teniendo una experiencia extracorpórea, flotando por encima mientras veo morir a mi padre.
Dos enfermeras se acercan a la puerta.
—Déjennos solos —pido—, dennos algo de intimidad, por favor.
Sostengo su mano mientras veo cómo se le escapa la vida. El hombre al que más quiero en el mundo lo abandona.
No parece lo bastante dramático, lo bastante grande, lo bastante digno. Es demasiado simple, pero el hueco que dejará en mi corazón es inconmensurable.
—Te amo, papá —susurro entre lágrimas. Si sólo pudiera decirme una frase más.
Sólo una.
Lo observo mientras espero algo, alguna señal estremecedora de que está bien, de que mamá ha venido a llevárselo a su próxima vida. Que sepa cuánto lo amo.
Que me amaba.
Espero y espero.
Pero no llega ninguna señal...

Apoyo la cabeza en su pecho y lloro.

CAPÍTULO 27

Juliet

—VAMOS, BAZZA. —Me quedo en la puerta con la correa. Dormí como un tronco, ni siquiera oí salir a Henley esta mañana. Debía tener una reunión temprano o algo así. Se ha ido mucho antes de lo habitual. Salgo por la puerta principal y me estiro en el porche. Carol me ve y cruza la calle.

—Buenos días, Carol. —Sonrío.

—Buenos días, querida. ¿Va todo bien con Henley?

—Sí. —Frunzo el ceño.

—Me levanté por un vaso de agua, y cuando lo vi bajar a toda velocidad por la calle a las tres de la mañana, me preocupé un poco.

—¿Qué?

—Sí, se fue a algún sitio a toda prisa en mitad de la noche.

—Oh.

¿Qué coño?

—Iré a ver cómo está. Gracias, Carol. —Vuelvo a entrar y Barry tira de la correa en otra dirección—. Déjame tomar el teléfono.

—Yo lo veré. Tú ve a buscar tu teléfono —dice Carol.

Entro corriendo, cojo el móvil del cargador y llamo rápidamente a Henley. Me salta el buzón de voz.

—Hola, te has puesto en contacto con Henley James. Deja un mensaje.

Mmm, o está al teléfono o está apagado.

Echo un vistazo a la hora: 6:30 a.m.

¿Por qué iba a tener el teléfono apagado a estas horas? Vuelvo a salir a la calle.

—¿Alguna novedad? —pregunta Carol.

—No contesta —respondo, distraída—. Quizá tenía una reunión por Zoom temprano o algo así.

—Sí, claro. Debe ser eso —acepta Carol—, no puede ser fácil dirigir una empresa multinacional con todas esas zonas horarias diferentes.

—Sí —respondo, pero tengo la sensación de que algo falla. Anoche no mencionó una reunión temprano. Quizá se olvidó—. Gracias, Carol. Iré a correr y volveré a intentarlo más tarde.

—Avísame si todo va bien, ¿quieres?

Sonrío. Siempre la entrometida del barrio. —Por supuesto. —Empiezo a subir por el camino con Barry—. Vamos, Baz. Vamos.

Son las 10 a.m., y empiezo a preocuparme.

Henley aún no ha encendido su teléfono. Aquí hay algo que no está bien.

Llamo a su despacho.

—Hola, Ingeniería Henley James. Mónica al habla.

—Hola, Mónica, soy Juliet. ¿Puedo hablar con Henley, por favor?

—Hoy no está, Juliet.

Frunzo el ceño, sorprendida. Me dijo claramente que hoy trabajaba. —¿Puedo hablar con Jenny, por favor?

—Claro, ahora te traslado. Que tengas un buen día.

Espero.

—Hola, Jenny al habla.

—Hola, Jenny, siento molestarte.

—Hola, Juliet. ¿Qué tal? —Su tono es abrasivo.

—Perdona que te moleste, pero ¿has tenido noticias de Henley hoy? —pregunto.

—Envié un correo electrónico esta mañana para decir que tenía reuniones externas todo el día y que no vendría a la oficina.

—Ah, sí. Lo había olvidado por completo. —Aguanto en la línea mientras pienso. Es evidente que ella tampoco sabe nada—. Vale, gracias. No he podido localizarlo. Seguro que me llamará pronto.

—Es un hombre muy ocupado, Juliet.

—Lo sé —respondo apretando los dientes. *Hoy no te metas conmigo, Jenny.*

No estoy de humor.

—Gracias, Jenny.

Gracias por nada, zorra.

Hago algo de limpieza y paso la aspiradora por el suelo. Y luego preparo las cenas de la semana. Trabajo el turno nocturno y quiero intentar ser organizada y saludable.

¿Dónde podría estar?

Su padre.

Coño, ni siquiera había pensado en eso. Mierda, mierda, mierda.

Busco en Google el número de teléfono de la residencia y llamo.

—Hola. Residencia de Ancianos San Sebastián.

—Hola, ¿podría pasarme con la enfermería del nivel dos, por favor?

—Transfiriéndote ahora.

—Hola, nivel 2. Al habla Christine.

Hago un gesto de dolor. En realidad no conozco a Christine. Nunca he trabajado con ella.

—Hola, Christine, soy Juliet Drinkwater. No nos conocemos, pero he visto tu nombre en la lista. Hago un turno a la semana.

—Sí, hola, Juliet. Yo también he visto tu nombre en la lista. ¿Cómo estás?

—Bien. —Hago una pausa. Sé que no puede decirme nada.

—Es una pregunta al azar, pero me preguntaba cómo está Bernard James de la habitación 206.

—Oh... hum. —Hace una pausa.

—Extraoficialmente, por supuesto —digo—, en realidad es el padre de mi novio, y no consigo hablar con mi novio y me estoy preocupando. Se llama Henley James. ¿Lo has visto?

—Oh... —responde ella—, quizás quieras venir aquí.

—¿Qué está pasando?

—Están limpiando la habitación del señor James.

Mis ojos se abren de par en par. Sólo hay una razón para que alguien limpie una habitación.

No.

—¿Murió? —jadeo.

—No te lo he dicho yo.

Se me para el corazón.

No.

—Voy para allá. —Cuelgo, cojo las llaves y corro hacia la puerta.

Camino por el pasillo con una profunda sensación de temor. No tengo ni idea de en qué me voy a meter.

Sólo que Henley no me ha llamado para decírmelo y su teléfono está apagado.

Henley siendo Henley, supongo que quiere enfrentarse a esto solo.

Mal por él. Ahora me tiene a mí.

Llego a la puerta y me quedo fuera mientras miro a través de la ventana de cristal.

Henley está sacando metódicamente ropa del armario, doblándola y metiéndola en una caja.

No tiene emociones, está tranquilo.

Su silueta se desdibuja mientras el nudo de mi garganta se cierra.

Llamo suavemente, y él levanta la vista y me ve. Veo un destello de ira en su rostro que no puede contener. —Entra —me dice en tono cortante. Sigue doblando la ropa sin levantar la vista.

Está en piloto automático. Limpiar es su forma de controlar la situación.

Me preparo para lo que viene; ni siquiera sé si hice lo correcto al venir. Sólo sabía que no quería que estuviera solo mientras hacía esto. Abro la puerta, entro y la cierro tras de mí. —Hola —digo en voz baja.

—Habrás oído las noticias, sin duda —suelta mientras dobla un pantalón, enfadado.

Permanezco en silencio mientras lo veo.

—Puedes irte a casa. Estoy bien. —Vuelve a sacudir los pantalones como si quisiera quitarse algo de encima.

Se me parte el corazón.

—De todas formas, es lo mejor. —Sigue doblando la ropa—. No tuvo calidad de vida durante mucho tiempo.

Voy a sentarme en la cama.

—No te sientes ahí —ruge.

Me vuelvo a poner de pie rápidamente.

—Quiero... —Abre y cierra las manos a los lados, muy agitado—. Tengo que cambiar las sábanas.

Está patinando al borde de la cordura.

Me quedo inmóvil, sin saber qué hacer. —¿Qué pasó? —susurro.

—Está muerto. Pero eso ya lo sabes. —Vuelve a sacudir los pantalones.

—¿Cómo murió? —pregunto un poco más fuerte.

—Tuvo un aneurisma.

Mi corazón se acelera mientras lo veo. Es como una bomba a punto de estallar.

—Lo siento mucho, Henley.

—No lo hagas. —Vuelve a sacudir los pantalones sin mirarme siquiera—. Sólo necesito limpiar esta habitación y luego podré seguir adelante.

—Ven aquí. —Intento abrazarlo.

Se aparta de mí. —No lo hagas. Lo último que quiero en el mundo es que nos demos un abrazo. Vete a casa, Juliet —suelta con frustración.

Dios, ¿cómo me enfrento a esto?

—Vale, lo haré —susurro—. ¿Puedo ayudar un poco antes de irme?

—No. —Lanza una camiseta al aire—. Ya lo haré.

Quizá venir aquí no fue lo correcto.

—Yo limpiaré el baño —me ofrezco.

—No, Juliet —grita—, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Vete a tu puta casa.

Está enfadado.

Se me llenan los ojos de lágrimas por él. Se siente tan fuera de control en esta situación. No lo culpo. Yo también me siento bastante fuera de control.

—No me voy a ninguna parte, Henley —le respondo—, si crees que voy a dejarte solo ahora mismo, estás muy equivocado.

Sus ojos furiosos se elevan para encontrarse con los míos. —Vete o llamo a seguridad.

¿Qué demonios?

—Hen.

—Lo digo en serio. Estoy bien. Quiero hacer esto solo. —Sacude una camiseta—. Iré más tarde, cuando haya superado todo esto.

—¿Lo prometes?

—Sí. —Mete un montón de camisetas en una maleta.

Lo observo un momento, sin saber si debo marcharme. Quiere hacer esto solo; creo que debo respetar sus deseos y darle algo de espacio.

—De acuerdo. —Me acerco a él—. ¿Me das un beso de despedida?

Me da un rápido picotazo en la mejilla.

—¿Vendrás más tarde? —pregunto.

—Sí. —Vuelve a doblar la ropa sin mirarme.

—Nos prepararé la cena.

—De acuerdo. Gracias.

Vendrá después. Me siento un poco mejor, pero no quiero dejarlo aquí. —Te amo.

—Yo también —dice, distraído.

Con una última y larga mirada a mi querido hombre con el corazón roto, salgo por la puerta. Esto es una auténtica pesadilla.

Echo un vistazo al horno y luego al reloj: 7:46 p.m.

¿Dónde está?

No ha vuelto de la residencia de ancianos, no ha estado en casa en absoluto, y me esfuerzo mucho por darle algo de espacio, pero estoy muy preocupada por él. Hay una delgada línea entre preocuparse y asfixiarse. Voy a llamarlo; marco su número y espero a que suene.

—Hola, te has puesto en contacto con Henley James. Deja un mensaje.

Se me cae el estómago. Joder.

¿Por qué lo dejé en la residencia? ¿En qué demonios estaba pensando?

Debería haber estado allí para apoyarlo. Debería haberme quedado.

Iba a llamar a seguridad.

Le doy de comer a Barry y sigo con mi preocupación un poco más. Son las 8:30 p.m., y sigue sin aparecer. Vuelvo a llamarlo y contesta al primer timbrazo. —Hola.

Cierro los ojos aliviada. —Hola, cariño, ¿estás cerca?

—Sí, a la vuelta de la esquina.

—Vale, hasta pronto. —Gracias a Dios. Llevo todo el día con un pequeño ataque de pánico.

Diez minutos después, llega a la calle y entra en su garaje. Me asomo a través de las cortinas mientras lo veo acercarse. Abro la mosquitera mientras él sube solemnemente por el porche delantero. Me besa rápidamente al pasar junto a mí y entra en la casa.

Pongo los ojos en blanco mientras finjo no darme cuenta. Él está aquí. Es lo único que importa.

Entra en el baño, se lava las manos y vuelve a salir. —Algo huele bien —dice mientras mira a todas partes menos a mí.

—¿Espero que tengas hambre?

—Me muero de hambre. No he comido desde ayer.

Mi corazón se hunde. —Siéntate, cariño. —Le acerco una silla y se sienta en la mesa del comedor. Empiezo a servir la cena. No sé qué decir ni qué hacer. ¿Saco el tema o hago como si no hubiera pasado, como él?—. ¿Hiciste todo lo querías hoy? —le pregunto.

—Ajá.

—Podemos revisar las cosas durante el fin de semana y ordenarlas.

—Lo he donado todo a la caridad.

—¿Qué?

—Lo dejé en la tienda Goodwill, a la vuelta de la esquina, de camino a casa.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras sirvo los guisantes. Regaló todas las cosas de su padre.

—¿Los álbumes de fotos?

—Se han ido. No los quiero.

¿Cómo pudo hacerlo?

No lo hizo. Seguro que no. Nadie es tan frío.

Mantén la calma... te está presionando a propósito. Este es el Henley James disfuncional en estado puro.

Pongo el plato de comida en la mesa delante de él.

—Gracias.

Me siento en la mesa con mi plato y él empieza a comer en silencio. Realmente tiene hambre. Se sentirá mejor después de comer. Estoy segura.

Parloteo durante la cena sobre todos los temas del mundo. No he sacado el tema de su padre... No sé cómo hacerlo y no quiero provocarlo.

Sólo tengo que ser paciente; me hablará de ello cuando esté preparado.

Terminamos de cenar y cargo el lavavajillas. —Te hice pudín de chocolate. —Sonrío esperanzada.

—Gracias, nena. —Me besa suavemente—. Es que estoy... cansado. Me voy directo a la cama. —Vuelve a besarme y sus labios se posan en los míos—. Estoy agotado.

—De acuerdo. —Sonrío, sintiéndome un poco mejor.

Va a alejarse, y yo lo cojo de la mano. —Sabes cuánto te amo, ¿verdad?

Asiente con la cabeza. —Me comeré el pudín mañana.

—De acuerdo.

Sube las escaleras y oigo cómo se enciende la ducha. Y por primera vez hoy, una sensación de calma se apodera de mí. Creo que todo va a estar bien.

Me despierto sobresaltada. Henley no está.

Parecía haber dormido bien, mientras que yo di vueltas en la cama toda la noche antes de caer en un sueño exhausto a eso de las 3 de la madrugada. No lo oí levantarse ni marcharse porque en ese momento yo estaba inconsciente como un tronco.

Creo que se fue a trabajar, pero sinceramente, ¿quién sabe?

Al menos hay algo reconfortante. Sé que Henley puede actuar en piloto automático como un profesional. Y si el piloto automático es lo que necesita hacer durante un tiempo, entonces está totalmente bien.

Mantenerse ocupado es probablemente lo mejor para él en este momento. Si necesita ser un adicto al trabajo esta semana, que así sea. Sólo desearía no tener el puto turno nocturno esta semana. Intercambiaré mis turnos o me tomaré la semana libre.

Necesito estar en casa para él esta semana.

Me levanto y me meto en la ducha. Lo primero es lo primero. Voy al Goodwill a recuperar las cosas de su padre. Voy a esconderlas en mi desván, y sé que algún día Henley me agradecerá que las haya conseguido.

O quizá no... pero no soporto la idea de que tiren a la basura sus álbumes de fotos familiares. Son demasiado valiosos; me los quedará para mí si él no los quiere.

Echo un vistazo a mi reloj. —Maldita sea, Henley. —Son las dos de la tarde, lo he llamado dos veces y no me ha devuelto la llamada. No puedo imaginarme la tortura que está pasando por su cabeza ahora mismo, y sé que tengo que darle espacio, pero ¿en serio? ¿Ni siquiera puede devolverme la llamada?

Joder.

Se ha puesto en piloto automático y me está bloqueando. Lo sé. Lo siento en la boca del estómago.

Un auto entra en la calle y se detiene en la entrada de Henley. ¿Quién es? Me asomo por la cortina; deben estar llegando los parientes.

A lo mejor ha estado todo el día en la funeraria. Sí... eso es. Claro que está allí.

Sigo espiando a través de las cortinas y, para mi sorpresa, Jenny sale del auto.

¿Qué coño hace ella aquí?

La veo acercarse a la puerta de su casa y abrirla con la llave.

¿Tiene llave?

La adrenalina recorre mi organismo y, antes de que pueda detenerme, me encuentro marchando hacia allí. Entro sin llamar: —¿Hola? —llamo.

Jenny sale de su despacho y exhala pesadamente al verme, como si fuera una gran molestia para ella. —Hola, Juliet.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Buscando el pasaporte de Henley.

—¿Por qué?

—Se va a Dubái esta noche.

—No va a ir solo a Dubái —digo enfurecida.

—No estará solo. Iré con él.

CAPÍTULO 28

Juliet

—¿QUÉ? —Me alejo de ella sobresaltada. *No puedo creer lo que oí*—. ¿De qué estás hablando? —exclamo enfurecida—. Henley no puede ir a ninguna parte. Tiene que organizar un funeral.

Jenny pone los ojos en blanco de forma exagerada. —Si lo conocieras por lo menos un poco, sabrías que su padre no quería un funeral.

Su tono sarcástico enciende un fuego dentro de mí, pierdo todo el control y señalo la puerta. —Fuera.

—¿Qué?

—Sal de esta puta casa antes de que llame a la policía por allanamiento.

—No puedes llamarme a la policía —se burla—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo: desenmascararte como la cosa repugnante que eres.

—Vete al infierno —responde ella—, te crees muy importante, pero todos sabemos que pronto te irás.

—Henley está de duelo, y en un momento como éste necesita apoyo, no que lo convenzan de planes de viaje ridículos.

—Quiere ir a Dubái —suelta—, trabajar es su lugar feliz.

—Trabajar no es su lugar feliz —grito enfurecida—, necesita tiempo para asimilar su pérdida. Deja de hablar de trabajo.

Que se joda esta zorra.

Ella pone los ojos en blanco. —No sabes nada de esta situación. —Pasa a mi lado y sale por la puerta principal.

—Ah, sí, Jenny. Eso no es del todo cierto —digo tras ella—, sé que necesitas buscar un nuevo trabajo.

Me fulmina con la mirada y se mete en su auto, y yo doy un portazo de furia.

Te van a despedir... zorra estúpida.

¡Uf!

Estoy furiosa.

Espero a que se aleje y me dirijo a mi casa para recoger el teléfono. Llamo a Henley.

Ring, ring... ring, ring... ring, ring...

—Te has puesto en contacto con Henley James. Deja un mensaje.

—Maldita sea, Henley. —Mi corazón se acelera. No se iría a Dubái esta noche, ¿verdad?

¿Seguro que no?

No lo haría. Sé que no lo haría.

Está en modo autodestrucción. Todo es posible.

Joder.

¿Qué hago?

Lo llamo de nuevo.

Ring, ring... ring, ring... ring, ring...

—Te has puesto en contacto con Henley James. Deja un mensaje.

—Henley, soy Juliet. Ven a casa, cariño. Estoy preocupada por ti. —Cuelgo y cierro los ojos mientras imagino la pesadilla en que podría convertirse esto.

Si se va con ella, si se aleja de mí en un momento de crisis... nunca podremos recuperarnos de eso.

Me dejo caer en el sofá y apoyo la cabeza entre las manos, con los ojos llenos de lágrimas.

—Hemos trabajado demasiado para estar juntos. No lo estropees ahora.

Tengo pánico por lo que está a punto de pasar. Tengo miedo por Henley.

Está afligido y solo, y quiero ir a verlo al trabajo, pero luego si está de camino a casa...

¿Qué hago?

—Blake. —Marco el número de Blake.

Ring, ring... ring, ring... ring, ring...

—Te has puesto en contacto con el Dr. Grayson. Ahora mismo no puedo ponerme al teléfono. Si se trata de una urgencia, marca el 911. También puedes llamar a mi consulta al (650) 944-9494.

—Joder. —Marco el número de su despacho.

—Hola, consulta del Dr. Grayson.

—Hola, soy Juliet Drinkwater. —Soy amiga de Blake y no consigo localizarlo. ¿Está hoy en la oficina?

—El Dr. Grayson tiene una cita hoy. No saldrá hasta la noche. ¿Puedo dejarle un recado para mañana?

Cierro los ojos. *Joder.*

—No, está bien. Muchas gracias. —Cuelgo y recorro mi teléfono hasta llegar al número de Antony. Lo marco rápidamente.

Ring, ring... ring, ring... ring, ring...

—Soy Antony Deluca. Hoy estoy en el juzgado. Deja un mensaje.

—Coño, ¿por qué todos sus amigos tienen que estar gobernando el mundo?

Empiezo a caminar de un lado a otro. Tengo el corazón en la garganta y el estómago revuelto.

—Ven a casa, cariño. Por favor, ven a casa.

Henley

Suena el intercomunicador en mi mesa. —Llegó tu cita de las cuatro, Henley.

Respondo por el intercomunicador. —Gracias, Jenny. Salgo enseguida.

Con un profundo suspiro, me levanto y me dirijo a la ventana. Me meto las manos en los bolsillos del traje y contemplo el horizonte lleno de rascacielos.

No hay actividad cerebral.

Aprieto la mandíbula mientras contemplo el horizonte. Mi amado padre se ha ido.

Nadie a quien visitar, nadie a quien cuidar.

Hay un vacío que no puedo explicar. Un vacío que nada más puede llenar.

Voy a mi escritorio y busco mi teléfono. No está en mi escritorio, ni en mis cajones. Rebusco en la bolsa del portátil. No lo he encontrado en todo el día. ¿Lo habré dejado en algún sitio?

—¿Dónde coño está?

Llamo a Jenny. —Jen, ¿has visto mi teléfono?

—No, señor. ¿Quieres que vaya y te ayude a buscarlo?

Me rasco la cabeza mientras miro a mi alrededor. —No, está bien. ¿A qué hora es mi próxima cita?

—Ya está aquí.

—Vale, que pase.

—Gracias por venir. Ha sido estupendo poner por fin cara a un nombre. —Estrecho la mano de Erica mientras salimos de mi despacho. Es el final de un día repleto de citas consecutivas. Agotador se queda corto.

—Igualmente. Que pases una buena noche. —Sonríe. La veo atravesar la recepción y subir al ascensor. Jenny está sentada en su mesa, trabajando.

—Vete a casa, Jen. —Suspiro—. Gracias por lo de hoy. —Vuelvo a mi despacho y empiezo a recoger el computador portátil.

Suena un suave golpe en la puerta. Levanto la vista y veo entrar a Jenny.

—Pasa —respondo—. ¿Qué pasa?

Entra y cierra la puerta tras de sí. —Sólo quería saber cómo estabas.

—Estoy bien.

—Trabajas demasiado.

—Alguien tiene que pagar las facturas por aquí. —Sonrío mientras empiezo a cerrar mis correos electrónicos.

Se acerca y se apoya en mi escritorio. —Estoy aquí para ti, Henley. Lo sabes, ¿verdad?

Hay algo en su tono que me hace mirarla. Se desabrocha el botón superior de la blusa. —Cualquier cosa que necesites... Estoy a tu disposición.

¿Qué?

Me reclino en la silla mientras la miro fijamente. —¿Y qué es lo que crees que necesito?

—Relajarte. —Se desabrocha otro botón de la blusa y se ve un sujetador de encaje blanco.

—¿Y cómo me ayudarás a hacerlo?

—Sabes que puedes confiar en mí... —Su voz se entrecorta mientras desabrocha otro botón—. Sé lo mucho que se te está rompiendo el corazón ahora mismo.

¿Eh?

—¿Recuerdas aquella vez en Alemania, en la conferencia, que pasamos la noche juntos?

—Eso fue hace once años, Jen, y una vez.

—No tiene por qué. —Se desabrocha otro botón—. Puedo satisfacerte, Henley. Necesitas olvidarte del mundo, perderte físicamente. Puedo ser tu lugar seguro donde caer.

Se abre la camisa para mostrar unos pechos turgentes perfectos. Su vientre está tonificado y su cuerpo es perfecto.

Se acerca a mi lado del escritorio y se sienta en mi regazo; me toma la cara con la mano. —Puedo hacer que te olvides de todo. Podemos irnos a Dubái esta noche y alejarnos de todo.

—Jen, ¿qué coño estás haciendo?

—Necesitas esto. —Me mira los labios—. Me necesitas.

Y en este momento, lo veo. Con claridad.
Tan claro como el agua.
Con quién pertenezco... a quién le pertenezco. Lo he sabido todo el tiempo, pero aun así, vuelvo a darme cuenta.
—Estoy enamorado de Juliet.
Sus ojos buscan en los míos como queriendo hallar la verdad.
—Estoy triste, Jen. Tengo el corazón roto y te agradezco todo lo que haces por mí. Pero entre nosotros no hay nada.
—Tenemos algo, Henley.
—Claro que sí. Sé que sí. Se llama amistad. Una amistad muy especial.
—Nos he reservado un vuelo nocturno a Dubái. El vuelo sale a las diez.
—¿Qué? —Arrugo la cara—. ¿Qué demonios te hace pensar que nos vamos a Dubái esta noche?
—Dijiste que querías ir a Dubái lo antes posible.
—Esta noche no, joder —jadeo mientras meto el portátil en la mochila—. Tengo que irme a casa.
—¿Con ella? —Jenny se cruza de brazos enfadada.
—Sí, con ella. Te lo he dicho un millón de veces, Jenny. Estoy enamorado de Juliet. Nos vamos a casar.
—Entonces, ¿qué demonios hago aquí? —grita.
—Ahora mismo... estás siendo la persona más egoísta que he conocido. —Levanto las manos en señal de rendición—. Mi padre *murió* ayer, carajo, Jenny, y aquí estoy, aguantando que sigas intentando besarme y hacer que vuele a la otra punta del mundo lejos de mi familia.
—No tienes familia —dice.
El veneno.
—Sí. —Mi enfado aumenta—. Sí que la tengo. Tengo a *mi* familia, la que yo elegí: Juliet, Blake y Antony. —Mis ojos sostienen los suyos—. Y solía tener la mejor asistente personal en la industria.
Se le llenan los ojos de lágrimas. —¿Solías?
—Se acabó, Jen. —Me encojo de hombros—. Ya no puedes trabajar para mí. Te voy a trasladar. Éste no es un comportamiento aceptable. —Me dirijo hacia la puerta.
—No puedes dejarme. Renuncio —grita.
Sigo caminando y levanto la mano en señal de rendición. —Bien. —*Vete a la mierda.*

Juliet

Me siento en los escalones de la entrada, en la oscuridad, y mi optimismo se desvanece lentamente.

Sigo imaginándome a Henley en la cama del hospital aquel día, a su padre tumbado a su lado, dormido con la cabeza sobre su pecho, el brazo de Henley rodeándolo protectoramente.

Recuerdo a Henley afeitando cuidadosamente la cara de su padre y jugando con la camiseta mientras lo ayudaba a vestirse. Cómo le ayudaba a ducharse y le leía el periódico de la mañana.

La forma en que lo visitaba cada día. La forma en que se reían juntos de todo y de nada.

Ya no volverá a pasar...

Sé que su padre no se acordaba de él, pero eso no lo hace más fácil ni menos significativo. La pérdida sigue siendo muy grande.

Mi pobre y hermoso Henley.

No puedo imaginar por lo que está pasando. Ni siquiera puedo pretender entenderlo.

Estoy tan preocupada que siento náuseas en el estómago. ¿Y si Henley hace alguna locura? Una locura de verdad.

Joder.

Dejo caer la cabeza entre las manos, desesperada. No soporto pensar en él al otro lado del mundo. No puede irse. Esto no puede estar pasando.

Un auto entra en la calle, y al levantar la vista veo que es una Range Rover negra.

¿Qué?

Está en casa.

Se detiene en la entrada de mi casa, y con lágrimas en los ojos, en piloto automático, me levanto. Él sale del auto y se le cae la cara al ver mis lágrimas. —¿Qué pasa, cariño?

—¿Estás bien? He estado muy preocupada.

Me atrae hacia sus brazos. —Estoy bien. —Me besa suavemente—. Ahora que estoy contigo. —Me abraza con fuerza y no puedo evitar llorar de alivio contra su pecho.

Mi gran y hermoso hombre, después de todo lo que ha pasado.

Lo conseguí.

Se inclinó hacia la luz... y llegó a casa.

EPÍLOGO

Juliet

Doce meses después

ME SIENTO en la encimera de la cocina y sonrío a mi café totalmente feliz y satisfecha, porque realmente lo estoy.

Henley James, el mayor premio de todos. El hombre más hermoso con el corazón más grande. Me adora tanto como yo a él.

Este año fue una montaña rusa, el año más feliz que he tenido en mi vida. Me llamo Juliet James y estoy casada con el amor de mi vida.

Ayer mismo volvimos de nuestra luna de miel, un mes en Italia.

Fue increíble...

Lleno de amor y risas; el sol, la luna y el océano; y todo lo demás.

Y yo que pensaba que las cosas no podían ir mejor, pero el destino tiene otras ideas.

Acaba de mejorar.

El auto de Henley se detiene en la entrada y yo me levanto de un salto para saludarlo en la puerta. —Hola, señora James. —Sonríe con sensualidad, me estrecha en sus brazos y me besa. Su lengua recorre suavemente mi boca abierta.

—Hola, esposo. —Sonrío contra sus labios.

Su mano me agarra bruscamente por detrás mientras me lleva de espaldas a la casa. —Hoy ha sido un día largo sin ti.

—¿Sin sexo, quieres decir? —Sonrío mientras me besa.

—Sí. —Me lanza hacia atrás sobre el sofá y yo reboto riendo—. Espera.

—¿Esperar qué? —Sonríe sombríamente mientras se quita la chaqueta del traje y la tira sobre la silla.

—Tengo noticias.

—Ya lo sé. Estás a punto de ser follada.

—No. —Me río y le tiendo el test de embarazo.

Se queda quieto y lo mira.

—Vas a ser padre, Hen.

—¿Qué?

—Nuestra propia familia ya ha empezado. —Cojo su mano y la pongo sobre mi vientre. Extiende sus dedos con ternura.

—¿Estás segura? —susurra.

Asiento con la cabeza.

A través de las lágrimas, sus ojos buscan los míos como asegurándose de mis palabras. —Carajo, Juliet... Te amo tanto.

—Y yo a ti...

Cuando una puerta se cierra... otra se abre.

El círculo de la vida es algo místico. Una vida adulta se pierde... una nueva alma se crea.

Magia en plena creación.

Si hay una cosa que he aprendido en esta vida, es ésta:

Si te inclinas hacia la luz, el amor siempre te encontrará.

Con todo mi amor.

Tee.

Xoxo

Muchas gracias por leer.

Los adoro.

x

SOBRE LA AUTORA



T L Swan es autora de Best Sellers del Wall Street Journal y #1 en Amazon. Con millones de libros vendidos, sus títulos están traducidos actualmente a veinte idiomas y han alcanzado el #1 en Amazon de EE.UU., Reino Unido, Canadá, Australia y Alemania. Tee es residente de la costa sur de Nueva Gales del Sur (Australia) junto a su esposo y sus tres hijos, donde vive su propio “felices para siempre” con su primer amor verdadero.

